



**Sebastian
Fitzek**

NOAH

Un thriller absorbente por el autor de *Terapia*

Lectulandia

Él no recuerda su propio nombre. No sabe de dónde proviene. No logra recordar cómo llegó a Berlín y cuánto hace que vive en la calle. Los sin techo con los que vagabundea por la ciudad lo llaman Noah, porque lleva ese nombre tatuado en la palma de la mano.

La búsqueda de sus orígenes se convierte en un desafío para Noah. Para él y para toda la humanidad, porque Noah es el elemento principal de una conspiración que pone en peligro la vida en el planeta y ya se ha cobrado diez mil víctimas.

Lectulandia

Sebastian Fitzek

Noah

ePub r1.0

patrimope 12.09.14

Título original: *Noah*
Sebastian Fitzek, 2013
Traducción: Paula Aguiriano

Editor digital: patrimope
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Sandra

Cuando Jesucristo nació, en nuestro planeta vivían
trescientos millones de personas.

Actualmente son siete mil millones.

Cada minuto son 156 personas más.

Fase 1

Los despiertos viven en un mundo común, pero en el sueño cada uno se vuelve hacia el suyo propio.

HERÁCLITO

1

El silencio despertó a Alicia. Normalmente eran los gritos los que la hacían levantarse asustada a intervalos irregulares, pero esa noche era diferente. Esa noche su pecho permanecía mudo.

—¿Noel? —susurró, y buscó a tientas la cabecita de su hijo. Faltaba poco para la una de la mañana, de modo que probablemente no hubiera corriente eléctrica en Lupang Pangako, la «estación final», como llamaban sus habitantes al mayor barrio de chabolas de Quezon City, en la zona metropolitana de Manila. Pero aun cuando hubiera podido encender la luz, Alicia habría decidido no hacerlo.

Jay dormía, y era una suerte. No quería despertar a su hijo de siete años, ya que entonces recordaría que el día anterior no habían tenido nada que comer.

—Enseguida, tesoro —había respondido ya entrada la noche a sus preguntas impacientes, mientras removía el agua hirviendo—. Has tenido un día agotador en Payatas. Descansa, te despertaré en cuanto la sopa esté lista.

Él había asentido con el gesto serio de Christopher, su padre, y los ojos enrojecidos de tanto restregárselos, a pesar de que no servía de nada contra los vapores del mayor vertedero de Filipinas. Trabajaban allí diez mil «carroñeros», o «buitres», como se llamaban a sí mismos; la mitad eran niños como Jay, que proferían el grito de guerra, «¡cien!», en cuanto otro camión de la basura llegaba desde la metrópoli de doce millones de habitantes. «Cien» quería decir «cien pesos», el precio de un kilo de hilo de cobre. Con el metal se podía ganar mucho más que con el plástico, por lo que Jay se pasaba diez horas al día quemando neumáticos y cables eléctricos para desprender la goma barata del valioso material.

Por suerte, era un chico obediente y el día anterior se había tumbado en su rincón sobre el saco de arroz relleno de arena sin echar un vistazo antes a la cazuela en el fuego. De lo contrario Alicia le habría tenido que explicar por qué no había allí nada más que agua y guijarros.

«Mi hijo se muere de hambre y yo cuezo piedras».

Alicia se asombró de conservar aún energías para llorar. Era evidente que para dar de mamar ya no tenía.

—¿Noel?

Intentó introducir su dedo meñique entre los labios del recién nacido, en vano. Había cumplido seis días, y al principio aún chupaba con fervor cuanto rozaba su boca. Ahora ya ni siquiera cerraba los puños.

Desde que había pisado por primera vez aquel mundo de sombras, dos años atrás, no lograba evitar sentir que vivía en una colmena desparramada. Miles de almas apiñadas al borde del vertedero, fundidas en un organismo vivo en Lupang Pangako. Una serpiente de chapa ondulada que se retorció y crecía, alimentada por un

suministro ininterrumpido de despojos humanos envueltos en una nube de hedor ácido y corrosivo de basura y excrementos.

La serpiente mudaba la piel una y otra vez, los ciclones y las lluvias derribaban hileras enteras de casas y las arrastraban junto con su miserable contenido como si fueran bolsas de plástico. Muchos habían tratado ya de matar a la serpiente. Pirómanos a sueldo iniciaban fuegos, los *bulldozer* arrollaban «por descuido» a familias dormidas. O la serpiente se envenenaba a sí misma bañando a sus hijos en el río marrón verdusco en el que, debido a los vertidos industriales, hacía ya tiempo que no nadaban peces.

Sin embargo, Alicia sabía que podría haber corrido peor suerte. Su cabaña en el corazón del barrio de chabolas era grande, cuatro metros cuadrados para solo seis personas, y las paredes eran planchas firmes de cartón, no una lona suelta como la de la vivienda vecina. Hacía medio año, desde que Christopher, su marido, ya no vivía y sus dos hermanos pasaban la noche en una obra en construcción de la ciudad, disponían de espacio suficiente y Jay ya no tenía que dormir sentado, como ella misma hacía. Apoyada en el cubículo de contrachapado en que hacían sus necesidades, con el bebé apretado contra el pecho reseco, había intentado cerrar los ojos y había logrado sumirse en el sueño de una vida mejor que conocía de la televisión. Ella también podría haberse tumbado y haber estirado las piernas, había espacio suficiente, pero tenía miedo de las ratas. La semana anterior habían mordido al bebé de su mejor amiga en el dedo gordo del pie. La pequeña de diez semanas no había sobrevivido a la fiebre.

«¿Y Dios también te llevará consigo, Noel? ¿Es ese su plan?».

Comprobó aliviada que su bebé todavía no había muerto. Aún oía su respiración, ronca y temblorosa como la de un anciano. Con cada respiración notaba que el vientre de Noel se endurecía y ablandaba contra su mano. Y veía sus grandes ojos a la luz mortecina de la luna que entraba a través del hueco de la chapa ondulada. Brillaban oscuros como el azabache.

Silvania, una monja católica que de vez en cuando intentaba echarles una mano, pensaba que era la pobreza la que había transformado el rostro de una muchacha de veintidós años en el de una mujer mayor. Pero se equivocaba. Era la vergüenza.

Porque Alicia se avergonzaba de cocer piedras porque los doscientos pesos que Jay había logrado reunir en los dos últimos días justo alcanzaban para pagar al señor Ramos, un comerciante de Makati que había tendido una manguera a través de las chabolas y vendía el agua con un cuantioso recargo; cobraba mucho más dinero del que pagaban los ricos que se bañaban a pocos kilómetros de allí en las piscinas de sus casas climatizadas, protegidas por vallas de varios metros de altura rematadas en alambre de espino.

Se avergonzaba de tener que enviar a su hijo la mañana siguiente de nuevo al

vertedero para que hurgara en la basura descalzo y vestido únicamente con un calzoncillo sucio, feliz si encontraba un yogur medio lleno porque podía apurarlo allí mismo.

Y se avergonzaba de no ser una verdadera mujer. De no poder dar leche porque sus pechos estaban marchitos, secos como el terreno yermo de su padre en el noreste del país.

—Necesita un médico.

La voz de su hijo la sacó del letargo en que caía cuando cavilaba demasiado.

—Estás despierto, Jay —dijo en voz baja.

Su hijo se incorporó en la oscuridad.

—Te he oído llorar, mamá.

—Lo siento.

—No te preocupes por mí. Lo que tienes que hacer es sacar a mi hermano de aquí.

Jay apenas tenía siete años pero hablaba con el tono decidido de su padre. Había heredado mucho de Christopher: la mirada seria y triste, las manos grandes, la habilidad con los números (Jay adoraba las matemáticas y era un as del cálculo mental) y, por supuesto, el destino de vivir en la pobreza.

—No podemos permitirnos un médico —dijo Alicia débilmente.

Jay se estiró y se puso de pie.

—Conozco a uno que atiende gratis.

—En esta vida no hay nada gratis.

—Es médico y viene al vertedero para cuidar de ellos.

De ellos.

Alicia encendió una vela mientras se preguntaba si era pena lo que percibía en la voz de Jay. ¿Acaso anhelaba ser uno de los cerca de trescientos niños que vivían permanentemente en el vertedero, no al borde como ellos? Soñaban con ser deportistas, pilotos o, como Jay, profesores de matemáticas, y se contaban sus planes unos a otros mientras esnifaban Rugby después del trabajo. ¿Necesitaba a esa comunidad adicta al pegamento más que a su madre?

El mayor miedo de Alicia era que un día su hijo no regresase a casa, sino que montara su campamento allí mismo, entre la basura.

—Heinz es un hombre amable.

—¿Qué nombre es ese?

—Es alemán. Es bueno con nosotros.

—Mmm...

Alicia había dejado de creer en la bondad de las personas hacía ya mucho tiempo, antes incluso de que dispararan a Christopher en un control policial y de que el policía solo hubiera accedido a entregarle las escasas pertenencias que llevaba encima

si se acostaba con él.

—¡Alicia! ¡Jay!

La vela se apagó cuando alguien apartó bruscamente la cortina de ducha que hacía las veces de puerta de la chabola. Alicia no podía ver la cara del hombre, ya que el haz de luz de la linterna que este sostenía en la mano la cegaba, pero reconoció de inmediato la voz ronca de su primo.

—¿Marlon? ¿Qué haces aquí?

—Daos prisa —jadeó el joven—. Vamos. Tenemos que salir de aquí.

Marlon no trabajaba en las montañas de basura. Era mensajero, el más rápido de los jóvenes que entregaban droga y otras mercancías para Edwin, el señor del barrio.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Alicia apretó instintivamente a su bebé más fuerte contra su pecho.

—¿Es que no lo oyes? —Marlon apuntó al techo con la linterna.

—Sí, ¿y?

Se acercaban helicópteros. Nada especial. Los haces de luz de sus focos registraban todas las noches los tejados de las chabolas. Su zumbido formaba parte del pulso nocturno de la serpiente.

—Nos están cercando.

—¿Qué? —preguntaron Alicia y Jay al unísono.

—Las calles. Ahora mismo.

—¿De qué estás hablando?

—Están cerrando todos los accesos, bloqueando los puentes. Intentan aislar el vertedero. En media hora nadie más saldrá de aquí —advirtió Marlon. El tono de preocupación de su voz era atípico para un chico que, a sus dieciséis años, llevaba tatuadas tres rayas en el labio inferior: una por cada asesinato por encargo que había cometido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jay, que admiraba a Marlon, imitaba su actitud, su manera de caminar y ahora también el tono contenido a duras penas.

—Dejadlo todo como está. No podemos perder ni un segundo.

—¡Espera! —Alicia sujetó de la muñeca a Jay, que pasaba por su lado para salir de la chabola—. No iremos a ninguna parte hasta que nos digas qué está pasando aquí.

Marlon respiró hondo y se pasó una mano por la cabeza rapada al cero.

—No lo sé exactamente, pero el ejército está avanzando. Por encargo de las autoridades sanitarias.

—¿El ejército? ¿Qué se proponen?

—Dicen que es por la nueva enfermedad... Lo has oído por la radio, ¿no? Tienen miedo de que la epidemia provenga de nosotros.

Alicia asintió. Había escuchado una conversación junto a la fuente. «Si somos

capaces de beber esta agua inmunda, también sobreviviremos a la gripe de Manila», había pensado, y no había prestado más atención a los rumores. Drogas, violencia, enfermedades, hambre. Allí había millones de opciones para palmarla, ¿por qué iba a preocuparse por una más?

—¿Te refieres a que pretenden ponernos en cuarentena? —preguntó—. ¿A todo el barrio?

—No. —Marlon sacudió la cabeza. El zumbido de los helicópteros se hizo más fuerte sobre sus cabezas—. Creo que pretenden matarnos.

*Al mismo tiempo,
a 9876 kilómetros de distancia en línea recta*

«¡Tengo que ayudarla!».

Para ser un hombre que ni siquiera recordaba su propio nombre, estaba sorprendentemente seguro de esto: debía impedir que la niña se subiera al coche de aquel tipo; si no lo hacía, algo terrible ocurriría.

No entendía muy bien por qué estaba tan seguro de ello y probablemente no lo averiguaría, ya que en ese momento debía hacer un gran esfuerzo por concentrarse, porque el hombre que estaba junto a él en la fila no dejaba de hablarle con insistencia.

—Ya sé que no eres ningún charlatán, grandullón, pero te lo repetiré de todas formas: no hables con nadie, ¿me oyes? No digas ni una palabra. Cuando te pregunten, deja que yo responda por ti. Solo en caso de que sea inevitable, cuando no haya otra opción, di que eres Noah de Holanda y que estás aquí de paso. Eso explicará tu extraño acento, ¿de acuerdo?

Noah asintió en silencio.

Él había dedicado las últimas semanas a reflexionar más que a hablar, pero en cambio Oscar no paraba de parlotear. Sus palabras formaban densas nubes de aliento en el aire frío.

Era febrero en Berlín, y el invierno hacía lo que mejor se le daba: había sacado su navaja de viento y atravesaba todo lo que se interponía en su camino: ropa, piel, almas. No establecía diferencias de clase. Le daba igual sacudir el cuello de piel de una viuda de Grunewald, estampar aguanieve en la cara de un cartero de Lichtenberg o, como en aquel momento, lograr que una cola demasiado larga ante el refugio nocturno para los sin techo en la Franklinstraße se apretujara todavía más.

—Faltan diez minutos. —Al hablar Oscar gesticulaba vehementemente con unos brazos tan cortos como gruesos, y por fin señaló hacia la entrada del edificio gris de hormigón ante el que se agolpaba el grupo que aguardaba—. No debemos llamar la atención —prosiguió—, por nada del mundo. Cuando te inspeccionen, evita el contacto visual. Procura disimular lo fuerte que eres y déjame pasar primero, ¿de acuerdo? El alcohol, las drogas, los cigarrillos y las armas están prohibidos en el centro de acogida. No llevas ningún arma contigo, ¿verdad?

Oscar lo miró con recelo, como si realmente temiera que Noah hubiese encontrado una pistola mientras hurgaba en la basura en busca de botellas. Al hacerlo se puso de puntillas para compensar la diferencia de estatura entre ambos. Incluso así solo le llegaba a Noah a la altura del pecho.

—Bien, la verdad es que no tengo ninguna gana de que te descarten. Hoy es catorce de febrero, catorce y dos suman dieciséis, y la suma de sus cifras es siete. ¡Siete! Así que hoy no podemos volver a nuestro escondite, ¿entiendes?

«No. En absoluto», pensó Noah, que de hecho no entendía la mayor parte de lo que decía su curioso compañero. En realidad, ya no entendía nada de cuanto le pasaba en la vida, aunque vida era, quizás, un término equivocado para referirse a la existencia que arrastraba desde que unas cuatro semanas atrás había recuperado la consciencia; a gran profundidad, en el asfixiante cubículo junto al acceso cerrado del metro al que Oscar llamaba su «escondite».

—Llevan a cabo mediciones de voltaje, ya te he hablado de ello. —Oscar puso los ojos en blanco como si estuviera tratando con un idiota. Con su gorro anaranjado de lana, la barba de mormón en el rostro redondo y su enorme barriga parecía un pitufo, y Noah se sorprendió de saber qué aspecto tenía un pitufo, cuando ni siquiera había reconocido su propia cara en el espejo de los baños de la estación.

Quizá cortarse el oscuro cabello y arreglarse la barba diera alas a su memoria, pero lo dudaba. Para él el hombre de ojos tristes, nariz torcida y rostro anguloso era un extraño en cuyo cuerpo cubierto de cicatrices se encontraba atrapado.

—Nuestro escondite está justo debajo del ala este de la Iglesia del Recuerdo —susurraba ahora Oscar para que los sin techo de delante y detrás no oyeran sus paranoicas explicaciones—. En términos geográficos se encuentra en el distrito de Wilmersdorf, y este tiene allí el código postal 10789. Tienes tres intentos para adivinar cuál es la suma de sus cifras. Veinticinco. ¿Y la de veinticinco? Correcto, siete. —Parpadeó nervioso—. ¿Pensabas que en 1993 introdujeron los nuevos códigos postales solo para que las cartas llegaran más rápido? Ya, ya, eso es lo que quieren que creamos todos. En realidad, se trata de un código. Un plan de ataque con el que coordinan su programa de vigilancia. En los días en los que la suma de las cifras coincide con la del código postal, debemos desaparecer. ¿Comprendes ahora por qué es tan importante que entremos hoy aquí?

«No. No entiendo ni una palabra», pensó Noah. «Todo lo que sé es que probablemente estés tan loco como yo». Se volvió de nuevo hacia la muchacha que se encontraba dos metros más atrás en la fila. Le había llamado la atención en un primer momento por su cabello; más concretamente por los mechones que le faltaban. Su cráneo mostraba más piel que pelo, como si sufriera los efectos secundarios de algún terrible medicamento. Noah calculó que tendría diecisiete años como mucho, pero era difícil asegurarlo debido a la piel estropeada y a los incisivos que le faltaban; en especial para un hombre al que ya le resultaba difícil determinar su propia edad, que lo más probable es que rondara entre los treinta y los cuarenta.

Desde que había descubierto a la muchacha, la había estado observando de forma más o menos disimulada y ahora, una hora y media más tarde, creía conocerla casi

mejor que a sí mismo.

Mientras que de él no sabía ni de dónde venía, no había ninguna duda de que ella llevaba mucho tiempo viviendo en la calle. Sus ojos tenían la «mirada del opio», como habría dicho Oscar, velados y al mismo tiempo vacíos, al igual que muchos de los que esperaban allí fuera en el frío a que el refugio abriera por fin sus puertas.

—¿La conoces? —le preguntó Noah a su compañero, que en ese momento estaba soltando una perorata acerca de patrullas y coordenadas geográficas.

—¿A quién? —Oscar parpadeó, visiblemente asombrado de que Noah hubiera recuperado el habla.

—Esa chica de ahí. —Señaló por encima de una embarazada que se encontraba justo detrás de ellos con una colilla de cigarrillo entre los labios.

A cierta distancia un niño comenzó a llorar, y varios hombres se gritaban unos a otros, probablemente peleándose por el último trago de una botella que habrían mendigado juntos.

—¿A quién te refieres?

—En diagonal hacia la derecha, la del pelo raro. Abraza una mochila contra su pecho.

«Como si llevara su vida dentro».

—¿La que habla con el cuatro ojos?

—Sí.

Junto a ella había un hombre joven y fibroso con el cabello hasta los hombros y unas gafas estilo John Lennon. Pocos minutos antes Noah lo había observado bajar de un microbús plateado con el rótulo «Friomóvil». Primero había pensado que el bus traería otra remesa para el refugio; un nuevo cargamento de almas perdidas que cada noche varaban ante las puertas del edificio de Cáritas. Pero el conductor se había bajado solo y había mirado alrededor mientras recorría la cola con actitud vacilante, hasta que por fin había encontrado a la muchacha.

—Esa es Patrix —le explicó Oscar.

Noah asintió. Le habría extrañado que Oscar no la reconociera. Era una sin techo desde hacía más de cuatro años. Una temporada larga en la que Oscar había logrado, con un éxito asombroso, resistirse al trueque que habían aceptado la mayoría de sus compañeros de fortuna: un grado de inteligencia por cada grado de alcoholemia.

Con unas botas tan grandes que parecían zapatos de payaso, varias capas de pantalones acartonados por la suciedad, un grueso jersey en proceso de desintegración y una cazadora mugrienta que no habría logrado cerrar por encima de su barriga por mucho que lo hubiese intentado, Oscar vestía de una forma lamentable y similar a la de todos los que estaban allí, a quienes el tren de la vida había hecho descarrilar. En lo que respectaba a la ropa, Noah había tenido mejor gusto; al menos había sido él quien había escogido lo que llevaba puesto. Cuando Oscar lo había

encontrado medio muerto junto a las vías, vestía ropas caras y abrigadas que ahora le hacían buen servicio: botas forradas con puntera de goma, vaqueros negros con bolsillos cargo a los lados, un abrigo impermeable negro con capucha. En total cargaba con un kilo y medio de peso en ropa, sin contar con los calzoncillos largos y los gruesos calcetines térmicos.

—¿Patrix? —preguntó Noah.

—Es su mote. Una mezcla entre Patricia y Pattex. —Oscar juntó las manos cruzando los dedos y simuló que inhalaba pegamento—. ¿Por qué crees que parece tan hecha polvo? Si su foto figurase en los paquetes de cigarrillos, puedes estar seguro de que nadie más fumaría.

Noah le dio la razón. Posiblemente la muchacha estuviera colocada en ese momento, lo cual explicaría su mirada turbia y la razón por la que las rachas de viento ártico no parecían afectarla en absoluto. Parecía completamente ausente, como en otro mundo. Noah habría apostado lo que fuera a que ni siquiera se había dado cuenta de que su vejiga se había vaciado hacía un cuarto de hora, como lo demostraba la mancha oscura entre sus piernas.

Igualmente poco probable era que estuviese asimilando una sola palabra de lo que decía el hombre de gafas, que en ese momento le hablaba con insistencia. Noah no entendía qué le decía, pero era evidente que quería conseguir que la adolescente drogada entrase en el vehículo con él.

Al «Friomóvil».

Y debía evitarlo a toda costa, incluso a pesar de que en ese momento Noah no fuera capaz de explicar a nadie por qué.

—Eh, ¿te has vuelto loco? —Oscar tiró de la manga de su abrigo para evitar que saliera de la fila—. Si renuncias a tu sitio, mañana tendrán que despegarte de la calle con una espátula.

Oscar señaló a la inmensa multitud delante y detrás de ellos. De los once mil sin techo que había en la capital según estimaciones maquilladas, la mayoría parecía haber encaminado esa noche sus pasos hacia Franklinstraße. No era de extrañar, ya que se esperaba que fuese la noche más fría del año.

—Tengo que ayudarla —dijo Noah.

—¿Ayudar? —siseó Oscar, alterado, y miró nervioso por encima del hombro—. ¿Qué parte de «no digas una sola palabra» y «no llames la atención» no has entendido? —Se dio golpecitos en la frente con el dedo—. Déjalo estar, grandullón. Además, ya hay alguien ocupándose de ella.

«Sí. Pero es la persona equivocada».

En realidad, Noah debería haberse sentido aliviado. Los días en que la temperatura descendía varios grados por debajo de cero, las setenta y tres camas del albergue nocturno desaparecían con mayor rapidez que la nieve sobre una cocina

caliente. La muchacha debía entrar con urgencia en algún lugar cálido antes de que el pantalón del chándal se le congelara sobre los muslos, y el trabajador social había llegado justo a tiempo. Y, sin embargo, había algo que no encajaba.

Un empujón recorrió la fila.

—Vale, esto se pone en marcha —dijo Oscar—. No dejes que te aparten, Noah.

«Noah».

Aún no se había acostumbrado a ese nombre, pero al fin y al cabo de alguna manera tenía que llamarse, y Noah estaba a mano, en el sentido más literal de la expresión. Las cuatro letras de aquel nombre estaban tatuadas en la palma de su mano derecha, torpe y toscamente.

«A saber por quién».

El nombre le resultaba ajeno, así como el resto del infierno en que había despertado: sin papeles, sin dinero, la memoria ahogada en un mar de dolor.

Al volver en sí por primera vez, con el bondadoso rostro de Oscar flotando sobre el suyo, había sentido un trozo de tela frío sobre la cabeza ardiente y un escozor insoportable en el hombro, como si alguien hubiera tratado de traspasárselo con un clavo.

—Podría haber sido peor —había opinado su salvador tres semanas después durante el último cambio de vendaje.

La bala le había atravesado limpiamente el hombro izquierdo. Era un milagro que no hubiese dañado tendones ni nervios importantes, y aún más milagroso que la herida no se hubiera infectado.

—Te ha sucedido algo horrible —le había dicho Oscar—. Pero no te ha quitado la vida. Solo la memoria.

«Solo».

Era probable que debiera estarle eternamente agradecido a Oscar por haber cuidado de él hasta que se hubo curado, allí abajo en aquel cubículo apenas separado por un muro de las vías del metro, pero en vista de las circunstancias en que se encontraba, no le resultaba fácil. ¿De qué valía una vida al fin y al cabo cuando uno no sabía de dónde venía, cuáles eran sus raíces y por qué el hacha del destino las había cortado con un golpe seco? Una vida sin recuerdos, dirigida ya únicamente por el instinto, que le decía a Noah que no pertenecía a aquella ciudad ni a aquel país. Que no conversaba con Oscar en su lengua materna. Y que el hombre que empujaba ahora a Patrix hacia su vehículo no era un trabajador social.

—Ahora mismo vengo —murmuró Noah, y se zafó del brazo de Oscar, que protestó furioso pero no se atrevió a salir también de la fila que avanzaba.

—¡Vuelve enseguida! —gritó a sus espaldas.

Él, sin embargo, no pensaba obedecer a la petición de Oscar.

3

—Eh, eh, usted.

A los pocos metros ya estaba agotado, y a cada paso sentía la herida del hombro. Noah tuvo que gritar varias veces hasta que el hombre que guiaba a Patrix hasta el vehículo como a una ciega de la mano se volvió hacia él.

—¿Te refieres a mí?

—Sí. ¡Alto!

—¿Perdón?

El tipo delgado con el cabello hasta los hombros enarcó las cejas, asombrado.

La muchacha que estaba a su lado miraba indiferente el vacío igual que un maniquí, con las manos tensas protegiendo la mochila que apretaba contra el pecho.

—¿Qué se propone hacer con ella? —inquirió Noah.

El hombre esbozó una sonrisa arrogante.

—La verdad es que no sé a ti qué te importa, pero la llevo a un refugio para jóvenes, donde estará en mucho mejores manos que en un albergue de adultos. —Acarició suavemente la cabeza de la chica, a lo que ella reaccionó apretando los labios. Noah oyó tras él que Oscar intentaba de nuevo convencerlo de que regresara, pero también ignoró esta llamada.

—¿Trabaja para la oficina de protección de menores? —preguntó en cambio.

—Así es.

—¿Tiene alguna credencial que lo demuestre?

—Escucha, Jesucristo, lo que no tengo es tiempo. De modo que déjame hacer mi trabajo, por favor. Ya ves que a esta chica hay que protegerla del frío lo antes posible.

—¿Con un coche de alquiler?

El hombre había comenzado a volverse hacia la carretera, pero la pregunta de Noah lo detuvo en seco.

—¿Cómo has dicho?

«Maldita sea, ¿por qué he abierto la boca?».

Noah pronunciaba las palabras antes de tomar consciencia de ello. Tenía la extraña sensación de estar escuchándose a sí mismo hablar.

—Su minibús está recién lavado. Tiene matrícula de Colonia, lo que ya es peculiar de por sí para un vehículo de las autoridades berlinesas. La combinación de letras TX está reservada a taxis o vehículos de alquiler. Además lleva una pegatina de una gran D en la parte trasera, como es habitual, por ejemplo, en Europcar. Individualmente estos datos quizá podrían explicarse, pero en conjunto me demuestran que usted no es quien dice ser.

El hombre abrió la boca, pero permaneció en silencio. Noah no estaba menos sorprendido.

«¿Por qué sé todo esto?».

Su cabeza estaba llena de datos, eso ya lo había averiguado: conocía la capital de Guinea, sabía que el cuerpo expulsaba la mayor parte del calor por la cabeza (lo cual le hacía estar muy agradecido por la capucha de su abrigo) y que el ser humano podía perder hasta dos litros de sangre, como había demostrado él mismo con éxito. Pero mientras que era evidente que estaba familiarizado con las matrículas ajenas, ni siquiera sabía cómo empezaba su número de teléfono, si es que tenía uno.

Si se hubiese presentado en uno de esos concursos que Oscar veía una y otra vez en el pequeño televisor en blanco y negro cuando la señal del escondite colaboraba, habría tenido muchas posibilidades de ganar, siempre que no le hiciesen preguntas sobre su propia identidad.

«Llegamos a la pregunta del millón: ¿quién le disparó?».

«Ni idea. ¿Puedo preguntar al público?».

—¿Cuánto le pagan por la muchacha? —inquirió Noah, y de nuevo habría sido incapaz de explicar cómo había llegado a esa suposición. Su cerebro trabajaba como el piloto automático de los aviones. Él estaba sentado en la cabina, pero la palanca de mando se movía por sí sola.

—¿Cómo dices?

—Su cliente. Hombres de negocios, supongo. Gerentes, ricachones que esperan obtener placer recogiendo escoria de la calle para torturarla todavía más. ¿Le pagan por víctima o por noche?

—Estás completamente chiflado —protestó el supuesto empleado de la oficina de protección de menores, pero soltó la mano de la muchacha como si de pronto hubiera comenzado a arder—. No tengo por qué escuchar semejantes chorradas. —Dio un paso hacia atrás sin perder de vista a Noah—. Y menos de un vagabundo como tú. —Trató de imprimir un tono arrogante a sus palabras, pero el temblor en su voz lo desenmascaró.

Cuando el hombre se llevó la mano al pecho, Noah se preguntó si ocultaría un arma debajo de la chaqueta, pero de inmediato presintió que no se produciría un altercado violento. Falso. No solo lo presintió, sino que lo supo.

En los últimos treinta segundos Noah había averiguado más sobre sí mismo que en las anteriores semanas, y sus descubrimientos le dieron miedo.

«Soy una persona que ha oteado muy a menudo los abismos más profundos del alma».

Tan a menudo, de hecho, que reconocía la maldad en cuanto la veía. Y lo que era peor: la maldad lo reconocía a él. Y esta a veces reculaba cuando sus caminos se cruzaban. Como en ese momento.

El hombre había sacado la llave de contacto del interior de la chaqueta y se alejaba rápidamente sin volverse ni una sola vez.

—¿Patricia? —preguntó Noah. No hubo reacción. La muchacha no se había enterado de nada de lo que había sucedido a su alrededor—. ¿Me oyes? —Chasqueó los dedos ante sus ojos entornados. Ni siquiera parpadeó.

—¡Eh, Noah, nos toca! —gritó Oscar desde cierta distancia.

Noah se volvió y descubrió a su compañero en la entrada del albergue. Ya estaba en la puerta y movía los brazos.

—¡Ven de una vez!

Noah tomó con cuidado la mano de la muchacha, que se dejó guiar sin oponer resistencia. Se movía con pasos pequeños como en un trance, y por eso le llevó un buen rato conducirla hasta el edificio de Cáritas.

—¿Qué mosca te ha picado? —lo saludó Oscar, que tuvo que contenerse para no echarse a gritar después de que Noah lograra colarse entre intensas protestas hasta el principio de la cola con Patrix a cuestas.

Una trabajadora del centro, una mujer joven con vaqueros y cazadora de cuero, con el cabello recogido en una coleta y jersey de cuello vuelto, cerró la puerta de madera detrás del trío sin pronunciar palabra, para gran indignación de quienes esperaban fuera.

A continuación se encontraron en un gran vestíbulo, en el que había una escalera que conducía hacia arriba.

El calor repentino que los rodeó llenó de lágrimas los ojos de Noah, a quien la herida de bala en el hombro empezó a picarle desagradablemente bajo el vendaje.

—Por un pelo no lo has estropeado todo —siseó Oscar—. Solo les quedan tres camas.

«Perfecto», pensó Noah mientras la trabajadora los acompañaba por la escalera hacia una especie de mostrador sobre el que colgaba un letrero iluminado por tubos de neón con el rótulo «Recepción». Detrás los esperaba una mujer corpulenta. Llevaba una bata blanca de médico, una mascarilla y en las manos unos guantes de látex, como si en cualquier momento se fuera a poner a operar.

—Hola, Oscar —dijo la señora; sonaba agotada, pero en absoluto antipática. Su cabello era gris y lo llevaba más corto que una barba de tres días, lo que a primera vista le confería un aspecto algo brutal, pero sus ojos sonrientes corregían enseguida esta impresión—. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿A quién nos has traído?

—Patrix... Quiero decir, Patricia. Ya la conoce, señora Simone. Y a Noah lo conocí en la zona del Avus. Ha llegado hasta aquí haciendo autoestop desde Holanda. —Oscar dio una palmada a Noah en el hombro sano, para lo que tuvo que estirarse un poco—. Es de pocas palabras, apenas habla nuestro idioma.

—Entiendo. —La mujer, que al parecer se llamaba Simone de nombre, o quizá de apellido, señaló con el pulgar hacia un pasillo que discurría detrás de ella y conducía, a lo largo del mostrador, hacia la otra parte del edificio. Desde allí les llegaba ruido

de actividad. Puertas que se cerraban, platos que golpeteaban, personas gritándose, alguien martilleaba la pared con un ruido sordo.

»Bueno, ya sabes cómo funcionan las cosas aquí, Oscar. Primero, el examen médico. Debido a la gripe de Manila será algo más exhaustivo. En mi opinión, otra vez están exagerando con el peligro de contagio, y al final resultará que el Gobierno ha despilfarrado millones en dosis de vacunas inútiles. Pero hasta entonces estoy obligada a llevar este bozal, espero que no os lo toméis a mal.

Oscar se encogió de hombros y Noah asintió, más para sí que para Simone, ya que recordaba las noticias del día anterior. Se estaba extendiendo una pandemia. La enfermedad comenzaba con síntomas similares a los de la gripe y, si no se trataba, podía causar la muerte. Expertos del instituto Robert Koch calculaban que habría miles de víctimas en las próximas semanas y aconsejaban a la gente acudir al médico de inmediato si tenían fiebre.

—Después de estas medidas precautorias podréis ducharos y elegir ropa limpia; hoy hemos recibido nuevas donaciones, entre otras cosas zapatos abrigados, y hay espaguetis. Pero me temo que solo para vosotros los hombres. Patricia no entrará.

—¿Qué? —exclamó Noah. Estaba tan horrorizado que había olvidado por completo la advertencia de Oscar de no abrir la boca—. ¿Quiere echar a la pequeña otra vez al frío?

Si Simone se había sorprendido por el verdadero nivel de alemán de Noah, no dio muestras de ello.

—Para que conste —declaró—: yo no echo a nadie si todavía me quedan camas. Pero ella no querrá quedarse.

—Para que conste —dijo Noah, y sintió que se ponía tenso de ira al señalar a Patricia—, ¿ha mirado bien a la chica? Es incapaz de tomar sus propias decisiones.

—¿Ah, sí?

Simone salió de detrás del mostrador. Noah se dio cuenta entonces de que, al igual que Oscar, llevaba unos kilos de más en las caderas, lo que no le impidió acercarse a Patricia con pasos asombrosamente veloces y agarrar su mochila.

La apatía de la muchacha desapareció bruscamente.

—¿Lo ve? —dijo Simone con dificultad para hacerse oír por encima de los chillidos y gimoteos que había comenzado a emitir Patricia en cuanto había intentado abrir la cremallera de la bolsa.

«Dios mío, ¿qué guardará ahí?».

Noah obtuvo la respuesta antes de formular la pregunta.

—Los animales no están permitidos. —Simone señaló con la cabeza el reglamento interno colgado, dentro de una funda transparente, de una columna de hormigón en la recepción, justo debajo de una advertencia acerca de la higiene al lavarse las manos para evitar la propagación de enfermedades.

Entretanto, había logrado apartar los dedos de Patricia de la mochila lo suficiente para abrirla. Las drogas habían acabado con toda la resistencia de la muchacha.

Noah observó incrédulo la pequeña bola de pelo beige en la mochila. La cabeza del cachorro de perro no era mucho mayor que un melocotón.

—Os lo presento: este es *Toto*. Ayer ya quiso colarlo aquí, aunque, desde luego, no estaba tan colocada como hoy.

—Menos mal que no queríamos llamar la atención —murmuró Oscar, cuyas palabras se perdieron entre los gimoteos constantes de Patricia, que de todas formas habían bajado un poco de volumen desde que Simone había cerrado de nuevo la mochila dejando solamente una rendija de aire para *Toto*.

—De acuerdo, entiendo lo de los animales. No quieren que propaguen enfermedades...

—Exacto —lo interrumpió Simone mientras regresaba a su puesto detrás del mostrador. Entretanto, varios trabajadores de Cáritas, dos hombres y una joven en prácticas, se habían acercado al pasillo atraídos por el tumulto que les llegaba desde la recepción.

—Pero ¿no puede hacer una excepción?

—Por desgracia, no. Especialmente en días como hoy, en que a causa de la pandemia el Ministerio de Sanidad nos controla el doble o el triple.

—Sí, es una tragedia, pero no podemos hacer nada —dijo Oscar, e hizo amago, con ademán exagerado, de pasar por delante del mostrador en dirección a la consulta del médico, supuso Noah. Esta vez fue él quien lo sujetó del abrigo.

—Oh, sí, sí que podemos hacer algo. —Se volvió hacia Patricia, a quien le temblaba el labio inferior, a todas luces le costaba respirar y había cruzado de nuevo los brazos sobre la mochila.

Sin embargo, su mirada estaba menos vacía que antes. El miedo a perder lo único que aún le importaba en la vida la había aclarado incluso.

—¿Qué te propones? —preguntó Oscar, con tono de preocupación, cuando Noah se inclinó hacia la chica y trató de mirarla fijamente a los ojos.

Tres minutos más tarde Patricia se hallaba tumbada en la camilla de la enfermería del albergue, envuelta en gruesas mantas, mientras una enfermera le colocaba cuidadosamente un catéter para administrarle una solución electrolítica.

Y Noah estaba con Oscar a la intemperie de nuevo.

—No me lo creo. Esto no puede ser verdad. —Oscar caminaba sobre la nieve y a Noah, a pesar de tener las piernas mucho más largas, le costaba seguir el ritmo de su furioso y parlanchín compañero—. ¡No te he salvado la vida ni he compartido contigo todas mis provisiones, mi dinero y mi escondite, para que ahora la palmemos juntos en una tormenta de nieve!

Efectivamente, desde que habían salido del albergue algunos copos se habían mezclado con el viento helado que le azotaba la cara.

—No deberías haberme acompañado —repuso Noah desde su postura agazapada, con la cabeza gacha para ofrecer al viento la menor resistencia posible.

—¿No acompañarte? —Oscar se echó a reír histéricamente y se volvió hacia él—. En mi mundo no durarías ni diez minutos sin mí, joder... —Levantó las manos hacia el cielo como los creyentes que preguntan a su creador por qué les impone semejante carga—. Hace uno de tripas corazón, gasta todos sus ahorros en un desconocido, en medicamentos, esparadrapo y vendajes, a pesar de que el sentido común ya le avisa de que no puede significar nada bueno que alguien con un tiro en el cuerpo aparezca a sus pies. Que casi se pueden oler los problemas. Pero no quise escuchar a mi voz interior. «Oscar», me dije, «Oscar, tú mismo fuiste un fugitivo una vez. Quizás este tipo tenga los mismos problemas que tú. Quizá sea por fin el compañero que tan bien te vendría, al fin y al cabo ya no eres ningún crío, y la vida solitaria en la calle es cada vez más dura, ¿verdad?». —Se dio una palmada en la frente—. El día que te encontré en realidad no quería salir de mi escondrijo. Pero no conseguía pegar ojo, quería estirar un poco las piernas. Fue pura casualidad: normalmente el túnel cerrado no forma parte de mi paseo, de modo que pensé que el destino nos había reunido a propósito y que Dios recompensaría mi amor al prójimo. Y vaya si lo está haciendo. Y de qué manera, mierda. —Se detuvo, echó la cabeza hacia atrás y clamó al cielo—: Señor, estoy tan feliz de poder dormir al raso hoy. Por favor, haz que haga mucho frío y no calor como en el albergue, es mejor para la circulación, y dicen que las duchas calientes no son sanas para la piel.

Un hombre de negocios que se cruzó con ellos en la acera dirigió a los sin techo una mirada despectiva y siguió su camino sacudiendo la cabeza.

—No deberías haber venido —insistió Noah, y avanzó hacia Oscar, que se había puesto de nuevo en marcha. Dentro de la mochila, que al igual que Patricia también se había colocado sobre el pecho, sintió un ligero movimiento cuando *Toto* cambió de postura.

Oscar apretó los labios furioso y después señaló la mochila sobre el vientre de Noah.

—Llevarte al perro ha sido realmente el mayor disparate que podías cometer.

—¿Pero? —preguntó Noah a continuación, ya que Oscar había acabado en tono ascendente, como si quisiera añadir algo.

—Pero también me ha demostrado que no me equivoqué contigo.

—¿Quieres decir que soy una buena persona por ocuparme del animal?

—Tonterías. La mitad de los vagabundos lleva siempre auestas a su chuchito. Y es precisamente eso. —Se puso de nuevo en marcha y a Noah le costó entenderlo, porque Oscar hablaba ahora contra el viento y de espaldas a él.

—¿A qué te refieres? —preguntó insistente, haciendo esfuerzos por alcanzarlo.

—Me refiero a que no conozco a un solo vagabundo que haya confiado jamás su animal a un extraño. —Lanzó a Noah una mirada interrogativa con el rabillo del ojo—. ¿Cómo has conseguido que Patrix te diera su mochila?

Noah se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo le prometí que cuidaría bien de *Toto*.

Se acercaron a un puente y cruzaron un río congelado que según las señales se llamaba Spree. Como tantas veces, Noah no tenía ni idea de adónde lo llevaba Oscar, pero se había acostumbrado a la situación. Los últimos días había trotado tras él igual que un perro. Al principio apático, como en trance, y con el tiempo cada vez más desesperado. La realidad en la que había abierto los ojos le había parecido tan irreal como un mal sueño del que esperaba despertar en cualquier momento. Sin embargo, a medida que comprendía que ni su herida de bala ni Oscar ni el escondite subterráneo en el túnel que apestaba a polvo y a aceite lubricante resultarían ser alucinaciones, se vio paralizado por una fase de desconcierto. ¿Adónde debía ir? ¿Con quién debía hablar? ¿Era un fugitivo? ¿En realidad lo perseguían fuerzas oscuras, tal y como Oscar trataba de explicarle una y otra vez? ¿De verdad correría peligro si se dirigía a las autoridades o acudía a un hospital? ¿O el peligro que supuestamente lo amenazaba no era más que otra de las innumerables teorías conspiratorias que poblaban la excéntrica mente de aquella extraña persona de la que Noah apenas sabía más que de sí mismo? Únicamente sabía que en su día había sido médico, tal y como había admitido al preguntarle con insistencia por qué sabía tanto de heridas de bala, vendajes compresivos, antibióticos y dosis de analgésicos.

—Deberías pensarte bien tus próximos pasos —le había informado Oscar cuando la fiebre hubo remitido lo suficiente para que Noah se sentara por primera vez erguido en la tumbona de camping que durante dos semanas había hecho las veces de lecho de enfermo. Había querido ir a la Policía para averiguar si alguien estaba preocupado por él y había denunciado su desaparición, pero Oscar había abierto los ojos de par en par horrorizado.

—Yo lo dejaría estar.

—¿Y eso por qué?

—Alguien ha querido matarte, grandullón. A mí puedes descartarme

tranquilamente como asesino, si no no habría cuidado de ti hasta curarte. De manera que tienes que partir del hecho de que el asesino, sea quien sea, sigue tras de ti en este instante. Y probablemente eso solo sea la punta del iceberg. No tienes heridas en la cabeza, así que es probable que tu pérdida de memoria se deba a un trauma psicológico. Tu cerebro quiere reprimir algo horrible, algo espantoso. Y te está esperando ahí fuera. Mientras sigas aquí escondido estarás a salvo.

Noah había mirado alrededor desconcertado, observando el escondite del que hasta entonces no había salido ni una sola vez. Ni siquiera para hacer sus necesidades, de las que se había ocupado Oscar con una cuña y una botella con un embudo.

—¿Quiere eso decir que debo vivir aquí abajo contigo para siempre?

«¿En un trastero sin ventanas?».

Entonces Noah aún no sospechaba que no se encontraba en un sótano, sino en un cuartucho al final de un túnel ciego de metro, a diez metros bajo el suelo de Berlín. No había identificado los ruidos que se repetían con regularidad como el traqueteo de un tren de metro sobre su vía, sencillamente porque estaba demasiado ocupado resolviendo los demás acertijos. Además el escondite, en efecto, le proporcionaba una sensación de seguridad que no había querido cuestionar.

Oscar había hecho un gran esfuerzo por convertirlo en un lugar agradable. En tres de las cuatro paredes de hormigón había estanterías, colocadas por él mismo, cuyas tablas se combaban bajo el peso de incontables libros. Había también corriente eléctrica y un lavabo que funcionaba, junto a una maleta de cuero que descansaba sobre dos pilas de ladrillos y hacía las veces de escritorio.

Oscar sacaba el agua directamente de una tubería en la pared; la electricidad, de los cables de abastecimiento de los raíles, que recorrían el techo formando gruesos haces. En conjunto el cubículo recordaba a un garaje transformado en sala de ocio, cubierto con restos de alfombras de diferentes colores, con un televisor portátil atornillado a la pared (que funcionaba desde hacía dos años, desde que la red de cobertura móvil se había reforzado en el metro de Berlín, tal y como le había explicado Oscar), y una cama de canapé pequeña pero limpia, como la que uno esperaría ver más bien en una habitación infantil, junto a la cocina provisional, que consistía en un mechero Bunsen.

Era evidente que todos los muebles y objetos se habían sacado de la basura, reparado y limpiado, solamente parecía nueva la neverita que había debajo del lavabo, cuyo ventilador emitía un runrún ininterrumpido.

—Por supuesto que no tendrás que quedarte aquí para siempre —había dicho Oscar, deslizado la mirada por el escondrijo humilde aunque incluso agradable a su manera.

Lo único que le había molestado realmente a Noah del habitáculo era el calor

constante. Un enorme conducto de aire caliente recorría el suelo y hacía así las veces de sistema de calefacción, que funcionaba bien pero que no podía regularse. Noah había tenido la esperanza de acostumbrarse cuando su propia temperatura corporal bajara de los cuarenta grados, pero no lo había conseguido.

—Solo te quedarás hasta que hayas recuperado la memoria —había propuesto Oscar—. Hasta que no sepas cuál es el infierno que te espera, no deberías volver a él, ¿no crees? Y ¿qué puedes perder, aparte de tiempo? Si tu estado no mejora, siempre te queda la opción de correr el riesgo de acudir a la Policía.

Entonces Noah se había mostrado de acuerdo, si bien solo en apariencia. Estaba demasiado resignado y agotado para elaborar su propio plan. Su consentimiento para quedarse por el momento con Oscar y aceptar sus consejos solamente debía mantenerse hasta que hubiera reunido fuerzas suficientes para emprender de nuevo su propio camino, le llevara este a donde le llevara.

Hoy, dos semanas después de aquella conversación, sentía que el momento de la despedida no estaba lejos. En aquel instante decidió que sus caminos se separarían, al día siguiente a más tardar.

—¿Te ha dejado a *Toto* así sin más? —preguntó Oscar de nuevo. Ya habían cruzado el puente y la acera no estaba tan helada como el paso elevado, en el que apenas habían esparcido anticongelante.

—Sí.

—¿Ves? Precisamente por eso he cuidado de ti. No sé quién eres, pero sí sé qué eres.

—¿Y bien?

«¿Qué soy?».

Oscar se detuvo de nuevo, esta vez para atarse el cordón de un zapato. Al tener que quitarse los guantes para hacerlo, el aire helado hizo que se contrajeran sus dedos hinchados.

—Eres algo especial, Noah. Sí, sí. Ahórrate los comentarios, esto no es una declaración entre maricas. Es la verdad. —Levantó la mirada hacia él sin soltar el cordón—. Estás tan entrenado como un nadador poco antes de unos Juegos Olímpicos, tus manos nunca han trabajado duro, pero en el cuerpo tienes varias cicatrices. Cuando te haces el catre en el escondite, lo haces con tanta puntilliosidad como un soldado acostumbrado a recibir órdenes, y al mismo tiempo hay en tus ojos una triste melancolía que prácticamente le grita a uno: «Confía en mí. No te haré nada». Bueno, y por lo que parece, Patrix ha oído el grito de tus ojos y no ha podido resistirse a él. —Se incorporó y se puso los guantes de nuevo—. Y es evidente que yo tampoco puedo.

Un todoterreno aceleró por la carretera a velocidad excesiva e hizo sonar la bocina. Teniendo en cuenta que la hora punta del final de jornada aún no había

pasado, era sorprendente el poco movimiento que había, lo que probablemente no solo se debía al mal tiempo, sino también a esa ola de gripe de la que todo el mundo hablaba. Quien no tenía por qué salir de casa, se quedaba entre sus propias cuatro paredes.

—¿Falta mucho? —preguntó Noah, que comenzaba a preguntarse cómo era posible que el habitáculo de Oscar le hubiera parecido nunca demasiado caliente. Le estaban creciendo carámbanos diminutos en la barba, y añoraba las altísimas temperaturas del escondite que resecaaban las mucosas.

«Pero esta noche no podemos ir allí, porque la suma de las cifras no es la correcta», pensó, y no supo si reír o llorar. «Un amnésico y un paranoico de excursión».

—¿Adónde estamos yendo?

—Al Kempinski —respondió Oscar. Como Noah no reaccionó, lo miró enarcando las cejas—. No has pillado el chiste, ¿verdad?

—¿Es un hotel?

Oscar suspiró.

—Madre mía, poco a poco voy entendiendo por qué te dispararon. Sí, es un hotel. Pero las camas me resultan demasiado blandas, ya sabes; tengo problemas de espalda, así que mejor vayamos allí. —Señaló un letrero luminoso que, a lo lejos, anunciaba la existencia de una boca de metro.

Diez minutos más tarde estaban montando su campamento en la estación de Hansaplatz, una de las tres que la empresa de transportes de Berlín abría para los sin techo cuando la temperatura descendía de los tres grados bajo cero.

—Tres estaciones para todo Berlín —había dicho Oscar en tono de crítica al entrar en la estación, señalando a la gran cantidad de personas que se habían instalado junto a la pared de azulejos blancos para pasar la noche. Los lugares más codiciados, es decir aquellos que ofrecían la menor superficie de ataque a jóvenes borrachos y demás matones, hacía tiempo que estaban ocupados. Muchos de aquellos que ni siquiera habían acudido al refugio, o que habían sido rechazados por tenencia de alcohol o drogas, falta de espacio o algún otro motivo, estaban tumbados sobre cajas de cartón aplastadas, bolsas de plástico o sobre el suelo desnudo, hacían circular una botella o un tetrabrik o intentaban dormir un poco.

Después de buscar un rato, Noah y Oscar se habían hecho con un sitio en el pasillo lateral de un paso peatonal, algo apartado de la entrada; un pequeño nicho entre el quiosco de prensa y un chiringuito móvil, ambos ya cerrados.

—Si hubiera sabido desde el principio que esta noche te apetecería pasarla en un refugio de animales, habríamos venido aquí directamente y nos habríamos asegurado un sitio mejor —seguía gruñendo Oscar diez minutos después. En ese momento estaban cubriendo el suelo con los periódicos que el quiosquero no había vendido durante el día y que había colocado junto a su puesto para la recogida de papel reciclable.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —preguntó Noah al ver que su compañero no dejaba de protestar. Estaban tumbados lado a lado, Oscar junto a la pared. Al fin y al cabo allí hacía un calor agradable, en el nicho podían protegerse de la omnipresente corriente, y además los ruidos de las escaleras mecánicas y el vocerío de los borrachos llegaban muy amortiguados. Solo el neón deslumbrante sobre su cabeza le dificultaría considerablemente conciliar el sueño.

—Aquí no hay cámaras —repuso Oscar.

Noah lo miró con expresión interrogativa.

—¿Y?

—Y por eso nadie verá si alguien alborota por aquí. —Para demostrarlo señaló, junto a la papelera, un teléfono público medio destrozado cuyo auricular colgaba del cable—. Y nadie te ayudará si alguien quiere quitarte algo. —Hizo una pausa—. O prenderte fuego.

—¿Prenderme fuego?

Oscar chasqueó la lengua.

—No me preguntes por qué —dijo, lacónico—, pero por alguna razón ahora está de moda rociar con gasolina a vagabundos dormidos y... —Movi6 el pulgar como si estuviera encendiendo un mechero. A continuación se quit6 el gorro de lana y lo dobl6, al parecer para emplearlo como almohada—. Por eso hay tan poca gente en

esta zona. La mayoría tiene miedo, y es que a medianoche aquí se apagan las luces y entonces eres presa fácil. Pero de todas formas esto sigue siendo mejor que tener que dormir abajo, en el andén.

—¿Por qué? —preguntó Noah, que se disponía a abrir su mochila para comprobar cómo se encontraba *Toto*.

—Hoy es sábado. El fin de semana los críos siempre se vuelven locos. Especialmente los de buena familia. Solo en este mes ya han arrojado a dos de los nuestros a las vías, como prueba de valor. Lo triste es que han sobrevivido, no sé si sabes a qué me refiero. —Oscar se señaló las piernas e hizo con una mano ademán de serrar.

—Muy tranquilizador —murmuró Noah, abriendo la mochila. Sacó a *Toto* con suavidad; el perro tenía los ojos cerrados con fuerza y temblaba. En contraste con el sitio en que dormirían, que apestaba a orines, *Toto* olía como si estuviera recién bañado. Por suerte parecía que aún no se lo había hecho en la mochila—. Eh, pequeñajo. —Sostuvo al cachorro entre las manos. El pelo, bajo el que las costillas se marcaban igual que palillos, era cálido y agradable al tacto. Cuando hizo amago de tocarle la nariz, *Toto* trató de lamerle el dedo.

—Tiene sed —comentó Oscar.

Noah rebuscó en la mochila de Patricia y, debajo de un rollo de papel higiénico y un trapo que al cachorro le había servido de nido, encontró un cenicero de cristal y un botellín de plástico con la inscripción «leche de cachorro». Siguió hurgando y dio con una bolsa transparente que contenía lo que al parecer era pienso.

«Aunque te hubieses dado por vencida en lo que a ti misma se refiere, Patrix, siempre habrías querido cuidar del perro».

Noah vertió con cuidado un poco de leche en el cenicero después de frotar el interior de este con algo de saliva y papel de periódico, pero cuando colocó a *Toto* delante, el perro no dio señal alguna de querer beber. No obstante cuando Noah humedeció su dedo meñique y dejó caer algunas gotas sobre su hocico, el cachorro no solo sacó la lengua, sino que abrió un ojo.

—Lo separaron de su madre demasiado pronto —afirmó Oscar mientras desplegaba sobre sí la edición del viernes de un periódico de gran formato—. Seguro que en el mercadillo polaco o así. Sin vacunas, así que con parásitos y a saber qué más. —Suspiró como alguien que sabe perfectamente que, de todos modos, por mucho que quisiera no podría cambiar el curso de las cosas—. Será mejor que durmamos por turnos —añadió cambiando de tema, y volviéndose hacia la pared no dejó lugar a dudas de quién sería el primero—. Y no me despiertes —gruñó—. Acabo de dar cuerda a mi reloj interno. Despertaré yo solo dentro de dos horas.

Noah quiso protestar, pero *Toto* requería toda su atención y chupaba con vehemencia su dedo pidiendo más leche.

—Sí, sí. Está bien.

Lo intentó de nuevo con el cenicero, y esta vez el cachorro sacó fuerzas para beber un poco de él. Observar al animal colocarse ante el recipiente con cierta torpeza pero con decisión y sorber el líquido, primero lentamente y después con creciente avidez, tenía algo de tranquilizador. Por primera vez en mucho tiempo Noah sentía que su permanente tensión interna quería ceder, precisamente allí, en el suelo de una estación de metro. Recordó las temperaturas gélidas y la cantidad de personas haciendo cola en la Franklinstraße. La mera posibilidad de que algunas de ellas aún estuviesen allí fuera le provocó escalofríos.

Oscar no le había hablado mucho de sí mismo ni de su pasado, solo que había elegido voluntariamente vivir en la calle. En vista de su situación inhumana, era incapaz de entenderlo.

—¿Por qué vives así? —le preguntó Noah, como ya había hecho varias veces desde que los reuniera el destino.

—Es una larga historia —respondió Oscar—. Y ahora déjame dormir, ¿vale?

—¿Tiene algo que ver con la mujer?

—¿Con qué mujer? —graznó Oscar, que ahora se vio obligado a volverse hacia Noah entre fuertes crujidos de papel de periódico. Tenía las orejas rojas, como si lo hubieran sorprendido mintiendo.

—La de la foto que llevas siempre contigo.

Noah señaló el cuello de su compañero. En aquel momento la cadena plateada estaba tapada por el cuello del jersey, y el medallón que colgaba de ella tampoco se veía.

A Oscar se le encendieron las mejillas.

—¿Has estado fisgando, miserable...?

—Todas las noches, antes de dormir, abres el amuleto y le das un beso —lo interrumpió Noah—. No hace falta ser ningún Sherlock para figurarse qué significa ese ritual.

En cuanto pronunció esas palabras, se preguntó por qué almacenaba en la mente tantos nombres ficticios de personajes de novelas y en cambio el suyo no. Pero quizás Oscar no solo era médico sino también psiquiatra y pudiera explicarle algún día ese fenómeno de la medicina.

Para ello, sin embargo, ese animal testarudo tendría que revelar de una vez por todas algo más sobre sí mismo.

«Hablando de animales...».

Toto levantó en ese momento la cabeza del cuenco y se sacudió como si acabara de darse un baño en el lago.

—¿Qué, no tienes más hambre?

—Eso es. Mejor ocúpate del chucho y a mí déjame en paz —bufó Oscar, y se

volvió de nuevo hacia la pared, obviamente contento de dejar la conversación en aquel punto.

Noah quiso replicar, pero entonces *Toto* hizo amagos de querer alejarse del campamento, así que lo levantó de nuevo, lo acarició bajo la diminuta barbilla y lo colocó sobre su vientre. El violento latido del corazón del cachorro se sentía incluso a través de su gruesa chaqueta. *Toto* parecía estar percibiendo conscientemente por primera vez a su nuevo dueño y lo miraba fijamente con los ojos abiertos de par en par. Parecía sorprendido pero satisfecho, al contrario que Noah, a quien pronto le gruñó el estómago.

«No me extraña».

Lo último que habían comido era el *döner* que habían comprado con parte del dinero obtenido recogiendo botellas y que habían compartido. Noah pensó un instante si debía pedirle un euro más a Oscar, que administraba su dinero, para sacar algo de una máquina. Pero dudaba de que Oscar reaccionara si le hablaba de nuevo. Además no quería espantar al cálido ovillo que tenía sobre su vientre. Finalmente se sorprendió a sí mismo sosteniendo la mano ante la boca por un bostezo.

Maldita sea.

«El gordo apenas se ha dormido y yo ya estoy cayendo».

—¿Y ahora qué? —le preguntó a *Toto* como si este supiera cuál era la mejor manera de mantenerse despierto. Cogió el periódico que había preparado para taparse más tarde—. ¿Te leo algo?

Toto respiró sonoramente y apoyó la cabeza sobre ambas patas.

—Lo tomaré como un sí. —Abrió la primera página—. ¿Te interesa la política?

Oscar gruñó malhumorado junto a él y Noah comenzó a leer el primer titular en susurros:

Los ministros de Sanidad europeos deliberan sobre la gripe de Manila. Los ministros de Sanidad de siete países europeos se reunirán en Bruselas la próxima semana para discutir la mejor manera de enfrentarse a la pandemia...

Toto bostezó y al mismo tiempo se desperezó como un gato sobre la tripa de Noah.

—Vale, vale. Aburrido. Lo he entendido. Así que nada de política. ¿Mejor deportes?

Siguió hojeando, pero ninguna de las noticias le llamó la atención. Casi toda la información giraba en torno al fútbol, una disciplina a la que probablemente no había sido aficionado en su vida anterior.

—Ja, pero esto sí que suena interesante, pequeñín. —Entretanto había llegado a la sección «Alemania y el mundo».

Noah apretó la barbilla contra el pecho y miró al cachorro directamente a sus grandes ojos oscuros, antes de carraspear y continuar leyendo:

«El millón está preparado, pero ¡nadie lo quiere!». Esto es lo que explicó el redactor jefe del *New York News* a los desconcertados periodistas en una rueda de prensa convocada el domingo. Su periódico, y con él medio Internet, busca intensamente desde hace semanas al autor de una pintura abstracta que se envió al *New York News*. La pregunta se plantea en anuncios a toda página e incluso en carteles por la ciudad: «Se busca artista. ¿Quién ha pintado esto?».

A principios de año llegó a la oficina de cartas al director un paquete en un tubo sin remitente. Contenía algo que a primera vista parecía un inocente dibujo infantil, titulado *El arroyo del este*. Como al redactor jefe le pareció «una pena tirar» la imagen laminada, asombrosamente valiosa, la hizo enmarcar y la colgó en su vestíbulo, donde pasó un tiempo inadvertida. Hasta que Matthew Springfields, un conocido e influyente crítico de arte, descubrió la obra por casualidad mientras esperaba a una entrevista. «Los colores superpuestos, la distribución de los campos opuestos dan lugar a una luz tan radiante y al mismo tiempo difusa, que por un momento creí estar ante una obra temprana de un joven Mark Rothko».

Springfields entregó el cuadro a algunos expertos en arte independientes para que lo valoraran, de los cuales dos también llegaron a la conclusión de que el autor de aquella «obra maestra del color *field painting*» debía de ser un artista de gran talento desconocido hasta entonces. Un galerista de Miami tasó incluso el valor del cuadro en más de un millón de dólares, lo que provocó que...

Noah levantó brevemente la cabeza para observar a *Toto*. Sonriendo, comprobó que el cachorro se había quedado plácidamente dormido sobre su pecho, por lo que terminó de leer el artículo en silencio.

... importantes galeristas y agentes comenzaran a pujar con anticipos cada vez más elevados en caso de que el artista diera señales de vida.

Pero todos los llamamientos se perdieron sin respuesta. Parece que el autor desea permanecer en el anonimato.

Y entretanto no es solo Estados Unidos, sino que el mundo occidental al completo busca en Internet al artista al que le espera un contrato de un millón de euros, y todos se preguntan: «¿QUIÉN HA PINTADO ESTO?».

Con curiosidad por saber de qué imagen se trataría, Noah pasó a la siguiente

página, en la que se mostraba la obra en un recuadro a media página.

En cuanto le dio el primer vistazo se le secó la boca. Oyó un chasquido en los oídos y de pronto lo vio todo negro. En su interior oyó un grito. Agudo y vibrante como si la persona que lo emitía estuviera sentada en el vagón de un tren fantasma que se precipitara inesperadamente al vacío.

Oyó el traqueteo de las ruedas sobre las vías, sintió el viento en contra en su rostro y las imágenes lo asaltaron como personajes de los recovecos de una casa del terror.

Una habitación.

Voces.

Voces infantiles.

«¿Puedo quedármelo?», preguntaba un chico.

«¿Para qué?».

«Me gusta».

Noah vio la espalda de un chico, de no más de doce o trece años, que metía algo en una maleta. De pronto la imagen cambió. El chico desapareció. Y con él la habitación. Ahora veía...

... a un hombre sobre una alfombra clara. Justo delante de una chimenea. Inmóvil.

Y entonces la mancha. Tan roja. Justo debajo de su cabeza.

Alguien extendía una mano hacia él. Para tocarlo, para... darle la vuelta.

El grito agudo en sus oídos cambió, se oscureció. Se hizo más fuerte.

Tan fuerte que Noah tuvo problemas para concentrarse en los recuerdos que de nuevo amenazaban con desvanecerse.

Buscó la fuente del ruido y volvió la cabeza en la dirección de la que suponía que procedía el chillido.

Sin embargo, cuando abrió los ojos, oyó los ladridos de *Toto* y vio a Oscar arrodillado ante él gesticulando violentamente, Noah se fue dando cuenta poco a poco de que había sido él mismo quien había gritado con todas sus fuerzas pidiendo ayuda mientras viajaba en el tren fantasma a toda velocidad hacia el sótano de sus recuerdos.

Nueva York, EE.UU.

Aquel día Celine tuvo que aprender que en la vida a veces no hace falta más que un «hummm» prácticamente inaudible para expresar toda la felicidad de un alma humana.

—¿Qué sucede? —preguntó temerosa.

Se incorporó apoyándose sobre el codo y trató de ver mejor la pantalla. Al parecer el doctor Malcom solo tenía en su consulta las últimas novedades técnicas. «Se parece a mi padre obeso, siempre está mal afeitado, y me pregunto cómo puede ver nada ahí abajo con esas gafas de culo de vaso», había descrito su amiga Janet al doctor Malcom. «Pero tiene manos pequeñas, lo que es más bien una ventaja para un ginecólogo. Y tiene un ultrasonido de alta tecnología genial en el que se ve hasta el último detalle, de verdad te lo recomiendo».

En lo que respectaba al aspecto descuidado del doctor, Janet tenía razón. Pero había descrito el ultrasonido de forma demasiado prometedora. Por mucho que Celine se esforzara, no era capaz de ver en la pantalla más que turbios paisajes lunares.

En las ecografías anteriores siempre había asentido con amabilidad cuando el doctor Malcom le señalaba algo.

—¿Ve usted los pies?

—Sí, claro.

—Y aquí está la cabeza.

—¿Ah, sí?

Solamente una cosa había sido inequívoca: el corazón. No necesitaba ver más. Aquel pequeño granito parpadeante le parecía más vivo que todo lo que hubiera visto jamás.

Cuando había visto por primera vez aquella cosa palpitante se había sentido feliz. A pesar de que hacía un mes que su novio y ella no cruzaban una sola palabra. A pesar de que su contrato en el *New York News* se acababa en dos semanas y de que el redactor jefe hubiera cancelado hasta entonces todas las citas en las que se hubiera podido discutir una posible renovación, por lo que podía dar por sentado que pronto no solo estaría embarazada, sino también en el paro. Celine Henderson era feliz, incluso aunque pronto tuviera que dejar su maravillosa y barata habitación de dos mil dólares en Greenwich Village y mudarse de nuevo con sus padres a Nueva Jersey. Eso sería lo mejor para el Puntito, como había bautizado a la vida que comenzaba en su vientre.

Se apartó un mechón de su desafortunado corte escalonado de la frente y miró fijamente la pantalla del ultrasonido. En la peluquería el «corte de entretiempo de

cuidado fácil» aún había presentado un aspecto muy decente. Pero era cierto que el peluquero había tardado una eternidad en peinar su pelo rubio oscuro de manera que enmarcara su rostro ovalado como una cofia. Desde el primer lavado ya no parecía una «audaz estrella de Hollywood» (palabras textuales del «estilista»), sino aquello que era: una embarazada abandonada que había querido dar un empujón a su autoestima con un nuevo corte de pelo.

Había sido un fracaso rotundo pero irrelevante; la mayor parte de su vida no tenía ya importancia alguna ahora que el doctor Malcom había dicho «humm» y no quería mirarla a los ojos.

«¿Qué sucede, doctor?», era lo que Celine no se atrevía a preguntar.

Ya llevaba 11 más 5, así que estaba en la duodécima semana.

«Ya puedo estar tranquila, ¿no?».

Eso le habían dicho todos. A partir de la duodécima semana el riesgo de un aborto natural disminuía. No es que hubiera tenido miedo. Con veintinueve años no era una madre tardía, y venía de una familia de muchos niños. Al parecer su madre se había quedado embarazada de ella a pesar de que estaba tomando la píldora y de que su padre había utilizado un condón. «Ni siquiera estoy seguro de que tuviéramos sexo», bromeaba su padre Ed en referencia al nombre de su esposa Maria. Y sus dos hermanas mayores tampoco habían perdido el tiempo con la descendencia. Lucile tenía un niño de dos años y Emily había dado a luz a gemelos.

«Y yo seré la siguiente que haga crecer el árbol genealógico familiar».

Durante dos minutos había estado segura de ello, pero entonces el doctor Malcom había gruñido elocuentemente y desde entonces miraba fijamente la pantalla con el ceño fruncido mientras movía el cabezal sobre su vientre en todas las direcciones.

No era posible determinar sin equivocarse el sexo tan pronto, y aunque así fuera no habría querido saberlo. Fuera niño o niña, su mundo cambiaría para mejor una vez que el bebé hubiera nacido. No es que su futuro fuera de color de rosa. Estaba claro que todo sería difícil siendo madre soltera. Aún estaba enfadada con Steven, que al ver el resultado positivo de la prueba de embarazo se había echado a llorar muy en serio, y no de alegría precisamente. De todas formas estaba todavía más enfadada consigo misma por haberse engañado a sí misma con Steven. Eran demasiado diferentes para que de su relación superficial hubiera surgido algo estable. Lo cierto es que era alto, musculoso, encantador y más comprensivo que la mayoría de los que habían intentado ligar con ella en un bar. Pero entre ellos nunca había habido nada parecido a la química o la magia, quizá porque Steven no tenía secretos en su interior que hubiera que descubrir. Su currículum estaba programado: primero socio júnior en un bufete de Wall Street, después fiscal del Estado, cargo para el que sería reelegido año tras año gracias a su marcado aspecto de Yale. Esto estaba tan decidido como el hecho de que viviría en una casa de campo con valla blanca, garaje doble y césped de

campo de golf ante la entrada flanqueada por columnas, fuera de la ciudad, con los 1.4 hijos previstos por las estadísticas que seguro que en algún momento querría tener, pero aún no. El hecho de que ahora su mala conciencia pareciera torturarlo no cambiaba nada. Desde hacía apenas tres semanas un remitente anónimo le enviaba en intervalos irregulares hermosas flores a la oficina que solo podían venir de él. Sin embargo, ni las rosas ni las orquídeas harían que se pusiera de nuevo en contacto con él para discutir otra vez sobre el «momento» adecuado, como si el nacimiento de un niño fuera una cita en el calendario de Outlook. Solo le había sorprendido que los envíos de flores no hubieran cesado el día en que se había cumplido el plazo para abortar de forma legal.

Celine sabía que un hijo la haría feliz, sin importar cuándo. Y en efecto ya había descubierto su vida desde una perspectiva completamente nueva. Y con eso no solo se refería a su baño, en el que se había arrodillado frente a la taza del váter durante las primeras semanas.

—Tendrían que sacarte sangre y venderla —había comentado su compañero de piso Adrian tras haber tenido que esperar de nuevo media hora delante del baño compartido, para después ver cómo ella abría con una sonrisa en la cara la puerta tras la que acababa de estar vomitando con fuerza—. Vomitas hasta las entrañas y a pesar de todo estás de buen humor. Conozco a chicos en la universidad que pagarían una fortuna a su camello por la sustancia que lo provocara.

«En fin, no sé qué hormonas de la felicidad contenía hasta ahora mi sangre, pero en este momento han desaparecido». Celine carraspeó.

—¿Hay algún problema?

La pregunta para la que no quería oír respuesta alguna ya estaba en el aire.

El doctor Malcom alzó la mirada. Las arrugas de preocupación no desaparecían de su frente. Se quitó las gafas.

—Acabo de examinar el pliegue nocal.

«¿Pliegue nocal?».

Maldita sea, recordaba vagamente haber leído sobre ello en alguna de las innumerables guías que su familia había descargado en su casa con la mejor intención. Con las ediciones de *Tu bebé y tú*, *Cuidado, que llego* o *Los cambios que vivirás* podría llenar las estanterías de toda una tienda de Ikea. Pero con los libros sobre bebés pasaba lo mismo que con los amigos de Facebook. Cuantos más tenía, menos atención prestaba a cada uno de ellos.

A veces se preguntaba si era una mala madre por no leer cada día lo que estaba sucediendo con exactitud en su cuerpo. Sin embargo, los datos de altura y peso más bien la atemorizaban, ya que, además de acudir regularmente a las revisiones, ¿qué demonios podría hacer si su Puntito era demasiado pequeño o no estaba en la posición correcta? Si ni siquiera los consejos para las náuseas matutinas habían

funcionado, ¿qué le aportaría saber qué cantidad de líquido amniótico estaba dentro de lo normal?

Bien, en la puerta del frigorífico había ahora una nota con todo lo que era preferible que evitara. Pero ¿qué embarazada en su sano juicio se encendería un cigarrillo, se prepararía un *gin-tonic* para desayunar y combatiría los dolores con un envase familiar de paracetamol?

Celine intentaba alimentarse de modo equilibrado, renunciaba al café, al embutido crudo y al sushi, lo que no le suponía demasiado esfuerzo teniendo en cuenta que de todas formas apenas lograba retener nada en el estómago y solo tenía apetito muy de vez en cuando. Y un vistazo a las concurridas calles de Nueva York era la mejor prueba de que desde hacía millones de años la humanidad había logrado contribuir a la superpoblación del planeta sin instrucciones por escrito. Celine confiaba sencillamente en que las madres sabían por intuición qué era lo mejor para sus hijos.

Sin embargo, hoy renegaba de sí misma por haber leído solo por encima el capítulo sobre *Métodos de diagnóstico prenatal* de su libro de consulta.

—Mediante la acumulación de líquido en la zona de la nuca podemos estimar el riesgo de alteraciones en el desarrollo —le explicó el doctor Malcom con voz tranquila. Para Celine no habría habido ninguna diferencia si le hubiera gritado. En su cabeza resonaban unas únicas palabras: «alteraciones en el desarrollo».

—¿Y? —graznó con voz ahogada.

—He medido una translucencia de 3.9.

—¿Y eso es malo?

—No tiene por qué. Hasta una TN 2.5 es inapreciable. Siempre que el resultado esté por encima debemos aclarar la sospecha de anomalías cromosómicas.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—¿Puede dejarse de numeritos y palabrería técnica?

—Sí, disculpe. —Carraspeó—. Con un resultado como el que veo aquí existe la posibilidad de una trisomía. Perdona, pero es que no puedo explicarlo sin algún tecnicismo. Seguro que ha oído hablar alguna vez del síndrome de Down.

«Se refiere a los niños de caras redondas a los que tanto les gusta sonreír y hablar como si fueran sordomudos, y a los que la gente sana a menudo llama despectivamente mongólicos».

Celine asintió con lágrimas en los ojos. Tópicos como «discapacitado psíquico», «retrasado» y «mongolo» resonaban en su cabeza sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Había visto reportajes sobre personas con esta enfermedad; su propio periódico había iniciado una vez una campaña de donación para financiar la operación de corazón de un niño con síndrome de Down cuyos padres no podían

permitírsela.

—No me mire tan horrorizada, Celine. El diagnóstico no es ni mucho menos definitivo. Debemos hacer más pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Una amniocentesis, por ejemplo, pero no la recomiendo hasta la semana catorce del embarazo; antes de eso el riesgo de aborto es demasiado alto, así que tendremos que esperar un poco.

—¿No hay nada que pueda hacer ahora mismo?

—Sí que lo hay. Le sacaré sangre —respondió el médico y le enumeró toda una serie de pruebas, mencionó números, explicó anomalías y finalmente le dio la tarjeta de un colega de diagnóstico prenatal al que quería enviarla.

Celine escuchaba sin retener mucho de lo que se decía.

Se sentía como una bolita de *pinball*. Un poder invisible jugaba con su destino y la llevaba de una esquina a otra. En pocas semanas su vida había dado dos vuelcos completos. El primero, cuando se enteró del milagro que crecía en su interior. Y ahora, cuando poco a poco se filtraba en su mente la idea de que era probable que su hijo se convirtiera en un enfermo dependiente para toda su vida.

Había entrado en la consulta del doctor Malcom alegre e ilusionada. Ahora se despedía del ginecólogo preocupada y envuelta en una nube de pensamientos oscuros.

«Mi bebé está enfermo».

Cuando la corriente cálida de la salida del climatizador la empujó al frío de la Séptima Avenida, estaba segura de que el día no podía empeorar.

En ese momento le sonó el teléfono.

—De modo que ya se te ha fundido el último plomo. —La voz de Oscar retumbaba en las baldosas de la pared y se amplificaba en el paso subterráneo. Miraba a Noah como si este se acabara de desnudar y se hubiera frotado con el pienso de *Toto*, al tiempo que se llevaba un dedo a la sien y lo hacía girar—. ¿Es que has perdido la razón?

«No. Al contrario. Creo que he recuperado parte de ella».

Noah apretó con más fuerza contra su oreja el auricular del teléfono público que, a pesar de su aspecto estropeado, aún funcionaba a la perfección. Oscar trataba de alcanzar el aparato, probablemente para apretar el interruptor y cortar la conexión, pero Noah protegía el teléfono con su cuerpo como un jugador de baloncesto defendiendo la posesión del balón.

—¡Cuelga!

Noah, que aún estaba asombrado de que su compañero le hubiera entregado sus ahorros (posiblemente porque aún estaba demasiado asustado por su súbito estallido de gritos histéricos para no hacerlo), sacudió la cabeza y trató de concentrarse en la conversación.

—¿Hola? ¿Sigue ahí? —oyó preguntar a la mujer al otro lado de la línea, que había tardado media eternidad en contestar y se había presentado como Celine Henderson, del *New York News*.

—Llamo por el cuadro —dijo Noah en voz baja.

—¿Cómo dice? Disculpe, he desviado las llamadas de mi teléfono de la redacción a mi móvil. Me temo que la conexión no es muy buena.

De fondo los coches pitaban, el ruido de la actividad en la calle interfería en la línea; los sonidos eran diferentes a los que estaba acostumbrado en Berlín y le resultaron extrañamente familiares.

—¿Podría repetirlo, por favor? —preguntó la joven periodista. Si no se equivocaba, sonaba preocupada y ligeramente ausente, como alguien que en ese momento estuviera ocupado con otro problema y en realidad no tuviera tiempo de hablar por teléfono.

—Yo, eh... —Noah miró fijamente la página de periódico arrugada en su mano, que había leído antes de que su memoria abriera una válvula y un aluvión de recuerdos inundaran su cabeza.

«¿Quién ha pintado esto?».

—Se trata del artista al que buscan. Había que llamar a su redacción si se sabía de quién era el cuadro.

Su mirada recayó sobre el largo número impreso al final del artículo con el aviso «Llame si tiene información al respecto», como si en lugar de a un pintor buscaran a

un ladrón de bancos o a un terrorista.

—¿Conoce al autor?

La preocupación había desaparecido de la voz de Celine. Ahora ya solo sonaba agotada.

—Sí —asintió Noah y cerró los ojos—. Soy yo.

Silencio. Nada más que ruidos en la línea. Oscar abrió los ojos como platos junto a él.

—Así que quiere el millón —respondió Celine un rato después con un fuerte suspiro.

—No, yo...

«... solo acabo de ver los colores, ese azul que se transforma en un rojo pálido, y he tenido algo parecido a un brote de memoria, y por eso estoy bastante seguro de que tengo algo que ver con el artista al que buscan».

—Lo siento, la campaña ha terminado.

«¿La campaña?».

—No sé nada de ninguna campaña. Solo sé que he pintado ese cuadro... — prosiguió Noah y cometió el error de hacer una pausa, que la redactora aprovechó para abreviar la conversación.

—Está bien, señor Treintayunmildoscientosdoce, entonces hágame un favor y dígame lo que hay en el reverso del cuadro.

«¿Reverso?».

Noah tragó saliva y de pronto se sintió completamente desfallecido.

—No sé de qué habla.

—¿Y por qué no me sorprende? Pero arriba ese ánimo, los treinta y un mil doscientos once que llamaron antes que usted tampoco lo sabían.

—¿Desde dónde se envió el paquete? —trató Noah de evitar que Celine colgara con una última pregunta.

—Como en realidad debería saber usted, el envío no estaba franqueado, alguien tuvo que dejarlo personalmente delante de nuestra puerta, señor..., humm, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

Noah miró por primera vez desde hacía un buen rato a Oscar, que le había arrancado el artículo de la mano y lo estudiaba sacudiendo la cabeza.

—No lo sé —dijo Noah en voz baja.

—¿Perdone?

—No sé cómo me llamo.

Celine Henderson se echó a reír, sin malicia ni desprecio, sino sinceramente divertida. Ahora casi parecía agradecida de que la llamada hubiera interrumpido su día.

—Esto mejora por momentos. ¿No sabe cómo se llama, pero está seguro de haber

pintado este cuadro?

—Creo que sí, así es.

—Bien, en otra vida tendría más paciencia con usted, pero hoy...

Se oyó un pitido en la línea y resultaba difícil entender a Celine. Una voz de ordenador femenina pidió a Noah que introdujera más monedas, algo que él no podía hacer.

—Me llaman Noah —exclamó precipitadamente siguiendo un impulso que ni siquiera él mismo podía explicarse, después solamente oyó un tono penetrante.

—¡No lo dirás en serio! —vociferó Oscar desde su lado sacudiendo el artículo de periódico en la mano.

Noah se encogió de hombros y miró a *Toto*, que se había acurrucado sobre la mochila y dormitaba plácidamente.

—Sé que suena extraño. Pero esos colores de ahí —cogió de nuevo el artículo— son como una llave. Encajan con la cerradura de mi cabeza. En cuanto los he visto...

—... se ha abierto una puerta dentro de ti y has chillado como si te persiguiera el diablo, sí, sí, de eso ya me he enterado; todavía me están vibrando los tímpanos. Dime, ¿te das cuenta de que acabas de ventilarte todos nuestros ingresos del día?

Oscar golpeó el teléfono público con la mano abierta, y despertó a *Toto* de un susto.

—Lo sien...

—Siete euros con noventa. Perdidos. Han volado. Se han esfumado, desvanecido en el aire. Finito, cero. Y todo por un estúpido truco de relaciones públicas de un periódico todavía más estúpido.

Su compañero temblaba de ira.

—No es ningún truco de relaciones públicas.

—No, claro que no. Déjame adivinar, solo tenemos que esperar aquí diez minutos y entonces aparecerá alguien con un maletín y te dará el millón. ¿Cómo lo has pedido? ¿En billetes grandes o pequeños? —Oscar hizo un ademán de desprecio con la mano y se volvió—. Siete euros con noventa —murmuró mientras se agachaba y recogía de nuevo el periódico para taparse con él—. Por un dibujo sobre el que parece que un niño haya volcado su caja de pinturas. Arte moderno, vaya tontería. Esas cosas las pintan chiflados en terapia. Bueno, por lo menos ahora sabemos de dónde vienes.

—¿A qué te refieres?

Oscar levantó la mirada hacia Noah, que aún estaba junto al teléfono.

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué debería darme cuenta?

—Tu alemán es aceptable, pero hablas inglés como una ametralladora.

—¿Inglés? —Noah parpadeó como si se le hubiera metido algo en los ojos.

—Sí. Con acento americano. Me apuesto lo que sea a que eres estadounidense.

Noah se quedó de piedra, únicamente sus ojos siguieron moviéndose. Miró de reojo hacia arriba, al techo, hacia abajo, al suelo, a Oscar, a *Toto* y de nuevo al teléfono, como si quisiera escanear una imagen en tres dimensiones de todo lo que le rodeaba.

«Efectivamente».

Ahora que Oscar lo había dicho, se dio cuenta de que con la redactora había hablado en un idioma diferente que con él. Y no solo hablado.

«¡He pensado en ese idioma!».

—No te quedes ahí como un pasmarote. Tú no has pintado esta chorrada. El reportaje solo ha despertado recuerdos de tu lugar de origen. Nada más y nada menos. Pero de eso podemos hablar mañana tranquilamente. La noche es corta, a las cinco vienen los de la limpieza, y entonces...

Oscar no llegó a terminar la frase. Un penetrante timbrado lo sobresaltó, al igual que a Noah y a *Toto*, cuyos ladridos agudos se mezclaron con el sonido del teléfono.

Noah se volvió y miró el teléfono en la pared como hipnotizado. Después del cuarto timbrado descolgó.

La mujer ya no sonaba divertida, y parecía todo menos ausente.

—¿Cómo acaba de decir que lo llaman?

—Noah.

Apenas pronunció la palabra, sintió como si su garganta se cerrara. A Celine Henderson pareció sucederle lo mismo cuando formuló la siguiente pregunta:

—¿Dónde podemos recogerlo?

Celine bajó las escaleras del metro en la entrada de la calle Cincuenta y siete esquina con la Séptima Avenida en dirección al centro, y mientras hablaba por teléfono hurgó en su bolso buscando el billete. Los ojos le pesaban como si estuvieran llenos de las lágrimas que habría derramado ante la consulta del doctor Malcom si la llamada no se lo hubiera impedido.

—¿Berlín? —preguntó—. Supongo que no se refiere al pueblucho de siete mil quinientas almas en Nueva Jersey.

Había más de doce poblaciones en Estados Unidos cuyos fundadores habían sido lo bastante ocurrentes como para bautizarlas con el nombre del lugar del que cada uno de ellos procedía. Solo en el estado de Nueva York había dos de ellos. Sin embargo, seguro que no tenían el mismo prefijo que el número desde el que le llamaba el misterioso participante.

—Me refiero a Berlín, Alemania.

«Claro, ningún problema. Solo nos separa el Atlántico».

Celine atravesó la puerta giratoria y se desabrochó el abrigo. Como cada invierno en Nueva York, al viajar en el metro se experimentaba un cambio de temperatura tras otro. Apenas escapaba uno de la heladora temperatura exterior, se encontraba en el ambiente seco y sobrecalentado del andén, para montarse poco después en un vagón climatizado a diecisiete grados.

—¿Y no sabe cómo se llama?

Se apresuró hacia las escaleras mecánicas. A juzgar por los ruidos, el tren N estaba llegando en ese mismo momento.

—He perdido la memoria.

Celine sintió un hormigueo eléctrico en los antebrazos, como siempre que su subconsciente le indicaba que posiblemente tuviera una buena historia entre manos.

—¿En este momento se encuentra en un hospital o...?

Decidió no pronunciar las alternativas obvias: psiquiátrico, cárcel.

—Es una historia demasiado larga para una llamada internacional.

«Sí. Pero una buena historia».

Eso ya lo tenía claro. Durante dos semanas la campaña de búsqueda del artista anónimo había copado todos los medios de comunicación. En el *New York News* los responsables estaban de acuerdo en que la historia en el fondo no era más que un truco de relaciones públicas, en el que ni siquiera importaba si alguien se presentaba o no. Precisamente el hecho de que al final no se descubriera quién era el verdadero autor había convertido el asunto en algo espectacular, y había logrado también una ingente cantidad de publicidad gratuita. Pero entonces se había producido un accidente de avión en el Atlántico, ataques terroristas en Asia y por último el peligro

de pandemia, y los titulares nuevos y «más importantes» desviaron la atención del tema. Cuando en la reunión de la dirección se decidió suspender la búsqueda, nadie pareció triste por tener que pagar el millón a un chiflado cualquiera del que se podría decir con una probabilidad cercana a la certeza que no se trataba del próximo Mark Rothko. De todas maneras Celine se había preguntado qué era lo que veían en aquel cuadro.

Cuando veía un cuadro que iba más allá de líneas y escalas de colores, solía saber apreciarlo. Al fin y al cabo Vincent van Gogh, Salvador Dalí, Leonardo da Vinci e incluso Picasso habían hecho algo más que lanzar una bolsa de pintura sobre un lienzo.

Pero ¿qué sabía ella de arte moderno?

Si de algo sabía era de sentimientos y emociones. De historias que hacían que el lector contuviera el aliento. Y a juzgar por el hormigueo eléctrico, que ya se extendía por todo el brazo, en ese momento se le presentaba una historia así envuelta en papel de regalo y con un lazo plateado: el pintor que habían buscado durante semanas resultaba ser un amnésico que se encontraba en Europa.

—¿Todavía me oye? —preguntó Celine. Oficialmente la cobertura bajo aquella parte de Manhattan estaba garantizada, pero nunca se sabía.

Mientras Noah confirmaba que la conexión aún era correcta, Celine se apretujó junto a una de las barras de sujeción entre un negro con enormes auriculares y un hombre de negocios mayor con un traje de mil rayas. El hombre del traje hablaba con toda seriedad por teléfono con su iPad, lo que confería un significado completamente nuevo a la comparación de un móvil con un ladrillo. Para ello necesitaba ambas manos, lo que no solo le daba un aspecto ridículo, sino que también provocó que el hombre perdiera el equilibrio al arrancar el metro y chocara contra Celine.

—¿Por qué me ha llamado de nuevo? —quiso saber su interlocutor.

—¿Por qué le llaman Noah? —replicó Celine, apartando al hombre de su lado.

Solo un puñado de personas conocían el nombre escrito a mano en el reverso del cuadro. El redactor jefe, el editor y ella misma.

«Y por supuesto el autor».

Los responsables del *New York News* habían hecho todo lo posible por mantener el círculo de iniciados lo más reducido posible. Naturalmente era posible que alguien hubiera pasado la información a algún amigo o conocido, pero era poco probable. Al fin y al cabo no bastaba con conocer el nombre, también había que demostrar ser capaz de haber pintado realmente aquel cuadro.

—Supongo que no tiene pasaporte ni dinero para viajar a Nueva York, ¿verdad?

—Correcto.

«Humm».

Celine repasó mentalmente sus opciones.

La campaña de relaciones públicas se había suspendido oficialmente, la línea directa de la campaña solo seguía activada gracias a la lentitud del departamento técnico; probablemente porque todo lo que tenía que ver con su puesto de trabajo no tenía ya ninguna prioridad desde que figuraba en la lista de trabajadores a los que se despediría.

Hacía solo dos semanas habría tenido presupuesto, e incluso la habrían dispensado, para volar personalmente a Europa. Ahora la historia se había enfriado y dudaba de que su jefe permitiera retomarla. Y si así fuera, seguro que no sería ella quien lo hiciera.

«Por otra parte, siento que este hombre esconde más que todos los demás chiflados que me han llamado hasta ahora».

Sonaba sincero, pero naturalmente no podía fiarse de eso. Así lo había aprendido sobre todo de su ex, a quien Celine había creído cada palabra acerca de la fidelidad y la confianza, hasta que había tenido que demostrarlo.

El tren frenó en la estación de la calle Cuarenta y nueve.

—¿Puedo localizarlo siempre en este número, Noah?

—Solo hasta las cinco de la mañana, es cuando llegan los de la limpieza.

—¿Quiénes?

—Los que limpian la estación de metro.

—¿Duerme en una estación de metro?

«En fin, todo cuadra».

Celine abrió paso a una madre con su bebé y se le hizo un nudo en la garganta. Por un momento, al ver al bebé dormitar plácidamente en el canguro, estuvo tentada de colgar y retomar lo que había dejado delante de la consulta del doctor Malcom: llorar. Pero ¿qué cambiaría eso? Debía esperar a los análisis de sangre, contar los días hasta que pudiera realizarse la amniocentesis. Horas interminables que podía dedicar a cavilar, inquietarse y esperar llena de melancolía, o a distraerse.

—Espere un momento.

Tras asegurarse repetidas veces de que Noah no colgaría, marcó el número de su redactor jefe.

La conversación que tuvo con él fue breve, como era habitual, pero por una vez también fue constructiva. Por regla general Kevin Rood nunca tomaba decisiones espontáneas, especialmente aquellas relacionadas con gastos. Sin embargo, cuando se enteró del desarrollo de los acontecimientos, en absoluto reaccionó negativamente, como ella había esperado, sino que dio instrucciones inequívocas inmediatas que ella transmitió en el acto al vagabundo:

—¿En qué barrio de Berlín se encuentra en este momento, Noah?

Tuvo que repetir la pregunta porque el tren se detenía de nuevo y el aviso a gran volumen de las conexiones en Times Square hacía imposible cualquier tipo de

comunicación. Celine luchó en el andén contra la corriente de los que querían entrar y se dirigió a la salida de la calle Cuarenta y dos.

—Oscar dice que se llama Moabit.

—¿Quién es Oscar?

—Mi, eh... Es mi amigo —se escuchó decir Noah. Sonaba como si no estuviera al cien por cien seguro de ello.

—Pregúntele cuánto hay desde su paradero actual hasta la Puerta de Brandenburgo.

Se oyó un breve susurro y Noah volvió al teléfono con la información.

—Media hora a pie. Quizá cuarenta minutos.

—Bien, entonces póngase enseguida en camino.

—¿Adónde?

—Al hotel Adlon. En este instante se está reservando una habitación para usted allí.

Los Ángeles. EE.UU.

—Despreciados señores y señoras, sobrevalorados invitados, les doy la bienvenida a este duodécimo desayuno solidario para los niños necesitados de África; un lema tan falso como el público al que debo dirigirme hoy.

Jonathan Zaphire miró por encima de la montura de sus gafas de concha negras más allá de la tribuna hacia las treinta y dos mesas completas en el salón de baile del Ritz-Carlton.

La luz de los focos lo deslumbraba un poco, por lo que el hombre de setenta y un años que había sido en su día el más rico del mundo probablemente parecía aún más amargado que de costumbre, pero por lo que veía con sus cansados ojos, la mayoría de los asistentes sonreía. Solo había allí miembros de la supuesta alta sociedad y famosos conocidos en todo el mundo; políticos, mánagers, artistas y aristócratas de más de diez países.

Delante a la derecha, en primera fila, estaba sentado el ministro de Economía alemán con su mujer, justo al lado de un magnate de la comunicación ruso, que la semana anterior había comprado al equipo líder de la liga profesional de fútbol española. Zaphire descubrió a un multimillonario de Internet holandés a quien habían sentado junto a una estrella del rock estadounidense. Ninguno de los distinguidos invitados se sorprendió o quejó porque se hubiera dirigido a ellos de forma tan ofensiva. Ni la propietaria de la mayor emisora de radio de Francia ni el armador japonés. Ninguna interrupción indignada, nadie abandonó la sala. No esperaban menos.

Zaphire decía lo que pensaba y la gente lo adoraba por ello.

—En el siglo XIV existía una maravillosa práctica en la Iglesia católica —prosiguió su discurso, que como siempre hablaba libremente, sin mirar una sola vez sus notas—. El comercio con bulas. Si se había pecado, se echaba algo de dinero en el cepillo y ¡zas!, estaba uno exculpado. Cuando miro hoy a mi alrededor y veo a todos estos hombres obesos que acarician con autocomplacencia las manos de sus ridículamente jóvenes y famélicas esposas, tengo la impresión de que muchos de ustedes creen que esa mala costumbre de la Edad Media aún no ha sido abolida.

En lugar de murmullos ofendidos, Zaphire cosechó carcajadas.

«Vaya panda de degenerados».

—Están aquí sentados sobre sus amplias posaderas, atacan con su cuchillo de plata la chuleta, y con cada bocado esperan salir poco a poco de su purgatorio personal.

Zaphire sacudió la cabeza con desprecio. Su piel arrugada, que caía de sus mejillas y se curvaba sobre su mandíbula como la de un perro, se bamboleó con el movimiento. No era un hombre guapo, nunca lo había sido. Encorvado, achaparrado, orejas de soplillo y dientes torcidos. Cuando su primera mujer se había quedado embarazada de gemelos, él había dicho a sus amigos que regalaría a Dios la mitad de su por entonces joven empresa para que los niños no salieran a él. Al final no habían salido a nadie. Para la prensa local la noticia de la muerte de su mujer y de los bebés en el parto solo había merecido media columna. Por aquel entonces Zaphire no era tan importante como hoy. Y entonces jamás habría podido insultar de tal manera al público en sus discursos.

—Vosotros, hipócritas mojigatos y mentirosos, queréis comprar vuestra libertad. Pero tengo una mala noticia para todos los que estáis en la sala: habéis pagado los mil quinientos dólares del menú de seis platos en vano. Vuestros pecados no serán perdonados. Todos seguiréis siendo lo que sois: asesinos. Y algún día pagaréis por ello.

La primera vez que Zaphire reventó en una cena de gala siete años atrás, fue más o menos en este punto de su discurso solemne cuando le apagaron el micrófono. Hoy, después de que el vídeo del legendario ataque de rabia hubiera sido reproducido doscientos millones de veces en YouTube, el director de Fairgreen Pharmaceuticals disfrutaba del estatus de personaje de culto, y de permiso para hacer verdaderas locuras. Un hombre venerado por sus seguidores como una estrella del pop, sobre todo desde que había rechazado el premio Nobel de la Paz con las siguientes palabras: «Lo merezco tanto como Hitler».

Naturalmente también tenía enemigos. Enemigos poderosos.

En especial a los redactores jefe de los medios de comunicación serios les resultaba sospechoso que precisamente el jefe de la que había sido la mayor empresa farmacéutica del mundo interviniera de pronto en favor de los derechos humanos. Entonces nadie había creído que «el Buitre» (un apodo de los días en que «rondaba» a las empresas de la competencia en dificultades hasta que caían en la insolvencia y él podía adueñarse de ellas) realmente transferiría el noventa y cinco por ciento de su patrimonio a una fundación privada que llevaba el humilde nombre de «Worldsaver». Pero en efecto lo había hecho, muy a pesar de su tercera esposa Tiffany, de la que ya se había divorciado, que había contado con la mitad de los doscientos cuarenta y dos mil millones y ahora, con una asignación mensual de cuarenta y siete mil dólares, se veía casi en la cuneta.

Sin embargo, no había sido la renuncia a la mayor parte de su dinero lo que le había dado el (rechazado) premio Nobel (ya que con el cinco por ciento restante aún podía vivir lujosamente), ni tampoco la labor demostrable que llevaba a cabo la fundación Worldsaver con sus miles de millones. El reconocimiento, también por

parte de los medios, había alcanzado cotas estratosféricas cuando había transformado Fairgreen Pharmaceuticals en una sociedad sin ánimo de lucro que a partir de entonces había utilizado todas sus patentes para distribuir medicamentos a precio de coste entre los más pobres de los pobres en todo el mundo.

«Porque le debo al planeta compensar mis errores antes de morir», había hecho saber a un buen amigo suyo al que ya no dirigía la palabra por haber filtrado a la prensa dicha cita.

—Me gustaría presentarles a un joven —dijo Zaphire con su característica voz gangosa y arrogante, y la sala se oscureció. Un cañón proyectó una imagen azulada sobre la pantalla a sus espaldas—. No sé cuál es su nombre, pero yo le llamo Akin, que en su lengua materna africana significa algo así como luchador, guerrero u hombre valiente. Y desde luego Akin lo es, al contrario que ustedes: un hombre muy valiente.

La imagen se hizo más nítida, pero seguía sin haber mucho que ver en ella, solamente un punto negro sobre una superficie azul grisácea en movimiento.

—Estas imágenes de satélite cayeron en nuestras manos por casualidad.

El público rio, algunos aplaudieron. Era un secreto a voces que la fundación de Zaphire dedicaba parte de sus fondos a construir y mantener una red de vigilancia privada por satélite no autorizada. Worldsaver vigilaba las fronteras de zonas conflictivas de todo el mundo, como las de Sudán con Sudán del Sur, rico en petróleo, e informaba a la opinión pública de cualquier amenaza de violación del derecho internacional o de los derechos humanos, como por ejemplo las movilizaciones militares.

—Akin, que calculo que tendrá alrededor de veinte años, no está solo en el bote neumático que espero que ahora distingán mejor.

El plano de la cámara era ahora más nítido.

—Les pongo en situación: nos encontramos en el mar Mediterráneo, aproximadamente a ciento cincuenta kilómetros de la costa maltesa. La visibilidad es buena, no hay oleaje, no hay viento, y el sol tampoco es un problema en esta época del año para Akin y los demás refugiados del bote. ¿Ven esas rayas de ahí? —Zaphire señaló en la pantalla con un puntero láser—. Son ocho piernas. Están unas sobre otras como palitos de Mikado y no se han movido ni un milímetro en las últimas veinticuatro horas. En otras palabras: los otros cuatro ocupantes del bote neumático, un niño, una mujer, probablemente su madre o su hermana, y otros dos jóvenes, seguro que sus hermanos, están muertos. Y Akin, que parece no haber tenido aún el valor de lanzar a sus compañeros al mar, lo estará pronto también, ya que hace siete días una violenta tormenta tiró por la borda los bidones de agua, los remos y las provisiones. —Zaphire se apoyó con ambas manos sobre el atril y se inclinó amenazador hacia delante—. Akin también morirá. Mentira. Será asesinado. En

pocas horas. Por ustedes los aquí presentes en la sala.

Silencio. En los pocos rostros que podía ver desde allí arriba titilaba una sonrisa insegura, pero nadie se atrevía a decir nada. Zaphire ya no oía ni siquiera el golpeteo de los cubiertos o el tintineo de las copas.

—Probablemente la vida de este muchacho africano les dé igual. Es posible que se asusten mucho más si les digo que la carne de su plato de porcelana no es de cerdo Ibaiona, sino que proviene de la cría convencional de animales a gran escala.

A pesar de que no se trataba de un chiste, algunos de los asistentes aprovecharon el momento para soltar una carcajada liberadora.

—Les pido que levanten su plato.

Un murmullo inquieto se extendió entre el público. El alboroto se desató cuando los invitados encontraron un pedazo de papel que se había colocado debajo de cada plato a petición de Zaphire. Este dijo lacónicamente:

—Lo que sostienen ahora en las manos es un prospecto como los que contienen millones de cajas de medicamentos. Y como el que debería acompañar a todos los filetes comprados en el supermercado: fosfato de tilosina, olaquinox, aminosidina, clorsulón, ácido clavulánico, levamisol, azaperón; la lista es infinita. Nuestro laboratorio encontró incluso aspirina. Y al fin y al cabo es lógico. —Carraspeó y bebió un pequeño sorbo del vaso de agua colocado al efecto—. Si yo les encadenara a todos ustedes y los hacinara en una habitación de dimensiones reducidas a oscuras, si les arrancara los colmillos como a los cerdos en los establos de nuestras fábricas de carne para que no pudieran matar a mordiscos a sus vecinos, y si a continuación los cebara a toda velocidad con pienso barato manipulado genéticamente y hormonas del crecimiento hasta que alcanzaran el tamaño para sacrificarlos, el cual, dicho sea de paso, muchos de los presentes en la sala ya ha superado hace tiempo, entonces se darían cuenta de que un modelo de negocio basado en la matanza de personas a gran escala no sería posible sin el empleo de analgésicos, antibióticos, psicofármacos y antiparasitarios, por no hablar de las toneladas de sedantes que harían falta para que no alborotaran durante el transporte al matadero antes de que los arrojara vivos a una cuba para escaldarlos.

Zaphire hizo un gesto con la mano, como si quisiera anticiparse a los pretextos esperados.

—No se preocupen. Nadie quiere quitarles su pellejo entreverado de grasa. Solamente quería aclarar que sin montañas de comprimidos, inyecciones y pastillas jamás seríamos capaces de saciar el hambre asesina de nuestros mataderos industriales. En una instalación convencional de Estados Unidos se matan mil cerdos ¡por hora! —Vio que algunas personas del público sacudían la cabeza. En las primeras filas nadie comía ya—. ¿Dudan de esta cifra inmensa? Tienen razón. En la mayoría de instalaciones no son mil, sino mil quinientos, al fin y al cabo también

producimos para exportar, lo que nos lleva de nuevo a Akin.

Zaphire se apartó del atril hacia el centro del escenario.

—Señoras y señores míos, hagan lo que mejor se les da. Sencillamente olviden todo lo que saben. —Sonrió diabólicamente—. Ahora no se trata de los daños medioambientales que causa una única hamburguesa, debido a que para su producción se necesita tanta agua como para diecisiete duchas. Olviden que la producción industrial de carne en Estados Unidos consume un tercio de todo el combustible fósil. E ignoren el hecho de que basta un simple vistazo a los caraculos ingenuos que hacen cola en la caja de un restaurante de comida rápida para comprender que comemos demasiada carne mientras en el mundo un niño muere de hambre cada seis segundos. —Zaphire se volvió hacia la pantalla—. O de sed, como Akin en pocas horas si su bote no zozobra antes.

En la grabación de vídeo se veía cómo el joven africano se sujetaba la cabeza con ambas manos. Probablemente por el dolor atroz que provoca una deshidratación.

—Si aún me están escuchando y no están consultando a escondidas las cotizaciones de bolsa con el móvil, quizá se pregunten qué tiene que ver el pedazo de residuo tóxico de su plato con el destino de Akin.

Muchos asintieron. Un hombre se echó a reír con fuerza, obviamente descubierto. Zaphire miró enfadado en su dirección.

—No solo producimos el residuo cárnico incomible y contaminado con fármacos que tienen sobre el plato, al que grandilocuentemente llamamos alimento. Generamos demasiada basura. Solo los animales que sacrificamos en Estados Unidos producen treinta y nueve toneladas de excrementos ¡por segundo! Ciento treinta veces la caca que expulsa por el culo toda la población mundial. Nuestros ganaderos estimulan esta sobreproducción de mierda, en el sentido más literal de la expresión, porque obtienen dinero por ello. Mucho dinero. Trescientos cincuenta mil millones. Esa es la cantidad que se están jugando. Trescientos cincuenta mil millones de dólares estadounidenses es lo que han recibido los agricultores y campesinos de los estados de la OCDE en subvenciones agrarias y a la exportación durante el último año. ¡Eso son sus impuestos! Son ustedes quienes financian la exportación de carne barata, sobre todo a las regiones en las que no se puede ser muy exigente si no se quiere morir de hambre. Por ejemplo a Accra, un mercado en Ghana, y aquí se cierra el círculo. Hace solo un año el padre de Akin vendía su mercancía en Accra para alimentar a su familia. —En realidad no era más que una suposición, pero lograba que los rostros resultaran más reales, y eso era necesario si Zaphire no quería perder la atención de su público—. El padre de Akin vendía un pollo a dos dólares. Pero gracias a las subvenciones a la exportación, los granjeros de la UE pueden enviar sus residuos cárnicos a África a precio de *dumping*. Y por eso el pollo extranjero cuesta allí solo cincuenta céntimos. Tienen tres intentos para adivinar a quién compra la población: ¿al padre de Akin o al

importador extranjero?

Zaphire regresó al atril.

—Su hambre de carne, señoras y señores, y su maldita ignorancia devoran personas. Personas como Akin. Mientras millones de niños mueren de hambre, quemamos cereales para producir biocombustible. Cereales que, debido a esto, cada vez son más caros en el mercado mundial, impagables para una familia africana; también porque el banco, al que los presentes en la sala confían su dinero heredado u obtenido con negocios oscuros, apuesta este dinero a la subida de los precios de los alimentos en la bolsa. Al mismo tiempo arruinan la ganadería local de los países en vías de desarrollo con precios irrisorios. Bienvenidos a la economía del libre mercado.

Zaphire se limpió el sudor de la frente. Ya había pronunciado innumerables veces este y otros discursos. Se encendía de ira todas y cada una de las veces.

—Akin se ha buscado un bote neumático para escapar hacia el continente culpable de su miseria. No llegará muy lejos, ya que al año se invierten otros varios cientos de millones de los impuestos en Frontex, un ejército al que no conoce ni Dios, porque no nos gusta hablar de que nuestros aliados europeos se enfrentan a las cáscaras de nuez llenas de refugiados de la miseria desesperados con barcos interceptores fuertemente armados, helicópteros de guerra y aviones de vigilancia.

Zaphire se quitó las gafas y se secó algo del sudor de la frente con un pañuelo.

—En este momento, mientras les hablo, un helicóptero de Frontex equipado con cámara de visión nocturna observa el bote de Akin. En los últimos días los soldados han asistido a la muerte de cuatro personas y han dado la orden de no proporcionar ayuda.

Zaphire se puso de nuevo las gafas furioso.

—Gracias a Frontex solo en el último año setenta mil refugiados han muerto ahogados en el mar Mediterráneo y en el Atlántico. Y mientras los cadáveres se hunden entre las olas o tienen la defachatez de molestar a los turistas que toman el sol porque el mar los arroja por docenas a la playa de Gran Canaria, ponemos gasolina a nuestros todoterrenos, conducimos hasta un *drive-in* y damos un mordisco a una hamburguesa que nos hará engordar, enfermar y nos atontará. Y como no queremos pagar más de un dólar por ella, a pesar de que si incluimos todos los daños medioambientales debería costar ciento ochenta euros, año tras año se autorizan más establos de gran capacidad y mataderos industriales que no solo son mortales para los animales, sino también para las personas.

El público prorrumpió en aplausos sobre los que Zaphire trató de hacerse oír a gritos.

—Resulta que Ghana trató de defenderse. Quiso aumentar las tasas de importación sobre la carne de la UE para que los ganaderos locales tuvieran la

oportunidad de sobrevivir. En respuesta a esto, la Organización Mundial del Comercio, la OMC, apoyada por muchos de los idiotas aquí presentes, amenazó con sanciones. La consecuencia: las personas como Akin están tan desesperadas que aceptan la muerte porque morirán de todas maneras, ya sea en su casa o huyendo. Gracias a gordos asquerosos como ustedes, señoras y señores, que creen que comprando una vez a la semana en el supermercado ecológico y soltando una y otra vez pasta en donaciones lo solucionan todo.

Zaphire golpeó el atril con la mano abierta.

—Pero no es así. No solucionan nada. Si se levantaran aquí y ahora y dijeran: «Haré como tú, Jonathan. Donaré el noventa y cinco por ciento de todos mis ingresos», entonces quizá pudiera mirarles a los ojos en una conversación sin escupirles a la cara.

Bebió un último trago de agua y respiró hondo. Había llegado el momento de hacer explotar la bomba.

—Sin embargo, como supongo que no quieren cambiar drásticamente su vida, no pondré a su disposición la vacuna contra la gripe de Manila.

El público reaccionó como un niño pequeño que tropieza inesperadamente. Se calló, miró a su alrededor y, tras un instante de reacción, comenzó a lloriquear.

Entretanto el flujo de imágenes del satélite en la pantalla había dejado paso a imágenes de la unidad de cuidados intensivos de un hospital. Eran más perturbadoras aún que las del bote en el mar Mediterráneo, porque no permitían al observador tomar distancia del horror. Un hombre de edad indefinida tosía sangre mientras las convulsiones sacudían su cuerpo. Los médicos lo miraban impotentes a través de un cristal.

—Primero sangre por la nariz, después dolor de garganta. Lo que comienza como un resfriado corriente se transforma rápidamente en una pulmonía, seguida por espasmos en todo el cuerpo que en algún momento llegan al cerebro. A día de hoy doce mil ochocientas personas están infectadas según datos oficiales, de las cuales dos mil ya han muerto a causa de la gripe de Manila. Si han estado siguiendo las noticias, sabrán que se ha tardado meses en desarrollar un medicamento eficaz, en parte porque todos hemos zampado tanta carne contaminada con antibióticos que hemos desarrollado anticuerpos resistentes; pero, eh, las alitas de pollo lo valían, ¿verdad?

Zaphire sonrió en vista de la necedad de las personas de la sala. Nadie se había dado cuenta de que en realidad los antibióticos no son eficaces contra una infección viral. Naturalmente habría sido más correcto ilustrar al público acerca de los componentes especiales similares a las bacterias del agente patógeno de Manila, pero ¿por qué habría de esforzarse por estos ignorantes?

Mientras la pantalla se oscurecía y la sala se iluminaba de nuevo, pidió silencio

para su último mensaje de difícil digestión del día:

—Lo cierto es que no quiero devolverlos a su insignificante vida solo con malas noticias. La producción de ZetFlu marcha a toda máquina. Como probablemente hayan leído en la prensa, este remedio no solo actúa como antiviral. Esto significa que no solo impide la aparición y la propagación del virus de la gripe de Manila, sino que también elimina y desactiva los patógenos ya presentes en el cuerpo.

En la pantalla se produjo un salto en el tiempo. El hombre que acababa de estar retorciéndose por las convulsiones estaba ahora sentado en el borde de la cama. Aún estaba marcado por la enfermedad, pero de todas formas había mejorado tanto que era capaz de sonreír a la cámara.

—Como es habitual, enviaremos la sustancia activa a precio de coste a más de mil bases de Worldsaver en países en vías de desarrollo. Sin embargo, estos días estoy recibiendo noticias inquietantes de las favelas de Recife y São Paulo, así como de los barrios de chabolas de Bangladesh, Manila, El Cairo y otras macrociudades. Al parecer, con la excusa de la cuarentena, los militares están aislando allí extensas zonas de chabolas para excluir a sus habitantes de la distribución de medicamentos. Los ricos tienen miedo de que hordas de pobres marchen por la ciudad y les arrebaten las eficaces pastillas.

Un murmullo intranquilo recorrió la sala. Las mejores condiciones para que la bomba surtiera el mayor efecto.

—Por este motivo estoy pensando en desviar los flujos de producción. Desde hace semanas Fairgreen distribuye las entregas de medicamentos en cantidades justas a las farmacias, las clínicas y las consultas de médicos. Gracias a una mejor infraestructura, el suministro de ZetFlu es naturalmente mucho más fiable en Europa y en Estados Unidos. A partir de pasado mañana a las ocho de la mañana, mis controladores calculan una capacidad de distribución de más del cincuenta por ciento en el mundo occidental. Y en vista de los escandalosos acontecimientos en la India, el Sudeste Asiático, Sudamérica y África, opino que esto debería cambiar de inmediato.

—¿Y cómo lo hará? —gritó un hombre de voz aguda en la sala.

—Se lo diré. Desviando los camiones y los aviones y autorizando el envío de ZetFlu exclusivamente a países en vías de desarrollo y países emergentes a partir de ahora.

Los murmullos aumentaron de volumen. Se tornaron malhumorados. Los primeros invitados se levantaron y gritaron algo que Zaphire no llegaba a escuchar sin la amplificación de un micrófono.

—Si me es posible, también anularé envíos que ya han salido. Sería una alegría para mí que su situación fuera la misma que la de los habitantes de las chabolas de Lupang Pangako. Que se encontraran fatal, que la nariz les sangrara a borbotones, pero que no pudieran obtener el medicamento. Entonces por fin aprenderían que el

dinero no lo compra todo. Mi remedio desde luego no. Pero seguro que pueden comprar más chuletas de las que tienen en el plato, sírvanse tranquilamente. Quizás alguna de las pastillas que el pobre cerdo tuvo que tragar antes de morir surta efecto por casualidad. Espero que les aproveche.

Con estas palabras Zaphire quiso recoger sus papeles y bajar de la tribuna, pero un fuerte estallido se lo impidió. Se oyó un grito, superado rápidamente por chillidos de mayor intensidad. Se volcaron sillas, la porcelana cayó al suelo junto con los manteles. Alguien pidió ayuda.

Zaphire entrecerró los ojos y trató de comprender el motivo del repentino alboroto, cuando de pronto dos manos robustas lo agarraron y lo tiraron al suelo.

«¿Cezet?».

—¿Qué sucede? —quiso preguntar a su guardaespaldas, que lo sacaba de la línea de fuego.

Pero de la boca de Zaphire ya no lograban salir palabras. Solo sangre espesa, viscosa.

Celine puso su bolso junto con su reloj y el móvil en una bandeja de plástico, la colocó sobre la cinta del aparato de rayos X y pasó por los detectores de metal. Los controles de seguridad del edificio del *New York News* siempre habían sido muy estrictos. Pero desde el 11 de Septiembre el procedimiento superaba incluso el control de pasajeros de los vuelos de larga distancia. Primero había que introducir la identificación de empleado con el chip hacia arriba en una máquina, entonces se abría la compuerta hacia una cámara de plexiglás en la que se rociaba a las personas con aire que después se aspiraba y se analizaba en busca de explosivos y partículas de radiactividad. A continuación venían el control personal y de bolsos.

Como siempre, Celine pensó que se había deshecho de todos los metales de su cuerpo, y como siempre, la vigilante Martha se disculpó por tener que pasar el escáner de mano por su cuerpo porque algo había pitado de todas formas.

—¿Se ha enterado de todo el caos, señorita Henderson? —le preguntó mientras le levantaba el brazo a Celine. Martha era una negra con gran sobrepeso a la que le gustaba reírse a carcajadas. Hoy el gesto de su cara era desacostumbradamente sombrío.

—¿Caos?

—Han cerrado el JFK. Todo el aeropuerto está en cuarentena.

—¿Y eso por qué?

Cuando el aparato en las manos de Martha pasó por la hebilla del cinturón de Celine, hizo ruidos similares a los de R2-D2 en *La guerra de las galaxias*.

—Las *Fluke* saltaron con un africano.

«¿*Fluke*? ¿Aún las utilizan?».

Celine había escrito hacía años un artículo sobre las cámaras termográficas sin contacto que se utilizaban de manera encubierta y medían la temperatura corporal de los pasajeros con rayos infrarrojos. Su uso era polémico entre los expertos debido a las frecuentes falsas alarmas.

—El hombre venía de Kenia y tenía cuarenta grados de fiebre. Lo han aislado y allí mismo, en la enfermería, han comprobado con un test rápido que se trataba del virus de la gripe de Manila.

Martha le pidió que se volviera.

—No sabía que ya hubiera un test así.

«Y menos aún que se utilizara en las enfermería de los aeropuertos».

—Al parecer, sí. Las noticias no paran de hablar de ello.

Martha señaló con su escáner de mano la pared de pantallas del vestíbulo, que informaban de los titulares más actuales a todos los invitados que entraran en el edificio de la editorial. *New York News* no solo era un periódico, sino toda una

multinacional de la comunicación que difundía sus contenidos a través de todos los medios disponibles. NYN contaba con revistas, portales de vídeos, emisoras de radio digitales y cadenas locales de televisión. Una de ellas, Channel 17, mostraba en ese momento imágenes desde un helicóptero de un atasco kilométrico ante el acceso bloqueado del aeropuerto John F. Kennedy.

Mientras Celine colocaba alternativamente el pie derecho y el izquierdo sobre un pequeño taburete, Martha le explicó los motivos de la cuarentena:

—El hombre estaba de paso y había dormido en el área de tránsito. Llegó allí con un montón de gente. El CDC quiere asegurarse de que nadie entra o sale con el virus, así que están haciendo la prueba a todos los que se encuentran en el edificio.

—Dios mío, eso puede llevar una eternidad.

—Una exageración, si quiere saber mi opinión. Como con la gripe porcina, ¿se acuerda? Pánico total. Todo el mundo tenía que vacunarse pero nadie fue al médico, ¿y qué pasó? No murió más gente que cualquier otro invierno. Así que a día de hoy yo sigo creyendo que la enfermedad no existió.

Celine se despidió y se apresuró hacia los ascensores.

—Por cierto, han llegado más —gritó Martha tras ella.

—¿Cómo dice? —Celine se volvió.

—Flores. —Martha sonrió y le guiñó un ojo—. Tiene un admirador realmente cabezota.

Berlín

—¿Señores?

El tratamiento era educado, el tono era de puro desprecio.

Noah y Oscar habían aprovechado una ocasión oportuna y se habían deslizado por la puerta giratoria mientras el portero abría las puertas del taxi a una familia que llegaba. Pero entonces se habían desorientado y habían deambulado durante un rato por el vestíbulo del gran hotel sin saber qué hacer.

El *lobby* del Adlon estaba lleno de invitados que, al terminar el verdadero motivo de su presencia allí (Noah apostaba por un baile), se habían reunido para mantener conversaciones triviales y darse palmaditas en los hombros. Varias docenas de hombre de frac y sus mujeres, envueltas en largos vestidos, se apiñaban en torno a los asientos disponibles; reían, gesticulaban o brindaban con una de las copas que les tendían los camareros de librea y las azafatas. El suministro de bebidas y aperitivos parecía provenir de la derecha, donde se encontraba el bar. Noah supuso que la recepción estaría justo enfrente, a mano izquierda de la fuente con el obelisco en el centro.

—¿Y seguro que esa tal Henderson ha dicho «Adlon»? —se cercioró varias veces Oscar en el camino. El atajo por el parque había sido tan oscuro como frío. De camino Noah había notado una mancha húmeda en la mochila. *Toto* había hecho sus necesidades y habían tenido que limpiar mínimamente la mochila con nieve antes de proseguir la marcha.

—Es una trampa —pronosticó Oscar—. No sé a qué juego están jugando con nosotros, pero el asunto no me da buena espina.

Noah comenzaba a estar de acuerdo.

Miró hacia arriba, hacia el *piano nobile* enmarcado por barandas blancas de mármol, y tuvo la impresión de estar en el atrio de un crucero de lujo. Sorprendentemente allí se sentía más fuera de lugar que en el escondite de Oscar bajo las vías del metro, y no solo debido a su apariencia.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó el portero, que los había alcanzado. Era poco probable que el tipo flaco en uniforme gris marengo con aquel ridículo sombrero de copa en la cabeza quisiera ayudarles realmente. A juzgar por su expresión torturada, habría preferido pisar una caca de perro sobre la alfombra china a tener a esos dos vagabundos en el vestíbulo.

—Tenemos una reserva —tomó Oscar la palabra y agarró un puñado de canapés de queso de la bandeja de un joven camarero, que había cometido el error de evitar a

una señora con un chal de visón y al hacerlo había puesto los aperitivos al alcance del sin techo.

—¿Una reserva? —El portero levantó las cejas escéptico.

—A nombre de Henderson. —Oscar tenía dificultades para hablar con la boca llena—. Del *New York News*.

—Seguro que aclaramos todo esto si los señores esperan fuera —dijo el portero y señaló hacia la salida con la barbilla—. Si son tan amables... —Estiró el brazo pero vaciló en tocar a los molestos intrusos, como si estuviera preocupado por sus guantes blancos.

Noah, que aún no había dicho ni una sola palabra, rechinó los dientes y se sorprendió pensando que le habría encantado agarrar la mano del petimetre y retorcerla de golpe ciento ochenta grados hasta que el portero se hubiera arrodillado ante él; pero no fue el sentido común sino una voz a su espalda la que lo detuvo.

—¿Doctor Morten?

Un hombre pequeño de aspecto autoritario se abrió paso a través de un grupo de mujeres que se reían entre dientes. Llevaba un traje que le quedaba perfecto y probablemente estuviera hecho a medida, con un pañuelo de bolsillo rojo. El letrero con su nombre no se distinguió hasta que no estuvo a dos pasos de distancia. Era evidente que el «Señor Vandenberg» era uno de los empleados de mayor rango del establecimiento de lujo; alguien que ya había dejado atrás el uniforme y el sombrero de copa.

—Doctor Morten, ¿es usted?

Antes de que Noah hubiera podido decir algo, Vandenberg ya había tomado su mano y la estrechaba como si se tratara de un amigo al que hubiera creído muerto. Vandenberg tenía aspecto de haberse hecho varios *liftings*, su piel se extendía sobre su cráneo como un guante de látex y a través de la superficie se transparentaban venitas azuladas. A pesar de que al sonreír mostraba más dientes que Julia Roberts, apenas se distinguía arruga alguna.

—Lo siento de veras, por poco no lo reconozco. Pero lo cierto es que se ha camuflado muy hábilmente.

Mientras que a Noah la estupefacción le había dejado sin palabras, el rostro de Vandenberg se ensombreció y se dirigió hacia el portero.

—¿Por qué los señores no están ya en el club?

—Yo, bueno, lo siento, es que no sabía...

—El doctor Morten es un apreciado cliente habitual, se registrará en la recepción privada, como siempre —sonrió Vandenberg sin que sus ojos azul intenso parpadearan una sola vez—. ¿Solo lleva equipaje ligero esta vez?

Chasqueó los dedos y señaló la mochila de Noah, pero este levantó la mano para protegerla. Le rompería la mano al portero antes que entregarle a *Toto*.

—Entonces, si son tan amables de acompañarme...

Vandenberg se abrió paso hábilmente a través de los invitados de la velada y condujo a Noah y a Oscar hacia los ascensores al otro lado del vestíbulo. El portero lanzó a Noah una mirada hostil a modo de despedida y desapareció con pasos rápidos en dirección contraria.

—No recuerdo haber visto su nombre en la lista de los huéspedes que llegaban hoy —dijo Vandenberg con voz meliflua, sin inmutarse en absoluto ante el hecho de que los dos hombres que llevaba consigo despidieran un olor intenso y dejaran a su paso el perfil negro de sus huellas sobre la alfombra de color crema.

—Hemos reservado a nombre de Henderson —explicó Oscar, que parecía haber comenzado a divertirse con la situación. En cambio Noah aún estaba ocupado procesando la nueva información.

«¿Mi apellido real es Morten? ¿Soy médico, o al menos doctor? ¿Ya he estado en este hotel?».

No podía recordar nada semejante, aunque debía admitir que el vestíbulo le resultaba familiar. Pero ¿no eran todos los *lobbys* más o menos iguales, incluso los de grandes hoteles como aquel?

—¿Henderson? —Vandenberg inclinó la cabeza y pulsó el botón del ascensor—. Cierto, recibimos la llamada apenas hace media hora. ¿Por qué la señorita del *New York News* no ha dicho que se trataba de usted, doctor Morten?

—Porque no podía. Para serle sincero... —empezó a decir Noah, pero Oscar lo interrumpió.

—... no podemos hablar abiertamente sobre el tema.

—¿Otro proyecto de investigación secreto? —conjeturó Vandenberg. Su sonrisa de veinte centímetros de largo se quebró al percibir la mirada hostil de Oscar.

—Nos gustaría instalarnos en nuestra habitación de una vez. Hemos tenido un día muy largo.

Las relucientes puertas del ascensor, pulidas y lustradas, se abrieron y el trío entró en la cabina.

—Claro, por supuesto —se apresuró a confirmar Vandenberg, y pulsó el botón del quinto piso—. Solo me temo que no podremos darle su suite habitual.

—¿Mi suite? —preguntó Noah atónito. Sintió que Oscar le daba un golpe en el costado.

—Como puede ver, hoy tenemos muchos invitados, doctor Morten, el Baile de la Asociación de Juristas. Las habitaciones están prácticamente al completo, por desgracia sus aposentos ya no están disponibles.

—¿Mis aposentos?

Otra exclamación. Otro golpe en el costado.

—Sé que supone una molestia. Pero permítame ver qué puedo hacer por usted y

el señor, eh...

—Schwartz. Profesor Schwartz —añadió Oscar—. Con «tz».

Habían llegado a la planta del club prácticamente sin ruido alguno, y Vandenberg los condujo a un tresillo junto a una recepción privada que al parecer estaba reservada a los huéspedes más adinerados, que no tenían por qué registrarse abajo entre el gentío de la plebe.

—¿Qué está pasando aquí? —murmuró Noah en cuanto Vandenberg los dejó solos para desaparecer en un despacho detrás de la recepción con el móvil en la oreja.

—Ya lo decía yo, aquí hay gato encerrado. Pero no podemos dejar que se note que ya lo sabemos. —Oscar levantó la mirada hacia una cámara de seguridad que vigilaba el ascensor. De pronto ya no sonaba divertido, sino más bien nervioso.

—¿Que lo sabemos? —siseó Noah y abrió la mochila para asegurarse de que *Toto* estaba bien. El cachorro dormía apaciblemente—. ¿Qué demonios es lo que sabemos?

—Que ellos quieren incluirnos en su programa.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Y de qué programa estás hablando?

Oscar se puso el dedo sobre los labios, cogió un teléfono que había en la mesa auxiliar junto a sus butacas y levantó el auricular. Al oír el tono colgó de nuevo.

—Bien, grandullón. Ahora es muy importante que mantengas la calma. Ese elfo de la sonrisa cosida volverá en un minuto y nos hará saber que tiene una buena noticia y que al final la suite sí está disponible finalmente.

—No entiendo ni una palabra.

—Lo sé. No hagas preguntas. Te lo explicaré todo en cuanto estemos en la habitación.

—Pero cómo sabes que...

Noah se estremeció cuando Vandenberg dio una palmada tras él. Su sonrisa artificial crecía a cada paso que daba hacia ellos, y casi parecía desgarrar su cara cuando dijo:

—Tengo una buena noticia, señores.

A juzgar por el ambiente en la redacción del piso cuarenta y cuatro, parecía que alguien hubiese activado la alarma de incendios poco antes. Ninguno de los escritorios estaba ocupado, todos los trabajadores estaban a punto de levantarse. Pasaban a toda prisa junto a Celine armados con iPads, carpetas o blocs de notas en dirección a la gran sala de conferencias, una habitación rectangular entre cristales de plexiglás en el centro de la oficina, en la que ya apenas quedaban sitios libres.

Celine podía imaginar cuál era el motivo de esta reunión extraordinaria. Estos *strike-days*, como los llamaba Kevin Rood, se producían tres o cuatro veces al año. Días en los que una noticia caía como un rayo y lo revolucionaba todo, como en este caso el cierre del aeropuerto. Celine pensó brevemente si dejar el bolso y el abrigo en su puesto, pero decidió no perder más tiempo cuando vio a Kevin salir de su despacho. El redactor jefe hacía equilibrios con un vaso desechable de café en cada mano, la dosis estándar de cafeína sin la que jamás salía de su cubículo de cristal.

—Ah, qué bien que estés aquí, Celine —exclamó. Cuando llegó hasta ella, dejó uno de los cafés sobre el escritorio más cercano y le tendió la mano izquierda. Celine se esforzó en dedicarle una sonrisa a Kevin. Ya llevaba dos años trabajando para él, y a pesar de que el redactor jefe siempre la había tratado con cortesía, nunca habían sido amigos. No sabía si era por su sonrisa, que parecía haber tomado prestada de otra persona; por su caro deportivo del aparcamiento, más propio de un fanfarrón que de alguien que a primera vista tenía más bien el aspecto de un tímido contable, o por la manera verdaderamente pedante en que Kevin pelaba su manzana en el comedor, mientras que su oficina parecía haber sido arrasada por un torbellino. Kevin Rood era como un salón con muebles que no pegaban unos con otros y en el que, por ese motivo, uno prefería no quedarse mucho tiempo. Siempre se sentía algo incómoda cerca de él.

—Seguro que necesitáis a todo el que esté disponible —dijo Celine y soltó su mano de la del redactor jefe, que él había mantenido demasiado tiempo para su gusto.

—Y que lo digas.

Kevin sacó un mando a distancia del deformado bolsillo de su pantalón, lo dirigió hacia la sala de conferencias, que estaba aproximadamente a diez pasos de distancia, y los cristales se oscurecieron como por arte de magia gracias a una mezcla de gas en la cavidad del cristal doble que cambiaba de color con la tensión. Una virguería técnica con la que estaban equipados todos los cristales de la editorial, en lugar de las persianas habituales. En un abrir y cerrar de ojos nadie podía mirar hacia dentro o hacia fuera.

Celine y Kevin estaban solos ahora en el espacio abierto de la oficina. Únicamente el murmullo que escapaba a través de la puerta abierta de la sala de

reuniones destruía la ilusión de que ambos eran las únicas personas en el edificio.

—JFK no es más que el principio —le explicó su jefe, y a Celine le sorprendió aquella sesión informativa previa. En pocos segundos Kevin tendría que contar otra vez lo mismo ante el equipo reunido—. Corre el rumor de que LaGuardia y Newark también cerrarán.

—¿Me pongo en camino de inmediato o quieres que esté presente en la reunión?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Cómo? —Celine comenzó a sudar bajo su grueso abrigo de invierno—. ¿Qué significa eso, Kevin?

—Sigues con la historia de Noah.

—¿Es una broma? ¿Nueva York está al borde del estado de excepción y yo tengo que ocuparme de una campaña de relaciones públicas?

—Órdenes de Larry.

«¿Larry Farnham?».

—¿Desde cuándo se entromete el director en nuestro día a día?

—No tengo tiempo para discutir, Celine. Haz lo que se te dice. Siéntate en tu escritorio y mantén el contacto con el sin techo. Espero noticias cada hora. Aquí tienes... —Le tendió una nota en la que había apuntado un número de teléfono, después cogió el segundo vaso de café—. Llama a este número en media hora, para entonces los dos deberían de estar en la habitación.

¿Los dos?

Kevin Rood la dejó allí plantada. Celine, confusa y desconcertada, lo siguió con la mirada.

Seguro que la de Noah era una buena historia, ella misma lo había notado. Pero no era nada en comparación con el cierre de uno de los mayores nudos de comunicaciones del mundo.

Esperó a que Kevin cerrara la puerta de la sala de conferencias tras de sí, permaneció un rato en el extraño silencio de la redacción, normalmente tan bulliciosa, y después se dirigió a su escritorio ante el que se dejó caer cansada sobre el asiento.

El ramo del que le había informado Martha le bloqueaba la vista hacia la pantalla de su ordenador.

«¿Qué está pasando aquí?», se preguntó mientras quitaba el fino papel a las flores. Olió un instante las rosas blancas, después apartó el jarrón que probablemente se había enviado con ellas. No creía que nadie hubiera hecho el esfuerzo de poner las flores en agua.

¿Qué mosca le había picado a Kevin?

¿No le había dicho en repetidas ocasiones que era su mejor reportera?

Celine no tenía ni idea de por qué precisamente en un día como ese la

despachaban con una tarea que hubiera podido llevar a cabo un becario.

Solo estaba segura de una cosa: ella nunca le había mencionado a Kevin un segundo hombre. Así que, ¿cómo sabía de la existencia de Oscar?

Lo primero que le llamó la atención a Noah al entrar en la suite Pariser-Platz no fue la chimenea encendida en el salón separado del dormitorio. Tampoco la pantalla plana que había sobre ella, que mostraba imágenes mudas de pasajeros varados en algún aeropuerto internacional, ni la Puerta de Brandenburgo iluminada, cuya cuadriga podía verse a través de la ventana, que llegaba al suelo. Fue el olor.

Un olor a almendra y orquídeas que desencadenó una explosión en su cerebro. Desde el primer momento, desde la primera inspiración en la suite, el peso de la mochila sobre sus hombros desapareció, y las palabras que Oscar le susurraba se perdieron sin que las escuchara. Noah tampoco hizo caso ya de Vandenberg cuando este se despidió comentando que el doctor Morten conocía bien el hotel y seguro que podría arreglárselas solo.

Noah no sentía nada más que dolor.

Un dolor punzante, agudo, ardiente, que se apoderó de todo su abdomen. Al mismo tiempo su mente recibió una avalancha de imágenes, y más que de recuerdos, tuvo la sensación de que se trataba de una experiencia cercana a la muerte.

Oía un zumbido sordo y grave. Rayos centelleantes atravesaban la oscuridad, iluminaban a personas cuyos cuerpos se agitaban porque...

«¿Bailan? Sí, por Dios, están bailando».

Y a continuación Noah se dio cuenta de que lo hacían hacia atrás, mientras el dolor casi insoportable parecía concentrarse en un punto de su hombro.

«¿Hacia atrás?». Efectivamente.

Toda la película que veía en su cabeza transcurría del revés. Alguien sacó a Noah de la pista de baile y un ascensor lo absorbió, las puertas se cerraron, el indicador de piso saltó del menos dos al quinto, donde Noah, con la cara dirigida hacia la puerta beige arañada de un ascensor de carga, introdujo varios números uno detrás de otro en un teclado.

En ese momento la película de recuerdos se ralentizó, de manera que Noah pudo reconocer las teclas que pulsaba:

«4266».

Después un imán invisible pareció llevarlo a toda velocidad hasta un pasillo de hotel.

«¡Eso es aquí en el Adlon! ¡Lo reconozco!».

Mientras tanto el dolor crecía, y ahora era indudable que provenía del hombro izquierdo. Noah sintió que tropezaba, pero inmediatamente estaba en pie de nuevo y empujaba una puerta de espaldas. Ahora se encontraba en una habitación, de rodillas, con la frente apoyada en una puerta cerrada; un sudor frío se filtraba a través de sus poros de nuevo hacia el interior de su cuerpo.

Oyó un pitido agudo en los oídos, como sucede después de un concierto, y de pronto percibió que un cuerpo extraño aparecía en su hombro; sintió que el proyectil se abría paso a través de la piel para volver a salir. Entonces el eco de un tiro se contrajo sobre sí mismo por así decirlo, terminó en un intenso estallido, y en ese mismo instante el dolor de Noah desapareció. El hombro, en el que justo antes había habido una bala, estaba intacto de nuevo. Noah se volvió y pudo ver la habitación en la que ahora estaba en pie: la suite Pariser-Platz del Adlon.

«Efectivamente. Ya he estado aquí antes».

Miró la ventana rota que llegaba hasta el suelo...

«... a través de la que me dispararon...».

... vio los fragmentos de cristal en el marco y la Puerta de Brandenburgo en la lejanía, pero sobre todo vio al hombre inmóvil tumbado en el suelo justo delante de la chimenea. La alfombra bajo su cabeza se limpiaba como por arte de magia. La sangre que justo antes había empapado el tejido era absorbida de nuevo por la cabeza del hombre.

Y mientras la sangre desaparecía y la herida del muerto se cerraba de nuevo, Noah oyó gritar a una voz desconocida en su cabeza:

«Ya es imposible detenerlo».

«Ya es imposible detenerlo».

«Ya es imposible detenerlo».

Otra vez. Y otra. Y otra.

Hasta que Noah no pudo soportarlo más y por fin abrió los ojos.

A pesar de que la luz estaba atenuada, Noah tardó un rato en hacerse a la idea de que se encontraba en la misma habitación que acababa de ver en un perturbador *flashback*. Se acercó aturdido a la chimenea, se apoyó sobre una rodilla y acarició la sedosa alfombra con la mano. Creyó sentir un cambio, un lugar en el que las fibras estaban más rígidas y, mirándolas en diagonal, algo más claras, como si la camarera hubiera luchado contra una mancha en ese punto con un producto de limpieza agresivo. Sin embargo, no estaba seguro.

«Ya no estoy seguro de nada.

¿Me llamo doctor Morten?

¿Vivía en esta suite?

¿Me dispararon aquí?

¿Y mataron a un hombre ante mí?».

Lo único que Noah tuvo claro al levantarse y recorrer la habitación con la mirada fue que todo aquello no podía ser casualidad.

Y de que en aquel momento no solo había perdido gran parte de su memoria.

De pronto Oscar también había desaparecido.

Adam Altmann estaba tan absorto en sus pensamientos acerca de su miserable vida que no percibió el peligro que se había subido al vagón en la parada de metro de Gleisdreieck en el último segundo.

Había escogido un asiento en el pasillo en el sentido de la marcha (para no marearse), y como siempre iba vestido de manera supercorrecta, como un abogado de camino a su bufete. La raya en el pelo tan meticulosamente trazada como la del pantalón de su traje negro, el abrigo de pelo de camello sin pelusas (las eliminaba todas las mañanas con una maquinilla de afeitar), la espalda recta, sin apoyarse para no hacer pliegues innecesarios en el abrigo y la chaqueta. Por esta razón tampoco cruzaba nunca las piernas. Un compañero le había dicho alguna vez que su postura sentado era la de un pecador en el banquillo de los acusados: los zapatos uno junto a otro exactamente en paralelo, las manos entrelazadas en el regazo, la mirada hacia abajo. Era la misma postura en la que permanecía en ese momento, en el penúltimo vagón de la línea U2 en dirección a Pankow, así que no vio los problemas venir.

Además de él y los que se habían subido, había otros cuatro viajeros en el vagón: un jubilado de barbas con aspecto gruñón detrás de él, más adelante una chica joven que se había situado en uno de los bancos laterales y miraba fijamente su móvil. Un obrero con un pantalón de pana salpicado de pintura apoyado en la puerta, y junto a él un turco de pelo largo que observaba nervioso a los dos gamberros que se paseaban por el tren con pinta de buscar pelea.

Adam Altmann no se había fijado en nada de eso. Reflexionaba.

Sobre lo que había hecho mal. Y sobre si era su culpa.

«Claro que lo es».

A la gente le gustaba echar la culpa de sus fracasos a otros. Y, además, en opinión de Altmann, la mayor parte de las veces los que más se quejaban eran los que se habían metido ellos solitos en líos.

«Como yo».

Él había tenido el clásico problema: mucho trabajo, poco tiempo para la familia. Muchos viajes de negocios, pocas vacaciones. Suficiente dinero para una casa unifamiliar con jardín. Pero una única tarde jugando en el cajón de arena con su hija. Ahora Leana tenía quince años.

«Maldita sea».

En los últimos doce meses había ganado seiscientos mil. ¿Y qué le quedaba después de descontar impuestos, calidad de vida y vida social? Una cama *kingsize* en una habitación de un hotel de negocios de cuatro estrellas con *wifi* gratuito y vistas al aparcamiento de una ciudad desconocida.

«Un millón de millas pero ni un solo amigo».

Adam miró su reloj de pulsera, un modelo sencillo del *duty-free* de un aeropuerto cualquiera. Habían pasado casi veintiuna horas del día y ni una sola persona lo había felicitado. Ningún conocido, ningún compañero, ni su ex ni su hija. Incluso a pesar de haberlo colgado en Facebook.

«*Happy birthday to me*».

Excepcionalmente con un *smiley* detrás, a pesar de que detestaba aquellos mensajes de dibujos animados. Cuando su hija le enviaba un correo electrónico, la mayoría de las veces para pedirle dinero, las peonzas saltarinas, los pulgares en movimiento y las bolitas sonrientes que le guiñaban el ojo apenas le permitían reconocer una sola palabra. Una costumbre pésima, al igual que esa manía de las abreviaturas, tkm, lol, rofl y todas esas chorradas. Una mitad de la humanidad había olvidado cómo escribir textos que se explicaran por sí mismos. La otra enviaba mensajes de texto para los que era necesario un manual de instrucciones. Por alguna razón sentía que aquel ya no era su mundo.

Altmann rechinó los dientes y se ordenó a sí mismo no regodearse demasiado en la autocompasión.

«*Happy birthday to me*».

Su lamentable autofelicitación había obtenido tres «Me gusta» y un único comentario, y este provenía de un concesionario que le regalaría una espátula para rascar el hielo si se presentaba hoy con su carné de identidad en una de las «doce fantásticas filiales», algo que en circunstancias normales quizás incluso habría hecho si no se hubiera quedado colgado en Berlín precisamente en su cuarenta y un cumpleaños; a ocho horas de vuelo de Washington.

—Eh, tú, coñito.

El vulgar insulto sacó a Altmann de sus melancólicos pensamientos. Levantó la mirada y evaluó la situación de un vistazo.

Los gamberros, ambos pelo rapado de tres días, zapatillas y chaquetas bomber, habían escogido a la muchacha como víctima. A Altmann la pequeña del corte de paje teñido de rojo le recordaba a Leana. A ella también le gustaba llevar botas Ugg, vaqueros remendados y plumífero. La única diferencia era que su hija no llevaba un *piercing* en el labio inferior. Al menos que él supiera. En cuatro semanas de ausencia podían pasar muchas cosas.

—Coñito, te estamos hablando a ti.

Uno de los dos rapados hizo flexiones en la barra horizontal frente al asiento de la chica. En ambos dorsos de las manos llevaba un ocho tatuado.

8.8.

La octava posición del alfabeto.

Las iniciales de Heil Hitler.

«Qué sutil».

Era evidente que el neonazi era el cabecilla. Su colega, de aspecto paradójicamente mediterráneo, se limitaba a esbozar una sonrisa maliciosa, cosa que aumentaba su papada.

—¿De qué vas, zorra?

La muchacha actuaba como si no tuviera miedo. Dijo algo que Altmann no pudo oír y de pronto todo sucedió a la velocidad del rayo.

El n.º 88 hizo una flexión más, al hacerlo levantó la rodilla derecha y golpeó con ella la cara de la chica con todas sus fuerzas.

La reacción de los demás viajeros fue la habitual.

Miraron para otro lado.

El jubilado, el turco, el obrero. Todos. Adam también bajó de nuevo la mirada hacia sus zapatos cuando vio la sangre que le brotaba a la chica de la nariz rota.

—Uy, creo que está en esos días del mes —rio el líder mientras el tren entraba en la estación de Mendelssohn-Bartholdy-Park. Ninguno de los viajeros se volvió cuando las puertas se abrieron. Ni el jubilado, ni el turco, ni el obrero. Lo único que querían todos era salir. Altmann también.

«Nada de líos. No puedo meterme en líos».

Se levantó a pesar de que aún no había llegado a su destino.

«No mires. No llames la atención. No te conviertas en objeto de su ataque».

Habría conseguido salir sano y salvo del vagón si no hubiera visto el espanto en los ojos de la pareja de ancianos que estaban a punto de subir, pero que se lo pensaron mejor y volvieron rápidamente al andén al ver a la chica bañada en sangre en el tren.

Altmann cometió el error de echar un vistazo por encima del hombro. La pequeña estaba tumbada inconsciente sobre el asiento. El de los tatuajes estaba rompiéndole la chaqueta y levantándole la camiseta. El de la papada le sujetaba las manos por si se despertaba y trataba de resistirse.

Altmann oyó la megafonía automática de la estación: «Apártense de las puertas».

Dudó. Demasiado tiempo. Las puertas se cerraron de nuevo. El tren arrancó.

«Mierda, maldita sea. Ahora estoy a solas con ellos».

—Está buena, ¿eh? —preguntó el n.º 88. Intentaba soltar el cinturón de la muchacha.

Altmann carraspeó, pero el ruido se perdió en el traqueteo del metro.

—Eh, hola.

Los dos matones levantaron la mirada.

—¿Qué quieres, soplapollas?

Los gamberros mantuvieron el reparto de roles. El de la papada sonreía, el n.º 88 hablaba. Con voz balbuceante, percibió Altmann. Alcohol, hierba, drogas duras. Posiblemente había un poco de todo en su sangre.

—Les pido que paren... —comenzó a decir Altmann con torpeza. Nunca se le

habían dado bien los enfrentamientos verbales. Menos aún en una lengua extranjera.

Los hombres se rieron a carcajadas.

—¿Y qué pasa si no lo hacemos? —preguntó el de los tatuajes y agarró a la chica por la entrepierna.

—Entonces tendrán más problemas de los que ya tienen. —Señaló hacia la cámara de seguridad al final del vagón. Estaba dentro de una rejilla que recordaba a un bozal. El parpadeo de un piloto rojo indicaba que estaba encendida. A ninguno de los dos les interesó en absoluto. El de la papada miraba con lascivia el pecho desnudo de la muchacha inconsciente, mientras que el de los tatuajes la soltaba para sacar una navaja.

—¿Alguna vez te ha follado alguien con una cuchilla? —preguntó. Cuando estaba ya a solo dos brazos de distancia, a Altmann le pareció percibir incluso el sabor de su aliento. Vio la mirada inquieta, la ira que encendía sus pupilas, y supo que no había nada más que pudiera decir para calmar la situación. Y tenía razón. El n.º 88 dio un salto y lo apuñaló. Rápido como un rayo.

Pero no lo bastante rápido.

Altmann se volvió con un movimiento felino y dijo con voz monótona:

—Código 13-10. Apaguen las cámaras.

Oyó un chasquido en su oído.

El cabeza rapada, que no podía explicarse que hubiera chocado contra un asiento y caído al suelo sin haber rozado apenas a Altmann, miró incrédulo a su compañero. Entonces quiso alcanzar la navaja, que se le había caído de la mano.

Altmann la chutó bajo el asiento y extendió la palma de la mano ante el de pelo oscuro, que había soltado a la chica y se acercaba a él, como un portero que no quisiera dejar entrar a un invitado no deseado. Al mismo tiempo oyó la voz femenina a través del minitransmisor invisible que llevaba en la oreja:

—Las cámaras están desactivadas.

—¿Con quién hablas? —quiso saber el n.º 88, que se había levantado a duras penas y apretaba los puños para el siguiente asalto. Parpadeaba confuso, posiblemente también porque no sabía inglés y no había entendido lo que Altmann había dicho por el micrófono del tamaño de un alfiler que llevaba en la chaqueta.

Altmann miró hacia el rincón superior del vagón. El piloto rojo ya no estaba encendido. Asintió satisfecho y dijo:

—Borrar un cuarto de hora de las cintas a partir del minuto veintiuno. Lo mismo para todas las llamadas de emergencia que se hayan recibido de testigos en Mendelssohn-Bartholdy-Park.

—Así se hará.

—Eh, tío. ¿Qué está pasando aquí? —habló por primera vez el subalterno. Y por última.

De las dos pistolas, Altmann eligió la que llevaba en la pistolera bajo la chaqueta.
—Y enviad un médico para la chica.

Con estas palabras disparó a los dos hombres en la cabeza. Primero al de los tatuajes y después a su colega. Murieron en el mismo segundo en el que el proyectil penetró en su cerebro y explotó en diminutas partículas. No había pasado ni un minuto desde el comienzo del enfrentamiento hasta la muerte de los atacantes. La muchacha inconsciente no se había enterado de nada de lo sucedido, ni siquiera se había estremecido con el estallido de los disparos.

Altmann guardó de nuevo el arma y comprobó la respiración de la chica. Tranquila y regular; su pulso era algo más rápido que el suyo propio.

Después de girarle la cabeza a un lado para que no se ahogara con su propia sangre, le cubrió el pecho e informó de la resolución de la situación a la jefatura de operaciones.

Entonces activó el freno de emergencia.

El tren se detuvo a pocos metros de la entrada de la estación de Potsdamer Platz. Adam rompió el cristal de la ventana de emergencia y salió.

«Vaya mierda de cumpleaños».

—¿Era eso realmente necesario? —La voz femenina en su oído comenzaba a ponerle nervioso.

—Sí —respondió Altmann y corrió junto a las vías hacia la luz.

El andén no estaba nada concurrido, nadie se fijó en él cuando salió del túnel por una estrecha escalera metálica.

—Está poniendo en peligro toda la operación.

—Lo sé.

Dejó de correr pero caminó lo más deprisa posible a través de la estación hacia la salida en dirección Ebertstraße después de sacudirse el polvo del abrigo. Sus zapatos también se habían ensuciado, pero eso tendría que esperar. «Por desgracia». Altmann odiaba las manchas en sus zapatos de vestir.

—¿Logrará llegar sin más contratiempos a su destino?

No respondió hasta estar de nuevo al aire libre. Notó el aire claro, frío y sin olor alguno. Luces por todas partes. Un rascacielos de cristal completamente alumbrado, a pesar de que seguramente ya no había nadie trabajando en él. Vallas publicitarias iluminadas tan grandes como las de Times Square para personas que no mostraban interés alguno por ellas.

—Me esforzaré.

La acera estaba congelada, así que Altmann tuvo que ralentizar un poco el paso.

—¿A qué distancia está de la posición? —preguntó la voz.

Altmann levantó la vista, protegió sus ojos del viento helador y miró más allá del monumento al Holocausto, hacia el gran hotel con el tejado verde de cobre. El Adlon

estaba a unos cuatrocientos metros de él en línea recta.

—Enseguida estaré allí.

—Bien. —Por primera vez la mujer sonó satisfecha—. Entonces aún estamos dentro del horario. Le enviaremos de nuevo los planos de la suite y una foto de ambos.

«¿De ambos?».

—Pensaba que estaba solo.

Altmann cruzó la calle a la altura del edificio de la delegación de Baja Sajonia.

—¿No se le ha informado? —La amabilidad se había desvanecido de nuevo.

—No.

La directora de operaciones suspiró como si estuviera acostumbrada a ese tipo de contratiempos.

—Es posible que el sujeto que ha de ser eliminado haya obtenido refuerzos. Por lo que parece, Noah tiene compañía.

Noah apenas había entrado en el dormitorio en busca de Oscar cuando el teléfono sonó. Al mismo tiempo alguien comenzó a gimotear.

«Lo siento, *Toto*, me he olvidado de ti completamente».

Puso la mochila que llevaba al hombro sobre la cama, la abrió y dejó salir al cachorro. *Toto* se estiró y se desperezó, y salió sigilosamente de la bolsa con ganas de investigar. Mientras olfateaba con curiosidad miró a Noah, que cogió el teléfono inalámbrico de la mesilla de noche.

Era Vandenberg informándole de que habían abierto la puerta que conducía a la suite vecina.

—Nos hemos permitido la libertad de preparar una segunda habitación. Así el profesor Schwartz no tendrá que dormir con usted y dispondrá de su propio refugio.

Noah miró hacia la cabecera de la habitación y descubrió una segunda puerta junto al baño. Vandenberg quiso despedirse, pero Noah lo interrumpió antes de que colgara.

—¿Cuándo estuve aquí por última vez?

Silencio. La frase pareció desconcertar al conserje (o fuera cual fuese su función en el hotel).

—Ehh, tendría que consultarlo en el ordenador.

—Hágalo, por favor. Y ya que está en ello, me gustaría recibir información detallada acerca de los datos que tienen registrados sobre mi persona.

—¿Cómo dice?

—Empresa y número de la tarjeta de crédito con la que suelo pagar, dirección de facturación, la dirección privada que seguro debe indicarse en recepción.

—¿Ha cambiado alguno de estos datos, doctor Morten? Si es así, puedo apuntarlo ahora mismo. Ya sabe que como cliente habitual le ahorramos todo el papeleo del registro. En cualquier caso de esta estancia se hace cargo el *New York News*. Y la subida de categoría y la habitación adicional corren a cuenta de la casa.

Vandenberg transmitió su mejor sonrisa artificial a través del auricular.

—Muchas gracias, pero de todas formas me gustaría tener un listado detallado de mis datos personales, ¿supone algún problema?

Noah entró en el baño, decorado en tonos mármol claros y en el que hacía algo más de calor que en la suite. Aquí tampoco había ni rastro de Oscar. Ni bajo la ducha de lluvia, ni en la zona del váter, discretamente separada del resto del aseo mediante un vidrio opaco, ni tampoco en el jacuzzi.

—No, por supuesto no supone ninguna molestia. Haré que le preparen los documentos. ¿Le bastará tenerlos para el desayuno?

—Los necesito hoy —dijo Noah, y se quitó por fin la chaqueta.

—Como desee, me encargaré de que le hagan llegar la información lo antes posible, doctor Morten.

«Morten. Morten. Una y otra vez este nombre, Morten».

Noah se preguntó por qué podía recordar un muerto en la habitación, pero no el nombre con el que al parecer se registraba aquí regularmente.

Sirvió un poco de agua en un recipiente de cristal que en realidad estaba pensado para el jabón de manos y se lo llevó a *Toto*, que, sin embargo, no parecía tener sed y prefería averiguar cuál era la mejor manera de bajar de la elevada cama de canapé.

Noah dio las gracias y se dispuso a colgar, pero esta vez fue Vandenberg quien se lo impidió en el último momento.

—Casi había olvidado mencionarlo, doctor Morten. Qué falta de atención por mi parte, disculpe mi negligencia. Sus cosas están en el armario del dormitorio.

—¿Mis cosas?

La mirada de Noah recayó sobre el armario de arce de barniz oscuro situado en la caída del tejado.

—Las que se dejó con las prisas en su última visita. Le escribimos, pero como su apretada agenda seguramente no le permitió responder, nos permitimos la libertad de guardarle la maleta mientras tanto.

Excepto en lo que respectaba a la electrónica, el mobiliario de la redacción había quedado suspendido en algún momento de los años noventa del siglo anterior. Las paredes divisorias revestidas con poliéster gris marengo dividían el espacio abierto en una docena de cubículos de trabajo, en cada uno de los cuales tres empleados se aferraban a un escritorio similar a una mesa de caballetes. A Celine le habían asignado el sitio del centro, enfrente de dos compañeros que en aquel momento estaban en la sala de conferencias, como todos los demás.

«Y yo haciendo de telefonista».

Celine estaba sentada en su típica postura de trabajo, con las piernas «medio» cruzadas: la pierna izquierda doblada sobre la silla y el muslo derecho encima. Una posición en la que el pie se le dormía a menudo cuando perdía la noción del tiempo trabajando. Mordisqueaba la goma de borrar en el extremo de un lápiz y miraba fijamente su teléfono. Tenía revuelto el estómago, pero no se debía a las náuseas matutinas, que casi habían desaparecido desde la décima semana.

«¿Cómo sabe Kevin de la existencia de Oscar?».

¿Acaso había mencionado al acompañante de Noah durante la breve llamada telefónica? Después de la agitación del día, comenzando por la terrible sospecha del diagnóstico del doctor Malcom, esta laguna en la memoria seguramente podía explicarse.

«Pero tendría que estar muy equivocada...».

Miró el reloj y cogió la nota que Kevin le había dado hacía un momento. El redactor jefe había apuntado el número directo del hotel Adlon en Berlín con una caligrafía nada florida. Pegó la nota al marco de su monitor con un trozo de cinta adhesiva. Entonces levantó el auricular. En la pantallita apareció la invitación «Marque número». Celine pulsó el número nueve para obtener línea, oyó el tono... y colgó de nuevo, porque había una llamada entrante en espera.

—*New York News*, Celine Henderson, ¿buenos días?

—¿Eres tú, cariño?

«No. Solamente tengo el mismo nombre que tu hija y casualmente trabajo también en este puesto».

—Sí, mamá, soy yo. ¿Ha pasado algo?

Debía de ser algo importante, eso seguro.

Su madre odiaba las conversaciones en las que no podía mirar a los ojos a su interlocutor. Maria Henderson únicamente descolgaba el teléfono de su casa en Nueva Jersey si era inevitable.

—Es tu padre —dijo con voz temblorosa.

A Celine se le formó un nudo en la garganta. Sus manos se agarrotaron sobre el

ratón del ordenador con el que acababa de estar navegando por las últimas noticias sobre la evacuación del aeropuerto.

—¿Le ha pasado algo?

Ed siempre conducía demasiado rápido, y encima le gustaba mandar mensajes mientras lo hacía. Además, a pesar del infarto que había sufrido dos años atrás, no seguía la dieta prescrita, por lo que las imágenes de un accidente de coche y de una habitación de cuidados intensivos se sucedieron en su mente.

—¿Está bien? —preguntó Celine.

—Sí... Quiero decir, no lo sé. Eso espero.

«¿Qué significa que eso ESPERAS?», le habría gustado gritar por el auricular, pero Maria estaba a punto de llorar, y no quería empeorar la situación increpándola.

—Iba a recoger a su hermano.

—¿El tío Brad?

—Viene de visita el fin de semana desde Annapolis. Probablemente quiera dinero otra vez, así que no entiendo por qué no coge el tren o el autobús, sobre todo sabiendo que al parecer tiene miedo de esos cacharros.

Celine cerró los ojos y tamborileó nerviosa con los dedos sobre el escritorio. Siempre que intentaba mantener una conversación con su madre era igual. A Maria siempre le pasaban diez ideas por la cabeza al mismo tiempo, incluso en circunstancias normales, cosa que hacía muy difícil seguir el hilo de sus palabras.

—No entiendo nada, mamá.

—Brad ha venido en avión, cariño.

«Maldita sea».

—¿JFK?

—Sí.

Celine tenía la sensación de estar girando sobre su propio eje, a pesar de que la silla de oficina sobre la que estaba no se había movido ni un milímetro.

—Ya no puedo localizarlo, tesoro. Solo oigo ese puñetero contestador. Tendrían que haber vuelto hace un buen rato ya. Y ahora el café está frío, y yo... —Se echó a llorar.

Celine se levantó y cogió su abrigo.

—De acuerdo, mamá, tranquilízate. Seguro que no es más que una medida de precaución temporal. No ha explotado ninguna bomba ni nada parecido. Verás como papá está pronto en casa.

Las palabras no lograron surtir su efecto tranquilizador.

—No sé —dijo su madre insegura—. Tengo una sensación rara. Como aquella vez que se desmayó, ¿te acuerdas?

—Seguro que está bien.

—Sí, puede ser. Pero me encuentro mal, cielo. ¿No podrías venir?

—¿Ahora?

Celine miró el gran reloj de la columna central de la oficina. «Completamente imposible». La visita al médico ya le había hecho perder la mañana y no había dado ni golpe. Por otra parte no recordaba la última vez que su madre le había pedido algo así. Maria le había dado mucha importancia a su independencia durante toda su vida. Solo aceptaba ayuda de otras personas, incluso de su hija, en casos de absoluta emergencia, y parecía que este era uno de ellos.

«Además, me han dejado al margen de todas formas», pensó Celine y miró hacia la sala de conferencias, en la que en ese momento se estaban discutiendo los asuntos realmente importantes del día.

«Con los vagabundos puedo hablar por teléfono de camino».

Tomó una decisión. Era reportera. No importaba lo que Kevin le hubiera encargado, no se quedaría en su escritorio en un día así.

—Veré lo que puedo averiguar, ¿de acuerdo? Te volveré a llamar.

Un buen amigo de Celine trabajaba en la policía del aeropuerto, una antigua compañera de piso en la torre de control. En cuanto hubiera localizado a alguno de los dos decidiría si podría lograr algo allí o si era mejor que fuera a casa para dar apoyo emocional a su madre.

Cogió su bolso y se dirigió a los ascensores.

Allí Celine pasó su identificación por uno de los detectores que había en cada piso del edificio NYN. No se podía entrar ni salir de la editorial sin autorización. Para su asombro pitó tan fuerte como cuando había atravesado el arco del vestíbulo. Al mismo tiempo el piloto se encendió en rojo.

—Tarjeta bloqueada —leyó Celine sorprendida en la pantalla—. ¿Qué significa eso?

—Que no te puedes marchar, Celine.

Se volvió hacia la voz a su espalda.

Kevin había aparecido ante ella como de la nada, junto con dos guardias de seguridad uniformados de azul.

—Pero... —Celine se quedó sin palabras un instante. Miró por encima del hombro de Kevin hacia la oficina, que poco a poco se llenaba de nuevo con sus compañeros—. ¿Te has vuelto loco? No puedes retenerme aquí contra mi voluntad.

Kevin sonrió, y como siempre ella tuvo la sensación de que el gesto era artificial y forzado.

—Haz el favor de no montar un escándalo y deja que estos dos señores te guíen hasta tu nueva oficina. —Señaló la salida de emergencia junto a los ascensores.

—¿Qué tontería es esa? No quiero una oficina nueva, tengo que irme a casa.

—Lo sé, tu madre está muy preocupada —dijo Kevin. Esta afirmación la impresionó mucho más que el hecho de que uno de los dos hombres le retorciera el

brazo a la velocidad del rayo. Kevin dirigió una mirada severa al guardia de seguridad que Celine no supo interpretar. ¿Se había enfadado porque la hubiera agarrado tan bruscamente, o quería meterle prisa? Su comportamiento en general era tan incomprensible como su siguiente comentario:

»Ahora no puedes irte a casa —dijo—. Lo de tu padre tendrá que esperar.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó Celine consternada.

En lugar de darle una respuesta, la condujeron esposada a través de la puerta cortafuegos hacia la oscura escalera.

La maleta marrón oscuro, con arañazos de los múltiples viajes, le pareció incómoda. Demasiado pesada para ser equipaje de mano, demasiado pequeña para un viaje largo. Era de ante caoba, algo más grande que la torre de un ordenador de sobremesa.

Noah la sacudió y no le extrañó no oír ningún golpeteo. La tapa de cuero estaba muy abollada y las costuras de los lados, tensas. Quien fuera que había hecho la maleta había aprovechado hasta el último centímetro cúbico.

«Y después la cerró con cuidado de nuevo».

Estaba cerrada con un aparatoso candado de combinación, así que Noah, dos minutos después de haber sacado la maleta del armario, aún no sabía qué contenía.

«¿Y se supone que es mía?».

Agarró el asa, dio un par de pasos y la puso sobre la cama junto a *Toto*, que observaba el cuerpo extraño con tanta atención como el propio Noah.

«No siento nada. Nada de nada».

Noah se preguntó cuántas combinaciones tendría que probar antes de abrir el candado por pura casualidad. Entonces se fijó en la cesta de fruta sobre la mesa del tresillo en el salón y en el cuchillo que había junto a las naranjas.

Apenas necesitó veinte segundos y un esfuerzo mínimo para abrir el candado haciendo palanca.

Abrió cuidadosamente la tapa, y miró primero por una rendija, para después abrirla del todo al no descubrir nada inquietante.

«Como por ejemplo cables que condujeran a un detonador».

La tapa había mantenido a raya una enorme montaña de ropa que ahora rebosaba de la maleta.

Noah palpó camisas y jerséis correctamente doblados, ropa interior colocada con cuidado, calcetines enrollados en forma de bola, y varios pantalones de traje, una corbata lisa y una americana azul oscuro. Todo olía a recién lavado. Las prendas estaban planchadas y todo era de buena calidad, aunque no era ropa de marca. No era nuevo, pero no estaba usado. Nada de ropa sucia, tampoco en el gran compartimento lateral cerrado con cremallera.

Lo primero que descubrió Noah fue un teléfono macizo, que a juzgar por su tamaño parecía ser del siglo anterior, a pesar de que su pantalla y su teclado resultaban modernos. La inscripción «Tel.Sat.» revelaba que se trataba de un teléfono por satélite.

Noah pulsó la tecla de encendido, pero al parecer la batería estaba descargada y la pantalla siguió en negro.

Continuó rebuscando y, además de un cargador, sacó un neceser transparente.

Además de lo previsible, cepillo más pasta de dientes, desodorante y *aftershave*

(cuyo aroma, al contrario que el de la habitación, no desencadenó ningún brote de memoria), dentro también había una estilográfica con pluma dorada que le resultó familiar al tacto cuando se la puso en la mano.

«Familiar, pero no agradable».

Buscó un enchufe para cargar el teléfono por satélite, después decidió vaciar totalmente la maleta, sentó a *Toto* junto a la cama y volcó todo el contenido sobre la colcha.

De esta manera arrancó a la maleta su asombroso secreto: un portadocumentos de cuero atrapado entre dos camisetas que, además de un fajo de dinero en diferentes divisas, contenía tres pasaportes de aspecto externo idéntico.

Noah cogió uno de los cuadernitos azul oscuro, pasó el dedo por el relieve dorado, lo abrió y vio una versión notablemente más cuidada de sí mismo:

Dr. David Morten. US Citizen.

Según el documento tenía treinta y nueve años, medía un metro ochenta y nueve, y había nacido en Colonia.

El pasaporte estadounidense tenía seis meses de antigüedad y parecía prácticamente sin usar; de hecho solo había un sello en las últimas páginas. Según este, había volado a Mombasa a mediados de enero, es decir, poco antes de que le dispararan.

«Bien. Me llamo David, un nombre que no me dice nada, y he estado en Kenia recientemente, un viaje del que tampoco tengo recuerdo alguno».

Noah cogió el segundo documento y casi lo dejó caer al leer el nombre de «John Greene» en la página plastificada de los datos personales. Conteniendo el aliento abrió el tercer pasaporte y la impresión fue aún mayor.

David Morten. John Greene. Y Samuel Brinkman.

«Tres pasaportes diferentes. Tres nombres diferentes».

Pero siempre la misma foto.

«Mi foto».

Colocó los pasaportes unos junto a otros, y casi se podía decir que los clavó a la colcha con su mirada.

«¿Qué significa esto?».

—¿Quién soy? —susurró Noah y cerró los ojos. Por primera vez se preguntó si la razón de que no recordara su vida anterior era que no quería hacerlo.

Buscando su yo había dado con múltiples identidades, y no podía imaginarse ninguna explicación inocente de por qué un único hombre poseía tres pasaportes diferentes con nombres distintos.

Cogió de nuevo todos los documentos.

En los otros pasaportes también había pocos sellos. Había viajado como John Greene de Kenia a los Países Bajos, para después volar desde allí a Roma como

Samuel Brinkman. Noah soltó la goma que ataba el fajo de billetes y contó al menos cuatro mil euros y otros mil dólares.

Teléfono.

Pasaportes.

Dinero.

Ropa.

De repente estaba completamente equipado, y a pesar de ello no se sentía ni un paso más cerca de su vida anterior.

Sacó una camisa blanca de la montaña de ropa y la sostuvo ante el pecho. La talla parecía ser la correcta, y, sin embargo, Noah tuvo la sensación de no caber en ella.

Le resultaba incómoda.

Como la maleta.

Como el portero.

Como Vandenberg.

Y como la sutil corriente de aire que le llegó a la nuca cuando la puerta exterior de la suite se abrió en silencio a sus espaldas.

En los siguientes segundos Noah averiguó algo sobre sí mismo que le hizo dudar aún más de que fuera una buena persona.

La velocidad con la que su cerebro cambió al modo de alerta y la rapidez con la que llegó a la entrada de la suite para enfrentarse al intruso cuando aún estaba en la puerta solo permitían llegar a dos conclusiones: ya se había encontrado a menudo en situaciones de peligro mortal; y estaba entrenado para superarlas. Entrenado para acabar con ellas con violencia.

Sabía dónde debía golpear para paralizar. Conocía el doloroso punto sensible de los vasos sanguíneos del cuello. Sabía dónde debía presionar con el pulgar para desencadenar el reflejo del seno carotídeo, que dependiendo de la intensidad del ataque podía provocar o un paro cardíaco o una caída súbita de la presión sanguínea y que la víctima se desmayara, como en este caso.

El hombre se desplomó sobre el suelo con un grito ahogado y sus ojos se giraron hasta que solo se vio el blanco de los mismos.

Oscar tardó tres minutos en volver en sí.

—¿Qué, dónde...? ¿Qué ha pasado?

Noah había llevado a Oscar al sofá inconsciente y había envuelto cubitos de hielo del minibar en un trapo, que este, una vez hubo vuelto en sí, apartó de su frente furioso.

—¡Has intentado matarme! —constató y trató de incorporarse, pero cayó de nuevo sobre los cojines con el rostro desfigurado por el dolor.

—Aguanta un minuto más —le aconsejó Noah—. Así se te pasará el mareo.

Le tendió un vaso de agua.

—¡Mierda, joder! —maldijo Oscar después de haberlo vaciado hasta la mitad con ansia—. ¿En qué estabas pensando?

—Lo siento. Pensaba que eras...

«... ¿qué?

¿Un asesino?

¿El que me disparó?».

Noah giró el hombro suavemente. Al atacar a Oscar no había sentido nada, pero ahora la herida de bala le dolía de nuevo.

—Pensaba que estaba en peligro —explicó de forma vaga. Noah no tenía ni idea de cómo describir el impulso que había despertado el luchador cuerpo a cuerpo que había en él. Las sensaciones que experimentaba en aquella habitación no solo parecían desencadenar sus recuerdos, sino también patrones de comportamiento instintivos. Oscar ya estaba inconsciente en el suelo antes de que él reconociera al supuesto atacante.

—Peligro, sí. Y tú que lo digas.

Oscar amagó un segundo intento de levantarse del sofá. Estaba pálido y sudaba a mares, nada sorprendente teniendo en cuenta las múltiples capas de ropa que aún llevaba.

—Estás metido en un buen lío, grandullón. Por eso al final he vuelto.

—¿Dónde te habías metido? ¿Y cómo has vuelto a entrar aquí?

—Oh, he utilizado un invento genial, la llave-tarjeta. Nos han dado una a cada uno.

«Otra cosa más que no recuerdo. Esta vez para variar es algo de mi pasado reciente».

Oscar pareció leer los pensamientos de Noah y preguntó:

—Ni siquiera te habías dado cuenta de que había salido de la habitación, ¿no?

«No, estaba demasiado ocupado con el muerto de la chimenea».

—Has recordado algo, ¿verdad? Por eso estabas tan ido poco después de que hubiéramos entrado en la habitación. Ya has estado aquí antes, ¿no es cierto?

«Ni idea. Eso parece».

Noah miró la zona aclarada de la alfombra ante la chimenea, la imagen de la cabeza ensangrentada se encendió de pronto en su mente, e ignoró la pregunta:

—Bueno, ¿y por qué me has dejado solo?

—Lo siento, he sido un cobarde, lo sé. Pero no aguantaba más aquí. De pronto he tenido miedo, lo único que quería era largarme, volver a mi escondite. Además, son ciento veintidós.

—¿Ciento veintidós qué?

—Escalones. He explorado las salidas de emergencia y las escaleras, por si tenemos que huir, ¿entiendes?

—No.

Oscar desoyó la objeción.

—Casi estaba de nuevo en la calle, en la salida trasera junto al monumento al Holocausto. Pero entonces he comprendido que no podía hacer eso, que debía volver. Necesitas mi ayuda. Sin mí no te las podrás arreglar con ellos.

—¿Con «ellos»? ¿A quiénes te refieres?

—Piénsalo tú mismo. ¿Quién aloja a dos sin techo en una suite de dos mil quinientos euros? Sea quien sea a quien has llamado antes, te aseguro que no era un periódico.

—¿Y qué si no?

—No tengo ni idea.

—¿Ah, sí? —Noah se enfureció—. Pues para no tener ni idea es alucinante lo bien que prevés el futuro. ¿Quién es ese tal Vandenberg? ¿Y por qué ha reaccionado exactamente como tú habías predicho?

—¿Te refieres a por qué te ha dado tu supuesta habitación habitual?

—Sí.

Oscar se encogió de hombros.

—No lo sabía, he supuesto que lo haría. Ellos siempre trabajan así. Es parte de su programa.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Y qué programa es ese?

Oscar se terminó el vaso de agua y le dio la vuelta, entonces intentó levantarse por segunda vez. Recorrió la habitación con la mirada tambaleándose ligeramente y pareció hablar consigo mismo.

—El programa. Correcto. Por qué no pensé en ello en cuanto te encontré. —Atravesó la habitación arrastrando los pies hasta un aparador y abrió una puerta tras otra—. Claro, es posible. Si se trata de lo que sospecho, han avanzado mucho más de lo que me temía. Entonces lo que me han hecho no ha sido más que un juego de niños. Por fin, aquí estás...

Abrió la nevera y sacó una botella de *whisky* en miniatura del minibar.

Noah se acercó a él y le sujetó la mano cuando se disponía a beber.

—Por última vez: ¿qué está pasando? ¿Quién eres? ¿Qué te han hecho a ti? ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Oscar le devolvió la severa mirada, y esperó a que Noah aflojara la mano.

—Sé que no me creerás, pero te pido que al menos lo intentes.

—Te escucho.

—Me has preguntado un par de veces por qué vivo en la calle.

Noah asintió.

—Bien, en realidad, y se trata de una diferencia extremadamente importante, no vivo en la calle, sino bajo ella.

—Me he dado cuenta, sí.

—Y lo hago con toda la intención. Porque solo así tengo alguna posibilidad de escapar del lavado de cerebro.

—¿Lavado de cerebro?

—Control del pensamiento, conciencia dirigida, el programa; llámalo como quieras. —Vació la botellita de un trago—. Normalmente no bebo, pero ahora lo necesitaba.

—Por mí puedes beberte medio minibar mientras sigas siendo capaz de contarme la verdad.

Oscar torció la comisura de los labios con escepticismo.

—¿Quieres saber la verdad? —Para gran sorpresa de Noah, se sentó en la alfombra y comenzó a desatarse las botas—. No has vivido el tiempo suficiente en la clandestinidad para saber la verdad.

«Madre mía».

Noah se volvió y miró hacia la Puerta de Brandenburgo a través de la ventana sacudiendo la cabeza.

«Probablemente la única verdad sea que mi compañero está completamente loco».

Oscar ya se había deshecho de sus botas y estaba sentado con las piernas cruzadas sobre su chaqueta de aviador dada la vuelta. Mientras trataba de sacarse el jersey noruego por su ancha cabeza, preguntó:

—¿Cuántas personas se mueren de hambre en el mundo?

—¿Perdón?

—¿Cuántas no tienen suficiente para comer, Noah?

—¿Y ahora qué? ¿Adivinanzas?

Oscar por fin tenía la cabeza libre y ya no tenía que respirar a través del tejido:

—¡Calcula!

—Ni idea, muchas, supongo.

Noah no tenía ganas de estos juegos psicológicos a los que Oscar ya había jugado

con él alguna vez. Justo después de que despertara por primera vez en el escondite y fuera capaz de reaccionar, su misterioso salvador le había bombardeado con innumerables preguntas aparentemente irrelevantes a una velocidad demencial: «¿Estamos en Berlín o en Hamburgo? ¿Nevaba o llovía la noche que te encontré? ¿Llevaba una chaqueta negra o roja?».

Como Noah no recordaba nada, había tenido que adivinar, y con una cuota de cuarenta y nueve por ciento de respuestas correctas había aprobado el test de amnesia de Oscar.

«Las personas que simulan una pérdida de memoria dan demasiadas respuestas incorrectas a propósito», le había explicado Oscar satisfecho. «Y se revelan como mentirosas al no alcanzar una cuota de casi un cincuenta por ciento de acuerdo con las reglas del azar. Pero tú dices la verdad. Realmente no recuerdas nada».

—Según la BBC son más de mil millones —prosiguió Oscar con su curiosa exposición, y descruzó a duras penas las piernas—. Una de cada siete personas pasa hambre en nuestro planeta, sobre todo niños. Unos nueve millones de ellos mueren de desnutrición cada año.

—Vale, es terrible. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Mucho, como demuestra tu reacción. ¿No crees que es extremadamente raro? Me refiero a que tienes amnesia, apenas recuerdas nada. Pero no te sorprende en absoluto que te explique que en el mundo en el que te has despertado una persona muere de hambre cada tres segundos.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Exactamente de eso estoy hablando. —Oscar se sacó del pantalón la camisa de leñador y la camiseta que llevaba debajo—. Vemos imágenes de niños con la tripa hinchada en la televisión, leemos artículos sobre prostitución infantil y trata de personas, sobre el cambio climático y la crisis energética, conocemos los sueldos millonarios de los gestores de fondos de riesgo de Wall Street tan bien como la pobreza de los mendigos de los vertederos de Asia, y a pesar de todo ello nos vamos de vacaciones con todo incluido a la República Dominicana mientras a pocos kilómetros de allí, en la otra mitad de la isla, llamada Haití, la gente se muere de hambre. ¿No te has preguntado nunca por qué somos tan ignorantes?

—Porque no sabemos cómo cambiarlo.

—Falso. Porque hemos aprendido a reprimirlo. Mira esto.

Oscar, que ya se había abierto los primeros botones de la camisa, se detuvo y señaló la televisión, que mostraba una fábrica en llamas.

—«Atentado contra Jonathan Zaphire, presidente de Fairgreen Pharmaceuticals» —exclamaba un rótulo enmarcado en rojo en la parte inferior de la pantalla, en el que los informativos publicaban las noticias urgentes.

—Niños hambrientos en un canal, guerra y terror en el otro. El mundo se va a la

mierda, todos lo sabemos, lo vemos, pero no nos preocupa.

Se abrió un botón más. Al hablar la saliva se le acumulaba en las comisuras de los labios.

—Nosotros dos somos el mejor ejemplo de ello, Noah. Vagabundos como nosotros se sientan a menos dieciséis grados junto a la puerta del supermercado y la gente que pasa mira para otro lado. ¿Nunca te has preguntado por qué lo hacen tan bien?

—¿Para no ayudarnos?

—¡Para reprimir nuestra imagen!

Noah se dejó caer sobre el sofá y miró por encima de Oscar hacia la habitación, donde *Toto* se había acomodado a los pies de la cama sobre un par de bóxers que habían caído de la maleta.

«¡La maleta! Debería registrarla más a conciencia».

—Quieren hacernos creer que nuestro cerebro cuenta con un mecanismo de protección. Un filtro que criba la miseria para que podamos llevar una vida normal. —Oscar se rio mordaz—. Pero eso son chorradas. Nuestro cerebro está programado desde la Edad de Piedra para reconocer peligros, no para ignorarlos. Cuando los islandeses se dieron cuenta hace seiscientos años de que sus terrenos empeoraban, ¿qué hicieron? ¿Esconder la cabeza como un avestruz? No. Establecieron un número máximo de ovejas que podían pastar en ellos. ¡Hace seiscientos años! Hoy sabemos que el petróleo se agotará en pocos años y a nadie se le ocurre regular el número de coches y vuelos. Preferimos vender billetes de avión por cuarenta y nueve euros a Mallorca.

La camisa cayó al suelo; Oscar estaba ahora descalzo en vaqueros y camiseta en la habitación, razón por la cual verlo en aquella suite de lujo era más raro aún.

—Bien, el mundo es terrible. Gracias por advertirme de algo tan importante.

—No estás escuchando, Noah. El mundo es terrible, pero todos reprimimos esa idea.

Noah levantó la mirada.

—Eso no lo entiendo.

—Exactamente de eso estoy hablando. A eso quiero llegar. No es terrible. Nadie lo considera terrible. Nadie se fija ya. Nadie hace nada para remediarlo. Y eso no lo determina la genética, eso lo determinan otros.

—¿Quiénes?

—Los pocos que quieren que el mundo sea como es. Las multinacionales, los ejércitos, los megarricos. Nos rocían.

—¿Nos rocían?

—Ahora llegamos a la parte que no te vas a tragar.

Oscar se llevó la mano al punto en el pecho en el que se dibujaba bajo la camiseta

el amuleto que admiraba todas las noches antes de dormir.

—Es verdad que me llamo Schwartz. No soy profesor, pero escribí mi tesis doctoral acerca de un tema neurológico —dijo, y al mismo tiempo se desabrochó el pantalón—. Poco después de la universidad, mi mujer y yo nos establecimos por nuestra cuenta en una pequeña consulta médica en Fráncfort. Muchos de nuestros pacientes eran empleados del gran aeropuerto, lo que no era tan raro teniendo en cuenta que el aeropuerto es la empresa que más empleos genera de toda la región. Lo sorprendente eran los problemas por los que acudían a nosotros. La mayoría se sentían débiles, agotados, cansados y sin ganas de vivir. A todo esto sus horarios eran humanos, de hecho a muchos se los acababan de mejorar. Así que podía decirse que no corrían peligro de quemarse en el trabajo. Los cónyuges declaraban unánimes que estos cambios habían aparecido prácticamente de un día para otro. Que sus parejas habían comenzado a mostrar desinterés e indiferencia hacia todo lo que les rodeaba de la noche a la mañana.

Oscar parpadeaba nervioso. Su voz sonaba tomada, los recuerdos parecían conmooverlo intensamente.

—Investigamos y averiguamos que los pacientes más afectados estaban relacionados con el repostaje. Y que pocas semanas antes, justo antes de que aparecieran los síntomas, se había instalado en Fráncfort un nuevo surtidor.

—¿Así que eran los vapores del combustible?

—No. No era culpa de la gasolina de los aviones. Sino de lo que le añadían.

—¿Y eso era...? —Noah no era capaz de esconder su escepticismo en el tono de su voz ni en la expresión de su cara.

—La sustancia no tiene nombre oficial. La mayoría lo llaman CLEAR. Tiene un efecto amortiguador sobre el sistema nervioso central. Hace a las personas indiferentes. Les quita el miedo a las amenazas.

Noah se recostó resignado sobre los cojines del sofá y miró hacia el techo de la habitación.

—Así que hay un poder oculto que utiliza una sustancia contra la población...

—... a modo de tranquilizante para las masas. CLEAR, así es. De otra manera no se explica que estemos todo el día viendo la televisión y navegando por Internet en lugar de echarnos a la calle para luchar.

Noah se puso de pie. Sabía que no serviría de nada, pero tenía que decirlo de todos modos:

—Estás mal de la cabeza.

—Dijo el hombre sin memoria. Que por cierto es uno de los efectos secundarios de CLEAR si la dosis es demasiado alta.

—Ya, ya. Claro. Seguro que es por eso. —Noah se dirigió hacia el dormitorio.

—No tienes por qué creerme. Puedo demostrarlo —exclamó Oscar tras él—. Solo

necesito que haga mejor tiempo.

—¿Tiempo? —Noah se echó a reír incrédulo y se volvió.

«Esto empeora por momentos».

—Sí, de ser posible un sol radiante. —Oscar señaló las ventanas de la suite—. ¿Sabes esas líneas en el horizonte? Líneas rectas como pintadas con tiza sobre el cielo azul de verano. Quieren hacernos creer que son estelas de condensación de los aviones, pero la mayor parte de las veces no se ve ni rastro de un jet, ¿verdad? Busca en Google «*chemtrails*», así se llaman esas estelas de contaminación, entonces sabrás de lo que hablo. Se forman a partir de los gases de escape de los aviones invisibles que pulverizan CLEAR. Los muy cerdos mezclan la sustancia con el combustible de la nave.

Noah hizo un gesto de rechazo con la mano.

«Ya he perdido bastante tiempo».

—Si no me crees, mira en Internet.

—Precisamente eso voy a hacer.

«Pero no para buscar CLEAR en Google. Sino para buscar “doctor Morten” o como quiera que me llame».

—Hay personas en la red que se han tomado la molestia de cartografiar los *chemtrails*. Resulta que estos drones, invisibles al ojo humano, recorren un patrón de vuelo concreto.

—¿Para pulverizar la sustancia represiva?

Oscar sonrió de oreja a oreja.

—Por fin lo has pillado. Ahora entiendes por qué vivo bajo tierra. Así no me alcanzan. Solo salgo a la superficie durante el día en invierno, ya que entre noviembre y marzo pulverizan la sustancia con menos frecuencia, porque la capa de nubes absorbe demasiada cantidad de la misma. ¿Lo entiendes ahora? Solo por eso sigo teniendo la mente tan lúcida.

Noah lo miró atónito. Después de quitarse también la camiseta, Oscar estaba ante él con el pecho descubierto. A excepción de una cicatriz blanca de unos cinco centímetros de largo, la barriga de Oscar era como la de un mono, totalmente cubierta de pelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Noah—. ¿Me enseñas tu cicatriz como prueba de que fuerzas secretas te torturaron?

Oscar se miró asombrado y tocó la protuberancia que tenía bajo las costillas.

—Bobadas. Esto es de cuando me caí de un árbol de niño. —Se bajó los pantalones y los calzoncillos y pasó junto a Noah hacia el cuarto de baño caminando como un pato—. Solo quiero volver a meterme por fin en una bañera caliente.

—¿Tenemos acceso a las cámaras de seguridad? —preguntó Altmann y entró en el ascensor. Antes de que las puertas se cerraran se apresuró a entrar en la cabina una joven pareja que también subía al quinto piso.

—No —respondió la mujer a través del transmisor que llevaba en la oreja—. Están fuera de nuestra área de influencia.

«Me lo imaginaba».

Le habían encargado una operación «Quinso». *Quick in. Safe out.* Sin testigos. Sin huellas. Su especialidad. Para llevar a cabo una «Quinso» con éxito, el círculo de implicados debía reducirse al mínimo posible. Poner al corriente al jefe de seguridad del Adlon habría supuesto una grave negligencia, incluso aunque este estuviera en nómina.

—El *clean-team* está preparado para cuando dé el *greenlight* a la maniobra.

«*Quinso. Clean-team. Greenlight*».

Altmann se preguntaba a veces quién se inventaba en realidad ese ridículo pseudocódigo. Seguro que se trataba de unos chupatintas cualesquiera demasiado mayores para las operaciones de campo. ¿Por qué narices no podían llamar a las cosas por su nombre?

«Enviaremos el equipo de limpieza a la habitación en cuanto haya llevado a cabo el trabajo».

Antes hablaban así.

«Antes aún recibía regalos por mi cumpleaños».

—¿Me ha entendido? —requirió la voz femenina confirmación por parte de Altmann.

Este observó a la pareja estrechamente abrazada que solo interrumpía sus besos para una risita ocasional.

—¿Tienen hora? —preguntó para dar a entender a la jefatura de operaciones que no estaba solo en el ascensor. El joven tuvo que hacer esfuerzos para soltarse del abrazo de su enamoradísima novia y echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Casi las once.

Altmann dio las gracias, pero Romeo ya había pegado su boca a la de su Julieta de nuevo.

«Mejor que mejor. Después no serás capaz de describirme».

Altmann sabía que eso era difícil de todos modos. No tenía ningún rasgo distintivo como orejas de soplillo, cicatrices o manchas de nacimiento en el rostro. Ni demasiado gordo, ni demasiado alto, ni demasiado en forma, ni demasiado delgado. Era un tipo corriente. Pelo marrón común, ojos gris común, ropa con combinaciones de colores aburridas. Una pesadilla para cualquier testigo que tuviera que dibujar un

retrato robot a partir de su memoria. Un motivo entre muchos otros por los que estaba predestinado precisamente a tareas como esta.

Cuando llegaron al quinto piso, dejó pasar a la pareja y esperó a saber por qué dirección del pasillo se decidían para tomar la contraria. No tardó mucho en oír el suave chasquido de una puerta que interrumpió las risitas de los enamorados al cerrarse.

Altmann dio media vuelta y recorrió el pasillo vacío hasta su extremo.

«Cuarenta y tres pasos hasta el ascensor», anotó mentalmente.

Se detuvo ante la puerta con el letrero de latón «Suite Pariser-Platz».

—Estoy en posición.

—Entendido.

Sacó un dispositivo transparente con forma de tarjeta de crédito conectado por cable a un *smartphone* en el bolsillo interior de su chaqueta. Pasó la tarjeta-llave electrónica por la ranura dispuesta al efecto junto a la puerta de la habitación. Entonces introdujo un número de seis cifras que le había enviado la jefatura de la operación junto con los planos y las fotos. Hizo clac, la puerta se entreabrió y una suave luz iluminó el pasillo a través de la diminuta rendija.

—Comienza el espectáculo —susurró Altmann, sacó su arma y entró en silencio en la suite.

El agua caliente actuaba como un somnífero. Cuanto más dejaba Noah que le afectara, con más fuerza deseaba cerrar los ojos.

Para no quedarse dormido bajo la ducha, cerró el grifo y salió de la cabina engastada en mármol. Limpiarse la suciedad de la calle había sido la primera idea sensata que había propuesto Oscar desde su regreso. Para no tener que compartir el baño con él, Noah había pasado a la segunda suite a través de la puerta que las conectaba internamente, una suite casi idéntica pero distribuida de manera invertida.

Así, los cuartos de baño quedaban pared con pared. Noah oía el murmullo continuo del jacuzzi de al lado, en el que Oscar parecía estar tomando un largo baño; un sonido de fondo adecuado para el viejo éxito de verano que sonaba en esos momentos en la televisión.

«*Sunshine Reggae*. Claro. De esta mierda sí que te acuerdas».

Los baños de las suites estaban equipados con altavoces inalámbricos, conectados a su vez al sistema multimedia del salón. En ese momento emitían la música de un anuncio de televisión de un combinado preparado, y a Noah le habría gustado bajar el volumen, pero no fue capaz de encontrar el botón para ello en el baño.

Se acercó a uno de los dos lavabos, que en el caso de una parejita probablemente estuviera previsto para el miembro femenino, ya que en la encimera había varios utensilios de cosmética junto a un recipiente de acero fino para toallitas desmaquillantes. Con una de ellas secó el espejo empañado y miró fijamente el rostro extraño que había dejado al descubierto.

Sus ojos eran pequeños, y estaban cansados, rodeados de profundas arrugas. Al pasar la mano por la piel, la sintió áspera. Noah dio un paso atrás y observó su cuerpo entero.

A diferencia de Oscar, no tenía una única cicatriz, sino un gran número de ellas. Solo en su torso contó ya tres, dos pequeñas bajo las costillas en la zona de la musculatura abdominal, bien entrenada. Una más alargada cerca del corazón.

Noah se puso de lado y despegó el esparadrapo del hombro. La ducha lo había empapado de agua, y le pesaba en la mano cuando se lo quitó del todo.

—Permítanme presentarles... —dijo, y comprobó cuidadosamente los bordes de la herida de bala con la punta de su dedo índice— a la cicatriz número cuatro.

Estaba bien curada. Al tocarla no le dolía, solo sentía un latido sordo, pero ese tipo de dolor se había convertido en un inquilino permanente de su cuerpo. Noah prácticamente se había acostumbrado a él.

«Más que al tatuaje».

Despegó la mirada de las letras torpemente punzadas en la palma de su mano y contempló su perfil en el espejo. De repente le picaba toda la cara. De un momento a

otro sintió la necesidad acuciante de afeitarse.

Al parecer antes había preferido afeitarse en húmedo, porque no dudó ni un segundo al encontrar una cuchilla desechable y espuma de afeitar con aroma a té verde entre los múltiples utensilios sobre la encimera del lavabo. La sensación de la cuchilla resbalando sobre la espuma y despejando la piel ligeramente enrojecida que había debajo fue casi más agradable que la ducha. Sin embargo, el rostro anguloso que apareció al terminar seguía resultándole ajeno.

Noah estaba secándose la cara cuando las palabras del presentador de las noticias en la televisión lo hicieron detenerse en seco.

«Y ahora volvemos con más información acerca de la situación en el aeropuerto de Nueva York. El aeropuerto John F. Kennedy ha sido puesto en cuarentena hoy a las 14.55 hora local por peligro de epidemia».

Levantó la mirada hacia los altavoces integrados en el techo. La palabra «cuarentena» tenía un efecto electrizante sobre él.

«Según fuentes no confirmadas, por el momento varios pasajeros han sido retenidos por las sospechas de que hubieran contraído la gripe de Manila».

A pesar de que solo unos momentos antes la música le había parecido demasiado alta, ahora recibía las noticias a un volumen demasiado bajo, por lo que Noah salió del baño y buscó el segundo televisor de la suite, situado en el dormitorio, junto al armario sobre una cómoda de aires chinos.

La cámara mostraba a una rubia dolorosamente delgada, que, teniendo en cuenta su ajustado traje y los rasgos de modelo, parecía más adecuada para moderar un magacín matutino que para retransmitir una catástrofe. Pensó en Celine Henderson, que no había vuelto a llamar y a la que se imaginaba completamente diferente de esta reportera. La delgada figura con el pelo al viento estaba delante de una valla de tela metálica coronada por alambre de espino sobre un puente de la autopista; al fondo se veía la pista del aeropuerto, por la que no se movía ningún avión.

—«Miles de viajeros, empleados y familiares están atrapados, el caos ya ha alcanzado las autopistas que entran y salen del aeropuerto, en las que se han formado atascos de hasta treinta kilómetros de largo».

Se intercalaron las imágenes de helicóptero correspondientes.

—«Los viajeros afectados deben dirigir sus preguntas al número de asistencia que ven en la parte inferior de sus pantallas. Nosotros regresaremos enseguida con más detalles acerca de la todavía compleja situación...».

La reportera devolvió la conexión con mirada seria al estudio, donde su compañero le hizo una pregunta a la que Noah ya no prestó atención, porque *Toto* gruñía en la habitación contigua, y lo hacía con un tono profundo y metálico a un volumen que parecía exagerado para el diminuto cuerpo del perro.

Más por curiosidad que por preocupación, Noah se dirigió al dormitorio vecino,

donde vio al cachorro ante la puerta cerrada del baño con la cola entre las piernas y la cabeza gacha.

«¿Qué te pasa, pequeñín?», se disponía a preguntar, pero al inclinarse hacia él percibió con el rabillo del ojo un cambio en la luz que atravesaba la rendija entre la puerta del baño y el suelo del dormitorio. Un sombreado apenas perceptible, pero de todos modos una señal inequívoca de que alguien se había movido tras la puerta.

«Alguien que no se está bañando.

Alguien que lleva zapatos».

Noah sintió que la tensión le secaba la garganta y que los bordes de la herida de su hombro se contraían. Cuando abrió la puerta de golpe sus ojos se transformaron en una cámara réflex mental que tomaba fotos en fracciones de segundo y las enviaba al área de su cerebro encargada de analizar situaciones de peligro mortal.

La primera imagen mostraba un jacuzzi que le recordó a una cazuela cuyo contenido se derramaba: el agua hacía burbujas, la espuma blanca se desbordaba.

De Oscar solo se veían los dedos arrugados de los pies, que atravesaban la superficie del agua. El resto de su cuerpo estaba completamente sumergido. Voluntariamente al parecer, como reveló el análisis de la imagen número dos: el desconocido con el arma en la mano no lo había empujado hacia abajo, sino que parecía esperar a que Oscar emergiera de nuevo, probablemente para dispararle en la cara.

«¿Quién es usted?

»¿Cómo ha entrado aquí?

»¿Por qué quiere matar?».

Todas estas eran preguntas con las que Noah no se entretuvo. Con las que no podía entretenerse. Ya que el asesino no dudó ni un segundo. Sobresaltado por la aparición de Noah, el hombre se revolvió.

Y dobló el dedo índice.

Apuntó su arma en la mitad del tiempo que necesita un colibrí para agitar sus alas.

«Imagen número tres: Heckler & Koch USP, acerrojamiento Browning, 9 mm con gatillo de sistema DAO. Silenciador de fabricación polaca».

El asesino se movía rápido. Más rápido de lo que Noah podía contener el aliento.

Pero no lo bastante rápido.

El área de análisis de peligro del cerebro de Noah había elaborado un plan de acción y lo había transmitido sin rodeos a los músculos y las extremidades ejecutoras.

«Juntar las manos ante el rostro como en el ritual de saludo tailandés. Reducir la distancia hacia el objetivo y al mismo tiempo colocar el codo derecho en un ángulo de noventa grados. Empujar con él el arma hacia arriba. Aprovechar el retroceso del primer disparo desviado para destrozarse el centro de gravedad del oído del atacante

con la palma de la mano. Al mismo tiempo clavar la rodilla en los testículos y seguir el movimiento ascendente del codo derecho hasta golpear, y si es posible romper, la mandíbula».

Noah había seguido mecánicamente todos los pasos y al hacerlo se había concentrado en el brazo derecho del atacante, es decir, el que sostenía el arma, y mientras el intruso se encorvaba hacia delante, se lo levantó con el brazo izquierdo hasta sentir la resistencia de la articulación: la señal para aumentar la presión hasta desgarrar los tendones primero y después los músculos. Al mismo tiempo se volvió hacia un lado como bailando con el hombre, que únicamente quería escapar del dolor que Noah le infligía mediante la presión en el hombro dislocado.

No hubo gritos, tampoco había tiempo para eso. Fue todo tan rápido que al asesino ni siquiera se le había caído el arma de la mano cuando Noah cerró los dedos sobre su puño, y casi al mismo tiempo le levantó el antebrazo de golpe para colocar la punta de la H&K en la nuca del atacante.

Zum. Zum.

Dos tiros, que no hicieron más ruido que un bote de mermelada al vacío al abrirse, y el desconocido acabó ejecutado por su propia arma.

En ese instante Oscar emergió resoplando, eructó con fuerza y se frotó un poco de espuma del raballo del ojo mientras tarareaba con alegría. Entonces vio a Noah y gritó:

—Maldita sea, qué susto me has dado. ¿Es que no sabes llamar?

—Tenemos que irnos —respondió Noah con voz apagada.

—¿Irnos? ¿Por qué? —Oscar se puso de pie en la bañera—. No puedes entrar desnudo en mi baño así sin más... Oye, ¿es una pistola eso que llevas en la mano? ¿Cómo...? Joder. —Oscar había descubierto al hombre inmóvil delante del jacuzzi—. ¿Está...? Quiero decir, ¿le has...?

—Rápido, no tenemos tiempo.

Noah salió a zancadas del baño, se puso rápidamente ropa interior, un pantalón de traje oscuro, una camisa y una chaqueta, una selección aleatoria de lo que había en la maleta, sin soltar el arma que le había sustraído al asesino.

—Está muerto. —Oscar estaba desnudo en la puerta del baño y señalaba el cadáver—. Creo que está muerto del todo.

—Nosotros también lo estaremos si no desaparecemos enseguida.

—Pero ¿quién? Quiero decir, ¿por qué, de dónde...?

«No tengo ni idea. No tengo tiempo».

Noah comprobó rápidamente el cargador. Aún quedaban doce cartuchos.

«Menos es nada».

El arma tenía marcas del uso, pero estaba cuidada. Junto con la silenciosa entrada y la rapidez, demostraba que el asesino era un profesional.

Desenchufó el cargador, metió la cartera, los pasaportes y el teléfono por satélite de nuevo en la maleta junto con las prendas de ropa que pudo coger al vuelo, y volvió corriendo al baño pasando junto a Oscar.

—¿Qué haces?

A Oscar le castañeteaban los dientes de miedo. Sus pies estaban a pocos centímetros del borde del charco de sangre que se extendía en torno a la cabeza del desconocido.

Como era de esperar, el asesino no llevaba ningún objeto personal consigo. Sus bolsillos estaban vacíos. Noah le dio la vuelta con el pie desnudo. Su rostro también resultaba impersonal, sin rasgos característicos. Su aspecto era más de contable que de asesino a sueldo.

Noah supuso que le buscaba a él y no a Oscar, probablemente no sabía nada de la segunda habitación, en la que él se encontraba por pura casualidad.

—Aquí tienes. —Le lanzó a Oscar un albornoz blanco que había cogido de un gancho en la puerta.

—Has matado a una persona —musitó Oscar consternado. Parecía resultarle imposible apartar la mirada del cadáver. De todas formas se puso la bata y salió del cuarto de baño.

Entretanto Noah ya se había puesto sus botas, y le ordenó a Oscar que hiciera lo mismo.

—Deja el resto de la ropa aquí. No tenemos tiempo para eso.

Como pensaba que estaba yendo demasiado despacio, agarró a Oscar del cuello del albornoz y lo llevó a rastras a la suite contigua. Una vez allí, acechó por la mirilla y no abrió la puerta hasta asegurarse de que no había nadie al otro lado.

Un vistazo al pasillo le reveló que allí también estaban solos.

—¿Estás listo?

Se volvió hacia Oscar, que sacudía la cabeza con fuerza.

—Mierda, no, estoy aquí en bata con los pies ensangrentados y mis botas en la mano. No estoy listo en absoluto.

«Por lo menos ha recuperado el habla».

Noah regresó rápidamente a la habitación, cogió la mochila y miró bajo la cama. Como había supuesto, *Toto* se había escondido allí. Desde los disparos no había hecho ruido alguno, y le temblaba todo el cuerpo. Con un gesto veloz Noah sacó al cachorro agarrándolo del cuello de debajo de la cama y metió al animal en la mochila, entonces ordenó a Oscar que abandonara la habitación con él.

—No hasta que no sepa lo que acaba de suceder.

—Bien. Pues no vengas.

Noah salió al pasillo con la maleta en la mano y la mochila sobre el hombro sano, y caminó en dirección a los ascensores a la mayor velocidad a la que se lo permitían

los cordones sueltos.

Dos metros más allá de los ascensores para huéspedes se abría un pasillo lateral. Allí había un montacargas.

Noah pulsó el botón de llamada, pero no sucedió nada.

—Para este necesitas llave —dijo Oscar, que parecía habérselo pensado mejor. El albornoz blanco realzaba aún más el tono rojo cangrejo de su cabeza.

—No, no la necesito —respondió Noah, sin saber por qué estaba tan seguro de ello. Miró el teclado que había bajo el botón de llamada y de pronto se dio cuenta. Noah recordó un retazo del pasado.

«Ya me he montado en él alguna vez.

Ya sé adónde nos conduce este camino».

Al sótano del hotel. A la discoteca del Adlon.

«Donde las personas bailan a la luz de rayos centelleantes».

No hacía ni una hora que se había visto a sí mismo en un *flashback* marcha atrás.

«Ya he huido por aquí alguna vez.

Poco después de que me dispararan».

Noah cerró los ojos y visualizó la combinación de cifras que había recordado la vez anterior.

«4266».

—¿Qué haces? —preguntó Oscar lo que era obvio. Noah pulsó las teclas correspondientes en el teclado, pero introdujo el código al revés de lo que lo había hecho en su recuerdo.

«6624».

Oyó un chasquido algunos pisos por debajo de ellos y las correas del ascensor se tensaron. El botón de llamada se iluminó en un rosa pálido.

—¿Cómo sabías eso? —preguntó Oscar al ver en el indicador que había sobre la puerta del ascensor que la cabina avanzaba de piso en piso.

—Ni idea —dijo Noah, dio un paso atrás y miró por el pasillo hacia la luz que salía por la puerta de su suite, que Oscar no había cerrado.

No sabía quién era. Ni quién podía haber sido el asesino con la pistola, ni quién se lo habría encargado.

Y tampoco sabía si el ascensor llegaría a tiempo, antes de que los alcanzara el hombre que salía en ese momento de la suite Pariser-Platz al pasillo del hotel con un arma en posición de tiro.

—¿Situación?

—Compleja.

Altmann entrecerró los ojos. Noah lo había visto y se había retirado a un pasillo en el que según los planos había dos cuartos de lavandería y un montacargas.

«Vaya marrón».

—¿Por qué no ha completado el trabajo? —quiso saber la voz femenina en su oreja.

—¿Por qué no me habían dicho nada del tercer hombre?

Altmann metió de nuevo la pistola en su funda, regresó a la suite de la que Noah y Oscar acababan de escapar delante de sus narices, y cerró la puerta.

—¿El tercero?

—Cuando he entrado, ya había alguien allí.

—¿Quién?

—¡Eso mismo le estoy preguntando!

Altmann se dirigió al cuarto de baño y contempló la escabechina. Teniendo en cuenta la temperatura de la calefacción del suelo, el *clean-team* debía darse prisa si no querían que el olor se extendiera por todo el edificio. Los sistemas de ventilación de los hoteles muchas veces estaban conectados entre sí.

Altmann se arrodilló e hizo una foto del hombre con el móvil, que envió a la central.

Era joven, por lo menos más joven que él.

«No tiene ni treinta años».

Un asesino, no había duda. También estaba claro que se trataba de un profesional.

«Pero tiene un estilo desastroso».

Alguien que no se había preparado lo suficiente.

«O que contaba con aún menos información que yo».

Ningún especialista experimentado comenzaba un trabajo antes de haber localizado a todos los oponentes. Posiblemente aquel hombre no sabía de la existencia de la segunda habitación ni del acompañante de Noah.

«Seguro que pensó que era su día de suerte cuando escuchó cantar a su objetivo en la bañera».

—¿Han encargado el trabajo a alguien más aparte de mí?

—No, claro que no.

—Entonces este tal Noah goza de menos simpatías de las que pensábamos.

Al incorporarse, Altmann sintió un dolor sordo detrás de su rótula.

—Y tampoco me dijeron nada del perro.

—Maldita sea, ¿de qué perro habla? —maldijo la mujer en su oído. Su voz

sonaba estridente. Casi podía ver como la mujer estaba a punto de arrancarse los auriculares de la cabeza.

Altmann todavía no había conocido personalmente a la mujer de la línea de operaciones. Para él la fría voz era neutra. No sabía qué aspecto tenía, cómo se llamaba, cómo se vestía o qué le gustaba comer. Ignoraba tanto su orientación política como sus preferencias sexuales. Cuando hablaba con ella, era como si estuviese conversando con un sistema de navegación. Hasta entonces eso siempre le había ayudado en sus operaciones. Necesitaba distanciarse para trabajar tranquilamente. El hecho de que la mujer se hubiera alterado tanto cuando mencionó el perro la hacía más humana y le confería un carácter. Altmann no estaba seguro de que ese cambio le gustara.

—Sí, un cachorro.

—¿Y es eso lo que le ha distraído? ¿Un cachorro?

—A mí no. Al otro.

«Como he podido observar desde mi escondite tras las pesadas cortinas de lino».

—¿Ha identificado al hombre?

—Les acabo de enviar una foto.

—Bien.

—¿Y ahora qué? ¿Lo registro o los persigo?

—¿Por qué no ha hecho lo último hace un rato ya? ¿Es que no ha tenido ninguna oportunidad de liquidar al objetivo en todo este tiempo?

«Sí. Varias.

Podría haber disparado a Noah en la cabeza cuando ha salido del baño. O en la nuca cuando ha sacado al perro de debajo de la cama. Incluso podría haberle alcanzado en el ascensor».

—No —mintió Altmann.

Tenía sus principios. Cuando una operación se complicaba, detenía cualquier actividad hasta que la situación se hubiera aclarado. No se había desviado de este procedimiento ni una sola vez, y estaba convencido de que ese era el motivo de que aún estuviera en activo con cuarenta y un años.

—Vaya mierda, hoy está saliendo todo mal —se permitió la mujer hacer otro comentario poco profesional.

—¿Qué más? —preguntó Altmann.

—Zaphire.

—¿Qué pasa con él?

La directora de operaciones suspiró.

—Por lo que parece, desgraciadamente sobrevivirá.

Lupang Pangako, zona metropolitana de Manila, Filipinas

La luz de la mañana se refractaba en el vidrio roto y desplegaba un arco iris sobre la cara de la pequeña que jugaba con los fragmentos de una botella quebrada junto a un montón de basura. Shala estaba desnuda, sus excrementos habían formado una costra en su trasero. Como muchos otros, la niña de dos años sufría la diarrea que en ese momento se propagaba por Lupang Pangako.

Alicia pensó un instante en si debía detenerse y preguntar a la pequeña por su madre, que normalmente cuando no llovía se sentaba al aire libre con su hija entre las chabolas de tablas y cosía los vaqueros que un comerciante traía a la barriada todas las mañanas. Pantalones de los que se decía que se enviaban en grandes barcos a través del Pacífico hasta América y que allí se vendían por la increíble cantidad de veinticinco dólares. ¡Cada uno! Algunos incluso más caros, pero Alicia no era capaz de creerse el rumor. Sin embargo, en el vestidor climatizado de la villa del banquero en Forbes Park en la que había trabajado como asistente una vez, había visto un par de zapatos que, según el precio de la caja, habían costado más de dos mil dólares. Un regalo para celebrar el día, le había explicado la señora de la casa, porque su marido había ganado veinte millones apostando al alza de los precios de los cereales. Alicia únicamente había sonreído con amabilidad, sin entender una sola palabra.

—Eh, ¿a ti qué te pasa? —la despertó de sus pensamientos la voz de Marlon. Su primo, que se había adelantado con Jay por el camino entre las cabañas, regresó y señaló el ovillo que colgaba del pecho de Alicia. Había cortado una bolsa de plástico en varias tiras y con ellas había formado un cómodo canguro en el que llevaba a Noel junto al corazón. Por un momento se había visto de nuevo en la villa, abriendo la puerta al chófer que había recogido del colegio privado a la niña de la casa. Pero había dejado de soñar despierta y la propiedad de estilo colonial con su entrada de mármol blanco había desaparecido. De nuevo notaba el agujero de sus chancletas, sentía el barro entre los dedos de los pies, olía la basura podrida, oía el zumbido de los helicópteros sobre su cabeza.

»¿Qué se te ha perdido con ella? —preguntó su primo y señaló a Shala, agachada delante de la montaña de basura como si quisiera hacer pipí—. ¡Será mejor que te ocupes de tu propio bebé!

Marlon tiró de ella, lejos de la pequeña de cabello negro con ojos tristes que la saludaba con el cristal en su sucia manita mientras Alicia corría detrás de Marlon y Jay. El cuenco de arroz que Marlon les había conseguido antes de salir, sobre cuyo origen Alicia prefería no pensar, al menos había saciado en gran parte el hambre de

Jay y la suya propia. Sin aquellos pocos bocados no habría podido pedir a su hijo ni a sí misma emprender el camino hacia la «calle Central».

El término «calle» eran tan poco apropiado para la arteria principal de la barriada como el término «vida» para la existencia que llevaban las personas en aquel lugar. De las cuarenta y cinco mil almas que vegetaban, según los cálculos, solo en ese sector de Quezon City, se habían puesto en marcha unos pocos centenares. Hombres, mujeres, niños; todos querían hacerse una idea de cuál era la situación y averiguar de qué se trataba: por qué ahora los helicópteros merodeaban sobre sus cabezas incesantemente también después del alba. Sus aspas cortaban el aire húmedo y caliente, arremolinaban la basura, arrancaban los tejados sueltos de los cobertizos, algunos ya de dos pisos, y extendían el intenso hedor a basura por los sinuosos senderos.

Desde el aire el vertedero de Payatas tenía la forma de un enorme ocho inclinado hacia la izquierda. El barrio de chabolas de Alicia llenaba de construcciones destartadas de chapa ondulada y tablones la hondonada que rodeaba la parte izquierda de este ocho. Por lo tanto esta zona limitaba con el vertedero al norte, al este y al sur. Al oeste una calle transitada llamada Bicol separaba la barriada de un sector no menos desolador.

Alicia caminaba con Noel, Jay y Marlon en dirección oeste hacia el punto más fino del ocho, donde se encontraba el puente que su hijo debía cruzar todas las mañanas cuando quería ir al basurero. El acceso al vertedero, que al mismo tiempo era la salida principal de la barriada. Normalmente este paso sobre un canal de aguas residuales contaminado podía verse desde lejos, pero aquel día un gran número de personas bloqueaban el polvoriento camino que llevaba hasta allí. Era igual que dos meses atrás, cuando se habían manifestado en contra del cierre del vertedero y su traslado, pero ahora el ambiente era más agitado aún, mucho más tenso. Y no había manera de salir. La muchedumbre era como una pared.

—Están cerrándolo todo —gritó un joven que se abría camino de vuelta, por lo visto para informar a las últimas filas. Llevaba una desgastada camiseta de AC/DC y parecía que hubiera llorado, un efecto secundario habitual de los vapores del plástico. Él también era un buitro que hoy no podía llegar al vertedero.

Alicia apenas podía creer lo que contaba.

—He estado delante, en el puente. Vallas de alambre de espino. Las han extendido. —El hombre, que ya había llamado alguna vez su atención en la cola de la tienda en la que se podía entregar la basura de plástico que se había recogido, estaba sin aliento y hablaba a ritmo telegráfico—. Una vuelta. Por todas partes. Alambre de espino. Alrededor de todo el vertedero. Y tanques.

Alicia buscó asustada la cabeza de su bebé con la mano. Noel había bebido un poco, pero mucho menos de lo necesario. Sentía una hondura en su cabeza, sus

fontanelas estaban más hundidas que nunca.

—¿Tanques?

—Sí. Y soldados. Con ametralladoras. Listos para disparar. En todas las entradas y salidas.

—Pero yo tengo que salir de aquí —dijo, y oyó la desesperación en su propia voz. «Mi bebé necesita ayuda. Debo ir al hospital».

Estaba enfadada por no haber hecho caso a Marlon directamente y no haberse puesto en marcha con él de inmediato. Pero de pronto Noel había succionado su pecho de nuevo, aunque solo hubiera sido durante cinco minutos. Entonces se había dormido y otra media hora después lo había intentado de nuevo. Así hasta el amanecer. Alicia había tenido miedo de privar a su bebé incluso de esas escasas comidas si se ponía en marcha con él enseguida. Hasta que Noel no había vuelto a su apatía y solamente gemía en voz baja sin querer tomar pecho, no se había decidido a levantarse.

—Encontraremos la manera —dijo Jay, de siete años, con gesto serio. Entretanto se habían unido a ellos tantas personas de los callejones laterales que regresar cada vez era más difícil. La barriada había despertado, y con ella, el miedo.

—Intentémoslo en dirección a Bicol —decidió Marlon y señaló en la dirección por la que habían llegado, entonces un rugido sordo se mezcló con el zap-zap-zap de los helicópteros. Alicia miró hacia arriba y descubrió en el cielo despejado sobre ellos un pequeño punto que crecía por momentos.

—¿Qué es eso? —preguntó Jay.

Cada vez más gente echaba la cabeza atrás y se protegía los ojos de la luz oblicua del sol. Miraban fijamente el monoplano que amenazaba con estrellarse directamente sobre los habitantes de la barriada. Se formó una ola de pánico. La masa de personas comenzó a moverse, empujó hacia atrás, lejos del paso. Alicia oyó gritos. Niños, mujeres. Alguien disparó, lo que empeoró la situación. La gente se dispersaba en todas las direcciones, arrollaba a los que estuvieran delante o detrás. No prestaban atención ya a los débiles, como Alicia, que tuvo que soltar la mano de Jay para resguardarse detrás de un muro de piedra a medias. Se acuclilló en el suelo mientras el zumbido del avión aumentaba de volumen. Protegió a su bebé con las dos manos.

Y sintió la lluvia.

Una llovizna amarillenta con olor a amoníaco.

Cuando el ruido del motor se detuvo, se atrevió a levantarse y a mirar cómo el monoplano se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? —escuchó chillar a su espalda a Jay, que había logrado no apartarse del lado de su madre. Solo Marlon parecía haber desaparecido.

—No tengo ni idea —respondió Alicia y se frotó la piel para quitarse la película pegajosa de la sustancia desconocida que el piloto del avión había descargado de su

depósito sobre ellos.

Berlín

El taxi estaba helado, y el taxista se disculpó por ello cuando Noah y Oscar se apretujaron en el asiento trasero de su coche.

—Hace ya dos horas que estoy aquí parado. Y como la gasolina pronto costará más que el champán en un puticlub, no me puedo permitir dejar el motor encendido. ¿Adónde quieren ir? —El hombre miró por el retrovisor—. ¡Espero que no sea un trayecto corto!

—A la estación Zoo —respondió Noah, porque fue lo único que se le ocurrió. El acceso al escondite de Oscar se encontraba en el piso inferior de la estación, en un túnel peatonal entre las líneas U2 y U9. Después de los últimos acontecimientos, Noah confiaba en que ese lugar aún fuera seguro.

«Y en que no nos sigan. Sean quienes sean».

Se volvió, pero no distinguió a nadie a través de la luna trasera. El acceso a la entrada posterior del Adlon, del que se estaban alejando en ese momento, estaba desierto.

—Zoo no es precisamente Schönefeld —refunfuñó el conductor—. Pero por lo menos es mejor que mi última carrera.

Al hombre, que se identificaba como Helmut Koslowski en una tarjeta de visita colocada en la rejilla de ventilación, no parecía importarle la pinta de su clientela. Mientras que Noah ya volvía a tener un aspecto más discreto, duchado, afeitado y vestido con un traje oscuro, Oscar parecía un paciente que hubiera escapado de una clínica psiquiátrica. Durante su huida a través de la discoteca de alto copete en el sótano del Adlon a la que les había conducido el montacargas, apenas había llamado la atención en la oscuridad.

—Encima el tío me ha llenado el coche de gérmenes —siguió el conductor hablando de su último cliente. Giró el regulador de la calefacción hasta la zona roja, pero por el momento solo salía aire frío por la ranura. Pasaron junto a la embajada estadounidense. Noah vio la Puerta de Brandenburgo a su derecha y tuvo que agarrar la mochila con *Toto* para que no se le resbalara del asiento en la curva.

»Se ha pasado los tres minutos hasta el Charité tosiendo como un tuberculoso. He hecho el tonto llevándole. Vamos, es que no soy una ambulancia, y ayer precisamente la central nos envió por *e-mail* una circular sobre las precauciones que tenemos que tomar contra la nueva gripe.

La mirada de Koslowski recayó sobre el espejo retrovisor. No parecía habersele ocurrido que sus nuevos clientes también podían ser un cargamento dudoso. El taxi

era un monovolumen de ocho plazas japonés con puertas de corredera, y se habían sentado en la última fila. Ocultos como estaban por los respaldos de los asientos delanteros, el conductor tenía visibilidad limitada sobre ellos, así que Noah pudo abrir la maleta que tenía a los pies sin que lo viera.

—Ponte esto —susurró y le tendió a Oscar unos calzoncillos, un par de calcetines, una camisa de traje y un pantalón de franela negro.

El taxi aceleró por la calle Diecisiete de Junio.

Oscar volvió lentamente la cabeza y lo miró fijamente con ojos inexpresivos. Era evidente que seguía en estado de *shock* desde que había visto el cadáver en el baño.

—Has cambiado —musitó. Noah sabía que este comentario no hacía solo referencia a su aspecto externo, si es que lo hacía en absoluto.

Era como si se hubieran cambiado los papeles. Desde que Noah le había explicado en pocas frases que el muerto del cuarto de baño era un asesino que no lo había matado por un pelo, probablemente debido a una confusión, Oscar parecía apático e indiferente, mientras que Noah había tomado la iniciativa.

Noah señaló las prendas de ropa.

—Te quedarán grandes, pero no puedo hacer nada. —En una huida unos pantalones remangados sin duda llamaban menos la atención que un albornoz.

—¿Hay algún acontecimiento en el zoo? —quiso saber Koslowski. Como ya había hecho antes, el conductor ni siquiera esperó a la respuesta antes de continuar hablando—. Yo creo que hay demasiados actos en Berlín. Fiestas, eventos, exposiciones, conciertos. El mundo entero se va a la mierda y en Berlín la gente se dedica a bailar encima de la barra.

Señaló una columna con una figura alada dorada a cierta distancia de ellos, como si el monumento intensamente iluminado en el centro de la rotonda corroborara su tesis de alguna manera.

—La cosa se les ha ido de las manos.

Algo en el último comentario de Koslowski pareció despertar la atención de Oscar, en cualquier caso asintió lentamente. Al mismo tiempo su mirada cambió. Lo vio todo más claro.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja. En susurros, pero con exigencia. Poco a poco hacía algo más de calor en el taxi.

—¿El hombre del baño?

Oscar asintió.

—Es lo que intentaré averiguar ahora.

Noah sacó el teléfono por satélite del bolsillo interior derecho de su chaqueta. En el izquierdo había guardado la pistola que le había quitado al asesino.

Mientras el taxista se quejaba de la adicción a la diversión de los berlineses («¿saben cuánta comida acaba intacta en la basura de los bufés de las fiestas? Con eso

se podría alimentar a países enteros»), Noah pulsó el botón de encendido del teléfono y esta vez la pantalla se iluminó. La breve carga en el hotel había bastado para encender el móvil. Un águila animada por ordenador voló de una jaula de plata hacia la libertad. La escena se congeló en una imagen fija que mostraba al águila sobre las olas de un mar oscuro, evidentemente el logotipo de la marca.

—¿A quién llamas? —quiso saber Oscar y miró un momento por la ventana lateral. Giraron en la rotonda que rodeaba la columna. Aún sonaba ausente, pero al menos intentaba comunicarse.

—Ni idea.

El águila desapareció y en la pantalla táctil del teléfono apareció un menú de opciones.

Noah tocó un icono con forma de ficha y abrió la lista de los contactos guardados. «Nada».

—Ni un solo contacto —informó a Oscar.

La base de datos estaba vacía, y en los demás apartados del menú tampoco había ni la más mínima huella digital de su uso. Ningún mensaje recibido, ningún *e-mail*. Ningún número marcado, ninguna llamada.

—¡A lo mejor es nuevo! —sugirió Oscar.

—¿Con estas marcas? —Inclinó el teléfono para que Oscar pudiera ver mejor los surcos de la carcasa arañada. Noah negó con la cabeza—. Alguien ha borrado la memoria.

«La del teléfono. Y la mía».

—¿Problemas de cobertura? —quiso saber el taxista. Sonrió como sabiendo a qué se refería—. Yo llevo todo el día así también. Sobrecarga de la red. Pensaba que por la noche mejoraría, pero no sé de qué nos sorprendemos, si los niños se pasan todo el tiempo con el teléfono en lugar de abrir un libro...

Noah dejó de escuchar. El parloteo incesante de Koslowski se había convertido ya en un ruido de fondo sin importancia.

Con las expectativas atenuadas, abrió el registro de llamadas no atendidas y se llevó una sorpresa.

«¿Veintitrés llamadas perdidas?».

Se habían producido en las últimas cuatro semanas, concentradas en los días después de que Oscar lo hubiera encontrado herido y a punto de morir en el acceso a la estación de metro. A medida que había pasado el tiempo la frecuencia había disminuido; el último intento se había llevado a cabo dos días atrás, cosa menos sorprendente que el hecho de que las veintitrés llamadas provinieran de un único número.

—¿Siempre el mismo número? —preguntó Oscar, que había mirado un momento por encima del hombro de Noah.

—Sí. —Noah no tenía ni idea de a quién podía pertenecer.

El taxi se había detenido en un semáforo en rojo en medio de la rotonda, y el conductor tuvo así la oportunidad de coger su propio móvil.

—Pues yo tengo la cobertura a tope —dijo y se volvió hacia atrás. Noah aprovechó la ocasión para pedirle un poco de silencio, después pulsó la tecla para devolver la llamada.

La conversación comenzó con un grito de entusiasmo.

—¿David? David, ¿eres tú?

El hombre al otro lado de la línea hablaba inglés americano con un fuerte acento sureño. Tenía una voz sonora, intensa, y sonaba bastante mayor que Noah.

—Yo... —Noah apretó el teléfono más fuerte contra su oreja sin saber qué debía decir—. ¿Con quién estoy hablando, por favor?

Otro grito.

—Cielo santo, eres tú, David. Dios mío. Eres tú de verdad. —Noah oyó un chasquido en la línea, entonces su interlocutor pareció apartar el auricular y hablar hacia el espacio a su espalda—. Morten está al teléfono. Sí, en serio. Lo tengo por la línea segura.

Otro chasquido, una breve interferencia, entonces el hombre mayor volvió.

—David, ¿dónde diablos te habías metido? Casi habíamos dejado de buscarte.

Noah se apartó el teléfono de la cabeza y miró la pantalla. La señal digital le indicaba que la duración de la llamada apenas llegaba a los cuarenta segundos. Decidió que el límite sería un minuto.

—Lo siento, pero si quiere que continuemos esta conversación, tengo que pedirle que se identifique.

—Que me identi... ¿Qué...? —El hombre primero sonó nervioso, después se echó a reír brevemente. Cuando siguió hablando lo hizo con un tono de dolor y profunda preocupación en la voz—. Maldita sea, David. ¿Qué es lo que te han hecho?

«Cuarenta y ocho segundos».

Noah miró hacia delante. Koslowski ni siquiera intentaba disimular que trataba de escuchar la conversación.

Noah apartó la mirada y miró fijamente a través de la ventana lateral.

—No lo voy a repetir —susurró al teléfono—. Si no me dice inmediatamente quién es, colgaré.

—Por el amor de Dios, David. ¿No me reconoces? Soy yo, Phil. Tu viejo amigo de Washington.

La mención de la capital de Estados Unidos en efecto provocó una cadena de asociaciones. Noah recordó el Pentágono, el monumento a Washington, el cementerio nacional de Arlington, el monumento a Jefferson, incluso el olor a café en un restaurante de la calle Dieciocho. Pero ningún amigo que se llamase Phil.

«Cincuenta y cuatro segundos».

El taxi se detuvo en otro semáforo en rojo, esta vez en un cruce con más tráfico. Una camioneta se detuvo junto a ellos. La gente se apresuraba por la calle con los hombros encogidos.

—¿Quién es usted? —intentó Noah una última vez, con el dedo flotando sobre la tecla para colgar. Su mirada se encontró con la del conductor en el espejo retrovisor.

—Madre de Dios, realmente no tienes ni idea, ¿verdad? —oyó preguntar al hombre al otro lado de la línea. Hubo una breve pausa.

Entonces, en el segundo cincuenta y nueve, justo cuando el semáforo se puso en verde, dijo:

—Me llamo Philipp Baywater. Soy el presidente de Estados Unidos.

Ciudad de Nueva York, EE.UU.

Celine llevaba ya dos años trabajando en la editorial, había recorrido varias veces a la semana el pasillo del piso 57 hacia la cocina de la empresa, donde los empleados tenían a su disposición café gratis, un microondas y dos grandes frigoríficos comunitarios, pero nunca le había llamado la atención una puerta que conducía a la habitación en la que estaba retenida en ese momento. Probablemente se debía a que no había ninguna puerta; al menos ninguna tras la que se pudiera suponer una sala de dieciséis metros cuadrados sin ventanas, a la que había entrado a través de una máquina de bebidas.

«¡A través de una máquina de bebidas!».

Celine ya llevaba más de media hora sentada y encerrada en aquella... «¿Habitación? ¿Cárcel?»... en aquella celda, y la manera en la que había entrado allí había hecho que cuestionara su juicio.

«¿Realmente me han secuestrado? ¿Por encargo del redactor jefe? ¿Por dos guardias que me han llevado esposada por la escalera de emergencia hasta el piso 57, para después observar cómo Kevin introducía una moneda de brillo extraño en la máquina?».

El mamotreto se encontraba en la parte trasera de la cocina, en unos pequeños fogones que se usaban muy de vez en cuando (la mayoría de sus compañeros pedían algo o comían fuera), que se podía cerrar con una puerta de corredera para evitar que los olores molestaran a los demás; una puerta que Kevin también había cerrado para protegerse de miradas curiosas.

Al principio Celine había creído realmente que tendría la desfachatez de sacarse una Coca-Cola delante de sus narices mientras ignoraba todas sus preguntas («¿Por qué sabes lo de Oscar y lo de mi padre? ¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Te has vuelto loco?»). Había introducido una combinación de números y letras en el teclado a la velocidad del rayo, tras lo cual se produjo un clac, la máquina se deslizó a un lado, como si un gigante invisible la hubiera movido, y abrió un estrecho pasadizo.

En ese momento Celine se había quedado muda, así que ni siquiera había protestado cuando los dos guardias la habían empujado bruscamente hacia la sala. Ahora estaba sentada en aquella celda, sola, a una mesa sencilla de madera con patas cruzadas, el único mueble que había aparte de dos sillas metálicas y una lámpara de techo, y miraba fijamente la delgada ranura que había frente a ella en la pared: las esquinas de la parte trasera de la máquina, que estaba de nuevo en su posición e imposibilitaba su huida.

—¿Estás bien, Puntito? —susurró y se acarició tímidamente la barriga. Había adquirido la costumbre de hablar con el bebé que aún no había nacido. Todas las noches antes de dormirse le hablaba de su día, de los planes que tenía para cuando («¿él?, ¿ella?, ¡qué más da!») hubiera llegado, y lo feliz que se sentía por ello. Aún no se notaba nada, ni una pequeña curva, ni siquiera cuando llevaba una camiseta ajustada, pero cuando se concentraba al cien por cien ella creía sentir una reacción: un ligero hormigueo en el vientre. A pesar de que todos, incluido el doctor Malcom, decían que era médicamente imposible, estaba segura de que el Puntito se comunicaba con ella, le respondía: «Yo también me alegro, mamá. Déjame disfrutar un ratito más de las vacaciones con todo incluido en tu matriz y después me pondré en camino».

En ese momento naturalmente la agitación le hacía imposible establecer una conexión, aunque precisamente entonces deseara con toda su alma sentir algo: «Todo saldrá bien, mamá. Estoy sano y no debes tener miedo de nada».

Sin embargo, no sentía ningún tirón, ningún hormigueo, ninguna señal de vida cuando aguzaba los sentidos, y quizás era mejor así, ya que ambas afirmaciones habrían sido mentiras; sobre todo la del miedo. El miedo por Puntito, por su padre y ahora también por sí misma le oprimía el pecho, dificultaba su respiración y le hacía sudar a pesar del frescor de la habitación.

Todas esas reacciones de defensa de su cuerpo se intensificaron cuando el clac sonó de nuevo, la máquina se deslizó a un lado otra vez, y una persona a la que no había visto en su vida entró en la sala con una sonrisa diabólica.

Noah cortó la conexión.

—¿Qué pasa? —quiso saber Oscar, que había aprovechado el minuto anterior para embutirse a toda prisa en la ropa interior y los pantalones. El albornoz estaba a sus pies sobre las botas que se había quitado. En ese instante estaba girando el torso desnudo a un lado, tanto como el asiento se lo permitía, para meter el brazo derecho por la manga de una camisa de traje azul cielo.

»¿Con quién has hablado?

Noah miró al conductor, que tuvo que moderar la velocidad por un grupo de jóvenes que deambulaban muy lentamente por la carretera armados con botellines de cerveza, como si el alcohol los hiciera invulnerables.

—Dice que es el presidente —susurró Noah.

—¿El presidente de qué?

Koslowski pitó furioso.

—De Estados Unidos.

—¿Baywater? —Oscar se quedó estupefacto.

Noah asintió. El nombre le resultaba familiar, pero no desencadenaba ningún recuerdo, al menos no personal. Tenía en mente la imagen de un tejano de setenta y tres años al que le gustaba que le fotografiaran con atuendo de caza o escalando montañas. Sabía que llevaba zapatos con tacón alto para ocultar su baja estatura. También conocía su debilidad por los puros cubanos, que casi le habían costado las primarias en Florida. En otras palabras: Noah conocía al presidente como cualquiera que echara un vistazo a los periódicos de vez en cuando. No como alguien que tutelara al hombre más poderoso del mundo y tuviera guardado su número privado en el móvil.

«Tu viejo amigo de Washington».

—¿Has hablado con Philipp Baywater? —Oscar abrió los ojos como platos. La excitación pareció ensanchar su rostro más aún.

«No tengo ni idea», se disponía a decir Noah cuando el teléfono sonó en su mano.

—¿Está demasiado alta la calefacción? —quiso saber el conductor mientras Noah se negaba a aceptar la llamada incluso después del tercer timbrado, y redujo un punto la ventilación.

«El mismo prefijo. El mismo número».

Noah le hizo un gesto a Koslowski indicando que todo estaba en orden, después pulsó la tecla verde del teléfono.

El hombre que se presentaba como el presidente fue directo al grano.

—Dime dónde estás y te pondré a salvo, David.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque puedo protegerte. Es evidente que has perdido la memoria, compañero. Pero créeme, si supieras el lío en el que te has metido, sabrías que soy el único que puede sacarte de él.

—¿Necesito la ayuda del presidente de Estados Unidos?

—Necesitas toda la ayuda que puedas conseguir.

—¿Por qué?

—Te lo explicaré en cuanto te encuentres a salvo. Sencillamente dime dónde estás ahora mismo.

—Primero debe demostrarme que realmente es el presidente.

—¿Cómo voy demostrarte por teléfono...? —El hombre mayor titubeó. Pareció ocurrírsele una idea—. Enciende el televisor, David.

Noah miró hacia delante al conductor, que ojeaba el espejo retrovisor demasiado a menudo. En ese instante estaba menos interesado por la llamada que por los esfuerzos de Oscar para abotonarse la camisa sobre su vientre.

—No tengo —explicó Noah en el momento en que se detuvieron de nuevo en un semáforo. Se encontraban en un bulevar dividido por una franja central. A cierta distancia de ellos una gran torre de iglesia con la punta dañada se levantaba del suelo como un diente hueco. La Iglesia del Recuerdo, como le había explicado Oscar en una de sus primeras excursiones.

«Llegaremos enseguida. A Breitscheidplatz».

A su derecha debía de encontrarse el edificio alto de cristal con la estrella que giraba en el techo.

«Efectivamente».

Ante la entrada del Europacenter había bastante más actividad que en las calles que habían recorrido hasta entonces. Delante de las puertas de cristal de una tienda de electrónica había incluso algo de atasco porque una persona en silla de ruedas quería entrar en la tienda contra la corriente de gente.

—¿No tienes televisor? —preguntó el hombre del teléfono y probó a hacer un mal chiste—. Pues sí que estás en apuros.

—Un momento. —Noah tapó el micrófono del teléfono, se inclinó hacia delante y preguntó al conductor—: ¿Todavía está abierta la tienda?

Koslowski señaló en dirección al Europacenter, se sorbió la nariz con desprecio y escupió la primera palabra de su respuesta como si fuera un trago de leche amarga.

—«*Shopping* a medianoche». Europa se va a la mierda, todo el mundo está endeudado, pero ampliamos los horarios de las tiendas. Y luego dicen que hay crisis.

El semáforo se puso en verde, Koslowski se disponía a arrancar, pero Noah le pidió que se detuviera en el arcén.

—Claro, por mí de acuerdo.

—¿Qué está pasando? —preguntó el hombre mayor. Noah miró la pantalla, se dio

cuenta de que había pasado más de un minuto y colgó sin hacer ningún comentario. Entonces le dio al conductor un billete de veinte euros. Se metió en el bolsillo interior de la chaqueta el resto del fajo de dinero que había sacado de la maleta, cogió la mochila y la maleta y se bajó.

Koslowski dio las gracias por los tres euros de propina y tocó la bocina a modo de despedida, después de que Oscar también se hubiera bajado.

—¿Y ahora se puede saber qué te pasa? —preguntó este mientras intentaba alcanzar a Noah, para lo que necesitó hacer un gran esfuerzo, ya que con las prisas no había tenido ocasión de atarse de nuevo las botas. Por lo menos los pantalones remangados varias veces no se le caían, porque había utilizado el cordel del albornoz como cinturón.

»¿Podrías explicarme algo, por favor? —gritó detrás de Noah. Ahora era de agradecer que la temperatura en el taxi hubiera sido más bien fresca. Debido a la menor diferencia de temperatura, el frío helador se soportaba mejor que antes, cuando habían tenido que marcharse del albergue para los sin techo. Incluso a pesar de que en este momento llevaban ropa mucho más fina.

»Eh, ¿adónde vas, Noah?

El cuello de botella delante de las puertas de cristal se había dispersado. Noah atravesó la entrada con paso rápido.

Esperó a su compañero, le puso la maleta en la mano y señaló un letrero junto a las escaleras mecánicas para responder a su pregunta.

—Tercer piso. Donde los televisores.

Oscar se echó a reír incrédulo.

—Claro, por qué no. Qué hay mejor que una noche de televisión en una tienda de electrónica —siseó enfadado y bajó la voz—. Un maravilloso colofón al tiroteo del hotel. ¿Qué echan hoy?

—Ni idea. —Noah se puso de nuevo en marcha—. Enseguida lo sabremos.

—Déjame adivinar, ¿saldrá el presidente de Estados Unidos?

Habían llegado a la escalera mecánica. Noah puso el pie en el primer escalón, sintió que *Toto* se movía dentro de la mochila y se preguntó si la sensación de pérdida de equilibrio que se estaba apoderando de él disminuiría en algún momento.

«Oscar tiene razón. Poco a poco me comporto de manera tan trastornada como él».

Tardaron solo dos minutos en llegar a su destino y se encontraron frente a una pared de estanterías con innumerables televisores de diferentes tamaños. La aglomeración tenía un efecto desconcertante sobre Noah. Le provocaba la extraña sensación de no ser un observador, sino de ser el observado. Como todas las pantallas mostraban la misma película de dibujos animados, su cerebro no podía decidir en qué aparato debía concentrarse.

Cogió de nuevo el teléfono. Por segunda vez en pocos minutos pulsó la tecla de devolver la llamada. El hombre mayor descolgó antes incluso de que Noah oyera el tono.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora sí tengo televisor.

Un suspiro de alivio.

—Bien. Ya pensaba que te habían... No importa, pon la NYN.

—¿El canal de noticias?

Noah tuvo en la punta de la lengua el comentario de que quizá la NYN no estuviera programada en los aparatos alemanes, pero se detuvo justo a tiempo para no meter la pata.

—Exactamente. ¿Lo ves?

—Un momento.

Noah se acercó sin criterio a uno de los televisores y abrió una tapita en el marco de un aparato negro de cincuenta pulgadas. Cambió de canal con los botones de flechas. La película de dibujos animados desapareció. Noah zapeó por los canales.

—Eh, ¿qué está haciendo? —oyó de pronto una voz tras él. En ese momento se dio cuenta de que Oscar ya no estaba a su lado.

«¿Dónde demonios se ha metido otra vez?».

Cortó de nuevo la conversación y miró fijamente al joven dependiente que se había plantado frente a él con un chaleco rojo y negro. El hombre no tendría más de veinte años y tenía un triste principio de bigote en el labio superior que no lograban tapar dos granos rojos. Llevaba varios aros en la oreja y anillos en los dedos de la mano, en la que sostenía un mando a distancia que dirigió hacia el pecho de Noah amenazadoramente.

—Solo el personal especializado puede manejar los aparatos.

Noah se disculpó. Para no perder tiempo, sacó el fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y señaló con el dedo índice el letrero con el precio del televisor, pegado a la balda y protegido por un marco de plástico transparente.

999 €.

—Si pone la NYN, compraré el aparato.

El dinero funcionó como catalizador. El joven sonrió como si le hubieran activado con un interruptor y no desperdició ni un segundo.

—Tenemos satélite. Facilísimo. —Dirigió hacia la estantería su mando a distancia, con el que podía controlar al mismo tiempo todos los televisores, e introdujo un número de tres cifras. El teléfono comenzó a sonar de nuevo.

—Pero naturalmente la imagen no será tan nítida como en un canal de alta definición —se disculpó el vendedor cuando la cadena de noticias apareció en todas las pantallas.

Noah miró a su alrededor de nuevo buscando a Oscar, después descolgó la llamada.

—Tengo la NYN —informó a quien llamaba.

—Bien.

La imagen de televisión, ligeramente granulada, mostraba a un hombre rechoncho de gran estatura vestido con un traje oscuro hecho a medida. Su corbata clara ajustaba el cuello a su papada. La media calva brillaba por los focos de las cámaras que apuntaban hacia él. Estaba de pie en una tribuna ante un fondo azul, con un gran óvalo con la imagen de la Casa Blanca a su espalda, flanqueado por banderas estadounidenses.

—Ese es mi secretario de prensa. Donald McKinley —comentó el hombre mayor del teléfono. Noah vio el rótulo con el nombre. Bajo él se indicaba: «*White House Press Conference. Daily Update.*»—. Enseguida se tocará la oreja derecha.

El plano cambió a una perspectiva por encima del hombro del secretario de prensa desde detrás. En la imagen se veían ahora hileras de sillas ocupadas por periodistas. En las más de veinte pantallas se vio cómo levantaban la mano para hacer preguntas.

—¿Tienes sonido?

Noah transmitió la pregunta del hombre al dependiente, que obviamente estaba sorprendido por el comportamiento de su cliente, pero que, con un negocio rentable en perspectiva, no se atrevía a decir nada. Subió el volumen con el mando a distancia. El murmullo silencioso se convirtió en palabras audibles.

—Tengo sonido —confirmó Noah a su interlocutor.

—Bien. Presta atención, David. Poco después de que Donald toque el botón de radio de su oreja, repetirá exactamente las palabras que le dictaré ahora.

—¿Y cuáles serán?

En la pantalla se vio cómo McKinley se atascaba, pero enseguida se dominó. Entonces ocurrió. Se tocó la oreja.

El pulso de Noah se aceleró.

Por el teléfono oyó la voz del hombre mayor. El volumen era menor porque ya no hablaba directamente al auricular.

—¿McKinley? Escuche con atención. Le habla su presidente. Repita inmediata y literalmente lo que diré a continuación: «Señoras y señores, en estos momentos me informan...».

Noah miró fijamente el televisor que tenía delante. Vio que McKinley parpadeaba nervioso. Le oyó decir:

—Señoras y señores, en estos momentos me informan...

El portavoz de prensa hizo una pequeña pausa que llenó el supuesto presidente: «... de que los últimos acontecimientos en el caso de la pandemia de gripe...».

—... de que los últimos acontecimientos en el caso de la pandemia de gripe... — repitió McKinley, así como la última parte de la frase que le habían dictado— nos obligan por desgracia a interrumpir esta rueda de prensa, les ruego comprensión.

Se oyó un murmullo de asombro, los reporteros presentes comenzaron a cuchichear.

—Bueno, ¿le gusta? —quiso saber el empleado. Se calló de nuevo, algo desconcertado porque Noah se apartara de él bruscamente y diera ahora la espalda a la pared de televisores.

«No. Esto no me gusta nada».

—¿Satisfecho? —preguntó también el hombre al teléfono.

«No. Ni lo más mínimo».

—Ha sido una presentación convincente —dijo Noah.

El empleado, que cada vez parecía preguntarse con más interés por qué su cliente hablaba por teléfono en un idioma extranjero, intentó reanudar la conversación de la compra:

—Puedo ofrecerle un descuento del tres por ciento por pagar en efectivo...

«Una presentación convincente. Y, sin embargo...».

Algo no encajaba.

Noah se volvió de nuevo hacia el vendedor y miró más allá de él hacia la sección de ordenadores. Vio a Oscar aparecer con la maleta en la mano de detrás de las estanterías de los portátiles. Miró de nuevo al dependiente, que tironeaba nervioso de su pendiente. Y se dio cuenta de lo que no cuadraba. Noah levantó de nuevo el teléfono.

—¿Por qué sabía cómo reaccionaría?

—¿Cómo?

El empleado frunció el ceño asombrado.

Llevaba la pregunta «¿qué le pasa a este?» escrita en la frente.

—¿Por qué sabía que se tocaría la oreja? —preguntó Noah al hombre del teléfono.

—Es un reflejo, Donald lo hace siempre.

—¿Antes de que le haya dirigido la primera palabra?

Pausa. Demasiado larga para una única idea.

—Escucha, David —prosiguió el hombre mayor—. Puedo entender que seas precavido, pero...

—Haga que vuelva.

—¿Perdón?

—Si realmente es el hombre que dice ser, entonces será un juego de niños para usted, señor presidente. Haga que McKinley aparezca de nuevo ante la cámara y demuéstreme que no se trataba de una grabación.

«En la que podía predecir el futuro porque ya sabía lo que sucedería».

El hombre mayor al otro lado del teléfono suspiró, y entonces dio una respuesta inequívoca. Colgó.

—¿Quiere que se la enviemos o se la lleva ahora? —intentó el joven empleado llegar por fin a una conclusión, entonces frunció el ceño y señaló la sien de Noah—. Eh, tiene algo ahí...

Noah levantó la mano, vio que un punto de luz rojo recorría su dedo índice y se agachó, mientras que el vendedor cometió el error de situarse en la trayectoria.

Poco después su cráneo explotó.

Noah creyó reconocer en el sonido de las balas disparadas desde diferentes ángulos que eran dos, quizás incluso tres.

«Una HK Mark 23 con módulo de puntero láser. Y por lo menos una Glock». No disponía de más información.

Hombre o mujer, grande o pequeño, mayor o joven; desde su posición Noah no podía distinguir al atacante que había disparado al dependiente.

El primer cartucho había impactado directamente en su cogote, había salido por su frente y se había quedado encajado en uno de los televisores. Los tiros dos y tres habían abierto grandes agujeros en la hilera de estanterías de los DVD vírgenes tras los que Noah se había refugiado de un salto. Después se había desatado el griterío. Por lo menos una docena de hombres y mujeres desperdiciaban una valiosa energía en chillidos inútiles en su descontrolada y aterrorizada huida hacia las salidas.

Sin embargo, también había personas a quienes el repentino estallido de violencia había paralizado. Por ejemplo, la mujer que se encontraba en el mismo pasillo que Noah.

Estaba sentada y acurrucada junto a una cesta de la compra roja, a cuyas asas de plástico se aferraba temblorosa. Le temblaban los labios, pero su boca no emitía ningún sonido. Sus ojos abiertos como platos por el *shock* miraban fijamente al dependiente tendido frente a la pared de televisores.

—Abajo —le siseó Noah. En ese mismo momento otro tiro atravesó la estantería y lanzó varios paquetes de antenas de TDT sobre ella.

«Balas expansivas».

Era la única explicación posible para su efecto destructor.

Noah tiró del cuello a la mujer hacia el suelo bruscamente y apretó su cabeza contra las baldosas de plástico laminado. Cuando se dio cuenta de que la conmoción le había arrebatado la voluntad, avanzó pegado al suelo con ella a cuestas hacia el final del pasillo, que acababa en los muros exteriores de la tienda de electrónica, una bendición y una maldición a partes iguales. Por un lado, Noah había caído en una trampa, por otro no tenía que defenderse hacia dos lados al mismo tiempo.

Una vez al final del callejón sin salida, colocó la mochila en la estantería a su izquierda y sacó la pistola de la americana. La sostuvo en dirección a la pared de televisores, donde esperaba ver a un asesino saltar de la esquina en cualquier momento.

A no ser que apareciera por el costado.

«Así actuaría yo», pensó Noah y miró hacia arriba. «Me acercaría sigilosamente, volcaría la estantería y así inmovilizaría a mi víctima».

Pensó qué debía hacer. Los disparos habían cesado. Los gritos se habían alejado.

La gente huía de la zona de peligro y chillaba en el piso de abajo en dirección a la salida. De pronto toda la planta daba la impresión de estar desierta, de manera que el volumen de los repentinos sollozos de la mujer junto a él se intensificó. Noah rodeó su cabeza con el brazo y le tapó la boca.

«El tiempo siempre corre en contra del autor del crimen», oyó que murmuraba una voz familiar en sus oídos, y a pesar de que no sabía a quién estaba recordando, comprendió la verdadera esencia de la afirmación. En ese momento los asesinos tenían una ventaja de tiempo propicia muy limitada: pasillos vacíos, personal de seguridad que huía, situación de evacuación confusa. Pero esta ventaja se perdería en cuanto las fuerzas del Estado llegaran y trataran de restablecer el control.

Tuviera quien tuviera el encargo de matarlo, debía darse prisa antes de que la policía se acercara. El ataque mortal final era inminente. Se lo indicó también el ruido de un cargador encajándose a pocos pasos de él.

«En el pasillo contiguo».

Noah repasó sus opciones, se preguntó qué podía hacer para escapar del escenario más probable de todos.

«Ofensiva doble. Uno salta sobre la estantería. El segundo aparece por la esquina».

Todo ello combinado, si era posible, con una maniobra de distracción.

Las manos de Noah se cerraron firmemente sobre la pistola y sobre la boca de la mujer, que gimoteaba. Su pulso se mantenía tranquilo y constante, pero sus ojos parpadeaban a ritmo doble. Como ya había hecho antes en el cuarto de baño del Adlon, fotografió el entorno:

- el dependiente muerto
- la flecha hacia la sección de Hogar
- el euroconector en el colgador de la estantería
- la cesta de la compra de la mujer
- las cajas de antenas en el suelo
- las noticias de la NYN en las pantallas
- el único televisor al que habían disparado.

Noah recuperó mentalmente la cuarta foto imaginaria.

«¿La cesta de la compra?».

¿Por qué era importante?

Miró hacia delante. La cesta de plástico roja se había volcado; los productos que había reunido la mujer se habían caído: un paquete de pilas, una linterna, dos DVD, una memoria USB y un pequeño despertador. En la cesta solo quedaba un único paquete del tamaño de una caja de zapatos. La palabra «Wassermass» resaltaba en letras azules sobre el embalaje blanco.

«Eso es».

El plan tomaba forma en la cabeza de Noah mientras él ya se arrastraba de vuelta por el pasillo. Cogió el aparato para producir agua carbonatada, miró hacia la pantalla negra del televisor destrozado en la pared de televisores, y en el reflejo distorsionado distinguió a las dos figuras que, como suponía, recorrían el pasillo contiguo con sus armas en posición de tiro. Vio que uno de los hombres indicaba una cuenta atrás muda con tres dedos. Cuando llegó al dos, Noah lanzó la caja del Wassermagnum de su pasillo hacia la pared de televisores, después se tumbó en el suelo y se tapó las orejas.

Como esperaba, el asesino que estaba más cerca de la esquina del pasillo había reaccionado de inmediato y había abierto fuego por reflejo. Su primer disparo perforó el cartucho de CO₂ del aparato y causó una explosión ensordecedora que arrancó parte de las pantallas de plasma de las paredes.

Noah no se concedió ni un respiro. Ahora fue él quien saltó por encima de la estantería con un penetrante pitido en el oído, y disparó en la cabeza al asesino aturdido antes de que este pudiera apuntar con su arma. Después Noah quiso eliminar al segundo criminal, pero ya no fue necesario. Un fragmento del revestimiento metálico de la botella de gas que había explotado se había hundido en su cuello.

Noah se inclinó sobre el asesino. El hombre se estremecía como alguien que duerme acosado por las pesadillas, pero ya estaba muerto. Llevaba ropa de trabajo apropiada para un asesino a sueldo: zapatos negros, pantalones oscuros, chaqueta amplia bajo la que no destacara su herramienta de trabajo. Noah le registró los bolsillos y no se sorprendió al encontrarlos vacíos.

«Un profesional no deja tarjetas de visita», apareció de nuevo la voz patriarcal en su cabeza. Al mismo tiempo las sirenas de los vehículos de intervención que se acercaban atravesaron los cristales dobles de la tienda de electrónica y se mezclaron con el pitido de sus oídos.

—¿Quién demonios te ha enviado? —preguntó Noah al muerto sin nombre. Abrió los dedos del hombre para quitarle el arma, y entonces vio el tatuaje.

«Room 17».

Sorprendentemente se encontraba más o menos en la zona de la palma de la mano en la que él mismo estaba tatuado, solo que con bastante más filigrana. Noah soltó al asesino, volvió donde su cómplice y le agarró la mano.

Efectivamente.

«Room 17».

El mismo tatuaje. La misma señal de identificación. Nada que le proporcionara alguna pista a su memoria.

Las sirenas de la calle eran cada vez más fuertes y activaron de nuevo a Noah.

Regresó corriendo al pasillo con la mujer, que lo miraba llorando y con la boca abierta, le dijo que la ayuda llegaría pronto, cogió la mochila, saltó por encima de los televisores planos arrancados de sus anclajes y del resto de basura electrónica y

recorrió el pasillo principal en dirección a la salida de emergencia.

Detrás de la puerta cortafuegos lo recibió el ruido típico de una tropa de intervención que subía por la escalera: suelas de goma dura contra escalones de piedra, el tableteo de las ametralladoras en posición de tiro, chaquetas sintéticas que rozaban los chalecos antibalas con cada paso.

Noah escogió la dirección opuesta. Un piso más arriba pisó varias colillas de cigarrillos justo delante de una puerta en la que aún se reconocían los restos de un grafiti recién limpiado. Cuando la abrió, confirmó su sospecha: había encontrado la sala de fumadores para los empleados. El olor a humareda fría y estancada se instaló en su nariz.

La sala de fumadores era una habitación de hormigón desnuda y sin ventanas, con un cenicero de pie a la altura de las caderas como único mobiliario. Noah no vio ningún interruptor, probablemente estaban situados fuera en el pasillo, pero la señal de aviso fluorescente en el extremo de la habitación le bastaba como fuente de luz. La salida de emergencia le condujo directamente a uno de los pasillos principales del centro comercial Europacenter, en el que estaba integrada la tienda de electrónica.

Hasta entonces la noticia sobre el supuesto tiroteo en la tienda aún no parecía haberse extendido. Noah pudo unirse a un grupo de personas que aprovechaban los últimos minutos del día para buscar gangas, y se dejó llevar en dirección a las escaleras mecánicas.

Una vez abajo, abandonó el Europacenter por la salida de la Iglesia del Recuerdo, y ante ella las luces azules que giraban en silencio sobre varios vehículos de la policía creaban el efecto de unos fuegos artificiales. La aglomeración de curiosos impedía cualquier tipo de control policial. Noah se abrió paso hacia un lado cerca de una patrulla con perros para salir de la aglomeración, y justo cuando pasaba junto a una fuente que se elevaba en forma de esfera, oyó que alguien gritaba su nombre.

Habría sacado su arma de no haber reconocido en el último momento a Oscar, que se encontraba en semioscuridad bajo el letrero de entrada de un baño público junto a la fuente.

—Por aquí —ordenó, se volvió y un instante después pareció que se lo había tragado la tierra.

Noah se acercó a la fuente («¿Cómo la había llamado Oscar en alguna ocasión? ¿“La albóndiga”?») y cuando llegó a la escalera que conducía a los baños solo alcanzó a ver la espalda de Oscar. A falta de una alternativa mejor, descendió también los empinados escalones metálicos, siguió los gritos de Oscar y de pronto se encontró en un urinario de baldosas blancas que apestaba a orina y a desinfectante. Dos de los tres meaderos estaban fuera de servicio y tapados con una bolsa de plástico, y ante el único que funcionaba había un hombre mayor con una bolsa de plástico en la mano que escupió sobre su propio chorro.

—Venga, rápido, vamos. —Oscar se acercó a los baños de cabina jadeando y sosteniendo la maleta con ambas manos, y abrió el que se encontraba a mayor distancia de la entrada. Esperó a que el hombre se hubiera marchado y abrió la puerta.

»Ayúdame —le dijo a Noah y señaló una chapa metálica que tapaba medio metro cuadrado del suelo justo delante del váter.

—¿Qué es eso?

—Nuestra entrada de emergencia.

Oscar agarró un tirador y levantó unos centímetros la placa de metal con la cara desfigurada por el dolor, lo suficiente para encajar debajo de ella la bota de obrero de su pie derecho.

Noah se colocó al otro lado, se inclinó y tiró de la placa con cierto esfuerzo. El hedor a agua estancada llenó cada centímetro de la cabina.

—Gracias. —Oscar se secó el sudor de la frente y señaló el agujero oscuro que habían descubierto—. Normalmente llevo una linterna conmigo cuando entro por la vía del sur. Pero me temo que hoy tendremos que improvisar.

Pidió a Noah que cerrara la cabina por dentro. Cogió la maleta y la tiró al pozo. Pasó un rato hasta que se oyó un golpe sordo y húmedo.

Entonces se sentó en el borde del agujero, se agarró a uno de los tres asideros metálicos que se veían, deslizó su cuerpo cónico con una agilidad inesperada por la abertura, que expedía olor a estiércol, y desapareció en el pozo.

Casi en ese mismo momento Noah oyó las voces.

Unos cuantos hombres habían entrado en el baño público.

«Vamos allá», se susurró mentalmente y comprobó rápidamente que la mochila siguiera bien cerrada, para que no se abriera por descuido durante el descenso; entonces descubrió que la tela estaba rasgada en un lado.

«¿El roce de un disparo?».

El volumen de las voces creció, la puerta de una de las cabinas se abrió de golpe.

Noah se sentó y agarró el primer asidero.

No creía probable que se tratara de policías que estuvieran siguiendo su rastro, pero no tenía tiempo de averiguarlo.

Así como tampoco tuvo tiempo de comprobar por qué *Toto* llevaba mucho tiempo sin moverse en la mochila.

La mujer que había entrado sin decir una sola palabra en la habitación secreta en la que la retenían le recordó a Celine a primera vista a Amber, su mejor amiga del instituto. Tan indudablemente atractiva, que estando cerca de ella se desarrollaba un sentimiento al que Celine había bautizado como «orgullo acomplejado»: la comparación directa (que se establecía constantemente en los recreos y fiestas de clase) provocaba que junto a Amber una se sintiera fea e inferior. Pero al mismo tiempo este complejo se veía compensado por el ridículo orgullo de tener como mejor amiga a la animadora más popular.

—¿Quién es usted? —preguntó seguramente ya por tercera vez desde que la máquina se había deslizado de nuevo a su posición casi sin ruido. La mujer de pelo negro había esperado hasta que un pestillo se hubo cerrado de forma audible y entonces se había acercado con el golpeteo de sus tacones altos. Desde que se había sentado con ella a la mesa, observaba fijamente a Celine como a un jersey rebajado en la mesa de las ofertas. Celine no se habría sorprendido si hubiera extendido su delgada mano hacia ella y la hubiera tocado para comprobar si la «mercancía» se correspondía con sus expectativas de calidad.

»¿Qué está pasando aquí?

Esta pregunta tampoco recibió respuesta. Amber (Celine la llamaba ahora mentalmente así, a pesar de que probablemente estuviera siendo injusta con su amiga) se quitó la gabardina entallada y la echó sobre el respaldo de la silla que acercó. Después comprobó el botón superior de su blusa, posiblemente debido a una costumbre inconsciente. Llevaba un collar de perlas a media altura con un colgante de plata o platino sobre el que Celine reconoció el número 17 antes de que la mujer lo hiciera desaparecer de nuevo bajo su blusa.

Cuando se echó el cabello para atrás, el aroma de un perfume floral oriental se extendió por la habitación.

—Exijo una explicación —declaró Celine, y le habría encantado ponerse en pie aunque solo fuera para compensar la diferencia de altura. La desconocida era al menos cinco centímetros más alta que ella, por lo que incluso sentada podía mirarla hacia abajo de forma intimidante.

Por fin pronunció su primera frase:

—Haga lo que le digo y no le dolerá.

Ni un «hola». Ni una fórmula de cortesía. Ni un «siento que dos bulldogs la hayan arrastrado a esta celda sin que nadie le haya dicho por qué».

Celine acarició nerviosa su tripa y repitió su primera pregunta:

—¿Quién es usted?

—Eso no importa.

—Si es eso lo que piensa, quizá debería acudir a un terapeuta para tratar su falta de autoestima —dijo Celine, intentando aparentar ser más fría de lo que en realidad era—. Desde luego conmigo no encontrará lo que busca.

Los labios de la mujer intentaron amagar una sonrisa.

—Creo que sí encontraré lo que busco con usted. Porque usted es Celine, hija de Maria y Ed Henderson, que en estos momentos se encuentra atrapado en la sala de llegadas de la terminal 2 del JFK, ¿verdad?

—¡Han pinchado mi teléfono! —bufó Celine furiosa. Era imposible explicar de otra manera que tanto Kevin como ella supieran eso.

—Cierto —admitió la mujer abiertamente. Buscó el contacto visual directo—. Y abrimos su correo. No solo en la editorial, sino también el que le llega a su apartamento.

Celine no pudo evitar perder el control sobre su expresión facial.

—Pero... ¿por qué lo hacen?

—Por la misma razón por la que una vez al mes le tomamos una muestra de cabello en secreto y analizamos su orina casi semanalmente.

—¿Mi orina? —Celine se echó a reír incrédula.

—Queremos saberlo todo sobre nuestros empleados. Los váteres del edificio forman parte de un sistema cerrado. Nuestros laboratorios se encuentran en el sótano.

—¿Es una broma?

La sonrisa artificial desapareció del rostro de Amber.

—De ser así, mi sentido del humor sería bastante estrafalario, ¿o es que a usted esto le hace gracia?

Sin perder de vista a Celine, sacó un folio DIN-A4 enrollado del bolsillo interior de su chaqueta y lo extendió sobre la mesa. Tuvo que sujetar las esquinas para que no se recogiera de nuevo.

«Control médico C. Henderson», leyó Celine el título alineado a la izquierda. Debajo aparecían su fecha de nacimiento, su dirección, su número de la Seguridad Social y su número de expediente personal.

La mujer dirigió la vista de Celine con el dedo índice hasta un segmento subrayado de una frase hacia la mitad de la hoja: «Último periodo registrado: 13 de diciembre».

Celine enrojeció. Levantó la vista y miró a la mujer directamente a los ojos, que eran tan oscuros que el color del iris y de la pupila se fundían.

—Desde entonces nuestro equipo de comprobación no ha encontrado ningún tampón más en sus bolsas higiénicas. Enhorabuena por el embarazo.

Celine le hizo un corte de mangas.

—Si eso fuera cierto no me lo revelaría así sin más —dijo. Inmediatamente después le sobrevino una idea terrible.

«A no ser que planeo callarme para siempre».

—Quiero irme ya —dijo Celine y se levantó de un salto.

—Y yo quiero llenar mi depósito por noventa y nueve centavos. Por desgracia Dios prefiere escuchar las oraciones de la industria del petróleo, así que yo sigo viajando en metro y usted seguirá aquí sentada conmigo un rato más.

Le hizo una señal a Celine para que se volviera a sentar.

—¿Para qué, qué quieren de mí?

Celine miró la parte trasera de la máquina de bebidas y de pronto tuvo la sensación de haberse tragado un cubito de hielo. El frío se extendió por su interior.

—¿Qué les he hecho?

—Nada, absolutamente nada. Pero enseguida hará algo por mí.

—¿Qué?

—Siéntese de nuevo.

Celine pensó brevemente si debía abalanzarse sobre la desconocida y quitarle la llave («Tendrá alguna, ¿no?»), pero no tenía ninguna experiencia en enfrentamientos físicos. Así que hizo lo que le ordenaban.

Amber se llevó la mano de nuevo al bolsillo, sacó otro papel, esta vez mucho más pequeño, y se lo tendió a Celine.

—Llame a este número.

—¿De quién es?

—De su amigo Noah.

Celine dejó caer la mano con la nota.

«No tiene prefijo de Berlín». Kevin le había dado antes un número de teléfono completamente diferente.

—Este no es el número del hotel.

—Es su teléfono por satélite.

—¿Tiene un teléfono por satélite? —Los ojos de Celine se abrieron como platos de puro asombro—. ¿Y eso desde cuándo?

—Bueno, no conozco la fecha exacta, pero creo que al menos desde hace dos meses, quizá más.

—Un momento... ¿Me está diciendo que sabían dónde se encontraba? ¿Todo este tiempo? ¿Podrían haberse puesto en contacto con él en cualquier momento?

Amber asintió a cada pregunta.

—En teoría sí.

—Pero entonces... —Celine sacudió la cabeza incrédula—. ¿Todo ha sido una gran farsa? ¿La búsqueda del pintor no ha sido más que un timo desde el principio?

El amago de sonrisa apareció de nuevo. Amber tensó la comisura de los labios.

—Sí y no. Conocemos al hombre que pintó el cuadro. Pero por desgracia el dueño del teléfono por satélite no ha descolgado su móvil durante las últimas semanas. La

campana de búsqueda se escenificó para atraer a Noah y sacarlo de su escondite.

«Así que era verdad. Lo intuía. No en esta medida, pero sabía que algo no cuadraba en la historia del “anticipo de un millón”».

—¿Por qué sabían que funcionaría? —preguntó perpleja.

—No lo sabíamos. Ni siquiera sabíamos dónde debíamos buscar a Noah. Sin embargo, con una campaña de relaciones públicas de tales dimensiones podíamos estar seguros de que la noticia llegaría hasta el último rincón del mundo occidental. El hecho de que haya dado señales de vida a pesar de su amnesia, y además desde Berlín, ha sido una gran suerte.

—Dios mío. —Celine se llevó la mano a la boca asustada—. ¿Era una célula durmiente? ¿Es que he contribuido a activar a un terrorista?

Amber negó con la cabeza, y Celine pudo oler de nuevo su perfume.

—Siempre he estado muy a favor de la verdad, señorita Henderson. Pero si supiera usted todo lo que yo sé, se llevaría semejante impresión que no podría pensar con claridad, y sin esa capacidad no tendría ningún valor para mí. Pero permítame aclarar una cosa: si no sacamos de la circulación a Noah durante las siguientes horas, un ataque terrorista será lo último que deba temer.

«¿Sacarlo de la circulación?».

—¿Qué debo decirle?

—La verdad.

Amber no hizo ningún gesto teatral. No dejó ningún arma sobre la mesa ni sacó una jeringuilla. No sonrió, pero su mirada tampoco se volvió intensa y fría. Y a pesar de todo, Celine sintió que la mujer pronunciaba cada palabra completamente en serio.

«Mortalmente en serio».

—Dígale que si sigue escondiéndose de nosotros, la mataré.

Estaba vivo. Pero no estaba bien, aunque el mal estado de *Toto* no tenía nada que ver con el tiroteo en la tienda de electrónica. La bala que había desgarrado el costado de la mochila ni siquiera había rozado al cachorro. Y a pesar de ello, ahora que ya estaban en el escondite de Oscar, el animal parecía más muerto que vivo.

—Esto no es bueno, nada bueno —hablaba Oscar consigo mismo mientras sacaba unos vaqueros y un jersey noruego de una bolsa de plástico.

A Noah le parecía que allí abajo hacía más calor que nunca, y el hedor a gasolina y a goma quemada también le resultaba más penetrante, pero quizá los últimos acontecimientos le habían despertado los ánimos y con ellos la sensibilidad.

«Por desgracia mi memoria no».

—Nada bueno. Nada nada bueno.

El mantra que Oscar repetía como un loro desde que habían bajado juntos al subsuelo berlinés no se refería ni al muerto de la suite del hotel ni al tiroteo de la sección de televisores (y desde luego tampoco al apático *Toto*, que respiraba superficialmente), y Noah lo sabía desde que por fin se habían encontrado de nuevo frente a la puerta metálica de su guarida después de una agotadora caminata por pasillos oscuros, túneles polvorientos y vías cerradas.

—Hemos regresado demasiado pronto —había dicho Oscar al entrar—. Las mediciones de tensión aún no han terminado. No es bueno, nada bueno. La suma de las cifras es siete, y por eso hoy deberíamos estar en otro lugar.

Un metro que pasaba detrás de los gruesos muros hizo que los cubiertos tintinearan en el pocillo de café sobre el lavabo.

Noah se inclinó sobre la cama de canapé de Oscar, sobre la que había colocado a *Toto*. Sabía que tenían problemas más serios que un cachorro enfermo, pero preocuparse por él parecía tener un efecto tranquilizante, posiblemente porque el malestar de *Toto* era un problema con solución, al contrario que aquellos otros que tenía en aquel momento: sin memoria, perseguido por desconocidos, en una ciudad extraña.

—Aquí tienes —exclamó Oscar y le lanzó una bolsa de plástico—. Encontrarás cánulas en el cajón bajo el colchón.

«NaCl 0.9%», leyó Noah sobre la etiqueta.

—Ya lo decía yo, le han separado demasiado pronto de su madre. Quizás el gota a gota ayude.

Noah negó con la cabeza.

—No sé cómo colocarle la vía a un animal.

Oscar, que en ese momento se estaba quitando aquel traje que le quedaba demasiado grande, sonrió burlón.

—¿Se puede saber qué clase de científico eres?

«No tengo ni idea. Si lo soy, es probable que esté investigando acerca de “Cómo hacer enemigos”».

Después de vestirse con ropa sorprendentemente pulcra, Oscar le quitó a Noah los utensilios y le puso una vía a *Toto* con mano ágil y experimentada.

—¿Dónde te habías metido, Oscar? —preguntó Noah mientras acariciaba al cachorro. No había percibido reacción alguna ni siquiera cuando le habían pinchado con la aguja.

—¿Cómo?

—Antes, en la tienda. De pronto habías desaparecido.

«Como en el hotel».

—Ah, te refieres a eso. —Oscar se puso de pie y acercó la única silla del escondite al escritorio improvisado. Sujetó el gota a gota al respaldo, después recogió del suelo los pantalones de traje que se había quitado y rebuscó en los bolsillos.

»Toma, mira. —Tendió a Noah un documento impreso arrugado—. En la tienda tienen un ordenador con Internet gratis que utilizo a veces, aunque seguro que lo vigilan con software espía, pero qué más da. Te he buscado en Google.

«David Morten. Científico estadounidense».

Debajo del texto en el campo de búsqueda Noah vio varias filas de fotos del tamaño de un sello. La mayoría mostraba el mismo retrato.

—Soy yo —comentó incrédulo. Se veía a sí mismo y sin embargo no era capaz de reconocerse. Oscar asintió y leyó en voz alta de otra página:

—Según Wikipedia eres el doctor David Morten, de treinta y nueve años, biofísico estadounidense, además de biólogo molecular y nanobiólogo. Carrera de Físicas en la Universidad de Tufts, doctorado en Princeton con una tesis sobre microchips fluidos y su aplicación para el control de pacientes médicos. Experto reconocido en enfermedades infecciosas, galardonado con el premio Albert Lasker entre otros muchos, en especial por tus investigaciones sobre los patógenos de la peste y el herpes.

«Eso no me dice nada. No tengo el mínimo recuerdo de la vida de este hombre».

—¿Qué más has averiguado? —preguntó Noah.

—¿Sobre ti? No mucho. No tuve mucho tiempo antes de que los disparos me rozaran las orejas por tu culpa, pero aparte de esta escasa información, a primera vista no encontré nada digno de mención sobre ti en la red. Ningún currículum completo, ninguna noticia de tu desaparición, y pocas fotos tuyas, en todas sales detrás de tu escritorio, nada personal.

—¿Pudiste comprobar los demás nombres?

«John Greene. Samuel Brinkman».

—No, pero sí esta belleza. —Oscar le tendió sonriente una foto de impresión láser

de una joven cerca de los treinta. De cabello rubio oscuro, rostro ovalado y dulce, una sonrisa radiante que casi le llegaba hasta las muelas. A pesar de que la imagen era sin duda un posado de promoción, el fotógrafo no había logrado reprimir por completo el carácter natural y sencillo de la mujer.

»Esta es Celine Henderson, la periodista. Al parecer realmente trabaja para el *New York News*. Y ha dejado miles de huellas en la red: comentarios en Facebook, vídeos en YouTube, entradas de blog, sus artículos. Nada que pueda falsificarse de prisa y corriendo.

«Al contrario que mi vida».

Noah apartó la cabeza pensativo.

«Recuerdo la habitación de hotel, el olor y al hombre moribundo delante de la chimenea. Recuerdo que me dispararon y que hui por el Adlon. Y a veces oigo en mi cabeza la voz de un hombre mayor que me da consejos, pero por desgracia no me dice cómo me llamo en realidad. Quién soy realmente».

Oscar le hizo una pregunta sorprendente que lo sacó de sus pensamientos:

—¿La otitis media la causan bacterias o virus?

Comprendió inmediatamente adónde quería llegar su acompañante. Un experto como él debía responder a esta pregunta incluso dormido. Pero no estaba seguro.

—Para curarla se toman antibióticos, ¿no? De modo que se trata de una infección bacteriana.

—Biiip. —Oscar imitó el ruido de la bocina de un concurso cuando la respuesta es incorrecta—. Los investigadores han descubierto ambos en la secreción de un oído inflamado. Virus y bacterias. En fin —se frotó la nariz pensativo—, no suenas precisamente como un ganador del premio Albert Lasker.

Noah asintió a modo de confirmación.

—Tampoco me siento un virólogo. En mi interior todo parece decirme que no soy el doctor Morten.

—Pues yo creo que sí lo eres.

Noah se pasó la mano por el pelo enfadado e intentó no levantar la voz.

—Sé matar con mis propias manos, Oscar, y no me importa nada hacerlo. Nada de nada. No he llorado ni un solo segundo la muerte de las personas que he matado hoy. Llevo a cabo asesinatos con más rapidez que cálculos mentales. Si disparas un arma, soy capaz de reconocer el modelo por el sonido que hace. Si me das un microscopio, ni siquiera sé por dónde cogerlo. ¿Tú crees que eso es propio de un licenciado en universidades de élite?

—No. Y, sin embargo, es probable que seas el doctor David Morten. Y al mismo tiempo no lo eres.

Noah miró a su estrafalario compañero como si este hubiera perdido definitivamente el juicio, pero Oscar se apresuró a explicarse:

—Es tu identidad de incógnito. Los escasos datos sobre ti es cierto que huelen a un currículum simulado. Si hubiera tenido tiempo de comprobar los nombres de los otros pasaportes, seguro que habría encontrado información incompleta similar.

Para poner en orden sus ideas, Noah echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente el techo. Parecía una locura, pero tenía sentido.

«Y si es cierto que he estado viviendo con una historia falsa, la pregunta más importante que surge ahora es...».

—¿Por qué? —completó Oscar el pensamiento de Noah—. ¿Con qué objetivo te creaste estas identidades falsas?

Se miraron durante un rato en silencio, entonces Oscar se volvió y se acercó descalzo sobre el suelo cubierto con retales de alfombras hasta el fregadero, donde abrió el grifo y dejó correr el agua teñida de óxido antes de colocar una taza bajo el chorro.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó de espaldas a Noah—. ¿Quién quería matarte? —Oscar se volvió y bebió un gran trago del recipiente abombado de gres, que sus pequeños dedos apenas podían sostener.

—No tengo ni idea.

Noah le habló del extraño tatuaje que había encontrado en las manos de los dos cadáveres.

—¿Room 17?

—Sí.

Oscar parecía nervioso, dejó la taza de nuevo junto al fregadero.

—¿Todavía tienes el artículo?

—¿Cuál?

—Aquel en el que buscaban al pintor del cuadro. El que indicaba el número de teléfono americano que has marcado antes.

Noah se abrió la cremallera de su chaqueta y palpó todos los bolsillos hasta que lo encontró. Oscar le arrancó el papel de las manos con precipitación. Su mirada sobrevoló el cuadro que supuestamente valía un millón de euros y que Noah estaba seguro de conocer de una vida anterior. ¿Lo habría pintado él mismo?

Entonces Oscar lanzó un grito agudo.

—*El arroyo del este.*

—¿Cómo?

—¡Mira! —Oscar sostuvo la página de periódico con una mano y con el dedo índice de la otra señaló hacia la mitad del texto—. El nombre de la obra. Aquí está, por escrito. ¿Por qué no lo he reconocido al instante?

Caminó pesadamente hacia los tablones de conglomerado de la pared, combados bajo el peso de tantos libros, sacó varios de la estantería, como si lo hiciera al azar, y después de echar un rápido vistazo a la cubierta los tiró al suelo con descuido.

—Lo sabía —declaró triunfal un rato después, se volvió y mostró un libro protegido por una sobrecubierta negra.

—¿Qué es lo que sabías?

Oscar abrió el libro. Levantó polvo al pasar las páginas con manos temblorosas.

—Eh, estoy hablando contigo. ¿Qué es lo que sabías? —preguntó Noah, que ahora sí había levantado la voz. Le habría gustado agarrar a su compañero por los hombros y zarandearlo, pero al fin Oscar le respondió por sí mismo.

—Ya sé quién te persigue.

—Venga, dímelo de una vez. Según tú, ¿quién la ha tomado conmigo? —preguntó Noah, a pesar de que le resultaba difícil creer que el nombre de su adversario apareciera en el libro negro que Oscar había abierto después de sacarlo de la estantería del escondite.

—¿Has oído hablar alguna vez del Club Bilderberg, grandullón?

—No.

—No me extraña. Cuando se queda uno demasiado tiempo ahí arriba... —Oscar señaló al techo del escondite—. Has respirado demasiado CLEAR. No tienes ni idea de nada.

Se sentó en la silla de la que colgaba el gota a gota, cerró el libro de nuevo y se rascó el desgredado nacimiento del pelo en la nuca.

—De acuerdo, escúchame bien —dijo nervioso—. Lo que te contaré ahora es un secreto a voces. Hay libros, películas e incluso algunos artículos de periódicos al respecto, por no hablar de los miles de páginas de Internet que hablan sobre ello. Sin embargo, a nadie le llama la atención.

«Por el CLEAR. Sí, ya».

Noah, que acariciaba con movimientos regulares la piel caliente de *Toto*, contrajo las cejas para indicarle a Oscar que le estaba escuchando, a pesar de que su cupo de teorías conspiratorias explicadas en tono misterioso comenzaba a estar cubierto.

—Imagina que estás de nuevo en Estados Unidos y quieres pasar un agradable fin de semana con tu familia en tu hotel habitual, el Westfields Marriott en Chantilly, Virginia.

«¿Familia? ¿La tengo? ¿Estaré casado? ¿Tengo hijos? ¿Me estará esperando alguien?».

Noah trató de concentrarse de nuevo en las palabras de Oscar.

—Es mayo, así que no te sorprende que el hotel esté completo, ya que la central de reservas lamenta tener que informarte de que se celebrarán cuatro bodas al mismo tiempo. Por lo tanto os decidís por el hotel vecino, pero como el bar del Marriott te gusta tanto, por la noche haces una visita a tu alojamiento habitual.

En la parte de las mejillas de Oscar que no estaba cubierta por la barba aparecieron manchas rojas.

—Ahora supongamos que se produce un pequeño milagro y realmente te permiten entrar hasta el bar. ¿Qué dirías si vieras allí sentados juntos al director del Banco Central de Estados Unidos con el ministro de Defensa y el presidente del Deutsche Bank charlando de forma amistosa?

—Al día siguiente me compraría el periódico.

—En el que no leerías nada acerca de la reunión de algunas de las personas más

poderosas de nuestra época, a pesar de que el *Wall Street Journal*, así como redactores jefe y reporteros escogidos del diario francés *Figaro* hasta el *Washington Post* también estuvieran allí, y no precisamente para cubrir una boda.

—¿Para qué entonces?

—Para la conferencia Bilderberg.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Y eso que se celebra todos los años desde 1954.

Oscar se puso de pie y se pasó ambas manos por el pelo.

—Al echar un vistazo a la lista de participantes en estas reuniones estrictamente secretas, que suelen durar tres días y siempre tienen lugar en hoteles herméticamente aislados del mundo exterior, parece que alguien hubiera tomado el ranking de los políticos más importantes, los hombres de negocios más ricos, así como los periodistas más influyentes, y lo hubiera mezclado con los nombres más famosos de entre la nobleza, el ejército y la ciencia: David Rockefeller, Josef Ackermann, Donald Rumsfeld, Tony Blair, Margaret Thatcher, Helmut Kohl, Bill Gates... Todos ellos han participado alguna vez, así como Merkel y Clinton, Ford y Kissinger, o la reina de España y el príncipe Felipe de Bélgica. Normalmente con que uno solo de estos personajes se dejara ver en el vestíbulo de un hotel, hordas de *paparazzi* aparecerían de inmediato. En una conferencia Bilderberg se juntan de media ciento treinta celebridades, y, sin embargo, estas reuniones ni siquiera merecen un comentario en las noticias de la noche.

Otro metro sacudió las paredes, esta vez pareció que atravesara un túnel bajo sus pies.

—Los periodistas participantes deben comprometerse a no filtrar al exterior ni una sola palabra acerca del contenido de la conferencia. Por suerte algunos valientes han incumplido esta obligación, de lo contrario no tendríamos la menor idea de lo que discuten los ricos y poderosos a puerta cerrada.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Noah con la esperanza de que Oscar fuera al grano de una vez.

—No me crees, grandullón, lo noto. Pero puedes comprobar todo lo que te he contado. No me lo he inventado. Ni siquiera lo de las cuatro bodas en el Marriott. Ese era efectivamente el pretexto que utilizaron para justificar el cierre del hotel. En realidad se celebró allí la quincuagésima conferencia Bilderberg, que giró como siempre en torno a un tema predominante.

—¿Y ese tema es...?

—Un nuevo orden mundial.

—Oh, Dios mío.

Noah apretó los labios para no maldecir. «Suma de cifras, *chemtrails*, logias secretas...», ¿qué sería lo próximo?

—Búscalo, página diecisiete —le pidió Oscar y le tendió el libro que había sacado de la estantería: *Andreas von Rényi. Bilderberg. El centro secreto del poder*—. Del 30 de mayo al 2 de junio de 2002 en el Westfields Marriott. Uno de los temas que se trataron fue la situación de Iraq. Poco después de la conferencia Bin Laden fue reemplazado como enemigo número uno del Estado y Sadam Husein fue presentado como el hombre más peligroso del mundo occidental. Mediante pruebas falsas de instalaciones de gases tóxicos que no existían, que solo un año después justificarían incluso una guerra.

—¿Y se supone que esto se decidió en la conferencia Bilderberg? —preguntó Noah sin abrir el libro de la cubierta negra.

—¿Cómo voy a saberlo si lo único que trascienden siempre son fragmentos? Pero a juzgar por las enormes medidas de seguridad y las normas paranoicas de confidencialidad, seguro que no son proyectos de ayuda a la infancia lo que se decide allí. En 2011 un eurodiputado quiso acceder a la conferencia sin invitación por la entrada principal del Suvretta House, un hotel de lujo en St. Moritz. Los guardias de seguridad le dejaron sangrando por la nariz. ¿Puso el grito en el cielo la prensa, supuestamente libre? Negativo. —Oscar hablaba con furia, gesticulaba con los brazos—. Un parlamento no elegido se reúne año tras año, y en una sesión secreta decide el destino de nuestro mundo. La cuadragésimo octava reunión del Club Bilderberg en Bruselas, por poner un ejemplo: Dominique Strauss-Kahn, el multimillonario George Soros, la reina Beatriz, Jean-Claude Trichet y el ministro de Exteriores griego Papandreou en una misma sala con los gerentes de Thyssen-Krupp, Fiat, Xerox, Goldman Sachs, Shell, Deutsche Bank y Nokia, así como el gigante farmacéutico Novartis; también estaba presente el que entonces era el redactor jefe sustituto de *Die Zeit*, Matthias Naß, ¿y le valió eso algún titular? Ni una sola palabra del periodista, ¡al que ya han invitado trece veces! Él sí respeta el acuerdo-mordaza.

Noah levantó la mano para luchar por una pausa en la verborrea de Oscar, y señaló la página del periódico que se le había caído a Oscar al suelo de la agitación.

—¿Qué tiene todo esto que ver con el artículo y con Room 17?

«¿Y conmigo?».

—El artículo, cierto. —Oscar se agachó y levantó el papel que había desencadenado la serie de ataques mortales. Huían de asesinos profesionales desde que Noah había llamado a la periodista del *New York News*.

«Pero ¿por qué quieren asesinar al autor de ese cuadro enviado de forma anónima?».

Las siguientes explicaciones de Oscar no respondieron a la pregunta de Noah.

—Los miembros del llamado Club Bilderberg bautizaron a su organización con el nombre del hotel en el que se celebró su primera reunión secreta en 1954. El príncipe Bernardo de Holanda invitó entonces a los más poderosos entre los poderosos a su

propio alojamiento de lujo, el hotel Bilderberg, en Oosterbeek. Y ya está bien de datos. Es el turno de los rumores.

—Oscar, por favor... —intentó impedir Noah que este enumerara otra lista de supuestas pruebas de conspiraciones mundiales. Sin éxito.

—Al parecer en esa primera reunión ya estaban todos de acuerdo en que solamente un poder independiente y desprendido de la voluntad de la masa podría controlar el mayor problema mundial.

—¿Qué problema?

—Las personas.

Oscar dejó que el peso de su respuesta flotara un rato en el aire.

—La teoría es muy sencilla: no importa si hablamos de hambre, guerras, cambio climático, pobreza, residuos o crisis energética, el causante de todas estas catástrofes es el ser humano. Muchos seres humanos. Demasiados seres humanos.

Quizá fue una casualidad que el pitido en el oído de Noah volviera con estas palabras, aunque a un volumen muy inferior que justo después de la explosión de la botella de gas en la tienda de electrónica; pero quizá las palabras de Oscar hubieran empujado un recuerdo hacia sus señales auditivas.

—Cuando se construyeron las pirámides egipcias aún estábamos en confianza, en el planeta vivían unos amables treinta millones. Hoy en día somos más de siete mil millones. Y cada 2.6 segundos somos uno más, alguien más que necesita carne y cereales, que quiere quemar combustible, que necesita beber agua. A todo esto se añade que nuestros yacimientos de petróleo solo durarán unos pocos años más, y mil millones de personas tienen ya restringido el suministro de agua potable. Si todos viviéramos de forma tan derrochadora como en Estados Unidos, y tanto en Europa como en China vamos camino de ello, ya necesitaríamos dos planetas y medio para garantizar el abastecimiento. Los mares están esquilados; las selvas, taladas; los campos, sobrefertilizados, agostados o destrozados por las inundaciones. ¿Qué pasará dentro de quince años, cuando reventemos la barrera de los nueve mil millones? ¿O en sesenta, cuando la humanidad se haya duplicado otra vez?

Noah no dijo nada. El pitido tras sus tímpanos había empeorado.

—En principio el análisis de los miembros del Bilderberg no está nada desencaminado —prosiguió Oscar con su discurso—. La masa de personas es el mayor problema de nuestro planeta, así que sería absurdo dejar a la masa decidir democráticamente sobre su propio destino. Sería como permitir a los presos del corredor de la muerte decidir sobre la pena capital.

A Noah le habría gustado meterse un dedo en el oído para comprobar si el pitido creciente no provenía en realidad del exterior.

—¿Y cuál es exactamente el plan de estos del Bilderberg?

«¿Y qué tiene esto que ver conmigo?».

—No tengo ni idea. Pero al parecer a finales de los setenta se escindió del Club Bilderberg una agrupación extremista a la que el planteamiento para solucionar el problema de la superpoblación no le resultaba lo bastante radical. Completos chiflados que cuentan con tanto dinero como pocos escrúpulos. Hoy en día no tienen nada que ver oficialmente con el Club Bilderberg, aunque tomaron su nombre de la habitación en la que se hospedó su miembro más antiguo en el hotel Bilderberg en 1954.

—¿Room 17?

—Exacto. Y ahora mira de nuevo el nombre del cuadro a cuyo pintor están buscando. ¿No hay nada que te llame la atención?

—¿*El arroyo del este*?

—A eso quería yo llegar.

Noah tragó saliva, algo crujió en su oído y de repente desapareció. El pitido se acabó. En cambio ahora oía todo por duplicado. Casi al mismo tiempo. Tanto la voz del hombre mayor en su cabeza: «*El arroyo del este... Arroyo oriental...*».

Como la voz de Oscar, que dijo agitado:

—Arroyo oriental. En holandés: Oosterbeek. El emplazamiento del primer hotel Bilderberg.

—¿Qué significa eso? —susurró Noah.

Oscar se encogió de hombros.

—Que estás jodido si es a ellos a quienes te enfrentas.

Intento número cuatro. Celine colgó al oír la voz que le explicó una vez más que el número al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

—Apagado —dijo, y quiso devolverle a Amber el móvil que le había dado, pero la misteriosa desconocida lo rechazó—. Déjeme ir, por favor.

Tenía la garganta seca, Celine necesitaba beber algo urgentemente. Además ese día no había tomado ácido fólico para el bebé, y hacía mucho que no había ido al baño. Su vejiga no aguantaría mucho más tiempo.

—Inténtelo de nuevo en dos minutos —dijo Amber despreocupada.

Celine se lamentó crispada.

—Pero si es que no tiene sentido.

—Observar a personas golpear una pelota voladora con un palo de madera tampoco tiene mucho sentido, y a pesar de ello millones de fans del béisbol lo hacen todos los fines de semana. Y usted pulsará el botón de rellamada tantas veces como sea necesario hasta que Noah descuelgue.

—¿No pueden localizar su móvil?

—Nuestros recursos técnicos nos permitirían localizar un teléfono aunque se encontrara en la fosa de las Marianas. No es la ubicación de Noah lo que me importa, ya sé cuál es. En este momento está escondido en un pasillo lateral de un acceso cerrado del metro, a unos veinte metros bajo el suelo de Berlín.

—¿Entonces para qué me necesitan?

Celine lanzó furiosa el móvil contra la mesa. Como la parte trasera era ligeramente curvada, comenzó a girar sobre sí mismo en la superficie lisa.

Amber esperó a que se detuviera, entonces dijo con suavidad:

—Hace poco hemos intentado embaucar a Noah con un engaño. Nada más y nada menos que el director de su periódico se hizo pasar por un importante amigo íntimo para convencerlo de llevar a cabo una tarea. Sin embargo, Noah ha descubierto el truco con tanta facilidad como ha eliminado después a los hombres que debían arrestarlo. —Amber suspiró—. No quiero desperdiciar más personal y sobre todo más tiempo. Tiene que entregarse.

—¿Por qué?

—Tiene información de importancia vital para nosotros.

—¿Qué tipo de información?

Amber contrajo las comisuras de la boca en una sonrisa burlona.

—En un solo día han muerto tres hombres a la caza de Noah. ¿Está segura de que realmente quiere saber lo que busco?

Celine tragó saliva.

—¿Y cómo voy a convencerlo precisamente yo de que se rinda? No me conoce de

nada.

—Pero yo sí le conozco a él. Y conozco las habilidades que al mismo tiempo son su talón de Aquiles. El instinto de Noah puede distinguir el bien del mal. Si consigue despertar su instinto protector, tendrá la oportunidad de sobrevivir a este asunto.

Celine se estremeció atemorizada, y la mujer le cogió la mano inesperadamente.

—Shhh, no se preocupe. Entiendo que no me soporta. Usted a mí tampoco me cae muy bien.

Sonrió, y Celine la odió por todo lo que representaba. Sus dientes blancos y rectos, la frente alta, el rostro alargado con esos ojos grandes y profundos, y los pómulos arqueados que los hombres seguramente encontrarían atractivos, pero que a ella le recordaban a una hormiga. Odiaba su estilo Gucci y sus uñas limadas, su perfume y sobre todo esa voz cálida y ligeramente quebrada, que hacía presagiar una risa intensa y profunda. Pero por encima de todo la odiaba por su arrogante sinceridad.

—La considero una pueblerina, Celine, que quiso hacer carrera en la gran ciudad y que ahora acabará con un bombo en algún punto de la mediocridad. Me desprecia porque me visto como una estudiante rusa a la caza de millonarios, y a primera vista sabe que me acuesto con cualquier hombre que me haga ascender, mientras que usted aún sueña con el gran amor que trinche el pavo de Acción de Gracias bajo la mirada de sus hijos y sus padres. Así que en esta vida ya no nos haremos amigas, cosa que podría serle indiferente si esta habitación tuviera ventilación.

—¿Para escapar de su perfume?

—Para no ahogarse.

Amber, o como quiera que se llamara, miró su reloj de muñeca mientras Celine se llevaba la mano al cuello involuntariamente.

—Llame a Noah y convéncalo de que se entregue a nosotros antes de que los otros lo encuentren.

—¿Los otros?

«¿A quién diablos se refiere con los otros?».

—Tiene usted tres horas justas antes de empezar a inhalar su propia respiración, Celine. Yo en su lugar no desperdiciaría ni un minuto con preguntas cuya respuesta de todas formas no quiere oír.

Amber parpadeó con sus largas pestañas y señaló con la barbilla el teléfono sobre la mesa. Un gesto afectado por el que Celine la odió todavía más mientras alargaba la mano hacia el móvil.

Tres cortos, uno largo.

El timbre del teléfono los asustó a ambos.

—¿Lo has dejado encendido? —preguntó Oscar, al que se oía preocupado porque eso hiciera que les encontraran.

—No. —Noah sacó el teléfono por satélite de la chaqueta colocada sobre la cama junto a *Toto*, que dormía inquieto—. Lo he apagado.

Algo que probablemente fuera una medida de precaución insuficiente. Era obvio que no podía ser una casualidad que ese teléfono hubiera acabado en sus manos. El móvil, la maleta, los pasaportes, el efectivo; alguien le había endosado todo aquello, y si Noah hubiera estado en el lugar de ese conspirador desconocido, habría introducido un troyano en el software del teléfono que hiciera creer al dueño que el aparato estaba apagado, incluso cuando se le quitara la batería.

«O habría colocado micrófonos en la maleta, en los pasaportes o incluso en los billetes de euro».

Noah se enfadó consigo mismo. No había tenido oportunidad de pensar tranquilamente en cuál sería su siguiente paso, pero ahora tenía claro que debía deshacerse enseguida de todos aquellos objetos que le habían endilgado en el Adlon.

—¿Apagado? —repitió Oscar.

—Sí.

—¿Y entonces por qué suena?

—Porque he recibido un recordatorio.

«Por desgracia solo ha sido uno electrónico».

Al parecer la alarma del teléfono funcionaba también cuando estaba desactivado. Un estilizado calendario mensual cubría la mitad superior de la pantalla y un texto breve, la inferior.

—A ver, 15.2. Salida EC. ICE código de reserva QRX1...

—¿Salida? —lo interrumpió Oscar.

—Sí.

—¿Desde la Estación Central? —siguió preguntando Oscar—. ¿Con un Intercity Express?

—Si es eso lo que significan las abreviaturas, sí.

—¿Y a qué hora? ¿Y adónde?

—Ni idea. Para leer el resto tengo que encenderlo de nuevo.

—¿Estás loco? —protestó Oscar al ver que Noah efectivamente pulsaba el botón de encendido del teléfono hasta que el logotipo del águila apareció de nuevo—. Apágalo inmediatamente si no quieres que nos salte de nuevo todo por los aires.

—Eso no pasará.

—¿Y por qué estás tan seguro de eso?

—Porque si quisieran ya estarían aquí hace un buen rato.

Oscar abrió los ojos como platos. Entonces se golpeó la frente con la mano.

—Claro, tienes razón. Si son los radicales de Bilderberg los que están detrás de esto, tienen todo tipo de recursos a su disposición. Ninguna otra organización privada en el mundo dispone de tanto dinero, poder y tecnología como ellos.

—No sé nada de Bilderberg ni de Room 17, Oscar. Solo sé que los hombres que querían matarme han logrado entrar en nuestra habitación en silencio a través de la puerta cerrada. Trabajan en equipo dirigidos por una central, no rehúyen los ataques en campo abierto y son expertos en la lucha cuerpo a cuerpo. Suma a esto la posesión de armas de precisión ilegales y su habilidad para perseguir un vehículo sin ser vistos, y verás que no nos enfrentamos a un grupito de mercenarios, sino a profesionales experimentados altamente equipados que seguro que disponen de suficiente tecnología militar para localizar este teléfono sin importar si está encendido o apagado.

—Room 17 —asintió Oscar a modo de confirmación—. Lo que yo decía.

Noah no hizo ningún comentario. Cuanto más tiempo pasaba con ese chalado al que le debía la vida, más fuerte era la sensación de que, entre toda aquella maleza de conspiraciones que Oscar criaba en su invernadero, también crecía algún brote de verdad. Naturalmente, en un primer momento las historias sobre círculos secretos antidemocráticos de personas superpoderosas sonaban absurdas. Pero ¿qué otra explicación había para el tatuaje de «Room 17» en las palmas de las manos de los cadáveres? ¿Y para *El arroyo del este* del artículo de periódico? También se preguntaba por qué había sido esa imagen determinada la que había desencadenado la tormenta de recuerdos en su cabeza, por lo demás completamente en blanco. En cuanto lo supiera, probablemente tendría también una explicación para todo lo demás que le estaba sucediendo.

—¿Y bien? ¿Adónde? —oyó preguntar a Oscar, que miraba por encima de su hombro mientras Noah abría la agenda.

—Mmm.

—¿Mmm qué? —lo imitó Oscar.

—Solo tengo el código de reserva de siete números y letras. Y el número de tren: 646. Pero ni hora de salida ni destino...

—E Internet en ese ladrillo tampoco, supongo.

—Desde luego no he visto ningún icono de navegador en el menú.

Oscar resopló.

—Entonces no nos queda otra que llamar al teléfono de información de la compañía si queremos saber adónde va ese tren.

Noah quiso objetar que no permitiría que lo condujeran como un corderito al

matadero siguiendo aquellas indicaciones, con las que obviamente alguien quería llevarle a la perdición, pero un fuerte timbre lo detuvo antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

—¿Quién es? —preguntó Oscar y miró atemorizado al teléfono por satélite que Noah sostenía en la mano, ya que esta vez no había sido el aviso de la agenda electrónica lo que les había hecho estremecerse, sino una llamada entrante con el número oculto.

Celine se sorprendió tanto de oír un tono que casi colgó de nuevo. Cuando Noah respondió finalmente con voz dura y firme, deseó haberlo hecho. Miró nerviosa a la mujer que la extorsionaba, que escuchaba al otro lado de la mesa por el manos libres, y estiró el dobladillo de su blusa con los dedos, que comenzaban a humedecerse de sudor, sin saber cómo empezar la conversación. En su mente reinaba un desagradable vacío, había perdido toda confianza en sí misma.

«¿Qué debería decirle? ¿Cómo debería comportarme para que no cuelgue de inmediato?».

Al fin fue Noah quien inició el diálogo.

—¿Quién es?

La mirada de Celine se dirigió hacia Amber, que asintió para darle ánimos.

—Nosotros, yo... ya hemos hablado por teléfono antes hoy.

—Quiero saber quién es realmente.

—Le estoy diciendo la verdad. Me llamo Celine Henderson, trabajo como redactora en el *New York News*.

—¿Por qué me ha conducido hasta el Adlon?

Noah disparaba preguntas sin piedad.

—No sabía que le quisieran hacer algo —trató Celine de articular un primer intento de explicación—. En este momento yo misma estoy sentada frente a una mujer que me matará si no le convengo.

«¿Demasiado pronto?». Celine se mordió la lengua. En pocos segundos la conversación había llegado a una situación en la que, si hubiera sido ella la que estaba al otro lado de la línea, ya habría colgado.

—¿Convencerme de qué? —preguntó Noah.

—De que se entregue.

Las palabras le resultaron a Celine inadecuadas e infantiles, como si estuvieran jugando a policías y ladrones en el recreo.

—¿Hola? —preguntó temerosa.

Silencio. Ni respiración ni interferencias. Nada.

—¿Sigue usted ahí?

—¿Qué motivo tendría para entregarme a alguien que me quiere matar por deseo de una desconocida?

—No hay ningún motivo.

Otra pausa silenciosa durante la cual Celine cerró los ojos.

Casi sentía cómo el hombre luchaba consigo mismo por decidir si colgaba o pedía más información.

No sabía si Amber se había tirado un farol («Pero ¿por qué habría de mentir en

esta relación alguien que sabe de la existencia de cámaras frigoríficas secretas?»), no tenía claro si el picor de garganta y la ligera falta de aliento se debían a la agitación o efectivamente eran resultado de la falta de ventilación («Desde luego no hay ninguna ranura visible, la máquina parece encajar perfectamente en el hueco de la pared»), pero en algún momento tuvo la certeza de que los siguientes segundos decidirían su futuro. En un sentido o en otro. Por eso sintió un profundo alivio cuando Noah decidió no colgar.

—Está bien, Celine. Quiero que me responda muy rápidamente, sin titubear, ¿lo ha entendido?

—No sé...

Se mordió los labios de nuevo. Sabía que se había equivocado.

—¿Debería colgar?

—No, por favor.

—Bien, entonces empecemos. ¿De qué color tiene el pelo la mujer que está con usted?

Lanzó una mirada rápida a Amber, que parecía divertida.

—Negro.

—¿Lleva el pelo largo o corto?

—Más bien largo.

—¿Con qué arma la están apuntando?

—Con ninguna.

—¿Cómo quieren matarla?

Celine se quedó paralizada. Entretanto había comprendido adónde conducía la traca de preguntas. Participaba en una prueba verbal de detección de mentiras. Cuanto más tiempo se tomara, más impresión daría de estar preparando una mentira, así que se apresuró a decir:

—Estoy sentada en una cámara hermética secreta.

«Ahora colgará».

—¿Cómo ha entrado ahí? —quiso saber Noah.

—A través de un frigorífico.

«Maldita sea, ¡ahora seguro que colgará!».

—¿Cómo ha sido eso?

Celine se lo explicó, pero dudó de que el nerviosismo le hubiera permitido sonar siquiera mínimamente plausible. Amber sonreía ahora indudablemente divertida, y jugaba con su collar. De nuevo Celine vio brillar el número 17 de su colgante. Y una vez más no tuvo tiempo de perder un instante pensando en ello.

—¿Qué ha comido hoy?

—Una tostada.

—¿Y qué más?

—Nada.

—Ahora en Nueva York es la última hora de la tarde, una mentira más y cuelgo. Celine miró fijamente el teléfono sobre la mesa y apretó ambas manos contra su vientre.

—Por las mañanas no soy capaz de comer nada.

—¿Está enferma?

—Al contrario. Estoy embarazada.

—¿Qué medicamentos está tomando?

—Ácido fólico y Vomex.

—¿Primer o segundo trimestre?

—Primero.

—¿Niño o niña?

—Es demasiado pronto para eso.

Se produjo una tercera pausa, pero esta vez la sensación era mucho menos amenazadora. Más bien parecía que hubieran alcanzado una meta intermedia.

«¿Habré aprobado el examen?».

El ritmo al que hablaba Noah, que había cambiado, y la mayor tranquilidad de las preguntas parecían confirmarlo.

—¿Cómo se llama su marido?

—No estoy casada.

—¿El padre?

—Steven Dillon, es abogado.

—¿También le están amenazando?

—No, quiero decir... —Vio que Amber negaba con la cabeza y añadió—: Creo que no, no estamos en contacto.

Noah hizo algunas preguntas más, la mayoría personales, pero Celine no tuvo la sensación de haber pasado la prueba hasta después de la última.

—La primera palabra que le viene a la cabeza cuando piensa en la mujer que la está amenazando.

—Zorra —respondió Celine, y miró directamente a la cara a Amber, que ya no parecía especialmente contenta.

—¡Pásemela! —exigió Noah.

A más de seis mil kilómetros de distancia el teléfono sonó por el altavoz.

—Hola, Noah —oyó decir a una voz sensual de sonoridad agradable, quizá con un deje demasiado masculino. Hablaba desde cierta distancia. Posiblemente el teléfono estuviera colocado sobre una mesa entre ambas—. Me alegro de hablar con usted —dijo la mujer que al parecer estaba dispuesta a sacrificar a una reportera no involucrada si no obtenía lo que exigía. A Noah lo preocupaba menos la falta de escrúpulos que el hecho de que la chantajista intentara lograrlo mediante esta guerra psicológica. Esto último demostraba lo convencida que estaba de que así tendría éxito, lo cual solo podía significar que lo más seguro es que lo conociera mejor que él a sí mismo. Conocía su habilidad para reconocer una mentira. Y era evidente que sabía cuáles eran sus debilidades, ya que efectivamente el miedo a morir que había reconocido en las respuestas sinceras de la embarazada hacían difícil ignorar las exigencias de la extorsionadora.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? —preguntó.

—Soy el reverso de la tarjeta de preguntas. La respuesta. Puedo explicarle el embrollo en el que se ha metido sin quererlo, Noah. Por eso quiero verlo.

«Sí. Es probable».

Se puso de pie y miró fijamente una tubería gris en el techo, de la que Oscar obtenía el suministro de agua.

—Escúcheme bien. En las últimas horas he aprendido mucho sobre mí mismo. Entre otras cosas, que conozco muy bien la naturaleza humana.

—Lo sé.

—Reconozco el mal cuando se presenta ante mí. Y sé cuándo alguien me está mintiendo. Por eso sé que Celine está siendo amenazada, mientras que usted en este momento está jugando con las cartas equivocadas.

—¿Con respecto a qué?

—No nos dejará ni a ella ni a mí con vida, sin importar lo que yo haga.

—Bueno, si es así como lo ve —la chantajista suspiró aburrida—, en pocos minutos hemos llegado a una situación para la que mi exmarido y yo necesitamos medio año: no tenemos nada más que decirnos.

—Vaya, la señorita Gélida trata de confundirme.

—No, la señorita Tengo-la-sartén-por-el-mango no quiere que muera más gente. No es que sea especialmente sensible, pero siempre prefiero la solución limpia a la sucia. Así que usted decide: o sigue jugando al ejército de un solo hombre durante un rato, hasta que por fin se entregue de todas maneras, o abreviamos y se entrega usted ya mismo.

Noah se rio entre dientes, lo que le granjeó una mirada aturdida de Oscar.

—¿Realmente cree que entraré en la boca del lobo sin tener ni idea de qué va todo esto?

—Desearía hablarle con franqueza, Noah, y decirle por ejemplo cómo se llama en realidad, pero por desgracia no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque entonces haría algo muy, muy estúpido.

—¿Y cómo sabe usted eso?

Otro tren sacudió los cimientos del escondite. A Noah le pareció sentir las vibraciones recorrer directamente su cuerpo.

—Respóndame a esto, Noah. Si le dijera que detrás de su ojo vive un gusano de unos seis centímetros que ha anidado en su conjuntiva, ¿qué sería lo primero que haría?

—Mirarme al espejo.

—¿Lo ve? Algunas reacciones son previsibles. La diferencia es que su reacción una vez yo hubiera contestado a todas sus preguntas tendría efectos catastróficos sobre todos nosotros.

—Deme algo al menos. Si no, me quedaré aquí y tendrá que venir a buscarme.

Oyó a la mujer respirar profundamente y creyó reconocer una débil sonrisa en su voz cuando por fin dijo:

—Tiene algo que pertenece a una organización muy poderosa.

—¿Al Club Bilderberg?

Ella se echó a reír mientras que Oscar se quedó de piedra.

—Quería un dato, Noah, y lo ha obtenido. Ahora debe tomar su decisión.

Noah asintió y se apartó el teléfono de la oreja. Abrió el calendario sin interrumpir la conversación, después prosiguió la llamada.

—¿Tiene acceso a Internet en este momento?

—Sí.

Noah le dio el número de tren ICE que aparecía en el aviso del calendario. No oyó que la mujer cogiera el móvil por el que estaban hablando, así que o había un ordenador en la sala, o disponía de un segundo teléfono.

—¿Qué quiere saber?

—El tren saldrá hoy de la Estación Central de Berlín. ¿Adónde se dirige y a qué hora?

La mujer del otro lado de la línea tardó un rato en proporcionarle la información solicitada. Cuando mencionó el destino, él no se sorprendió lo más mínimo.

—¿Cuánto dura el viaje? —quiso saber por último.

—Seis horas y media escasas.

—Entonces le recomiendo que se dé prisa. Me veré con usted una vez hayamos llegado, en el lavabo de mujeres del vestíbulo principal.

Con el rabillo del ojo vio que Oscar levantaba los brazos en señal de protesta.

—Es demasiado peligroso —dijo ella.

—Lo ha sido desde el principio.

La mujer lanzó una carcajada burlona.

—¿Realmente cree que seguiría vivo si hubiera querido que lo mataran?

«No». Noah también había pensado en ello. ¿Por qué el asesino no había disparado simplemente al agua cuando Oscar se había sumergido ante él? ¿Qué clase de profesional advertía a otro con un dispositivo láser, innecesario en esa situación? Además el vendedor era más bajo que él. La bala que trágicamente lo había alcanzado nunca le habría dado a Noah en la cabeza.

Querían matarlo, lo sentía. Pero antes querían hablar con él. O más probablemente torturarlo hasta que revelara información que él mismo ya no recordaba.

—Se trata de los otros. Seis horas y media en un tren son un periodo de tiempo demasiado largo en el que estaría por su cuenta —dijo la mujer.

«¿Los otros?».

—¿De quién habla? —preguntó Noah.

—La ronda de preguntas se ha acabado, cariño. No recibirá más información hasta que no esté frente a mí.

—Está bien, iré —decidió Noah. Y no tanto por proteger a la periodista, sino para averiguar lo lejos que llegaría su adversario para detenerlo, exigió—: Quiero que traiga a Celine. Si aparece en Ámsterdam sin la reportera, será usted quien no sobreviva a la cita.

—Mierda, joder —maldijo Adam Altmann mirando fijamente la lata de Coca-Cola que tenía en la mano.

«No puede ser verdad».

Era capaz de desmontar una pistola a ciegas con una sola mano, montarla de nuevo y cargar la munición. Cuando jugaba al póquer hacía desaparecer montones de cartas en la manga sin esfuerzo alguno, pero con los envoltorios estaba constantemente en pie de guerra. En los CD plastificados buscaba en vano la tira para abrirlos, y a las latas de refresco como la que acababa de sacar de la máquina a menudo les arrancaba la anilla antes de abrirlas.

«¿Y ahora?».

Colocó nervioso la lata llena pero inútil junto a la silla de jardín en la que se había sentado en un rincón del patio interior. Le habría gustado sacar su arma y disparar a la lata, pero había tenido que entregar las pistolas en la entrada. Nadie podía atravesar los controles del número 2 de Pariser-Platz con armas, por lo que Altmann se sentía completamente desnudo en ese momento.

«Desnudo y sediento».

—¿Qué está haciendo aquí?

Altmann se levantó y miró a su alrededor. Sabía que la mujer cuya voz acababa de escuchar en su oído debía de encontrarse en algún lugar tras los muros de piedra caliza de aquel feo complejo de edificios.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó mientras intentaba distinguir algún movimiento sospechoso tras las escasas ventanas que daban al patio en las que aún había luz. Negativo. Ninguna persiana cuyas láminas se separaran. Ninguna sombra en la pared. Ni siquiera una mujer de la limpieza que se deslizara por las salas. El único que emitía allí alguna señal de vida era él, en forma de la nube de vapor que formaba su cálido aliento en el aire frío de la noche.

»Oiga, ahora mismo esto de aquí abajo es muy acogedor. —Señaló un tótem de doce metros de altura situado a pocos pasos de distancia. La obra de arte debía recordar la relación especial de Estados Unidos con la cultura india. Era una lástima que, a excepción de los escasos empleados, nadie pudiera verla, ya que por norma a los invitados no les estaba permitido acceder a los terrenos de la embajada estadounidense, y el complejo estaba mejor protegido que el área de alta seguridad de una prisión.

»¿Por qué no baja aquí conmigo y nos ponemos cómodos?

Se llevó la mano a la nuca, el punto de su cuerpo en el que siempre sentía en primer lugar la mordida del frío.

—Ambos tenemos nuestros principios, Adam —respondió la voz—. A usted no le

gustan los incidentes en el trabajo. Yo evito el contacto personal con mis agentes.

—Y a pesar de ello ha accedido a verme.

—Porque usted lo ha pedido.

—Quería mirarle a los ojos.

—Mentira. Estaba enfadado por cómo había transcurrido la operación y quería hablarlo conmigo sin estorbos. Y el patio de la embajada, gracias a las emisoras de interferencias más modernas, es el lugar más próximo al Adlon en el que puede mantenerse una conversación sin riesgo de ser escuchados.

Altmann asintió. Tenía sentido. Cuando la mujer le había propuesto verse en la embajada, había supuesto que conocería el cuartel general en Berlín, pero posiblemente ni siquiera estaba cerca de él. La jefatura de operaciones podía estar en cualquier lugar, quizás incluso en otra ciudad.

—Bueno, Adam. Ninguno de los dos tenemos mucho tiempo, ¿qué quiere?

—Información.

—Eso es nuevo. Hasta ahora el motivo de sus operaciones siempre le había sido indiferente.

Era cierto. Altmann nunca había cuestionado los motivos. Si su cliente quería a alguien muerto, seguro que había argumentos que lo justificaran. Confiaba en el sistema, a pesar de que la unidad para la que trabajaba no estaba controlada por ninguna autoridad oficial, y sus gastos no aparecían en ningún informe de cuentas. La protección de la seguridad pública era, sencillamente, demasiado importante para ponerla en peligro con juegucitos democráticos.

—¿A qué viene tanta curiosidad, Adam?

«Adam, Adam, Adam...», la imitó mentalmente. «¿A qué viene ahora esa confianza?». Empezaba a molestarle que él ni siquiera supiera cómo se llamaba ella, mientras que ella tenía acceso a todo su expediente personal.

—No es curiosidad, es rabia —dijo—. Cuando me contratan como niñera no quiero encontrarme con un perro de pelea en un redil.

—¿A qué se refiere?

—Me vendieron a Noah como un científico excéntrico, no como experto en combate cuerpo a cuerpo. Para saber luchar así, nuestro querido doctor ha tenido que matar a unos cuantos estudiantes.

—¿Qué quiere? ¿Su currículum?

—Dígame al menos cuál es el motivo de la operación.

—¿Y por qué es tan importante de repente?

Altmann podría haberle dicho la verdad. Que nunca antes había visto a nadie matar con semejante precisión. Tan rápida y artísticamente... sí, puro arte, no se le ocurría otra palabra. Le habría podido explicar que tampoco habría disparado a Da Vinci en la Capilla Sixtina, pero es posible que no hubiera comprendido la analogía,

así que se tiró un farol:

—Si no me dice por qué tengo que acabar con Noah, tendrá que buscarse a otro para que lo haga.

Hasta ese momento de la conversación había vagado sin rumbo por el patio interior de la embajada de Estados Unidos, y ahora se encontraba ante un árbol protegido con un revestimiento; un roble, un arce o algo similar. Altmann no era capaz de diferenciar plantas ni pájaros, a excepción quizá de los gorriones o las palomas, algo que le avergonzaba en secreto. Una vez más se propuso hacer un curso sobre el tema en alguna escuela para adultos en cuanto esta operación terminara.

—La escucho —dijo con la mirada dirigida a la corona sin hojas del árbol. La voz suspiró. A Adam le pareció sentir que la mujer sopesaba los pros y contras de una respuesta. Finalmente decidió proporcionarle algo de información.

—Noah tiene un vídeo. Las consecuencias de su difusión serían devastadoras. Provocaría el caos no solo en nuestro país, sino en continentes enteros.

—¿Qué muestra ese vídeo? —preguntó Altmann, y recibió otra pregunta por respuesta.

—¿Qué sabe acerca de la pandemia?

Siguió paseando hasta un sillar de piedra suavemente iluminado sobre el que se erigía otra obra de arte. Mientras lo hacía, resumió el memorándum que el CDC, *Centers for Disease Control*, había enviado la semana anterior por correo electrónico a todos los agentes:

—Se trata de la gripe de Manila, también conocida como gripe de Bertrand por Luke Bertrand, un turista estadounidense que se infectó durante un *tour* por Filipinas. En un barrio de chabolas de la zona metropolitana de Manila llamado Isla Puting Bato, que él visitó, se sacó un cerdo muerto del mar, se preparó sin respetar ningún tipo de medidas higiénicas y se comió. Él mismo declaró no haber comido nada, pero desde aquel día es considerado el paciente número cero.

La voz mostró su aprobación chasqueando la lengua.

—Está perfectamente informado, Adam. Entonces también sabrá cuál fue la primera vía de contagio.

—Por supuesto.

En el memorándum del CDC se decía que Bertrand había sido un *superspreader*, es decir, la persona que había iniciado la reacción en cadena del contagio. Después de su excursión a la barriada, había pasado la noche en un hotel de cuatro estrellas de Manila, donde pidió que el médico del hotel lo examinara porque sangraba de modo abundante por la nariz, el primer síntoma que típicamente marcaba el inicio de la fase contagiosa. Solo en el vestíbulo infectó a siete personas: una familia australiana de tres miembros, un hombre de negocios japonés y tres rusos. A pesar de sufrir fiebre y graves problemas en las vías respiratorias, Bertrand emprendió la vuelta a casa a Los

Ángeles vía Fráncfort y Atlanta, así que entró en contacto con miles de personas en los nudos de comunicaciones más grandes del mundo.

—En las últimas cuatro semanas la pandemia ha alcanzado el nivel seis de la escala de la OMS —le dijo la mujer al oído—. Más de dos mil muertos confirmados de forma oficial, repartidos por todos los continentes. Y la tendencia aumenta exponencialmente.

—¿Esas cifras son ciertas? —preguntó Altmann, que entretanto había identificado el objeto que había sobre el zócalo de piedra. No era una obra de arte, sino un monumento conmemorativo: un fragmento de una viga de acero destrozada del World Trade Center. Altmann volvió la vista hacia el tótem, pensó en los indígenas casi exterminados, y se preguntó si era cosa suya que allá donde mirara todo lo que veía le recordara a la muerte, incluso el patio interior desierto de la embajada norteamericana.

—La mayoría de los medios presuponen una cifra negra mucho más alta, que las autoridades no comunican para evitar el pánico entre la población.

Los ojos de Altmann se abrieron como platos al escuchar aquello, incluso mientras hablaba:

—¿De eso se trata? —le preguntó a la voz—. ¿Destapa el vídeo de Noah la verdadera dimensión de la pandemia?

La mujer titubeó de forma apenas audible, finalmente forzó un gruñido de asentimiento.

—Podría decirse así, sí.

Altmann sintió de pronto la inexplicable necesidad de quitarse los guantes de cuero negros y tocar con las yemas de los dedos la inscripción sobre la placa conmemorativa por los miles de muertos del 11 de Septiembre. Mientras tanto la directora de operaciones le advirtió de que se diera prisa.

—No puede perder más tiempo, Adam. La situación se está descontrolando por momentos. Desde el cierre del aeropuerto de Nueva York, las autoridades se están planteando prohibir todos los vuelos intercontinentales. Doce hospitales en Atlanta, Chicago, Nueva York, Los Ángeles, Denver y Miami ya están en cuarentena. En todos los demás a los que aún se puede acceder, las salas de aislamiento están a reventar. Fuera de Estados Unidos también se ha impuesto parcialmente el estado de excepción. En Polonia, Hungría y España apenas queda ya medicamento contra la gripe, en parte de Asia se ha suspendido la actividad en colegios y universidades. Solo Alemania escapa de la histeria. Por ahora.

—Entiendo —dijo Altmann, y se volvió a poner los guantes. Tiritaba de frío. Su nuca estaba rígida como la piedra. Si no volvía a entrar pronto en calor, empezaría a dolerle la cabeza.

—Ya se ha enterado de lo del ataque a Zaphire, ha fracasado. Por desgracia. Ese

chalado ha declarado en directo ante las cámaras que solo enviaría el medicamento a países en desarrollo. Ahora la gente se precipita hacia las farmacias y las clínicas por miedo a quedarse sin nada, así que el presidente está sopesando instaurar un toque de queda. Ya hay problemas de abastecimiento. Estamos a un paso de que se produzcan disturbios. No puedo darle más detalles, pero una vez que el vídeo se suba a la red, todo empeorará drásticamente. Lo más seguro es que en todo el mundo se alcancen condiciones similares a las de una guerra civil. Piénselo: los civiles ya están desahogando su miedo con agresiones xenófobas. Las personas de origen asiático reciben palizas por la calle porque se las relaciona con el virus de las Filipinas. Acopio de provisiones, colas ante los supermercados, peleas en las farmacias... Todo esto está pasando sin que la población conozca la verdadera dimensión del problema. Imagine qué pasaría...

—¿... si el vídeo le mostrara a la gente el verdadero motivo de sus miedos? — completó Altmann, y dejó vagar su mirada una vez más por las ventanas del patio interior. Por algún motivo estaba convencido de que la voz lo vigilaba, a pesar de que no hubiera ningún indicio visible de ello.

—Las organizaciones estatales se desmoronarían —comenzó a enumerar la mujer—. Ya no sería posible proporcionar atención médica coordinada a la población, por lo que la pandemia se extendería de forma aún más desmedida que hasta ahora.

—¿De cuántos muertos estamos hablando? —quiso saber Altmann, y se dirigió hacia la salida.

—¿Sin la infraestructura para extinguir el virus de raíz?

—Sí.

—Tres y medio.

—¿Millones?

—Miles de millones.

Altmann jadeó y se detuvo justo antes de las puertas de cristal, a través de las cuales llegaría al atrio y así a la salida de la embajada.

—¿La mitad de la población mundial?

Volvió la mirada hacia el árbol, que no consiguió distinguir. Hacia el tótem, que se clavaba en el cielo como un enorme dedo gigante en señal de advertencia, y hacia el monumento en memoria de los miles de inocentes asesinados el 11 de Septiembre.

—¿Entiende ahora por qué es tan importante eliminar a Noah? —le preguntó al oído la voz—. Y rápido. Antes de que sea demasiado tarde y recuerde dónde ha escondido el vídeo.

A través de las puertas de cristal oscilantes del atrio observó cómo Altmann abandonaba el edificio en dirección a la Puerta de Brandenburgo y hacía señas a un taxi. Entonces se despegó de su sitio y se dirigió hacia los ascensores. Dos pisos más abajo, en el sótano de la embajada, la recibió un zumbido.

La puerta del final de pasillo lo amortiguaba, pero a medida que se acercaba al depósito, el zumbido se iba transformando en un chirrido penetrante.

Esperó un poco y, cuando el sonido hubo disminuido, llamó a la puerta y entró.

—¿Cómo ha ido? —la saludó un hombre mayor de pelo canoso y ojos cansados.

Llevaba un traje oscuro con una camisa azul sin corbata y zapatillas de deporte. Estaba de pie entre dos estanterías metálicas altas detrás de una mesa de cámping, que se combaba bajo el peso de varias carpetas de expedientes.

—No quiero interrumpirlo —respondió ella, señalando la clasificadora que sostenía en la mano.

El hombre asintió, después la dejó sobre un escritorio y arrancó las primeras veinte páginas.

—¿Se lo ha tragado? —quiso saber.

—De momento. Pero no durará mucho. Altmann es demasiado listo para estos juegucitos —dijo mientras observaba al hombre meter las hojas en una trituradora de papel.

Suspiró por dentro.

«A esta velocidad tardará años en destruir las pruebas».

Era lo mismo en el Pentágono, la Casa Blanca o aquí en la embajada: en esos momentos los empleados hacían horas extra en todas partes para alimentar las trituradoras con documentos acerca de Noah. No solo en territorio estadounidense, sino en cualquier país en el que hubiera autoridades estatales que conocieran el proyecto.

—¿Deberíamos sustituirlo? —preguntó el hombre por encima del ruido de la máquina.

—Aún no. Aún tiene alguna oportunidad.

Al despedirse, le había transmitido a Altmann la información que había obtenido el departamento de escuchas acerca del siguiente paradero de Noah.

El hombre mayor hizo una pausa.

—¿Y si Altmann suma dos más dos?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cuál sería la diferencia?

—Cierto —asintió el hombre, y metió otro taco de papeles en la trituradora con gesto amargado—. De todas formas ya es demasiado tarde.

El suelo se desplomó algunos centímetros y produjo una sensación de caída, lo que despertó de un susto a Zaphire después de haber dormido sin soñar.

«Maldita sea». Cinco personas rodeaban su cama, tres médicos y dos enfermeras, todos con la vista clavada en él, y no tenía nada mejor que hacer que dar cabezadas cada par de minutos.

—¿Qué narices me ha metido en las venas? —increpó Zaphire al anestesista, cuyo nombre era incapaz de recordar, a pesar de que había solicitado personalmente sus servicios. «Slomko, Zlapko, algo eslavo»—. Con esto podría conseguir que un gorila rabioso adoptara la postura del loto haciendo yoga.

No obtuvo reacción alguna. «Vaya humor». Puede que salvaran vidas, pero reír no era lo suyo.

«Qué más da». Lo importante era que él aún podía reírse.

En realidad debería haber muerto. La bala del autor del atentado había entrado en el lado izquierdo de su pecho por debajo de su axila. La trayectoria en línea recta habría atravesado su corazón, pero por suerte la séptima costilla se había interpuesto en el camino del proyectil, lo había deformado y lo había desviado hacia el pulmón. Zaphire sabía que había recibido un disparo sin orificio de salida. Lo había percibido en el mismo instante en que le había tosido una nube de sangre a Cezet en la cara, al tiempo que había sentido un dolor punzante en las profundidades de su lóbulo pulmonar derecho.

«Hay que ver de lo que sirve a veces un primer ciclo de Medicina en Harvard», había pensado mientras lo metían en una ambulancia de luces intermitentes en el patio interior del hotel, con los párpados aleteando. Entonces el dolor había desgarrado todos sus pensamientos como una bolsa de papel.

«¡La aguja!».

Ahora se acordaba. Zaphire levantó amenazadoramente el brazo y gesticuló en dirección a los médicos y las enfermeras.

—¿Cuál de estos carniceros me ha clavado una aguja en el pecho sin anestesia?

—He sido yo, señor. Disculpe, pero es que...

«Stealth. Por supuesto». Quién iba a ser si no su médico personal, al que Cezet siempre mantenía alerta durante sus apariciones públicas.

—Cierra el pico, Stealth. No hay nada de lo que disculparse. Al contrario. Si no le pagara ya tan exageradamente bien, se habría ganado un aumento de sueldo. Supongo que el motor de mi pulmón izquierdo se había parado, ¿verdad?

—Efectivamente, entró aire en la cavidad entre...

—Sí, sí. Lo sé, neumotórax, no soy idiota. ¿Cuánta sangre he perdido? ¿Dos litros?

—Más o menos.

Zaphire gruñó pensativo. Tenía sentido. Por eso Stealth le había tratado con un trocar, la aguja con punta triangular que su delgado médico sin humor alguno le había clavado sin ningún tipo de anestesia entre las costillas, justo debajo de la herida de bala. Un dolor infernal, pero así había liberado la presión sobre el pulmón y lo había salvado de una muerte segura.

—Hemos logrado extraer novecientos mililitros de sangre —explicó Stealth.

—Bien por usted.

Zaphire se sintió de nuevo indescriptiblemente cansado y preguntó la hora. Torció el gesto cuando una de las enfermeras se la dio.

—¿Han estado operándome durante dos horas? Madre mía, ¿qué ha pasado en todo este tiempo?

—Bueno, tuvimos que explorar toda la cavidad torácica en busca de astillas de hueso y...

—No me refiero a eso. Quiero saber si han detenido a los autores.

—No, señor.

Zaphire se rio y sintió como si le hubiera caído un rayo. Las sustancias que empleaba el anestesista no eran moco de pavo, pero cuando ponía a prueba su diafragma, recibía punzadas de dolor directamente del tórax al cerebro.

—Naturalmente —maldijo. «Cien guardias de seguridad pero una vez más nadie ha visto nada».

El ataque en Los Ángeles no era el primero, sino otro grave suceso de una serie de atentados, aunque el de esa tarde era de una nueva calidad. Hasta entonces esos cerdos solo habían querido bombardear sus fábricas para detener la producción de los medicamentos que enviaba a precio de coste a los países en desarrollo. A partir de ese día parecían haber decidido arrancar el «mal» de raíz.

«Sí que están desesperados los cabrones».

—Ordenador —ladró Zaphire a la sala.

Los médicos se miraron interrogantes. Stealth se atrevió a poner reparos.

—Creo que aún es demasiado pronto...

—Y yo creo que aquí me están quitando aire. Vamos, vamos, tráiganme un ordenador. Y un teléfono.

Las paredes suavemente arqueadas de la habitación del enfermo vibraron, y de pronto el suelo bajo su cama se hundió de nuevo. En ese mismo instante se intensificó el suave retumbar que los envolvía sin descanso, tan constante y permanente que prácticamente se olvidaba.

Zaphire no había visto que ninguno de los presentes hubiera pulsado el botón de llamada, sin embargo la puerta de corredera se abrió y una mujer joven entró en la sala, y verla le puso de buen humor por primera vez. Llevaba deportivas planas y

vaqueros pitillos demasiado ajustados. Su piel negra brillaba casi tanto como la pantalla de la *tablet* que le tendía.

—Hola, Cezet, qué bien que estés aquí.

Como siempre admiró su postura erguida y espigada, que le recordaba a una bailarina de ballet.

—¿Dónde iba a estar si no, papá?

Cezet le acarició cariñosamente la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara, arrugada por la edad. Zaphire sonrió ampliamente, también porque los médicos y las enfermeras salieron por fin de la unidad de cuidados intensivos y le dejaron solo con su hija.

Empezando por el nombre, Cezet no era una guardaespaldas corriente ni una hija corriente. Zaphire había conocido a la somalí en Dadaab. Entonces ella tenía siete años. Originalmente el campamento de refugiados en el noreste de Kenia se había construido para noventa mil personas. Cuando Zaphire lo había visitado con un equipo de médicos a finales de los años noventa, allí ya vegetaban más de cuatrocientas mil almas en condiciones miserables. Mujeres y niños, enfermos y hambrientos que habían dejado su vida en una Somalia destrozada por la guerra civil para desperdiciar también el resto de su mísera existencia en Dadaab. Cuando Zaphire había visitado la enfermería, una sencilla tienda de lona, el suelo embadurnado de sangre estaba lleno de jeringuillas viejas, vendajes sucios y otros residuos de hospital. Había varios catres desordenados, y sobre todos ellos había personas de tez negra. Algunos de ellos ya estaban muertos, otros respiraban febriles, un joven se retorció de dolor en sus propias heces, y ningún médico en kilómetros a la redonda. Las milicias somalís habían asaltado los convoyes de ayuda y habían secuestrado al equipo de médicos que lo acompañaba.

Zaphire había encargado a sus hombres que descargaran el material de ayuda del avión antes de que la noticia de su llegada se hubiera extendido hasta el último rincón del campo. Para entonces apenas se podía llegar ya a la enfermería; cientos de personas hacían cola: hombres con muletas, mujeres con bebés, niños cuyas manos habían sido amputadas con machetes, personas marcadas por infecciones purulentas que contagiaban a los que esperaban.

«Demasiados. Son demasiados», había pensado Zaphire. La oleada de miseria era demasiado grande. Y en África, el continente con la mayor tasa de natalidad del mundo, crecía cada día. Los más pobres de los pobres traían al mundo cada vez más niños condenados a la muerte y la pobreza. ¿Se podía siquiera reprochar a los jóvenes y famélicos guerreros que se masacraran mutuamente en guerras civiles? ¿Acaso tenían alternativa?

Zaphire tenía los ojos llenos de lágrimas cuando un disparo había atravesado el aire a cuarenta grados ante la tienda de campaña. Poco después una niña pequeña

entró precipitadamente por entre las lonas. Llevaba tras ella una camilla trenzada sobre la que yacía su madre. El cuerpo de la joven había perdido tanto peso por el cólera, que incluso una niña de siete años había podido cargar con ella varios kilómetros. Zaphire se había dado cuenta enseguida de que ya no podía hacer nada por la mujer. La madre ya estaba muerta, algo que había intentado hacer entender a su hija, que dirigía hacia él su arma llorando amargamente; una CZ 75 checa, como habían comprobado más tarde. El origen de su apodo.

«CZ. Cezet».

La niña, que solo hablaba somalí, había velado a la muerta durante un día y una noche y al día siguiente había sido necesaria la violencia para separarla de su madre. El día del entierro le había subido la fiebre a la pequeña también, se había contagiado, su posibilidad de sobrevivir bajaba con cada hora. Zaphire había decidido enviar a Cezet a Estados Unidos, gesto que hasta ahora se reprochaba como debilidad sentimental, había tenido que recurrir a todos sus contactos para conseguir un permiso de entrada para una única niña, mientras otros miles se habían quedado atrás. Una vez recuperada en una de sus clínicas privadas, la había adoptado (lo que había causado cierto revuelo en Estados Unidos) y más adelante había convertido a la pequeña y enérgica guerrera en su guardaespaldas (lo que había aumentado el revuelo).

—Tienes buen aspecto, papá.

—¿Tú crees? Bueno, si crees que una bala me pone más guapo, la próxima vez simplemente deja que me coloque de nuevo en la trayectoria de tiro, Suri.

Ella torció el gesto, como siempre que su padre se dirigía a ella con su verdadero nombre de pila, que ella no soportaba, por lo que Zaphire solo lo utilizaba cuando quería enfadarla.

—No habrá una segunda vez, papá. A partir de ahora me preocuparé mucho más por tu vida, y empezaré ahora mismo.

Con estas palabras agarró los extremos de una correa que se bamboleaba junto al colchón, la pasó por encima de la cadera de Zaphire y lo ató fuertemente con ella.

—El piloto dice que tendremos turbulencias sobre el Atlántico —se adelantó a sus protestas.

Zaphire encendió la *tablet* con un gruñido.

—¿Ese imbécil no puede rodearlas? ¿Cuánto tiempo de vuelo nos queda aún?

Abrió el buscador de Google y en el menú de noticias recorrió con la mirada los últimos titulares en los que se mencionaba su nombre:

- ¡Zaphire herido de un disparo!
- Zaphire quiere distribuir la vacuna solo a los necesitados; ¿le costará la vida este plan?

- Zaphire sale del país en avión tras el atentado. ¡Operación de urgencia en el avión ambulancia del salvador del mundo!

Abrió el último artículo y se asombró al descubrir en él incluso un plano interior sorprendentemente detallado del Boeing 747 en el que le transportaban en ese mismo momento, y que albergaba un quirófano completamente equipado además de una sala de cuidados intensivos. El informe se cerraba con gran pomposidad: «La enfermería volante de Zaphire ya ha salvado las vidas de miles de personas en más de veinticinco zonas del mundo en crisis. Después de su aparición en Los Ángeles, el multimillonario planeaba marcharse para acudir a una audiencia privada con el Papa y hablar con él acerca de las consecuencias de la gripe de Manila entre los más pobres de los pobres. Sin embargo, ahora es él mismo quien lucha por su vida en su propio avión quirófano».

Zaphire hizo rodar los ojos y dejó caer la *tablet*.

—Todavía no me has contestado, Cezet. ¿Cuándo aterrizaremos en Roma?

—No lo haremos, papá. Ha habido un cambio en el plan de vuelo.

—¿Qué? ¿Sin consultarlo conmigo?

Si no hubiera sabido que el dolor que sufriría si se levantaba prácticamente lo mataría, no habría aguantado más en la cama de pura rabia.

—¿Y adónde volamos entonces? —preguntó indignado.

—A Ámsterdam. Estoy segura de que estarás de acuerdo.

—¿De acuerdo? Queremos salvar miles de millones de vidas humanas. ¿Qué diablos se me ha perdido en Holanda con esos imbéciles zampaquesos? —dijo entre dientes.

Cezet tomó la mano de Zaphire y la apretó con fuerza.

—No te alteres, por favor, papá. Pero Noah ha reaparecido.

Fase 2

Alrededor del diez por ciento. Tuve un enfrentamiento al respecto con un compañero que me reprochaba que era demasiado optimista. Trabajo duro para que sea el once. Llevamos el rumbo equivocado, y no hay indicio alguno de que vayamos a cambiarlo.

PAUL R. EHRLICH, catedrático de Biología en la Universidad de Stanford, en respuesta a la pregunta de un periodista del *Süddeutsche Zeitung* acerca de qué posibilidades veía de que la civilización occidental sobreviviera a este siglo.

La extensa base de datos [...] nos permite llegar a la conclusión de que las personas reaccionan con demasiada lentitud.

JØRGEN RANDERS, catedrático de Estrategias climáticas en la BI Norwegian Business School, en su informe para el Club de Roma «2025».

Manila, Filipinas

—¿Adónde vamos? —Alicia protegía con la mano la cabecita de su bebé del intenso sol de mediodía, que caía con fuerza sobre el camino trillado entre las chabolas de chapa ondulada. La respiración de Noel sonaba jadeante, pero regular. Apenas notaba su peso. Hacía tres horas que su bebé había llorado por última vez. Tres horas desde el último intento de darle leche. No sabía cuánto había bebido Noel, si había podido mamar algo siquiera de su pecho, demasiado flácido. Solo sabía que la caminata que intentaban recorrer en ese momento no era adecuada en absoluto para mejorar su salud.

La ruta que había tomado Jay los llevaba cuesta abajo hacia «la ciénaga»: la zona más pobre de Lupang Pangako, la que primero se inundaba cuando había lluvias fuertes. Como el nivel freático era alto, el suelo siempre estaba blando, a menudo incluso cenagoso, y lo convertía en un nido de gérmenes y larvas de insectos. Sin embargo, durante los últimos meses había reinado una sequía poco habitual, por lo que Alicia ese día no tenía que abrirse paso a través de enjambres de mosquitos mientras seguía a Jay pendiente abajo.

—¿Falta mucho? —preguntó inquieta, firmemente decidida a caminar solo unos pocos pasos más, incluso aunque eso enfureciera a Jay.

—Llegaremos enseguida, mamá —respondió su hijo con el tono que tanto le recordaba a su padre. Amable, pero que no admitía réplica. Tan determinado como antes, cuando había insistido en que salieran sin tener certeza alguna.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí? —había preguntado a Jay después de que el avión los hubiera rociado a ellos y a la multitud con desinfectante y hubieran huido de vuelta a la cabaña, donde habían podido lavarse mínimamente con un trapo y algo de agua. El olor del líquido, que escocía en los ojos, le había recordado a Alicia al trabajo en la villa del banquero. El chico de la piscina solía limpiar el depósito de agua una vez al mes con un producto que olía de forma similar.

»Será mejor que esperemos, Jay. —«Hasta que los helicópteros dejen de volar en círculos sobre nuestras cabañas. Hasta que los accesos vuelvan a abrirse y podamos salir del barrio sin peligro».

Pero Jay no había querido ni oír hablar de ello.

—Yo decidiré lo que haremos —le había dicho, y con ello había dejado claro quién era ahora el hombre de la familia.

Alicia había mirado a Jay directamente a sus ojos oscuros. Transmitían tanta seriedad que le había resultado imposible reírse de su afirmación. «No tienes más que

siete años», le habría gustado replicar, pero no logró pronunciar las palabras. Por un lado, porque no quería herirle. Por otro, porque tenía razón. Gracias a su actividad en el vertedero era quien abastecía principalmente a la familia, y, por lo tanto, le correspondían todos los derechos del cabeza de familia. Incluido el derecho a indicarle el camino a su madre, a pesar de que Alicia no supiera qué se les había perdido en aquella zona. Si Lupang Pangako era la estación final de la vida, «la ciénaga» era la sala de espera del infierno. Y desde luego no encontrarían allí la salida de aquel horror.

En la zona más alta del barrio de vez en cuando había electricidad, algunas chabolas tenían radio y televisor, sus habitantes intentaban decorarlas lo mejor posible, con pósteres en las paredes y puertas pintadas de colores. Aquí en «la ciénaga» casi nunca se oía música, raras veces la risa de un niño. Tras las cortinas se escondían ancianos y enfermos a los que sus familias ya habían abandonado. Si se veía alguna cara, era la de un niño hambriento o la de una prostituta sin dientes ofreciendo sus servicios.

La mayoría de las chabolas aún estaban cerradas a cal y canto, pero cuando caía la noche los hombres enviaban a los niños a la calle para vender a sus mujeres por un puñado de centavos a los trabajadores que regresaban del vertedero.

«¿Acabaré yo algún día aquí también?», se preguntó Alicia, y prometió a Dios con una oración silenciosa que soportaría ese destino encantada si era la manera de que sus hijos tuvieran una vida mejor.

«Pero ¿por qué iba Dios a acceder a un trato así?».

Una risa vulgar asustó a Alicia.

Un grupo de gamberros venía de frente. De pronto se dio cuenta de que le faltaba el aliento y de que apenas conseguiría reunir las fuerzas necesarias para proseguir la caminata.

—¿Podemos hacer una pequeña pausa? —le gritó a su hijo desde atrás. Los jóvenes se rieron con más fuerza aún, pero continuaron sin molestarlos.

—No es necesario —respondió Jay, y se detuvo ante una cabaña de tablones que se asomaba inclinada al callejón—. Hemos llegado. —Con estas palabras apartó una cortina. Entonces desapareció en el interior del escondite.

—¡Espera! ¡Jay! —Alicia se secó el sudor de la frente. La vivienda a la que entró tras él con paso acelerado era inesperadamente espaciosa.

Olía intensamente a sudor y excreciones, pero a primera vista estaba limpia, al menos en comparación con las condiciones que por lo demás predominaban en «la ciénaga»; de una gran altura poco habitual, con un pequeño nicho sobre el fuego al que se podía subir por una escalera de madera. En una especie de cama alta había sentado un hombre flaco de piel oscura que se estaba cortando las uñas de los pies. Justo debajo de él se encontraba una mujer increíblemente gorda ante un mechero

Bunsen removiendo el contenido de una cazuela.

Su tripa rebosaba por encima de unos pantalones de chándal demasiado estrechos. En lugar de una prenda de ropa, en la parte superior del cuerpo solo llevaba un sujetador negro, cuyos tirantes se hundían profundamente en la carne. A sus pies dos niños pequeños se peleaban por una muñeca sin brazos.

—¿Qué queréis? —preguntó la gorda sin volverse. El hombre prácticamente tampoco había levantado la vista hacia ellos cuando habían entrado en la chabola. Al parecer las visitas inesperadas eran habituales en su cabaña.

—Usted tiene un bebé —constató Jay con la mirada fija sobre una caja de Coca-Cola que había casi en el centro de la habitación. Alguien había colocado una gastada manta sobre la estructura para las botellas, y sobre ella había un bebé que dormía plácidamente.

«Mucho mejor alimentado que Noel», pensó Alicia con la mirada melancólica posada sobre las redondeces que se acumulaban en la barriga y los muslos del niño desnudo.

—¿Uno? —lanzó el hombre una risa obscena desde arriba. No llevaba puesto más que un calzoncillo sucio sobre su flaco cuerpo—. Chona ha poblado medio barrio.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —le respondió bufando la gorda—. ¿Quién es el que no puede mantener el rabo dentro de los pantalones, Bituin? —Entonces se dirigió a Jay—: ¿A qué viene esa pregunta tan tonta?

—Necesitamos leche.

—Jay —se le escapó a Alicia, que había comprendido lo que tramaba su hijo. La cara se le puso roja de vergüenza. ¿Cómo se le había ocurrido? Por eso no le había dicho adónde la llevaba. Nunca en la vida habría accedido a buscar un ama de cría para Noel—. Eso ni pensarlo —dijo para diversión de Chona y Bituin, que intercambiaron miradas malévolas.

¿Cómo podía humillarla así? Presentarla como madre inútil. Incapaz de cuidar de su propio hijo.

—Por favor, mamá. Noel necesita leche. Y esa de ahí... —Jay señaló a Chona— ... tiene bastante.

—Sí, mi mujer rezuma leche —rio Bituin, y dirigió las tijeras de uñas hacia el dedo gordo de su pie derecho—. Es una pena que no se pueda decir lo mismo de tu madre, pequeño.

Uno de los niños comenzó a chillar porque el otro no le quería dar la muñeca sin brazos.

—Cierra el pico —le dijo Chona a su marido y le dio una patada suave al niño que lloriqueaba, lo que no alivió los gritos.

—¿Nos ayudará? —preguntó Jay.

—Depende —dijo Chona y tragó saliva con fuerza, como si la acidez le estuviera

subiendo por la boca del estómago.

—¿De qué? —quiso saber Jay.

—Del precio. —Se frotó el pulgar y el índice uno contra otro.

Alicia tocó el hombro de Jay y dijo enfadada:

—Vámonos. ¡Ya!

«Tenías buena intención, pero esta gente son criminales. Y jamás confiaría mi bebé a chusma como esta».

—¿Cuánto? —preguntó Jay impasible.

—Cinco.

—¿Pesos?

—Dólares.

—Americanos —añadió Bituin desde arriba, y abrió y cerró las tijeras ruidosamente.

—Vámonos de una vez, Jay —dijo Alicia, segura de que pronto perdería los nervios si tenía que seguir escuchando a esa gentuza. Ni se le habría ocurrido dejar a Noel siquiera cerca de aquella mujer, pero si esa escoria no quería ayudarlos, entonces podía decirlo sin rodeos, sin necesidad de tomarle el pelo a su hijo.

«¡Cinco dólares!».

—Se están riendo de nosotros —le dijo a Jay.

—No, no es así.

La gorda se limpió las manos en los pantalones.

—Quieren leche. Nosotros queremos salir de aquí.

—¿Salir de aquí? —preguntó Jay.

—Sí. ¿No habéis oído lo del cierre? Bituin tiene un colega en el puesto de control.

—Por cinco dólares me dejará pasar —confirmó el hombre semidesnudo las palabras de la mujer, y señaló a Jay con las tijeras—. También puedes pagar en centavos. El Banco Bituin te ofrece hoy un buen tipo de cambio: cincuenta a uno.

—Como mucho son cuarenta coma seis —le contradijo Jay. Siempre que estaba cerca de un televisor, le pedía al dueño que pusiera el canal de noticias. Lo que más le interesaba de todo eran los letreros en los márgenes de la pantalla. Daba igual si se trataba de información sobre el tiempo, cotizaciones en bolsa o tipos de cambio; a Jay le fascinaban los números.

—¿Y este de qué va? ¿De listillo? —preguntó Chona con hostilidad.

«No. Es un artista de las cuentas», pensó Alicia, y si no hubiera llevado a Noel sobre el pecho, le habría soltado un sopapo a esa vaca obesa.

El talento de Jay le había llamado pronto la atención. Una vez, justo cuando había empezado a trabajar para la familia del banquero, se había llevado a Jay a hacer la compra. Había que comprar provisiones para un banquete, y el ama de llaves estaba agradecida por cada par de manos que pudiera ayudar. Tres enormes carros de la

compra llenos, cargados como el carro de una mula. La cinta de la caja se vino abajo por el peso de la compra, y se habría podido envolver a una momia con el tíquet. Cuando la cajera les dijo la cantidad, Jay, que entonces tenía apenas cinco años, sacudió enérgicamente la cabeza y dio una cantidad treinta y nueve pesos y ocho centavos menor. La empleada, el ama de llaves y todos los que esperaban en la cola se rieron de él, pero en el trayecto de vuelta a la mansión Jay estudió la factura y, para asombro de todos, descubrió que la cajera había cobrado la citronela dos veces por error.

—Cincuenta a uno, cuarenta coma seis a uno... ¿Qué diferencia hay? —se burló Chona.

—Exactamente cuarenta y siete pesos —repuso Jay.

—Déjalo estar, Jay. De todas formas, no tenemos ni lo uno ni lo otro.

«Ni cincuenta ni quinientos».

Lo poco que ahorraba lo dedicaba a sus clases. Una vez al mes pagaba a Gustavo, un antiguo profesor de matemáticas casi anciano, para que siguiera desarrollando el talento de Jay. Eran solo unos pocos pesos, y los ahorraba de su propia comida, pero estaba convencida de que no habría podido invertir mejor ese dinero. Jay nunca estaba tan contento como cuando volvía de estar con Gustavo. «Los números son mis amigos, mamá», le había dicho una vez cuando le había preguntado por qué le gustaba tanto calcular mentalmente fracciones complicadas o multiplicar números de seis cifras. «Siempre puedes confiar en ellos».

—¿No hay dinero? —preguntó la mujer gorda al oír el comentario de Alicia. El bebé se había despertado y lloraba a pleno pulmón—. En mi vida ya hay suficientes «no hay dinero». —Chona señaló a su marido—. «No hay dinero» está ahí sentado y le huele el aliento.

Se inclinó y sacó al bebé desnudo de la caja de Coca-Cola.

—Al diablo con vosotros —dijo y se apartó el sujetador del pecho para dar de mamar a su niño.

—Sí, largaos. Buscaos a otro idiota —les gritó Bituin entre risas mientras se marchaban.

Una vez que estuvieron fuera de nuevo y sus ojos se acostumbraron a la claridad del día, Alicia sujetó a su hijo del brazo antes de que este pudiera emprender el camino de vuelta.

—Espera —dijo. Jay se volvió hacia ella, y ella le dio una sonora bofetada.

Él no torció el gesto. Ni siquiera parecía sorprendido. En lugar de eso asintió, como si hubiera esperado el castigo. Alicia enrojeció de nuevo. Se llevó la mano a la boca asustada.

—Lo siento. Perdóname, Jay, por favor. Tu intención era buena.

Le apartó el pelo de la frente.

—No quería pegarte, pero por favor: nunca vuelvas a hacer algo así.

Jay la miraba en silencio.

—Ya deberías saber que yo no quiero tener nada que ver con personas así. —

Señaló la cabaña de la que acababan de salir.

Jay negó con la cabeza.

—Tu orgullo no va a alimentar a Noel.

Alicia luchaba por contener las lágrimas.

—Puede ser —dijo después del rato que le hizo falta para recuperar la compostura—. Pero el orgullo es lo único que nos queda.

Bajó la vista al suelo avergonzada.

«¿Por qué habré dicho eso? ¿Es que quiero quitarle toda esperanza a él también?».

—Espera y verás, mamá —oyó decir a Jay, y sintió su mano en la mejilla—. Espera y verás. Conseguiré el dinero de alguna manera.

Berlín

«Cada vez es peor. No mejor».

Al principio Noah no había querido reconocerlo, había preferido no pensar en ello, pero ahora que se encontraba frente a la caravana junto al acceso de proveedores de la Estación Central, ya no podía seguir negándolo: con el tiempo las lagunas de su memoria crecían en lugar de disminuir.

Era cierto que de vez en cuando los flashes de recuerdos estremecían su cerebro, como por ejemplo la imagen del hombre moribundo en la suite del Adlon; y a veces oía la voz patriarcal en su cabeza, a la que le resultaba tan imposible asignar un rostro como recordar dónde había crecido, cómo eran sus padres o si tenía familia que le estuviera esperando. Sin embargo, lo peor era que junto a estos agujeros conocidos en la red de su memoria de pronto aparecían otros nuevos.

«Cada vez es peor. No mejor».

Era como si cuatro semanas atrás la bala no hubiera impactado en su hombro sino en su memoria, y allí hubiera abierto una herida por la que, en lugar de sangre, los recuerdos se escurrían de su cuerpo de forma descontrolada. Se había dado cuenta de ello por primera vez en el escondite, cuando había metido en la maleta algunas cosas a toda prisa y de repente no había sabido por qué lo hacía. No lo había recordado hasta que Oscar había colocado otro jersey grueso, añadiendo que «en Ámsterdam podría hacer más frío aún». Y ahora le había vuelto a pasar.

Noah había querido preguntar a su compañero de viaje qué diablos se les había perdido allí, a las cinco de la mañana, en un acceso subterráneo a la Estación Central que apestaba a orina y a basura, cuando su tren salía en pocos minutos, pero de pronto había olvidado el nombre de su compañero. Y mientras el miedo a perderse a sí mismo poco a poco lo embestía como una ola, el tipo pequeño y redondo se había echado la mochila de Noah al hombro y había desaparecido en la caravana.

«¿Holger? ¿Otto? ¿Ottmar?».

Cuando pocos minutos después este salió de la caravana sin mochila, lo recordó:

—¿Qué has hecho con *Toto*, Oscar?

Noah siguió a Oscar con la maleta en la mano y rodearon la caravana. La nieve, que había formado una costra con la gravilla, crujía bajo sus botas. El viento había amainado, por lo que la sensación térmica había aumentado ligeramente. De todas formas el frío era casi insoportable, incluso con la abrigada ropa interior que Noah había encontrado en la maleta y que ahora llevaba bajo el pantalón de traje. Oscar también se había cambiado. Para asombro de Noah, había sacado de debajo de la

cama varias prendas de ropa de una calidad sorprendente: un plumífero polvoriento pero intacto, un jersey de cuello alto marrón, vaqueros, botas de borrego. A la pregunta de por qué no había comenzado a ponerse esa ropa mucho antes aquel duro invierno, Oscar solo había respondido lo siguiente en tono lapidario:

—Por la misma razón por la que me la pongo ahora. No quiero llamar la atención.

Efectivamente, Oscar tenía un aspecto casi normal con su nuevo atuendo. Solo su barba sin recortar delataba su modo de vida.

—Eh, estoy hablando contigo —gritó Noah tras él—. ¿Qué has hecho con el perro?

—Jenny se ocupará de él.

«¿Jenny?». Otro nombre que no le decía nada.

Oscar asintió.

—Estaba un poco cabreada porque la hemos despertado, lo cierto es que no esperaba a los primeros pacientes hasta dentro de dos horas como mínimo, pero entonces ha visto a *Toto* y se ha puesto manos a la obra enseguida. Ella apuesta por una desagradable infección de lombrices.

—¿Es veterinaria? —Noah volvió la vista hacia la caravana, a través de cuyas ventanas protegidas por cortinas se filtraba una luz amarillenta. Hasta ahora, al marcharse, no había visto la inscripción manchada de barro al otro lado del vehículo: «*HundeDoc*».

—Es más bien una trabajadora social. Jenny cuida de los niños de la calle de Berlín. Pero como estos no confían en los adultos, intenta conectar con ellos a través de los animales. Y lo logra. Ya puede estar sangrando por los ojos, que un vagabundo no irá al médico. Sin embargo, un perro es su posesión más valiosa, a menudo su único amigo. No puede ponerse enfermo.

Oscar explicó a Noah que Jenny conducía su caravana *HundeDoc* hasta los puntos más conflictivos para tratar gratis a los animales de los sin techo. Al hacerlo averiguaba mucho acerca de las preocupaciones y las necesidades de los niños de la calle, a veces podía curar sus heridas, y de tanto en tanto (aunque no muy a menudo) conseguía sitio en un piso compartido a alguno que otro. Paradójicamente ahora era ella la que vivía en la calle debido a su trabajo, ya que estaba tan ocupada que dormía en su consulta veterinaria móvil varias veces por semana, como ese día. A pesar de todo a final del año lo dejaría. Debido a la crisis económica, el Senado había suprimido las ayudas.

—¿Y un móvil? —preguntó Oscar de camino a la entrada de la estación.

—¿Qué quieres decir?

—¿No necesitaríamos un teléfono de prepago o algo así? ¿Uno que no puedan localizar como el ladrillo por satélite que llevas encima?

—¿Para llamar a quién?

—Tienes razón.

Noah y Oscar entraron en la catedral de cristal del vestíbulo de la Estación Central, que parecía extrañamente vacía incluso para esa hora de la mañana. Y había algo más que llamaba la atención: las pocas figuras que avanzaban hacia las vías con paso rápido y los hombros encogidos llevaban mascarilla prácticamente sin excepción. La mayoría eran de papel, como si se tratara de cirujanos de camino al quirófano. La farmacia, la única tienda junto con el quiosco que abría las veinticuatro horas, hacía incluso publicidad sobre un letrero de cartón: «Virus-Stop – ¡Protéjase a sí mismo y a su FAMILA!».

Noah, que se había detenido frente al escaparate, se preguntó qué sería una FAMILA hasta que se dio cuenta de la errata. Casi en el mismo instante en que le llamó la atención el hombre que había aparecido durante un momento en el reflejo del cristal del escaparate.

Noah se volvió hacia un lado, pero la figura ya había desaparecido por las escaleras hacia los andenes.

—Eh, no me mires con esa cara tan seria —dijo Oscar, que malinterpretó la mirada que Noah dirigía hacia la entrada por la que habían llegado—. Sé que le diste tu palabra a Patrix, pero con Jenny el cachorro está en mejores manos.

Noah no prestó atención a las palabras de Oscar. Solo veía el letrero sobre la escalera, con una flecha que señalaba hacia arriba.

«Andén 9.»

El mismo en el que en menos de dos minutos entraría el tren hacia Ámsterdam.

«Qué casualidad».

Hizo una señal a su compañero para que guardara silencio y le siguiera.

—¿Y ahora qué pasa? —susurró Oscar después de que alcanzaran un ascensor de cristal—. Es mucho más rápido por las escaleras.

—Medida de precaución —respondió brevemente Noah. En efecto perdieron cerca de un minuto, lo que tardó el ascensor en abrir sus puertas y después llevarlos hasta arriba, pero esto dio a Noah la oportunidad de explicar sus sospechas a Oscar.

—¿Un sicario en el andén? ¿Y estamos siguiéndolo? Dios, cómo he podido ser tan idiota de dejarme convencer para acompañarte.

En realidad había sido Noah quien había pedido insistentemente a Oscar que se quedara a salvo en su escondite, pero Oscar lo había descartado indignado. «Puede que tengas suficiente fuerza en tus músculos, grandullón. Pero en estos momentos soy algo así como tu cerebro, y en los viajes eso es mejor no dejárselo en casa».

—¿No habías dicho que nos dejarían en paz hasta Ámsterdam? —preguntó Oscar. Las puertas del ascensor se abrieron. Se encontraban en la parte más exterior del andén, a la altura a la que pararía la locomotora, a unos veinte pasos del hombre que se informaba en una vitrina acerca de la posición de los vagones que llegaban.

—Unos de ellos sí.

—¿Unos de ellos? ¿Me estás diciendo que hay otra gente tras de ti?

Noah repitió lo que la mujer le había dicho por teléfono.

«¿Realmente cree que seguiría vivo si hubiera querido que lo mataran?».

—Madre mía —resopló Oscar—. No te bastaba con enfadar a los miembros del Club Bilderberg.

Sin responder a eso, Noah lo arrastró hasta detrás de una máquina de billetes. En esa zona del andén no se veían más pasajeros, que hubieran podido observar su extraño comportamiento. Noah se preguntó si la estación siempre estaba tan vacía a esas horas, o si se debía al miedo al contagio, que hacía que esos días la gente evitara los lugares públicos.

Se asomó con cuidado por detrás del objeto que los protegía y acechó hacia delante. El hombre de la vitrina le recordaba a la figura que había visto salir de la suite del Adlon, aunque no habría sabido decir qué le daba esa impresión. «¿La postura erguida? ¿La estatura elevada? ¿El abrigo oscuro hasta la rodilla?». Quizás era sencillamente la circunstancia de que el extraño no llevaba maleta ni equipaje de mano, algo poco habitual para un viajero. No obstante, hoy en día los hombres de negocios necesitaban poco más que su *smartphone*.

Noah vio que el hombre del cabello ralo y ligeramente encanecido se metía algo a la boca, un caramelo o un chicle. Entonces oyó que el tren entraba en la estación. El hombre se apartó de la vitrina y caminó por el andén en dirección contraria al ICE, que frenaba.

Cuanto más observaba Noah al desconocido, que cada vez se alejaba más de ellos, más dudaba de haber reconocido una fuente de peligro. Sin embargo, entonces el hombre cometió un error pequeño pero fatal: ladeó la cabeza justo en el momento en que pasaba junto a una máquina de bebidas iluminada. Solo por eso Noah había podido ver brillar el pequeño punto metálico reflectante en su oreja, posiblemente no mucho mayor que una cabeza de alfiler.

«¿Un minirreceptor?».

Noah entrecerró los ojos. Vio cómo se movía la mandíbula del hombre y de repente estuvo seguro de que aquella persona no masticaba chicle.

«Está hablando con alguien».

Entonces una familia de cuatro miembros que había subido las escaleras a toda prisa le obstaculizó la vista.

Noah no dudó ni un segundo más. Salió corriendo hacia los padres con sus dos hijos pequeños (la FAMILIA, pensó absurdamente) y se puso a cubierto tras una columna de hormigón armado justo detrás del hombre. Noah podía distinguir sus ojos en los vidrios oscurecidos del vagón del ICE.

El hombre tocó con los dedos («¿Por qué no lleva guantes con este frío?») un

punto redondo en la puerta del tren y se apartó un paso del borde del andén mientras esta se abría con un silbido. Por suerte no se bajaron revisores ni pasajeros. La familia también había escogido otro vagón, lo que facilitó la intervención.

«Sin testigos».

Noah inició el ataque cuando el hombre puso el pie sobre el primer escalón del acceso. Corrió hacia el tren, agarró la pierna supuestamente estable y tiró de ella hacia atrás, de manera que el hombre cayó hacia delante con un «ahhh» que sonó algo lastimero. Para que aquello pareciera un percance de pasajeros que habían tropezado, Noah también se tiró hacia delante y sepultó al hombre huesudo bajo sí mismo. A pesar de que había mantenido su mano libre rodeando la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta todo el tiempo, y habría sido un juego de niños dispararla, Noah no había planeado matar al hombre en el acceso al tren. Primero quería saber de quién se trataba.

«¿Quién es el asesino que me persigue? ¿Quién le ha puesto bajo mi pista? ¿Y por qué?». Tumbado sobre él, con medio cuerpo en el tren y medio en la escalera, oyó maldecir al desconocido. Olió su aliento.

«¿Alcohol? ¿Durante una operación?».

Entonces vio el aparato electrónico en su oreja. Y en ese momento se dio cuenta de su equivocación.

«Error. He cometido un error».

Su memoria no era lo único que había dejado de funcionar. La capacidad de analizar correctamente las situaciones de peligro, de diferenciar el bien del mal, también parecía abandonarlo a paso lento pero seguro.

«Cada vez es peor. No mejor».

—Lo siento mucho —se disculpó Noah, y se levantó con torpeza deliberada para ganar el tiempo que necesitaba para esconder el arma que había sacado.

—Mierda, maldita sea —se lamentó el hombre, que había entrado en el tren y se frotaba la espinilla sentado—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Yo... eh...

«Me he equivocado. Creía que quería matarme».

—Ha sido un accidente. —Noah le tendió la mano, que el hombre rehusó furioso para levantarse él solo.

Claro que tenía algo en la oreja. Y claro que hablaba con alguien.

Pero no con una central de operaciones. Sino con un familiar, un amigo, una amante o el socio con el que había bebido demasiado el día anterior; con quien fuera que estuviera al otro lado de la conversación telefónica que el hombre mantenía a través del auricular en su oreja, que en realidad era un pequeño y modernísimo receptor de Bluetooth.

—Imbécil —dijo el hombre y se sacudió el abrigo.

Lanzó a Noah una mirada despectiva, entonces cojeó meneando la cabeza hasta los compartimentos de primera clase.

Una vez en su sitio, el hombre se desabotonó el abrigo y se dejó caer sobre el asiento con gesto furioso. Mientras el tren arrancaba de nuevo, calmó su respiración. Sus facciones se suavizaron. En el momento en que salieron de la estación, Adam Altmann dejó de actuar.

Se quitó el receptor de la oreja con cuidado de no tocar el micrófono que le conectaba con la jefatura de operaciones. En cuanto el revisor apareciera, le pediría un café para librarse del asqueroso sabor del espray de alcohol.

Las luces de la gran ciudad, que despertaba lentamente, volaban junto a su ventana, y Altmann no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Acarició satisfecho en el bolsillo de su chaqueta el arma que le había sustraído a su objetivo durante el tumulto. Noah tardaría un buen rato en darse cuenta de que en su chaqueta había ahora una réplica inútil en su lugar.

Celine ya no se sorprendía de nada. Ni siquiera de la repentina salida de la habitación frigorífica hacia el tejado del edificio del NYN, donde ya la esperaba un helicóptero. No se había sorprendido de que volaran hacia mar abierto, al tiempo que nadie respondía a sus preguntas:

«¿Adónde me lleváis?

¿Qué queréis de mí?

¿Quiénes sois?».

Nadie intercambiaba una sola palabra con ella. Ni Amber ni el piloto de aspecto asiático, y desde luego tampoco el guarda corpulento que había atado sus muñecas con bridas y la había obligado a sentarse en la última fila del helicóptero a punta de pistola.

Celine había mirado fijamente el agua infinita a través de los cristales de la cabina revestida con plexiglás y había reflexionado acerca de lo que había entendido de la conversación telefónica entre Amber y Noah: «Ámsterdam. Estación. Lavabos».

¿Acaso querían cruzar el Atlántico en este helicóptero?

Ni siquiera eso la habría sorprendido.

En un día como aquel, en el que primero el doctor Malcom le había dado un diagnóstico funesto y poco después había recibido la llamada de un sin techo amnésico desde Europa, el lujoso jet privado en el que volaba como un rayo a once mil pies de altura era simplemente una prolongación lógica de los extraños acontecimientos.

Tres horas antes, en Martha's Vineyard, habían cambiado de vehículo directamente en la pista del aeropuerto de la isla, protegidos por tres hombres de traje oscuro que habían subido a bordo con ellos y que desde entonces se mantenían alerta en la parte delantera de la cabina, separada por una puerta. Eso tampoco sorprendía a Celine. Ya no. La preocupación y el miedo no le dejaban tiempo para ello.

Antes de que el Gulfstream despegara, aún se había dejado llevar por el intento desesperado y realmente ridículo de apelar a los sentimientos de Amber como mujer. Había esperado construir con ella una relación de confianza hablándole de su embarazo de riesgo. Un error que solo le había granjeado burlas y palabras maliciosas.

—Madre mía, he oído que en el primer trimestre de embarazo hay que evitar a toda costa los vuelos de larga distancia —había dicho Amber con una sonrisa cínica mientras el jet privado se levantaba bajo una lluvia torrencial—. Así que incluso le estaré haciendo un favor si finalmente nuestra excursión le evita el castigo de tener un hijo mongólico de por vida.

Entonces fue cuando Celine había llorado por primera vez. Lágrimas de ira.

Hacía tiempo que le habían quitado las bridas, pero como no podía soltarse el cinturón, no había podido levantarse de un salto y pegarle en la cara a Amber. Había escupido de rabia al suelo sin dejar huellas apreciables, ya que todo el avión estaba enmoquetado con una alfombra de pelo largo de color crema; a juego con las molduras de madera de la cabina y los asientos de cuero sobre los que estaban sentadas la una frente a la otra.

Amber se había levantado riéndose y se había mezclado un *gin-tonic* en el bar de a bordo.

En ese instante bebía a sorbos el segundo y hojeaba sin interés una revista de moda. Celine, que de pronto se sentía infinitamente cansada, había descubierto que podía activar un enorme televisor en la pared de la cabina con un mando acoplado a su reposabrazos. Pulsó el botón de ON y lo primero que apareció fue publicidad. Antes de que pudiera hacer desaparecer a un ama de casa sonriente que bailaba por el baño con un pato parlante, el anuncio se acabó y el logotipo del NYN se abrió paso en la pantalla.

«¡Noticias precisamente!».

El televisor estaba silenciado, así que Celine no pudo oír lo que decía el presentador, de raya impecable, pero tampoco era necesario gracias a las leyendas que aparecían al pie de las imágenes, que parecían gritar la información.

- BROTE EN EL JFK
- Terminales en cuarentena
- Accesos bloqueados
- Móviles e Internet bloqueados
- Instalaciones de climatización y ventilación selladas
- Prohibición absoluta de despegue y aterrizaje

Varias secuencias de imágenes se sucedieron rápidamente. Celine vio la planta del aeropuerto, después tomas exteriores. Un equipo de seis miembros vestidos con trajes blancos de cuerpo entero y máscaras de gas se acercaba a la entrada de un campamento improvisado ante la sala de llegadas de la terminal 2.

Además de las tomas exteriores de la prensa, también había material grabado en el interior de las terminales.

A pesar del control de las comunicaciones, algunos de los pasajeros parecían haber conseguido grabar un vídeo con el móvil y colgarlo en Internet, posiblemente poco antes de que se hubiera cortado toda radiocomunicación en el JFK.

Las imágenes, con líneas horizontales centelleantes y colores pálidos, parecían haber sido grabadas de un televisor. Mostraban una marabunta de gente que hablaba con insistencia a varios policías ante una salida de emergencia. La multitud, que al

parecer quería abrirse paso hacia el exterior con violencia, comenzó a moverse de repente, pero después se disipó cuando un policía sacó su arma. Como algunos incluso se tiraron al suelo, Celine supuso que el agente había disparado un tiro al aire. El autor de la grabación también parecía estar huyendo ahora; las imágenes se emborronaron. Poco antes de que el vídeo terminara, la cámara captó de nuevo a los policías de la salida de emergencia, esta vez a una distancia mayor. Un único hombre seguía de pie ante ellos. A excepción de una corona blanca de dos centímetros de anchura en la nuca, apenas le quedaba pelo en su cabeza estrecha.

«Gírate», le gritó Celine mentalmente. Pero no lo hizo. La grabación se cortó, el presentador de las noticias mostró su mirada de la-situación-es-difícil-pero-como-buen-profesional-mantengo-la-distancia, y Celine no pudo confirmar la sospecha que le oprimía la garganta: «¿Acabo de ver a mi padre?».

Seguro que no. Lo más probable era que su mente le estuviera gastando una broma cruel. Una proyección desencadenada por la preocupación por Ed, intensificada por el diagrama que mostraban ahora en la pantalla:

- Estadio 1: infección. ¿Transmisión por el aire?
- Estadio 2: incubación. A menudo sin síntomas perceptibles.
- Estadio 3: brote de la enfermedad. Hemorragia nasal. El paciente es contagioso.

A estas les seguían otras cuatro fases que ilustraban con detalle el desarrollo de la gripe de Manila y sus síntomas hasta que llegaba la muerte. Celine dejó de leer al llegar a la «aspiración de sangre hacia los pulmones».

Cerró los ojos y vio la cara de su padre, su sonrisa, que le resultaba tan familiar como el aroma acanelado de su *aftershave* («Hueles a Navidad, papá») y la funda dorada de sus muelas, que siempre relucía cuando se reía, como ahora en sus pensamientos, en los que su padre extendía los brazos, abría los ojos más allá de las órbitas, y de pronto la sangre brotaba de sus pupilas dilatadas.

Gimió y abrió los ojos.

—Qué horror —se le escapó.

Amber levantó divertida la mirada por encima de su revista, después se volvió brevemente hacia el televisor a su espalda.

—¿Eso le parece un horror? —preguntó mientras se volvía de nuevo hacia Celine—. Aquí puede ver una vez más lo distintos que somos. Yo considero que es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo.

«¿Cómo dice?».

—¿Miles de personas que temen por su vida separadas de sus familiares por policías armados? —Celine señaló la pantalla—. ¿Qué ve de bueno en eso?

—Mmm. —Amber hizo como que reflexionaba—. ¿Cómo le explico a alguien dormido que está soñando?

—¿Cómo dice?

—Bueno, intentaré hacerlo lo más sencillo posible. Comencemos con un número.

—¿Qué número?

—Treinta y un millones.

—¿Treinta y un millones de qué?

—Vuelos. Como este. Treinta y un millones de despegues y aterrizajes, esa es la cantidad que nuestro planeta tiene que soportar anualmente. Treinta y un millones de vuelos en los que se consumen más de mil millones de litros de queroseno. Un único 747 consume en los primeros minutos del despegue cinco toneladas de una materia prima que nunca se regenerará. Gastada, perdida, agotada. En veinte años a lo sumo habremos consumido lo que ha tardado millones de años en producirse. Entonces ya no habrá vuelos, ni fertilizantes elaborados a partir del petróleo para los campos que deben saciar el hambre de cada vez más personas. No habrá medicamentos contra las enfermedades de las masas, para cuya elaboración se necesita tanto petróleo como para producir PVC, detergentes o lubricantes. Se acabó. Por eso el cierre del JFK es la mayor aportación medioambiental de Estados Unidos de este año, incluso aunque solo dure algunos días. Así que en lugar de entristecerse con la mirada acuosa, debería alegrarse por los mil doscientos noventa despegues y aterrizajes que hoy no contaminarán la atmósfera.

Celine se llevó el dedo a la sien.

—¿Qué es usted? ¿Una activista medioambiental trastornada?

—No. Solo soy una parte del problema. ¿O cree usted que este jet vuela con agua?

—¿Eso es lo que le importa? ¿El petróleo?

Amber giró los ojos en señal de desesperación.

—Claro que no. Se trata de luchar contra los parásitos. Parásitos perniciosos que se aprovechan del anfitrión al que han infestado hasta que mueren con él.

—Déjeme adivinar: se refiere a las personas.

Amber fingió aplaudir.

—Muy lista, señorita Henderson. El petróleo no es más que uno de los innumerables recursos que estamos agotando definitivamente. A once mil metros por debajo de nosotros, por ejemplo —señaló el suelo de la cabina— fábricas flotantes con un alto grado de preparación inspeccionan el océano hasta el mismísimo casco del *Titanic*, pero a pesar del sónar, el radar y los análisis por satélite, apenas encuentran peces para sus redes de arrastre de kilómetros de largo. Uno de cada cuatro mamíferos se considera hoy en peligro de extinción, en el caso de los anfibios es incluso más de un cuarenta por ciento. La última extinción de dimensiones tan

apocalípticas se produjo tras el impacto de un meteorito. Quizás haya oído hablar de ella. Entonces fueron los dinosaurios los que desaparecieron.

Amber sonrió como si su broma hubiera tenido gracia.

—Bosques, animales, agua, aire, nuestro clima. En este planeta todo muere o se marchita. Solo la población del causante de estas catástrofes, es decir, el ser humano, crece segundo a segundo, porque se ha suprimido el factor que la regulaba naturalmente.

—¿Qué factor?

Celine sintió que el jet seguía ascendiendo.

—Las enfermedades —aclaró Amber—. La peste, por ejemplo. A mediados del siglo XIV la peste negra causó la muerte de veinticinco millones de personas, que entonces era un tercio de la población total.

—Espere un momento. —A Celine se le secó la boca. El suave zumbido del avión parecía ser más fuerte ahora.

«Más amenazador».

—¿Acaso está diciendo que la gripe de Manila es una epidemia liberada intencionadamente?

Amber se encogió de hombros y volvió a abrir la revista de moda.

—Solo estoy diciendo que el planeta necesita urgentemente otro acontecimiento que restablezca el equilibrio de las cosas.

—¿Matando a personas? —A Celine de nuevo le habría gustado levantarse de un salto, y de nuevo se lo impidió el cinturón.

—Reduciendo el número de parásitos a una cantidad soportable.

Celine se quedó sin habla un momento.

—Está... está hablando de eutanasia.

«De asesinato en masa».

—No —dijo Amber con tono apagado, sin levantar la mirada de la revista que sostenía en las manos—. Estoy hablando del proyecto Noah.

Noah se miró fijamente al espejo. Se veía llorar sin sentir las lágrimas sobre la piel. Se oía hablar sin sentir que sus labios se movieran. Entendía las palabras que decía, pero no lo que significaban.

—No soy un asesino —se gritó a sí mismo—. Soy algo mucho peor. No existe palabra que me defina.

«¿Por qué dices eso? ¿Qué has hecho?».

Su reflejo no quería darle ninguna respuesta clara y solo dijo:

—No se puede deshacer lo que he hecho. Es demasiado tarde.

«No. No lo creo. Siempre hay una solución».

Se vio a sí mismo lanzando una maleta sobre una cama de hotel.

En la suite. En el Adlon.

Vio la maleta abrirse.

«Pronto estarán aquí. No me queda tiempo para esconder el vídeo».

Y de pronto su reflejo se echó a reír y distinguió los pasaportes de la maleta en su mano: «Roma. Ámsterdam. Mombasa. ¡Aquí está la salvación!».

El último pensamiento le resonó en la cabeza de nuevo con la voz patriarcal, de la que Noah al parecer no se libraba ni en sueños. Se solapaba con la suya propia:

«Rápido, antes de que...».

El ruido de un cristal de ventana estallando, acompañado de un fuerte golpe, se tragó el final de la frase. Un jarabe rojo manó de un orificio diminuto en la sien de su reflejo. Noah se vio pestañear, llevarse la mano a la cabeza, caerse.

Cuando cayó con un golpe sordo justo delante de la chimenea encendida de la suite del hotel, Noah oyó un segundo disparo. Y el dolor del impacto del proyectil lo despertó.

—¿Café o té? —preguntó Oscar.

Noah, que aún no estaba completamente despierto, gruñó algo ininteligible y se frotó el hombro. Tenía grandes dificultades para mantener los ojos abiertos. El suave balanceo del tren, acompañado del ruido de las vías, amenazaba con dormirlo de nuevo. Noah pensó en el instante antes de despertar, quiso retener el sueño antes de que desapareciera.

«¿Ha sido un sueño? ¿O más bien un recuerdo?».

La mancha de sangre que había dejado el hombre herido delante de la chimenea, que también existía en la realidad, apuntaba a un recuerdo; él mismo la había visto, pocas horas antes, sobre la alfombra de color claro de la suite del hotel Adlon. En cambio, la imposibilidad de que Noah se hubiera visto morir a sí mismo apuntaba a un sueño. Sobre todo porque su herida no estaba en la cabeza, sino en el hombro.

—Venga —apremió Oscar y se inclinó hacia Noah, sentado frente a él. El tren

estaba tan vacío que tenían un compartimento para ellos solos—. Contéstame. Rápido, sin pensar. ¿Te gusta más el café o el té?

—Café —bostezó Noah—. ¿Qué...?

—En vacaciones: ¿mar o montaña?

—No lo sé...

—No pienses. Simplemente responde. Vamos.

—Está bien, mar.

Noah ya sospechaba adónde llevaba aquel jueguito, ya que había jugado a uno parecido con la periodista antes. Probablemente era más fácil dejarse llevar que discutir con Oscar acerca del sentido o sinsentido de ese test psicológico.

—¿Cine o teatro?

—Cine.

—¿Carne o pescado?

—Carne.

—¿Beatles o Stones?

—Beatles.

—¿Cerveza o vino?

—Ninguno de los dos.

—¿Libro o *e-book*?

—Libro.

—¿Casado o soltero?

Noah aspiró por la nariz, abrió la boca, y finalmente se encogió de hombros.

—Ni idea.

Oscar torció el gesto como si hubiera mordido un limón.

—Maldita sea.

Noah se ahorró el comentario de que él habría podido decirle desde un principio que su cerebro no se dejaría engañar tan fácilmente.

«Cada vez es peor, no mejor».

Incluso los acontecimientos recientes se desvanecían con rapidez. Recordaba que después del incidente al subir al tren, había buscado un compartimento, había pagado dos billetes de ida al revisor y después había cerrado las cortinas; pero eso era todo lo que sabía. ¿Se había quedado dormido enseguida o había estado hablando antes?

«Ni idea».

¿Había sido parte del sueño que el revisor llevara una mascarilla y les hablara de holandeses presos del pánico acumulando provisiones en los supermercados, o había sido real? Noah no habría sabido decirlo.

Observó a su acompañante, cuyo pelo sobresalía como siempre en todas direcciones, como si acabara de despertarse sobresaltado de una noche intranquila.

Oscar miraba por la ventana. Mientras dejaba pasar el paisaje ante sus ojos, había

sacado su collar de debajo del jersey de cuello alto, probablemente de forma inconsciente y, perdido en sus pensamientos, abría una y otra vez el cierre del amuleto para cerrarlo justo después.

Fuera hacía mucho tiempo que se había hecho de día. Su tren atravesó en tromba una pequeña estación regional sin reducir la velocidad; demasiado rápido para distinguir el nombre del lugar en los letreros, pero un cartel publicitario de una compañía telefónica holandesa reveló que ya habían cruzado la frontera.

«Cómo demonios...». Miró el reloj y se asustó.

—¿Casi las diez? Dios mío, ¿cuánto tiempo he dormido?

—Más de cuatro horas. —Oscar se volvió otra vez hacia él—. Te has perdido tres controles de billetes. Pronto llegaremos.

—¿Y por qué no me has despertado?

—¿Para que te abalanzaras sobre otro inocente? —Sonrió irónico—. Puedes estar tranquilo, grandullón, tu cuerpo toma lo que necesita. El sueño es la mejor medicina para un alma herida. Además, para variar, nadie ha intentado dispararnos.

Oscar se levantó, apartó las cortinas y abrió la puerta del compartimento.

—¿Adónde vas? —preguntó Noah, y también se puso en pie. A pesar de haber dormido bastante, no sentía que hubiera descansado.

—A beber algo. ¿No tienes una sed terrible al despertarte?

Noah se llevó la mano al cuello. Efectivamente. El sueño le había dado sed.

—La cafetería está un vagón más allá —dijo Oscar—. Si nos llevamos las cosas no tendremos que volver antes de bajarnos.

Noah cogió la maleta y lo siguió por el pasillo.

—¿Puedo verla? —preguntó.

—¿Verla? —Oscar se volvió con gesto interrogante.

—A tu mujer. —Noah señaló el amuleto—. Hay una foto de ella ahí dentro, ¿no?

Oscar abultó el labio inferior. Al principio pareció que rechazaría su petición, pero entonces suspiró y abrió el cierre del colgante. La foto que contenía, de borde ovalado, ya era algo antigua y tenía los lados ligeramente desteñidos, pero a pesar de ello el rostro fotografiado no había perdido su atractivo.

—Es guapa —dijo Noah en serio.

Ojos grandes, frente alta, cabellos oscuros, la mirada demasiado melancólica quizá, pero en la imagen se veía claramente que a la mujer de la foto le gustaba reír y lo hacía abiertamente, a pesar de que aquí tuviera los labios cerrados. Las arruguitas en torno a los ojos la delataban.

Oscar esbozó una sonrisa nostálgica.

—Oh sí, sí que lo es. Manuela tenía, déjame pensar... —arrugó la frente—... sí, tenía treinta y pocos cuando saqué la foto, acabábamos de abrir nuestra consulta de Maguncia.

«¿Maguncia?».

Oscar cerró el amuleto, se volvió y echó a andar por el pasico con pasos sorprendentemente rápidos.

—¿No habías dicho Fráncfort?

Noah corrió tras él, tambaleándose un poco debido al movimiento del tren, y repitió la pregunta una vez hubo alcanzado de nuevo a su compañero poco antes del paso al vagón cafetería.

—¿Fráncfort? —Oscar se volvió. El amuleto ya estaba guardado de nuevo bajo su jersey—. No. Nunca he trabajado allí.

Noah metió la maleta en un compartimento para el equipaje en la entrada del vagón, después se sentaron en una mesa cerca de la cocina, que parecía tan desierta como el resto del vagón restaurante. De todas formas había luz.

—Espero que aún nos den algo, aunque falte tan poco para llegar a Ámsterdam —dijo Oscar preocupado, pero Noah no estaba dispuesto a cambiar de tema tan fácilmente.

—Claro que sí. Me hablaste de CLEAR y del aeropuerto de Fráncfort. No de Maguncia.

Oscar bajó la carta que acababa de coger de una base.

—Escúchame, grandullón, no quiero ofenderte, pero en tu estado no me presentaría precisamente a un campeonato mundial de memoria. Es probable que hayas confundido conceptos. Maguncia está en el corredor de entrada de Fráncfort, seguro que fue eso lo que dije.

Noah reflexionó. Creía haber entendido algo diferente, pero ¿cómo podía estar seguro? Antes había olvidado incluso el nombre de Oscar, ¿por qué iba a recordar ahora un detalle tan poco importante de su conversación?

De repente notó una sombra junto a él que parecía haber salido de la nada. Se llevó la mano instintivamente al arma, pero se relajó un poco cuando reconoció la cara.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el hombre.

Noah miró a su alrededor. Todas las mesas estaban vacías.

—Me gustaría disculparme con usted —explicó el extraño con gesto impasible.

—¿Usted? Más bien tendría que hacerlo yo —respondió Noah asombrado—. Al fin y al cabo fui yo quien lo derribó al subir al tren.

Altmann había conocido en una fiesta una vez a un profesor de arte dramático, una agradable excepción entre toda aquella gente aburrida a la que la que entonces era su mujer invitaba regularmente a sus «veladas», como le gustaba llamar a las reuniones de idiotas en su salón.

El hombre de sesenta y dos años, que reunía todos los clichés que se esperan de un profesor de teatro y ballet (zapatos de charol, traje a medida, chal blanco, homosexual), le había contado a cuántas famosas estrellas de Hollywood les había enseñado a sonreír, el accesorio más importante en la tormenta de flashes de la alfombra roja.

Altmann le había planteado impulsivamente la pregunta de si también podía aprender de él lo contrario: un rostro impasible, incluso cuando las circunstancias provocaran la risa.

Lo había logrado, como comprobó en ese momento. Le habría encantado reír o al menos sonreír de satisfacción en vista del dilema en el que se encontraba su interlocutor, pero ni siquiera tensó las comisuras de la boca. Casi podía oír las alarmas que resonaban en la cabeza de Noah. Y veía la lucha que su objetivo libraba consigo mismo. Noah ya creía haberse equivocado una vez. No quería cometer un segundo error. Pero su desconfianza era evidente y se manifestaba en las preguntas que le hacía.

—¿Qué le trae a Ámsterdam?

—Un viaje de negocios —respondió en inglés con acento alemán simulado. Uno de sus pasatiempos favoritos eran los dialectos, así que no le suponía mucho esfuerzo sonar como un alemán con conocimiento de lenguas extranjeras.

—¿En qué sector?

—Cortinas, persianas, mosquiteras.

Los agentes solo pronunciaban frases ambiguas en las películas: «Trabajo en el sector de la eliminación de residuos. Quito la basura de las calles».

—¿Y su equipaje? —insistió Noah.

—El cliente ya tiene mi maleta de muestras.

Si no hubiera sido tan triste, a Altmann le hubiera gustado continuar esta conversación durante un rato, pero no era un sádico. Matar no le divertía. Uno de sus vecinos en Washington era gastroenterólogo y en una fiesta en el jardín una vez le había hecho un comentario acerca de las endoscopias: «Créame, para el médico también es una putada. Pero por desgracia se trata de una putada necesaria». Altmann no habría podido describir mejor su propio trabajo.

Pidieron dos tazas de café a un cansado camarero que por fin había salido de las cocinas, y una Coca-Cola grande para el acompañante de Noah, que aún no había

dicho ni una palabra y miraba ensimismado por la ventana. Oscar, o como se llamara, no era un objetivo primario, pero por desgracia no sería posible evitar su baja.

—Solo quedan cinco minutos —le recordó la voz femenina en su oreja el tiempo restante de viaje. Altmann hizo como si tuviera que rascarse. En realidad abrió la funda del arma que llevaba en la pantorrilla.

Naturalmente ya había tenido la oportunidad de eliminar a Noah al subir al tren en Berlín. Pero la conversación con su directora de operaciones en el patio de la embajada de Estados Unidos le había dejado meditabundo. Altmann sentía que le ocultaba algo. Y que se metería de cabeza en un buen lío si quitaba de en medio a Noah sin conocer todos los datos. A esto se añadía que nunca había tenido que vérselas con un oponente tan preparado. A sus ojos era casi un desperdicio eliminar a semejante artista sin conocer la verdad de los hechos. Por eso había vigilado a Noah y había esperado averiguar algo más sobre él a través del micrófono incorporado a la réplica, pero el tipo había dormido la mayor parte del tiempo, y su periodo de gracia se había terminado.

«Cuatro minutos».

En el vagón restaurante todo sería un poco más complicado. Esperaba no tener que eliminar también al camarero, que acababa de traerles las bebidas.

—Ay, mierda. Disculpen.

Al intentar abrir la cápsula de leche, Altmann había derramado la mitad de su contenido. Pequeñas gotas claras brillaban sobre la chaqueta negra de su interlocutor. Oscar también parecía haberse llevado un poco.

—Me pasa constantemente.

—Así ya estamos en paz —dijo Noah. A pesar del comentario con intenciones cómicas, no sonreía y tampoco hizo ningún amago de limpiarse las gotas.

«Lo sospecha. Y está cometiendo el error de no escuchar a sus tripas, sino a su cabeza».

Altmann había contado con ello.

Los asesinos del hotel y de la tienda de electrónica (trabajaran para quien trabajaran) habían buscado erróneamente un enfrentamiento directo con Noah. Pero el objetivo era un luchador demasiado experto para eso. Era evidente que estaba entrenado para reconocer los cambios más insignificantes en el patrón de movimientos de su atacante. Y precisamente esa había sido su perdición. En Berlín Noah había interpretado las señales que Altmann había enviado como había querido que lo hiciera: la falta de guantes, de equipaje, y el botón encendido en la oreja, el movimiento de mandíbula. Y como había previsto, Noah había aprovechado la oportunidad de atacar; y al hacerlo se había convertido él mismo en la víctima.

Tanto en el hotel como en la tienda de electrónica, los acontecimientos no le habían dejado tiempo para reflexionar. En esas circunstancias era cuando más

peligroso resultaba. Ahora, sin embargo, Altmann le proporcionaba tiempo para cuestionar la situación en aparente tranquilidad. Probablemente Noah ya tuviera la mano sobre su pistola; reflexionaba sobre si podía arriesgarse a disparar a un pasajero, raro en cualquier caso pero quizás inocente, simplemente por una sospecha; y al hacerlo desperdiciaba el valioso tiempo que Altmann por su parte necesitaba para esperar el mejor momento posible: cuando el tren entrara en la estación. Cuando todos los demás escasos pasajeros estuvieran ocupados exclusivamente consigo mismos y con bajar del tren.

«Y si Noah intenta atacarme antes, la réplica inútil que tiene en la mano no le servirá de nada».

Altmann observó las salpicaduras en la chaqueta de Noah, pensó en la acostumbrada habilidad de sus dedos, y se preguntó si sería su destino que su vida solo funcionara cuando se trataba del trabajo. Su móvil pitó en el bolsillo, como para castigarle por sus mentiras. Lo sacó y leyó en la pantalla un mensaje de su hija.

¿Es demasiado tarde, papá? Feliz cumpleaños.

P.S.: Necesito consejo.

Esta vez Altmann no logró contener una sonrisa.

«Sí, un poco tarde, Leana. Pero mejor tarde que nunca, ¿no?».

Posiblemente el consejo que esperaba llevaba las palabras «*In God we trust*» escritas encima y solo podía obtenerse en billetes grandes.

«Pero qué demonios. Ha pensado en mí. Aunque haya sido en un momento poco apropiado».

—¿Algo importante? —preguntó Noah desconfiado.

Altmann se alegró de que el camarero, que había vuelto a la mesa para cobrarles, los interrumpiera. Pagó la cuenta. Dejar pagar a Noah le habría parecido algo cínico.

«Señoras y señores, estamos llegando a la Centraal Station de Ámsterdam. Debido a un alto volumen de pasajeros poco habitual, es posible que se produzcan esperas más prolongadas en algunas conexiones. Por favor diríjense al personal de la estación».

El aviso multilingüe por megafonía fue la señal de salida para Altmann. Sacó el arma de la funda abierta y apuntó con ella hacia el estómago de Noah desde debajo de una servilleta extendida en su regazo.

Como el seguro ya estaba quitado, no tenía más que doblar el dedo y...

—Disculpe, tiene algo ahí.

Altmann titubeó.

Para su asombro Noah hablaba con profunda inquietud. Oscar también lo miraba desconcertado.

—¿Cómo dice? —le preguntó a Noah con el dedo aún doblado y rígido sobre el gatillo.

—En su nariz.

Altmann levantó las cejas y se llevó el índice y el corazón de la mano que aún tenía libre al labio superior.

«Qué diablos...».

Estaba húmedo al tacto. Muy líquido. Y olía a...

«¿Rojo? ¿Cómo puede algo oler a rojo?».

Tragó y notó un sabor metálico. Altmann sintió frío. No se trataba de una reacción física, sino psíquica.

Era tan consciente de ello como de que había reconocido los primeros síntomas.

—Discúlpeme —dijo, guardó de nuevo el arma y se levantó apresuradamente, con ambas aletas de la nariz entre el pulgar y el índice, tan a presión como un buceador poco antes de que el barco vuelva a sacarle a la superficie. Pasó a toda prisa junto al asustado camarero en su camino hacia el baño. Apartó la mano de la nariz. Se miró en el espejo. Gruesas gotas caían en el lavabo y dibujaban lágrimas rojas.

—¿Qué está pasando ahí? —oyó que le preguntaba la jefatura de operaciones desde el botón de su oreja. Las ruedas chirriaron. El tren redujo la velocidad.

—Nada —respondió escueto Altmann y miró fijamente la sangre en sus dedos.

«Esto no significa nada. Seguro que no tiene ninguna importancia».

Sin embargo, los intentos de calmarse a sí mismo no funcionaron. En su cabeza tomaba forma una idea que reprimía todo lo demás: «Gripe de Manila».

Por lo que sabía Altmann, le quedaban diez, puede que quince horas hasta que el dolor fuera insoportable.

6

Si la palabra «caos» no hubiera existido, habría que haberla inventado para la situación de la Centraal Station de Ámsterdam. La diferencia con Berlín y su estación abandonada no habría podido resultar más drástica. Gracias a las barreras protegidas por la policía tras el vestíbulo principal, Noah y Oscar habían podido salir con relativa tranquilidad. Pero una vez las atravesaron, tuvieron que hacer esfuerzos para no perderse entre la multitud.

—Dame la mano —gritó Noah a su compañero, y lo arrastró como a un niño bajo uno de los arcos a rayas que sostenían el noble vestíbulo. En circunstancias normales seguro que la estación era un monumento tan interesante como la Grand Central Station de Nueva York. Pero aquel día nadie se fijaba en la artística arquitectura. Todos parecían tener un único objetivo: salir de la ciudad lo antes posible.

Noah ordenó a Oscar que sujetara bien la maleta común y miró el panel de anuncios. Todas las salidas de trenes se habían retrasado, la mayoría varias horas. Muchas se habían cancelado.

Las personas, como mosquitos en torno a una lámpara de jardín, formaban un enjambre impenetrable frente a los mostradores. Empleados desbordados de la compañía de trenes gritaban a los que esperaban e intentaban convencerlos en vano de que formaran una fila. Nadie quería escucharlos. Nadie podía escucharlos, ya que para colmo un pelotón de manifestantes hacía imposible cualquier tipo de comunicación con sus tambores y cencerros. El ruido que hacía el grupo, mayoritariamente jóvenes que, al contrario de la mayoría de viajeros, no llevaban mascarilla, no hacía más que incrementar la histeria que imperaba. Una histeria que paradójicamente trataban de combatir, según lo que decían sus pancartas. Noah, que no parecía tener conocimientos de neerlandés, solo pudo descifrar dos de las consignas que coreaban:

«¡El virus no existe!

¡¡¡Acabemos con la estafa farmacéutica!!!».

—Esperemos que así sea —le gritó Oscar al oído—. Por nosotros y por el pobre tipo del tren.

Aún no habían hablado sobre ello, pero ambos eran muy conscientes de qué podía significar la repentina hemorragia por la nariz. La palabra «contagio» flotaba en el silencio que habían mantenido hasta salir del tren.

La manifestación cambió de ruta. En la zona exterior de la misma, una joven de rastas teñidas de rojo y un silbato en la boca pasó a pocos pasos de distancia de Noah. Cuando estuvo a su altura, le agarró la manga del anorak.

—Eh —gritó, pero de todas formas tuvo que detenerse, ya que la manifestación no podía avanzar debido a las aglomeraciones, que ya eran prácticamente imposibles

de controlar.

Noah se disculpó y preguntó en inglés:

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer lo miró como si fuera un extraterrestre.

—¿Es que no ve las noticias?

—Hemos estado más de seis horas en un tren.

—Habría sido mejor que se quedaran dentro. Han cerrado Schiphol.

—¿El aeropuerto?

Ella se apartó un mechón apelmazado de la frente.

—Han retenido en las llegadas a grupos de viajeros asiáticos que al parecer presentaban síntomas muy graves. Los han encerrado enseguida, pero según los guías, uno de los coreanos nunca llegó a la enfermería. Ahora el gobierno ha extendido el rumor de que consiguió salir del aeropuerto antes de que se aplicara la cuarentena total. Motivo suficiente para que el periódico más narcotizante que tenemos proclame el estado de emergencia y recomiende a la gente que huya al campo.

—Entiendo.

—Todo mentira —se desgañó la manifestante, luchando contra el ruido que había alrededor. Ya estaba afónica de tanto gritar—. Como después del 11 de Septiembre. Necesitan el miedo para controlarnos. Véalo usted mismo.

La mujer señaló a una madre con mascarilla que utilizaba un carrito de gemelos a modo de ariete para abrirse paso hacia las barreras sin preocuparse de los daños. Entendió lo que la joven quería decirle. Ninguna de aquellas personas quería esperar a que un coreano se desmayara en el centro de la ciudad. Tenían miedo de la epidemia, y como el aeropuerto estaba cerrado, acudían en masa a las estaciones para salir de la ciudad. Noah no quería ni imaginarse cómo sería la situación en las autopistas y en el puerto.

«Una vez la masa crítica se pone en movimiento, es imposible detener la reacción en cadena», apareció de nuevo la voz sabia en su cabeza.

Noah observó a la manifestante, que ya avanzaba con los demás en la dirección exacta en la que, según los letreros sobre sus cabezas, también estaba su punto de encuentro con la chantajista: los aseos al fondo del vestíbulo.

No estaba seguro de si el caos le beneficiaba o más bien le perjudicaba. Noah había planeado meterse en la boca del lobo y aprovechar la oportunidad para obtener de la mujer más información acerca de su pasado y su verdadera identidad, y la situación descontrolada le daba la posibilidad de acercarse a la posición de la forma más inadvertida posible. Por otro lado no podía explorar el terreno para obtener una visión de conjunto y elaborar una posible estrategia de huida.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Oscar, que había debido de intuir las ideas que le

rondaban a Noah.

«Huir hacia delante», estuvo a punto de responder, pero una señal peculiarmente fuerte a través de los altavoces bajo el techo del vestíbulo lo interrumpió. La mayoría de la gente ni siquiera se detuvo un instante. E incluso aquellos que habían prestado atención brevemente perdieron enseguida el interés al darse cuenta de que el aviso en inglés no iba dirigido a ellos:

—Se ruega a la madre del pequeño Noah de Berlín que encienda su teléfono móvil. Repito...

Oscar y Noah se miraron mutuamente. Despacio, como si fuera a entregar su arma a un enemigo, Noah sacó su teléfono por satélite del bolsillo de su chaqueta.

Apenas lo había encendido, comenzó a sonar.

—Por fin —dijo una mujer. La voz que había amenazado con matar a la periodista Celine Henderson si no se entregaba era inconfundible.

—¿Dónde está? —preguntó Noah.

—Justo detrás de usted —respondió la voz; ya no fue por teléfono.

Entre el tumulto a nadie le llamó la atención la extraña pareja enfrentada en tensión. Muy juntos, como ante la barra de una discoteca abarrotada.

Eran cuatro. Oscar, Noah, la chantajista y un ayudante armado con la pistola sacada; un hombre grande en torno a los veinticinco años que a Noah le recordó a un joven Elvis Presley: pelo oscuro, ojos marrones, patillas anchas y la piel del rostro completamente lampiña y femenina. Desde luego no era el aspecto que se asociaba con el tipo de asesino que castigaba cada paso en falso con un tiro en la columna vertebral.

«Pero ¿no tenía Ted Bundy también aspecto de presentador de televisión?».

El río de personas que circulaban junto a ellos estaba demasiado ocupado consigo mismo. Todos miraban al frente o hacia la pantalla de información con obstinación. Cuando alguien miraba en su dirección, lo que veía era a una pareja de enamorados abrazada. Una mujer asombrosamente atractiva que no podía apartar las manos del cuerpo musculado de su enorme amante; al menos hasta que hubo desarmado a Noah.

—Deje aquí la maleta —ordenó la mujer después de haberle quitado la pistola, el móvil, el dinero en efectivo y los pasaportes, y habérselos entregado a su acompañante. También habían registrado a Oscar, aunque bastante más superficialmente.

—¿Hacia dónde? —preguntó Noah y observó a su adversaria. Su plumífero hasta la cadera, cuya superficie plateada de poliéster brillaba como papel de caramelo, era la única prenda de ropa invernal que llevaba. Por lo demás iba calzada con zapatos de tacón alto, de manera completamente inapropiada tanto para la época del año como para un secuestro. Su falda lápiz estaba arrugada, como después de un viaje largo. Si estaba cansada, se había maquillado de modo muy eficiente para ocultar los signos visibles de ello.

—Ya lo verá.

Noah vio que Elvis apuntaba con su arma a Oscar y le indicaba de forma inequívoca que avanzara en dirección hacia la salida, pero Noah impidió a su acompañante que se moviera.

—¿Dónde está Celine? —preguntó.

La mujer se echó a reír ruidosamente. Su aliento con olor a chicle le llegó a Noah. Estaban tan cerca como si quisieran besarse.

—¿Se preocupa por alguien a quien ni siquiera conoce personalmente?

—No.

No se trataba de Celine. Antes, durante la llamada telefónica, no había accedido a verse con la periodista embarazada en Ámsterdam solo por debilidad emocional. Ella era su detector de mentiras psicológico. ¿Respetaría el acuerdo su adversario

anónimo? ¿O Celine ya no estaba viva? La respuesta a esta pregunta demostraría a Noah a qué tipo de enemigo se enfrentaba. ¿Estaba dispuesto a llegar a un trato para conseguir la información que necesitaba? Entonces había margen de maniobra. ¿O confiaba su oponente únicamente en la superioridad de la violencia física? Entonces Noah no podía perder el tiempo y debía eliminarle en la primera oportunidad que se le presentara.

Desde luego no podía descartar que Celine hubiera hecho causa común con esta mujer y que su instinto lo hubiera engañado. Sin embargo, por muy sospechoso que le hubiera parecido el hombre del vagón restaurante, estaba completamente seguro de que Celine no era peligrosa; al contrario que la muñequita emperifollada y su esbirro listo para disparar que se encontraban justo delante de él.

—La señorita Henderson está con nosotros —dijo la mujer finalmente, cuando comprendió que Noah no se movería ni un centímetro sin esa información.

Entretanto los manifestantes habían reunido un coro de voces, cada vez más personas armaban más escándalo.

—Lo espera en un lugar seguro.

—Quiero hablar con ella.

—Lo imaginaba.

La mujer se llevó la mano a la chaqueta y poco después le sostuvo un móvil delante de la cara. Sin soltarlo, tocó la pantalla con la larga uña de su pulgar, de manicura perfecta.

—Dígale hola a Celine, señor Noah.

La calidad del vídeo no era mejor que una conexión convencional de Skype, pero de todas formas Noah reconoció inequívocamente a la mujer cuya foto le había enseñado Oscar en su escondite.

—¿Está usted bien? —le preguntó a Celine, que, al contrario que su secuestradora, no llevaba nada de maquillaje y parecía agotada del todo. La frente le brillaba, tenía los ojos entrecerrados y su cabello rubio oscuro, algo más corto que en la foto, estaba pegado a sus mejillas ligeramente enrojecidas.

—Más o menos. Estoy viva.

El ruido del vestíbulo de la estación no permitía oír sus palabras, pero Noah había podido leerle los labios.

«De acuerdo».

Había averiguado lo que quería, así que no protestó cuando la mujer cortó la comunicación.

«Celine aún sigue viva. Así que quieren algo más que mi vida».

Noah sabía que ya no había duda de que disponía de una información secreta que él mismo ya no recordaba. Una información por la que merecía la pena morir. Para cuya recuperación se habían organizado vuelos transoceánicos y se habían puesto en

marcha ejércitos privados completos.

«Pero ¿qué puede ser? ¿Y hasta dónde llegará para averiguarlo?».

—Si me permite.

La mujer salió primera. Su esbirro cubrió la retaguardia.

Necesitaron casi cinco minutos para recorrer los treinta metros que había hasta la salida principal. Noah no sentía ningún arma en su espalda, así que dedujo que el asesino era un profesional. Si se le hubiera acercado demasiado, Noah habría podido desarmarlo sin esfuerzo. Además, sus secuestradores sabían que en esas circunstancias le habría sido imposible huir por más que hubiese querido. La corriente de personas en dirección contraria formaba una barrera natural.

Cuando por fin salieron al exterior, Noah estaba empapado en sudor y la cicatriz del disparo le latía de dolor.

Oscar también jadeaba. La temperatura era un poco más alta que en Berlín, pero la fina llovizna formaba una desagradable niebla húmeda. La muchedumbre se disipaba delante de la estación, pero en las calles que accedían a ella el tráfico era un completo caos. Los taxis, buses y coches privados se atascaban en los carriles desordenados. Ninguno se movía ya, incluso los tranvías estaban bloqueados en sus raíles.

A cierta distancia se oían sirenas y luces azules de policía, que centelleaban en el cielo cubierto de invierno, pero al parecer las patrullas tampoco podían pasar.

«¿Y ahora?».

Noah se volvió, volvió la vista una vez más hacia la entrada principal de la estación, cuyas dos torres con reloj, junto con la arquitectura de ladrillo rojo le conferían el aspecto de una puerta de ciudad inglesa.

—Por aquí.

Siguieron a la mujer, que les precedía muy segura de sí misma, con el sicario aún a la espalda, y cruzaron la calle principal hasta llegar al otro lado de Prins Hendrikkade serpenteando entre los coches que esperaban. Las vallas de obras bordeaban el camino, y tras ellas se apilaban contenedores azules. El ayuntamiento se disculpaba en letreros redactados en varios idiomas por las molestias que pudieran causar las obras de renovación de la línea de metro.

«¡Construimos para usted!».

La mujer apartó una verja metálica y Noah y Oscar la siguieron a través del fangoso terreno de la obra. Al contrario que en la calle principal, en la zona vallada reinaba un vacío absoluto. Con sus tacones, la mujer tenía dificultades para mantener el ritmo en el terreno desigual, pero teniendo en cuenta que se hundía prácticamente a cada paso, se dirigía con una determinación asombrosa hacia la furgoneta gris ceniza aparcada junto a una pila de tubos de plástico negros. La cabina del conductor parecía desierta.

—Conduces tú —dijo la mujer y le lanzó un manojo de llaves a su cómplice.

—Oh, no —se lamentó Oscar cuando otro ayudante abrió las puertas traseras desde dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—No nos podemos montar aquí.

La mirada de la mujer se dirigió hacia Noah.

—¿Y a este qué le pasa?

Él se encogió de hombros.

«La verdad es que yo tampoco estoy muy seguro».

—¿Qué problema tienes? —le preguntó a Oscar, cuyas mejillas se habían enrojecido de nuevo por el nerviosismo.

Su compañero señaló un letrero de aviso que delimitaba el sector de obra VI, en el que estaba aparcada la furgoneta.

—Venimos del andén F6.

—¿Y?

—F. La sexta letra del alfabeto. Así que seis y seis. Y este es el sector VI. El tercer seis. Juntos son seis, seis, seis. Números malditos, ¿entiendes? No podemos subirnos ahí. Esto acabará mal.

«¿Ah, sí?».

Noah subió por un escalón metálico a la furgoneta, en la que olía a pintura reciente y disolvente. Había dos bancos de aluminio uno frente al otro, del techo del vehículo colgaban cadenas. El segundo cómplice, el que había abierto las puertas desde dentro, le ordenó inequívocamente con una metralleta en posición de tiro que se maniatara a sí mismo con las esposas que había en los extremos de las cadenas.

A diferencia de Elvis, este hombre estaba enmascarado. Unos ojos pequeños y amarillentos brillaban a través de las ranuras de un pasamontañas.

—No me toque —dijo Oscar entre dientes. Noah se volvió hacia él y vio que su compañero intentaba sacudirse de encima la mano del secuestrador armado, que intentaba empujarlo dentro de la furgoneta—. No voy a entrar ahí.

—¡No te pongas así! —exclamó Noah, y le tendió la mano desde arriba, pero Oscar sacudió la cabeza.

—Hasta aquí he llegado, Noah. No voy a seguir con esto.

—Dispara a ese payaso —dijo la mujer con voz lacónica. Elvis levantó su arma.

—Alto, no. Esperen. Yo lo arreglaré.

Noah quiso bajarse, pero el hombre enmascarado se lo impidió.

—Quieto aquí, ¡o tú también te llevarás un tiro!

Noah gimió de dolor cuando un dedo se hundió en su hombro izquierdo, pero de todas formas siguió avanzando hacia la salida.

—Mierda, Oscar. No hagas gilipolleces.

—No son gilipollecés, Noah. Piensa a qué número te recuerda la letra W. Al número romano VI, ¿verdad?

Elvis tensó el gatillo y le puso la pistola a Oscar directamente en la sien; lo único que consiguió es que hablara más rápido aún.

—¿Por qué crees que todas las direcciones de Internet empiezan por www, eh?

—Oscar, por favor...

—Cárgatelo.

Sus voces se solaparon. Noah levantó la mano para darle una bofetada a Oscar, que ahora estaba a su alcance.

—Es decir, con seis, seis, seis. ¿Crees que es casualidad que...?

Tres disparos silenciaron a Oscar. Dos en la cabeza y un tercero, tras una breve pausa, directamente en el estómago. Algo caliente salpicó a Noah en la cara, y la mujer tampoco se libró. Su plumífero estaba manchado de sangre.

—¿Qué demonios?

La secuestradora se había quedado con la boca abierta y alzaba la mirada hacia Noah. Todo había sido tan rápido que no podía explicarse que sus dos cómplices de pronto estuvieran muertos, mientras que Noah la apuntaba a la cabeza con una ametralladora desde la superficie de carga de la furgoneta.

«Si conoces a tu adversario, no debes temer el desenlace de mil batallas».

El viejo sin rostro de voz sonora había aparecido de nuevo en su cabeza, y le había dicho a Noah lo que él ya sabía: «No quieren matarte. Así que apenas te estás arriesgando. Haz como si quisieras hacer entrar en razón a Oscar, simula una bofetada, agarra una de las cadenas detrás de ti y enróllasela al hombre enmascarado al cuello para que se lleve la mano a la garganta instintivamente, lo que te permitirá alcanzar su ametralladora. El resto es un juego de niños».

Pam. Pam. «Dos veces en la cabeza de Elvis». Y *pam.* «Una en la de su cómplice enmascarado».

Este último colgaba inerte de la cadena anudada a su cabeza, mientras que el cuerpo sin vida de Elvis había quedado en una postura extraña. Casi parecía que se hubiera arrodillado ante Oscar y besara el barro a sus pies.

—¿Era eso realmente necesario? —preguntó la mujer con una voz claramente diferente. Ahora interpretaba el papel de fría amazona. En realidad, tal y como revelaban sus pupilas dilatadas por el horror, el inesperado cambio de papeles le provocaba un miedo difícil de controlar. Ahora fue ella la que tuvo que entrar en la penumbra de la furgoneta y colocarse las cadenas por orden de Noah. Este comprobó que estaba bien sujeta, y entonces se volvió hacia la parte delantera del vehículo.

Una luna cubierta con una membrana de plástico opaca hacía las veces de barrera visual entre la zona de la carga y la cabina de pasajeros. Noah rompió el cristal con el cañón de la ametralladora y desencajó la luna junto con la goma aislante. Entonces se dirigió a Oscar, que seguía fuera bajo la llovizna como clavado al suelo.

—¿Sabes conducir?

Su compañero levantó la cabeza y pareció estar mirando a través de Noah. La mirada de Oscar volvía a ser tan vidriosa como en el taxi, poco después de haber huido del Adlon.

—¿Te ves capaz? —Noah hizo un breve gesto con la cabeza en dirección al volante.

«Maldita sea, ¿tendrá carné de conducir?».

Oscar se inclinó hacia Elvis y le quitó la llave del vehículo de la mano. Actuaba como en trance, moviéndose como a cámara lenta. Noah no le metió prisa. Si alguien hubiera oído los disparos, ya haría tiempo que estaría en camino. Sin embargo, lo más probable era que la obra estuviera vacía los fines de semana, de lo contrario los secuestradores no la habrían elegido para aparcar. Y las personas inmersas en el caos de la estación seguramente tenían otros muchos problemas para preocuparse por una explosión de motor.

Mientras Oscar se arrastraba rodeando la furgoneta, Noah se bajó de ella y metió

el cadáver de Elvis en el vehículo. Entonces revisó los bolsillos de su chaqueta y recuperó lo que la mujer le había arrebatado antes: dinero, pasaportes, móvil y las dos pistolas. La suya propia y la del secuestrador. A Oscar solamente le habían quitado un pequeño billetero de cuero mugriento. Noah se lo guardó todo bajo la mirada silenciosa de la mujer. Después liberó al cómplice enmascarado de las cadenas y comprobó las palmas de las manos tanto de este como de Elvis.

«Room 17».

El mismo tatuaje en todos ellos.

¿Se cerraría aquí el círculo? En cualquier caso parecía tratarse de un círculo demencial.

—Seis, seis, seis. Ya lo decía yo, esto iba a acabar mal —oyó decir a Oscar al abrir la puerta del conductor. Sonaba como si estuviera manteniendo una conversación desesperada consigo mismo.

Noah empujó al hombre enmascarado hacia el banco bajo el que antes había colocado a Elvis. Después de haber cerrado desde dentro las puertas, se sentó frente a su secuestradora encadenada.

—¡Conduce! —le gritó a Oscar, que se había situado ante el volante musitando palabras incomprensibles. Su cuerpo corto y su enorme cabeza rizada le daban el aspecto de un osito de peluche que apenas llegaba al salpicadero.

—¿Hacia dónde? —preguntó Oscar y arrancó el motor. Su voz sonaba mecánica.

«Típico de personas en estado de *shock*».

La furgoneta vibró. El olor a gasolina se mezcló con el de disolvente de pintura.

—Te lo diré enseguida. Por ahora busca una salida de esta obra, pero no la salida principal. Tiene que haber una apartada de la Centraal Station.

«Si no, no habrían elegido la obra para aparcar su vehículo de fuga. Seguro que no planeaban quedarse atrapados en el atasco conmigo dentro».

La furgoneta se puso en marcha a trompicones. Se bamboleaba como un coche de caballos debido a las irregularidades del terreno fangoso. Las cadenas de metal a las que tendrían que haber estado atados Noah y Oscar golpeaban la pared desnuda del vehículo.

—Dígame cuál es nuestro destino —exigió Noah a la mujer. Daba la impresión de haberse controlado un poco, pero de todas formas, con esa postura forzada, le resultaba difícil parecer calmada. Las cadenas eran tan cortas que sus manos esposadas colgaban junto a su cabeza.

—¿Qué pretende hacer, Rambo? ¿Dispararme si no se lo digo?

Los bancos de la furgoneta estaban tan juntos que Noah solo tuvo que inclinarse ligeramente hacia delante para cachear a la mujer.

Su cuerpo bajo el plumífero era huesudo al tacto. Los pechos, los cuales se dejó palpar sin pestañear, tenían una firmeza artificial y posiblemente estaban operados.

Aparte del móvil con el que había establecido la conexión con Celine, no llevaba nada consigo. Ningún arma. Ningún objeto personal que permitiera sacar conclusiones sobre su identidad.

Noah cogió la ametralladora, que había dejado un momento sobre el banco, y apuntó con su cañón directamente hacia la rodilla de la mujer.

—¿Quién es usted?

—Celine me llama Amber, al parecer le recuerdo a una antigua compañera de colegio. Puede utilizar ese nombre si quiere, es tan bueno como cualquier otro.

La furgoneta redujo la velocidad. Noah miró hacia delante y vio que el camino sin asfaltar pasaba junto a una zanja.

—De acuerdo. Si responde a mi siguiente pregunta de forma tan insuficiente, Amber, le dispararé en la rodilla.

—¿Y qué es lo que quiere saber?

—Empecemos por el principio: ¿para quién trabaja? ¿Para el Club Bilderberg? ¿Para Room 17?

El interés hizo que los ojos se le encendieran.

—¿Es eso lo que recuerda?

—Oscar me ha hablado de ello.

—Entonces no puedo hacer ningún comentario al respecto.

Noah disparó.

No a la rodilla. Eso apenas le habría dejado margen para intensificar la tortura. Por el momento se había conformado con destrozarle a Amber el dedo meñique del pie a través del zapato de tacón.

«Consecuencias mínimas. Máximos resultados».

Amber abrió mucho los ojos cuando el dolor arrasó su cuerpo como una ola de ácido. Gritó. Al igual que Oscar, que pisó el freno a fondo, al tiempo que Amber se estremecía sujetándose a las cadenas. Y lanzó un chillido desgarrador.

—¿Qué has hecho? —exclamó Oscar conmocionado. En su mirada había algo más intenso que simple horror: repugnancia.

«Lo que he hecho es no perder el tiempo».

—¡Sigue conduciendo! —le gritó Noah. Tuvo que chillar porque de lo contrario no habría podido hacerse oír por encima de los aullidos agónicos de Amber, que aumentaron cuando le quitó el zapato.

—¿Cómo has podido...?

«¿Disparar a una mujer que hace tres minutos ha ordenado que te mataran?».

Noah no reaccionó a los reproches de Oscar. Tenía que concentrarse completamente en el objeto de su interrogatorio.

—Bueno, comencemos de nuevo —dijo cuando los gritos de dolor de Amber se transformaron en un gimoteo ahogado y torturado—. ¿Para quién trabaja?

—Esho, esho... —Su boca se había llenado de saliva y seseaba al hablar—. Esho no puedo decírshelo.

El tormento que estaba sufriendo desfiguraba su hermoso rostro en una mueca horrible. La frente le comenzó a sudar. Era evidente que no se atrevía a apoyar el pie herido, ni siquiera el talón. La sangre le resbalaba por él hasta el suelo de chapa de la furgoneta.

—Conduce de una vez —le gritó a Oscar, que finalmente obedeció, aunque entre protestas.

—Estás loco. Te has vuelto completamente loco.

«Me lo dice el hombre que vive en un túnel del metro».

Por lo menos el disparo parecía haber disipado el velo del trance en el que había estado sumido Oscar hasta entonces. Su actitud ya no era indiferente, su voz ya no era monótona. Todo lo contrario: estaba furioso, y lo expresaba en su manera de conducir. El vehículo se bamboleaba todavía más debido a la velocidad, notablemente mayor.

—¡Y al parecer yo también me he vuelto loco!

Noah se volvió hacia Amber, levantó el dedo índice y lo acercó peligrosamente a donde había estado su dedo meñique.

—¡No! —gritó, y trató de encoger la pierna.

—Entonces dígame quién soy y qué quiere de mí.

Noah dejó el dedo en el aire a modo de amenaza.

—Ashi... —Tragó saliva, entonces habló con más claridad, a pesar de que le costaba respirar—. Ashi no esh como funcionan lash coshash.

—¿Por qué?

—Porque ushted..., porque ha perdido su memoria episódica a largo plazo.

—¿Qué significa eso?

Ella tragó saliva otra vez, después se secó el sudor con el dorso de la mano. Su pie seguía suspendido en el aire.

—Su conocimiento objetivo está intacto, ¿verdad? El ámbito procedimental también, es decir, el área de su cerebro en el que se almacenan patrones de comportamiento complejos.

«¿Como por ejemplo cómo matar? ¿Cómo torturar? ¿Cómo atormentar?».

—Es solo a su pasado personal... —tosió y tuvo que interrumpir brevemente su exposición—... a lo que no puede regresar. Nosotros opinamos...

—¿Quién es «nosotros»?

Cerró los ojos, trató de controlar su respiración mientras otra oleada de dolor parecía recorrerla.

—A eso quiero llegar. No puedo decirle quiénes somos o quién es usted porque debe averiguarlo por sí mismo.

Noah tocó el muñón de su dedo. Lo hizo suavemente, pero eso ya provocó la misma reacción que hubiera tenido una persona sana si le hubieran arrancado una uña del pie.

—Nooooooooo... —resolló como un perro. Estiró de las cadenas. Jadeó palabras incomprensibles. Noah miró de nuevo hacia delante, identificó una flecha verde en una señal que le recordó a un símbolo de salida y le indicó a Oscar que tomara esa dirección.

—Bueno, otra vez desde el principio —declaró cuando Amber pareció ser capaz de nuevo de pronunciar palabras medianamente inteligibles—. Dígame todo lo que quiero saber.

—No —gimió.

—¿No?

Esta vez acercó la punta de la ametralladora al radio de dolor de su dedo destrozado.

—Escúcheme, por favor. Cualquier información que le dé bloqueará su propia actividad mental. Debe recordarlo usted mismo. —Amber prácticamente escupía las frases. La saliva le salpicó en la cara como antes había hecho la sangre de los dos asesinos.

—¿Recordar qué?

Para su asombro, ella le dio una respuesta, aunque no fuera satisfactoria:

—Información que necesitamos rápida y urgentemente.

—¿Se trata de un vídeo?

Su mirada se encendió de nuevo.

—¿Eso también se lo ha dicho Oscar?

—Lo he soñado —admitió.

«Si quieres información franca, tú también tendrás que ser sincero».

Por un momento de irrealidad se preguntó si Amber también oía la voz de su cabeza. Por alguna razón esta intentaba sonreír.

—Bien, muy bien —dijo, jadeando aún con fuerza—. Entonces parece que los desencadenantes sí que están funcionando.

No hizo falta que le explicara a Noah de qué estaba hablando. La suite, la maleta, los pasaportes, la reserva del tren; le habían presentado aperitivos de su pasado con la esperanza de obtener recuerdos de la cantera sepultada de su memoria.

—¿Y qué se proponía usted?

«¿Si Elvis aún respirara y el hombre enmascarado aún parpadeara? ¿Si yo estuviera en su lugar?».

—Teníamos un plan detallado en caso de que usted reapareciera —dijo con dificultad—. El primer paso era sacarlo de la ciudad inadvertidamente antes de que le mataran.

Noah botó del asiento debido a una ondulación del terreno sobre la que condujo Oscar. Amber tampoco pudo mantener el equilibrio y apoyó el pie sin querer. Gritó tan fuerte que Oscar se volvió sin dejar de conducir.

—Bien. Paso uno completado, estoy en Ámsterdam. ¿Cuál era el paso dos de su plan? —prosiguió Noah con el interrogatorio.

—Debíamos llevarlo a un bungalow —respondió gimiendo—. En el bosque.

—¿Para que recordara algo allí?

—Ni idea. —Amber tragó saliva, se pasó la mano otra vez por la frente y esparció el sudor. Noah descubrió un pequeño grano en el nacimiento del pelo, el primer defecto de su cuerpo, sin contar el dedo destrozado por el disparo.

»Estoy al corriente de muchos procedimientos, pero no de todos. No sé lo que iba a pasar allí exactamente. El destino exacto solo se nos comunicó después de haber aterrizado.

«El destino».

Noah se rascó pensativo el nacimiento del pelo en la nuca y observó la ametralladora en su mano derecha.

«Cinco muertos. Una periodista retenida. Secuestrada en un vuelo nocturno que ha atravesado el Atlántico, organizado en el último momento desde Estados Unidos».

—Debe de tratarse de una información increíblemente importante, teniendo en cuenta el despliegue que están llevando a cabo.

Amber cerró los ojos con fuerza, pero esta vez no era de dolor.

—No tiene usted ni idea —dijo.

Noah asintió.

—Precisamente ese es mi problema.

«No tengo ni idea. Ni la más mínima idea».

—¿Dónde está exactamente esa casa?

Amber le miró a los ojos en silencio.

Él hizo como si quisiera dar otro golpe a su muñón ensangrentado, pero no fue necesario.

—Está bien, está bien —exclamó—. A un lado de la radio hay un botón. En la parte exterior izquierda. Lleva inscrita la palabra NAV.

—¿El sistema de navegación?

—Sí.

Amber hablaba tan fuerte que Oscar también la oía.

—Encienda el navegador. El destino está guardado.

«Dolor de garganta».

¿Eran imaginaciones tuyas o era real? Altmann no estaba seguro. En los últimos años se despertaba cada vez más a menudo por la mañana con síntomas que de tanto en tanto resultaban ser indicios de un resfriado, pero que la mayor parte de las veces no eran más que efectos secundarios inofensivos de la edad. Como por ejemplo el mal aliento matutino, que cada vez era más fuerte.

«Una pena no estar en mi cama ahora».

Altmann sacó la lengua ante el espejo del baño. La tenía cubierta de mucosa, pero ¿acaso no era así siempre?

—¿Dónde está usted ahora? —preguntó la voz en su oído.

«Probablemente en el infierno es donde estoy, pero enseguida lo sabré con más exactitud».

Se abrió la chaqueta. La prenda, elaborada a medida, disponía de un bolsillo con cremallera hábilmente escondido que no formaba bultos visibles desde el exterior cuando estaba lleno.

—Estoy en el baño de un restaurante chino, a unos quinientos metros de la estación.

Cuando Altmann se había bajado del tren y había visto la multitud tras las barreras, había corrido directamente por las vías hacia el sur, pasando junto a los obligatorios almacenes destartados, hacia un tren de lavado para vagones, tras el cual se había deslizado a través de un agujero en la valla metálica. Después de otros cien metros, que había recorrido cruzando un aparcamiento ocupado solo por coches nuevos, había llegado a una calle adoquinada con edificios que solo podrían mejorarse con una bola de demolición. La mayoría de las tiendas y restaurantes estaban cerrados, incluso el local de máquinas tragaperras que en teoría permanecía abierto las veinticuatro horas, a pesar de que esos polos de atracción de pobres diablos normalmente eran los últimos en caer víctimas de la guadaña de la recesión.

Tablas de madera atrancaban las ventanas de las tiendas de importación, las puertas de las casas de alquiler se habían transformado en espacios salvajes para anuncios. Los grafitis eran las únicas notas de color en aquel entorno desolador, tan abandonado que un hombre que se tapaba la boca y la nariz con un pañuelo manchado de rojo no desataría el pánico.

—Estoy solo —añadió Altmann y sacó un lápiz negro del bolsillo. Era el único cliente en el «Lee Wah». La anciana pareja de chinos tras el mostrador ni siquiera había pestañeado cuando había dejado diez euros sobre la mesa, había pedido una cerveza y se había retirado al lavabo. De sorprenderse, lo habrían hecho porque alguien hubiera entrado en su local.

—¿Fiebre? —preguntó la voz.

—Estoy en ello.

A Altmann le sudaban los dedos cuando apoyó en su frente la punta del lápiz, que a primera vista parecía un simple bolígrafo. No le gustaban esos chismes de James Bond, y no había utilizado más de tres veces el HPX5, como se llamaba oficialmente aquel dispositivo multifuncional. Además de un termómetro, incluía un medidor de radiactividad y una cámara HD en la pinza.

Esperó al pitido.

—Temperatura: 38,2 grados —comunicó el resultado a la jefatura de operaciones.

—Elevada —comentó la mujer—. No tiene por qué significar nada.

«Sí. No tiene por qué. Pero puede».

Apoyó la cabeza en la nuca, en un ángulo que le permitía examinar el interior de sus fosas nasales. Los pelillos habían formado una costra roja, pero no parecía que saliera más sangre. Antes, en el lavabo del tren, había arrancado la mitad del papel del dispensador pensando que aquello no pararía nunca.

—¿Dónde está el servicio de coordinación más cercano? —preguntó Altmann, y tragó saliva. El picor de garganta no había mejorado.

«¿Dónde puedo hacerme la prueba?».

—¿Ha tomado su medicamento?

Como miembro del servicio público (aunque fuera de forma no oficial), había sido uno de los primeros en disponer de ZetFlu.

—Por supuesto —confirmó Altmann.

«Y no solo ese».

No era especialmente hipocondríaco, pero cuando se trataba de medicamentos, estaba más de acuerdo con la máxima «más es más» que con la de «confía en la capacidad de autocuración de tu cuerpo».

—Tres al día. Durante dos semanas.

—¿Cuarenta y dos pastillas? —preguntó la mujer. Sonaba irritada.

—Sí.

—Pero solo le habíamos suministrado veintiocho, ¿no?

Era cierto. Pero en el prospecto decía que se podían tomar hasta tres pastillas al día con las comidas. Su dosis oficial solo habría bastado para las mañanas y las noches, así que había pedido a su vecino de Washington que le consiguiera el preparado original de ZetFlu a su cuenta.

«Más es más».

El mismo médico que le había estropeado la fiesta hablándole de endoscopias.

«Dios, juro que dejaré que me meta lo que sea por el culo si todo esto no es más que una estúpida coincidencia».

Altmann explicó a la voz cómo había obtenido las pastillas adicionales.

—¿Eso significa que ha entrado en contacto con medicamentos destinados a la población normal?

«¿Población normal?».

Tragó saliva. La garganta le dolía con bastante más intensidad que al principio de la conversación.

—¿Hay alguna diferencia?

Altmann recordaba vagamente el escándalo que se había producido durante la epidemia de la gripe porcina algunos años atrás, cuando se había descubierto que altos cargos políticos y miembros del ejército habían recibido una vacuna de mejor calidad que el resto de la población. Entonces se había tratado del adyuvante, que en la versión barata causaba más alergias.

—¿Es que hay otra vez un medicamento para pacientes privados y otro para los de la seguridad social? —trató de bromear.

—Responda a mi pregunta, Adam. ¿Ha tomado pastillas diferentes de las que le dimos nosotros?

—Sí, pero no entiendo...

La voz de la mujer perdió entonces toda emoción. Cuando pronunció sus últimas frases, fue como si un viento helador hubiera soplado a través de la línea.

—En ese caso ya no puedo hacer nada más por usted.

—¿Cómo dice? ¿Y eso qué significa?

—Ahora está solo. Que le vaya bien, Adam.

Oyó un chasquido en su oído, después una breve interferencia, y finalmente no oyó nada.

—¿Hola? Eh, ¿me oyen?

Nada. La conexión se había interrumpido. Silencio.

Altmann no oía nada más que un goteo monótono.

Miró consternado el lavabo sobre el que se apoyaba.

Su nariz había empezado a sangrar otra vez.

En otras circunstancias a Celine le habría gustado la casa. Rodeada por un denso grupo de robles, parecía haber sido construida con la madera que el bosque ofrecía.

El viaje en coche desde el pequeño aeropuerto privado, cuya pista de aterrizaje había parecido demasiado pequeña para su jet al acercarse desde el aire, había durado solo veinte minutos.

No se habían tomado la molestia de vendarle los ojos. Tampoco había tenido que meterse en el maletero, sino que había podido sentarse normalmente en el asiento trasero de la limusina negra. Únicamente habían vuelto a utilizar las bridas, y además las puertas estaban cerradas desde dentro, para que no pudiera saltar del coche en los cruces o más tarde, después de girar hacia el camino forestal.

Era evidente que Amber ya no creía que en ningún momento ella tuviera oportunidad de informar a alguien de este secuestro. Hacía tiempo que Celine había superado la fase de preocuparse por ello.

Estaba sentada en un sofá, con las manos esposadas por las muñecas sobre el regazo, en el salón de un bungalow de una planta, ante una chimenea que ardía acogedora. Detrás de la cocina cerrada parecía haber más habitaciones, y Amber había prohibido estrictamente a sus guardianes entrar en ellas.

Celine oía el viento vibrar entre las tablas. Creyó distinguir en el movimiento de las llamas que fuera había comenzado a nevar de nuevo, pero no estaba segura.

Las persianas opacas de las ventanas le bloqueaban la vista hacia un abeto majestuoso que había descubierto al llegar a la vía de acceso.

«El árbol de Navidad perfecto», había pensado y había recordado con melancolía las últimas fiestas: las primeras en las que su padre se había dejado ayudar para poner la guirnalda de luces en el tejado de la casa. Había puesto como excusa el lumbago, porque en su cabeza eso sonaba mejor que admitir que el reuma ya no le permitía subirse a la escalera.

Celine se preguntó quién estaría cuidando de su padre en ese instante, cuando sus miembros se hubieran enfriado y entumecido después de tantas horas sentado en las sillas metálicas del aeropuerto, y si tendría consigo las pastillas para el corazón. Al fin y al cabo solo había querido recoger a su hermano y no se había preparado para una estancia prolongada.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó por segunda vez su vigilante. Era joven, no más de veinte años, calculó Celine. La pistola con la que le apuntaba de vez en cuando parecía una mancuerna en su mano. Demasiado pesada para el muchacho.

«Muchacho». Sí, esa era la palabra adecuada para el mocoso, que llevaba una camisa ajustada y vaqueros pitillo, y parecía algo perdido. Llevaba un tatuaje (una pulsera en forma de alambre de espino que daba una vuelta a su muñeca derecha),

pero daba la impresión de ser una pegatina y le hacía parecer más fantasma. Lo mismo sucedía con su pelo negro, al que había dado forma con gel, rapado hasta las sienes y a partir de allí despeinado en todas direcciones. Al menos no tenía granos ni pelusa en el labio superior, que habrían encajado con su aspecto general. De todas formas olía a sudor como un adolescente en la pubertad después de una clase de gimnasia.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Celine, y estiró las manos esposadas por encima de su cabeza. No estaba cansada. Lo único que quería era que el muchacho le mirara los pechos hinchados, que en aquella postura se dibujaban mejor a través de su blusa—. ¿Hace mucho que te dedicas a esto?

—Eso no le importa.

Ella notó que le molestaba que le interrogara como a un mocoso. Al mismo tiempo no sabía cómo exigir el respeto necesario sin resultar ridículo.

—¿Tienes mucha experiencia ya? —preguntó ambiguamente mientras abría las piernas. No llevaba falda, pero el gesto era inequívoco.

—Cierre el pico —ordenó el muchacho.

Celine percibió satisfecha que le ponía nervioso, tal y como demostraban el temblor de su párpado y los movimientos inquietos.

«Y el nerviosismo es la madre de la imprudencia».

Lo único que quería era que el arma estuviera a su alcance. Su plan todavía no iba más allá.

—Hace mucho que no he tenido sexo —dijo impulsivamente, y cerró los ojos.

«Ha sido demasiado rápido. Y demasiado obvio».

La pausa entre ambos, interrumpida únicamente por el crepitar de la chimenea, se alargó, y Celine estaba segura de haberlo estropeado todo, cuando de pronto el olor a sudor se intensificó.

Abrió de nuevo los ojos. El muchacho se había acercado. Ella le sonrió. El labio inferior del muchacho tembló al hablar, como si estuviera tiritando.

—¿No estaba usted embarazada? —preguntó receloso.

La verdad era que desde que habían aterrizado ya no sentía a su Puntito. Otra cosa más sobre la que no quería pensar.

—¿Nunca has oído hablar de las hormonas? Ahora mismo están explotando en mi cuerpo. Y eso le puede poner a una bastante cachonda.

La sonrisa de Celine adoptó un matiz lascivo.

—¿No has oído lo que te ha dicho tu jefa antes?

«Espero que volvamos a tiempo, antes de que el mundo se acabe». Con esas palabras había salido Amber del bungalow en el bosque junto con los dos sicarios que se habían bajado del avión con ellas, y la había dejado a solas con el muchacho.

«¿Cuánto hará de eso? ¿Cuatro horas?». Esperaba que tardaran un poco más en

llegar.

Le guiñó el ojo al chico:

—¿No crees que deberíamos aprovechar cada minuto de la vida que nos queda?

Celine se lamió los labios y esbozó su sonrisa más sensual. Nunca antes se había sentido tan puta. Y nunca antes había tenido tanto miedo.

Miedo justificado.

A pesar de todo parecía que el muchacho caía en sus redes.

«Está funcionando, ay Dios. Se está abriendo la camisa».

—¿Lo dice en serio, señorita?

«Oh, sí. Muy en serio».

—Por supuesto, pequeño. Divirtámonos un poco. Nadie tiene por qué saberlo, ¿no?

El muchacho sacó un monedero que llevaba colgado del cuello bajo la camisa.

—De acuerdo, espera un momento —dijo él—. Lo tengo todo aquí.

«¿Condomes? ¿Realmente es tan inocente? Quizá pueda ponérselo yo y al hacerlo...».

No. No podría.

Porque no eran preservativos lo que guardaba allí. Sino una bolsita con...

«Oh, Dios mío. No».

... un polvo blanco, cuyo contenido vertió entre el pulgar y el índice. Se llevó la mano a la nariz, aspiró fuertemente y:

—Ahhhhhh.

Sus ojos rodaron, todo su cuerpo vibró. Dio un golpe con el pie y exclamó como poseído:

—Sí, sí. Joder, cojonudo. —Con cada palabra pateaba más fuerte. Al mismo tiempo se golpeaba el muslo una y otra vez con el arma que tenía en la mano y se reía. Al final se detuvo bruscamente.

«Madre de Dios».

Cuando miró de nuevo a Celine, era otra persona. La cocaína, o lo que fuera que se había metido en sangre a través de las mucosas de la nariz, lo había transformado.

«Como la luna llena a un hombre lobo».

—Está bien, puta. Como quieras.

Se colocó ante ella. Del agujero izquierdo de su nariz le caía moco.

Celine reculó, miró hacia los utensilios de la chimenea, que estaban demasiado lejos de ella. Sacudió sus muñecas y sintió la sangre que se filtraba a través de los cortes que la brida le había hecho en la piel. Sintió miedo.

—¿Cómo de duro te gusta?

«Dios mío. He soltado al perro guardián».

Se había equivocado. El hombre que tenía delante no era un muchacho. Tampoco

era inexperto. Aquello que ella había interpretado erróneamente como nerviosismo e inseguridad, el temblor y el sudor, eran en realidad síntomas del síndrome de abstinencia.

—Bueno, entonces te daré lo tuyo, puta —dijo, y aspiró por la nariz con una sonrisa.

El secuaz, que de pronto había envejecido varios años y tenía ahora una apariencia brutal, se abrió los pantalones.

—Contigo y con el feto amorfo de tu tripa, este será mi primer trío de la semana.

Noah, Oscar y la mujer a la que llamaban Amber ya llevaban casi tres horas de viaje. En circunstancias normales, es decir, sin carreteras cortadas, atascos y desvíos por las manifestaciones, habrían recorrido el trayecto en menos de la mitad de tiempo. Pero ya habían necesitado un cuarto de hora solo para que Oscar encontrara una salida adecuada de la obra. De todas formas el aburrido portero ni siquiera había levantado la vista de su televisor al abrir la barrera para la furgoneta desde su contenedor.

Así habían salido sin problemas al extremo de un estrecho callejón sin salida, y posiblemente habían rodeado el principal atasco que había en torno a la estación.

A partir de aquí el navegador recibía de nuevo una buena señal de satélite y les había indicado la ruta guardada: hacia la pequeña población de Oosterbeek. A un camino forestal sin números, situado a algo más de noventa y cinco kilómetros al sureste de Ámsterdam.

—¡Lo sabía! —había celebrado Oscar al leer el destino del viaje en la pantalla.

«Oosterbeek». *El arroyo del este.*

Aquello alimentaba sus teorías de conspiración, y lo hacía con una información que a Noah le resultaría difícil tachar de inmadura: lo perseguían personas poderosas, influyentes y por lo visto muy ricas.

«¿El Club Bilderberg? ¿Room 17?».

Al parecer el problema era un vídeo por el que merecía la pena matar.

«¿De una de las conferencias?».

Grabado por un virólogo. Un científico en cuyo cuerpo estaba atrapado sin recordar nada.

«Pero sí el muerto del Adlon».

El viaje, durante el cual Noah había intentado ordenar sus pensamientos, había transcurrido mayormente por autopistas y con relativa falta de espectacularidad. Desde la zona de carga sin ventanas no había podido ver mucho de la zona por la que habían conducido hasta entonces. Cada vez que había mirado hacia delante, el paisaje ante la furgoneta no parecía haber cambiado nada: por todas partes había nieves, árboles y campos extensos.

«Y coches. Muy cerca unos de otros».

Fuera de Ámsterdam las carreteras también estaban más llenas de lo habitual. Oscar no había tenido ninguna oportunidad de superar la velocidad máxima permitida, en algunos tramos incluso había tenido que reducir la marcha a la velocidad del paso también en el carril de adelantamiento, si bien es cierto que manejaba el tráfico con un dominio sorprendente.

«Las ratas abandonan la ciudad que se hunde», pensó Noah, y miró a Amber. Se había quedado dormida sentada de puro agotamiento. Su barbilla estaba apoyada

sobre el esternón, la saliva le goteaba de la comisura de los labios sobre el cuello de piel de su abrigo.

Antes le había soltado las esposas para curarla mejor con los vendajes del botiquín de primeros auxilios (que Oscar había encontrado bajo su asiento después de una larga búsqueda). Había dejado de perder sangre, pero necesitaba que un profesional le mirara la herida urgentemente. Y una tonelada de analgésicos en cuanto se despertara, lo que podía suceder en cualquier momento.

Sus párpados ya temblaban, la respiración era cada vez más irregular y la mano izquierda parecía estremecerse al ritmo de la canción que sonaba en la radio en ese momento; un éxito inapropiadamente alegre de un grupo holandés cualquiera que estaba poniendo de los nervios a Noah, pero bastante difícil era ya encontrar una emisora en la que no hablaran sin parar. La mayoría interrumpía sus programas cada dos minutos para dar avisos, y disparaban noticias urgentes una tras otra. A pesar de que Noah solo entendía una de cada tres palabras, estaba seguro de que los locutores se repetían constantemente.

«Manila. Gripe. Cuarentena. ZetFlu».

La noticia más reciente era la evolución de la escasez pronosticada de medicamentos. Al parecer había un antídoto efectivo que, sin embargo, no estaría disponible para cubrir el suministro a toda la población hasta el día siguiente al mediodía. Las farmacias y las clínicas que ya lo dispensaban tenían que soportar un auténtico estado de sitio a causa de la afluencia de ciudadanos preocupados. El presidente de Estados Unidos se disponía a dirigir un discurso a la nación. Si Noah había entendido bien las noticias, en algunos lugares ya se habían producido peleas y tumultos. Uno de los reporteros había pronunciado incluso las palabras «guerra civil».

«Muchas personas. Demasiadas personas».

Cerró los ojos y se preguntó por qué de pronto su memoria funcionaba tan bien de nuevo, aunque solo fuera en relación a las frases que Oscar había plantado en su mente pocas horas antes. «Al parecer, a finales de los setenta se escindió del Club Bilderberg una agrupación a la que el planteamiento para solucionar el problema de la superpoblación no le resultaba lo bastante radical».

¿Era posible que él formara parte de ese grupo?

«¿Quizá por eso no querían matarme inmediatamente? ¿Porque soy uno de ellos?».

¿Sería su amnesia realmente un efecto secundario de las sustancias peligrosas con las que había experimentado, y no una consecuencia de la herida de bala? ¿Había proporcionado un arma biológica a Room 17, si es que ese grupúsculo radical escindido del Club Bilderberg existía en realidad?

«¿Y por eso sé pelear tan bien? ¿Porque no solo soy un científico, sino también

un asesino en masa?».

Sintió que Oscar pisaba el freno mientras oía de nuevo la voz del espejo de su sueño:

«No soy un asesino. Soy algo mucho peor. No existe palabra que me defina».

Noah cerró los ojos con la esperanza de silenciar las voces de su cabeza, pero sucedió todo lo contrario: los retazos de recuerdos comenzaron a chocar unos contra otros como vagones de maniobras.

«¿Puedo quedármelo? / No se puede deshacer lo que he hecho. Es demasiado tarde. /... no me queda tiempo para esconder el vídeo... / Roma. Ámsterdam. Mombasa. ¡Aquí está la salvación!».

—Quedan cinco minutos —gritó Oscar desde delante, y bostezó. Noah abrió los ojos y regresó al presente.

Tenía la boca seca, así que buscó en su bolsillo el terrón de azúcar que se había llevado antes del vagón restaurante y dio con el billetero de Oscar. Lo sacó para pasárselo hacia delante, al hacerlo se abrió por la mitad y Noah pudo ver las ranuras para las tarjetas de crédito.

«Nada».

Ni carnés, ni papeles, ni tarjetas.

«Como era de esperar».

El compartimento para las monedas también estaba vacío. Solo ahí donde normalmente se guardaban los billetes asomaba la esquina de una funda transparente. Noah, al que se le había despertado la curiosidad, sacó el sobre y observó las manoseadas fotos a través del celofán.

«La misma expresión melancólica».

Noah reconoció inmediatamente a la mujer. Era el rostro que Oscar llevaba al cuello en su amuleto. El retrato que besaba todas las noches antes de dormir.

Sacó la foto más grande de la funda para ver si había alguna fecha apuntada en el reverso, y se quedó helado.

Su mirada se dirigió hacia la nuca de Oscar.

«¿Qué significa esto?».

Noah giró la foto. Y una vez más, para mirar de nuevo la parte de atrás.

«Esto no es una foto».

Al menos no era una foto de la mujer de Oscar. A no ser que Manuela trabajara como modelo y no como médico.

Examinó los bordes de la imagen y confirmó su sospecha. La foto había sido recortada con cuidado de un catálogo de venta por correo. Solo así podía explicarse el anuncio de ropa interior femenina que cubría el reverso. Únicamente podía leerse un tercio del anuncio, el resto había caído víctima de la tijera.

La mirada de Noah saltó de nuevo hacia delante, entonces comprobó rápidamente

las demás imágenes. El mismo resultado. Dos de ellas eran de un catálogo, una de una revista; con seguridad de una revista femenina, como parecía sugerir un anuncio rasgado sobre el maquillaje de primavera perfecto.

Noah se guardó de nuevo la cartera y buscó su arma con la mano.

«¿Quién eres?», se preguntó en silencio mientras Oscar detenía el vehículo.

—Hemos llegado —le oyó decir. Se encontraban en un acceso que salía directamente de la carretera comarcal. Los neumáticos habían dejado huellas en la nieve. El estrecho camino, apenas lo bastante amplio para su furgoneta, giraba a cincuenta metros rodeando un pino de gran altura. El último tramo ya no estaba marcado, la banderita de destino ya ondeaba en la pantalla. Noah supuso que detrás del árbol ya no quedaría mucho hasta la casa en la que le esperaban sus recuerdos, según Amber.

—¿Y ahora? —preguntó Oscar con el motor encendido.

«Ahora debería contrainterrogarte», pensó Noah.

Tenía una sospecha. De hecho estaba bastante seguro de que tenía razón, pero decidió posponer la cuestión de la verdadera identidad de Oscar y ocuparse de Amber por el momento, que en esos instantes volvía en sí.

De pronto paró. El gruñido, la respiración jadeante, la risita lasciva. En el momento en que le había bajado las bragas hasta las rodillas y le había agarrado la entrepierna, se había detenido. Solo el olor a sudor («su hedor insoportable») seguía allí. Como hasta entonces. Al igual que la presión que oprimía su cuerpo.

Celine estaba tumbada sobre la alfombra delante del sofá (su guardián la había levantado del sillón de los pelos), las manos esposadas cruzadas sobre los senos, justo debajo del pecho del hombre tumbado sobre ella. Que ya no gruñía. Que ya no jadeaba. Que ya no se reía entre dientes.

«¿Qué pasa? ¿Qué se propone?».

Desde que se había metido esa cosa por la nariz, su vigilante había actuado como poseído por un demonio. Le había desgarrado la blusa, le había metido mano, se había sacado el pene de la cremallera y se había escupido en la mano. Al principio se había enfurecido porque su miembro no quería ponerse duro, entonces se había echado a reír otra vez y había sacado una píldora azul del bolsillo de su pantalón.

«¿Viagra?».

Celine no sabía mucho de drogas ni de medicamentos para la potencia sexual, y estaba demasiado preocupada por su bebé para pensar en ello. Desde el principio del embarazo, su bajo vientre era mucho más que su zona íntima. Era el reino de Puntito. La vagina era su entrada. El asco y la repugnancia que le provocaba la idea de que un extraño se abriera paso allí abajo con violencia eran insuperables.

Sin embargo, ¿qué podía hacer después de haber sido tan estúpida de abrir la caja de Pandora? ¿Cómo habría podido evitar que el tipo le abriera las piernas y restregara su pene, aún flácido, contra su vulva?

Había dejado la pistola sobre una silla, a dos pasos de distancia, es decir, en un universo fuera del alcance de Celine. Puede que su delgado cuerpo aniñado, casi andrógino, no pesara más de sesenta kilos, pero ahora que se había distendido como un saco mojado, daba la impresión de pesar el doble.

«Es una trampa. Se está haciendo el muerto».

El miedo la paralizó. No se atrevía a moverse. No quería decir nada. ¿Qué iba a decir? «Eh, usted. ¿Por qué ha parado de violarme?».

Daba por sentado que tendría un pérfido plan. O que simplemente la quería maltratar con su malvado humor de poseído.

No contaba con tener suerte.

«La suerte es para los vagos, ese es tu lema, ¿no, papá?».

Celine volvió la cabeza hacia la izquierda y no vio nada más que pelo.

«Pelo asqueroso embadurnado en gel».

La cabeza de su guardián colgaba sobre su hombro derecho, su boca directamente

en su cuello, como la de un vampiro a punto de morder a su víctima.

Y ahí notaba algo caliente. Algo húmedo.

«¿Baba?».

Sintió náuseas peores que las matutinas, que ya le resultaban familiares, ya que el olor a sudor las intensificaba.

Celine se atrevió a realizar un primer intento vacilante y empujó con los dos puños el tórax de su guardián, esperando que aquel ser perverso se despertara. Pero no sucedió nada.

«¿Será posible que...?».

Había oído varias historias de hombres que habían sufrido un infarto durante el sexo, pero el muchacho era demasiado joven para eso. Por otro lado había tomado drogas. Coca y Viagra. «O algo peor».

Celine no quería abusar de su suerte, al fin y al cabo ya era un avance no tener que notar cómo se frotaba contra su entrepierna. Sin embargo, la baba le estaba resbalando por el cuello, y el peso del saco de arena («¿peso muerto?») sobre su cuerpo le daba la sensación de haber sido enterrada viva.

«¿Estará inconsciente?».

La esperanza creció en su interior, y con ella la voluntad de liberarse de una vez de aquella carga repugnante. Empujó el torso del hombre hacia arriba y rodó para apartarse de él.

Ya se había movido una buena distancia cuando las fuerzas amenazaron con fallarle, sencillamente porque el asco era demasiado intenso: el cuerpo blando del chico flotaba sobre el suyo, los labios semiabiertos rozaban su frente. La saliva le goteaba en la cara. Pero entonces hizo un esfuerzo y apartó el peso («el peso muerto, por favor, Dios, haz que esté muerto») con todas sus fuerzas hasta que el cuerpo cayó hacia un lado. Se produjo un ruido sordo cuando el cogote del hombre golpeó el suelo, como si un libro se hubiera caído de una estantería, entonces fue libre.

Celine jadeó para recuperar el aliento. No se había dado cuenta hasta ahora de que el esfuerzo no le había permitido respirar. Debido a la falta de oxígeno, sentía un zumbido tan fuerte en sus oídos que ya no oía el crepitar de la chimenea.

«Pero el hedor sigue ahí. Cielos, ¿por qué sigo oliendo el sudor?».

Se apoyó para incorporarse, se volvió hacia el hombre que casi la había violado, y al ver sus ojos abiertos como platos, sin pestañear, sintió la necesidad de huir. Si antes se había planteado buscarle el pulso, ahora solo quería marcharse. Lejos de él.

Intentó levantarse, pero el agotamiento la mantuvo en el suelo, con las rodillas y las manos apoyadas en la alfombra.

«A cuatro patas». Recordó un pie de imagen acerca de las posturas del parto en uno de sus libros sobre el embarazo. Sin embargo, estaba muy lejos de traer vida al mundo en esta postura («¡con las muñecas esposadas!»). Más bien al contrario. No

tenía la menor duda de que si no llegaba rápidamente hasta la silla («¡hasta la pistola!») perdería una vida.

La suya.

Celine gateó por el salón de espaldas a la puerta, hacia la silla, y dio por sentado que llegaría demasiado tarde. Que no podría rodear la empuñadura de la pistola con los dedos con la rapidez suficiente. Que echaría la mano al aire porque el violador volvería en sí y se adelantaría a ella. Por eso fue aún más liberadora la sensación de tener de pronto el arma en la mano. Pesada. Fría. Espantosa. Como la respiración tras ella.

Se volvió y gritó.

«Lo sabía. Dios mío. Si es que lo sabía».

No estaba muerto. Solo dormido. Brevemente dormido.

«Demasiado brevemente».

Estaba despierto de nuevo, aunque seguía algo aturdido.

—¿Qué...?

Celine dobló el dedo.

La mente de su guardián se aclaró con una rapidez inesperada. Se levantó de un salto.

Celine cerró un ojo. Se mordió el labio. Vio que la cara desfigurada por la ira y embadurnada de saliva se acercaba. Vio que la puerta de la entrada se abría.

Y disparó.

En el último segundo.

«He fallado».

Nunca antes había disparado un arma. Ni había experimentado la violencia del retroceso en el brazo. Ni había matado a una persona.

Podía ver en los ojos de Celine que era su primera vez.

Vio que en el mismo instante en que había apretado el dedo, había deseado deshacer lo que había hecho. Lo sentía. Lo olía.

El olor a desesperación tenía la misma nota de fondo que el miedo: un aroma amargo que taponaba los conductos nasales. También sentía el hedor acre que había llenado la habitación después del disparo.

La mirada de Celine buscaba un lugar en la habitación en el que posarse. Él también podía ver que a ella le habría gustado detener el tiempo. Le habría gustado rebobinar toda su vida como un viejo vídeo y ponerlo otra vez desde el principio con la esperanza de ver una película mejor en la repetición. Una que no le hiciera pedazos. Una en la que le volara la cabeza a su violador, tal y como había planeado.

Y no a Amber.

Noah la había obligado a ir delante. A pesar de su pie destrozado. A modo de escudo humano.

La secuestradora murió en silencio. Con los labios cerrados, sin lamentos, sin gemidos.

Al igual que el guardián semidesnudo, a quien Noah le metió una bala en el cerebro cuando este intentó coger del suelo el arma que se le había caído a Celine Henderson.

—¡No aguanto más!

Parecía que a Oscar le iba a explotar la cabeza. Tenía la cara de color rojo oscuro, las mejillas hinchadas, ambas manos contra las sienes; taladraba a Noah con la mirada. Estaba en el umbral de la puerta abierta. El aire frío y húmedo pasaba junto a él y entraba en el bungalow.

—Yo no sigo con esto. No puedo más.

—Deberías esperar fuera —replicó Noah después de asegurarse de que tanto Amber como el vigilante estaban realmente muertos.

—Oh, siento que mi presencia te moleste cuando matas.

Oscar estaba al borde de la histeria. Noah ya se había preguntado cuándo le pasarían factura los acontecimientos de las últimas horas. Había llegado el momento. Una palabra equivocada, solo un pequeño empujón, un paso más hacia el precipicio, y su acompañante se precipitaría por un abismo mental.

—Mierda, esto no puede seguir así. Este es... —Oscar utilizó los dedos para ayudarse a contar, como un estudiante de primaria—... el primero, el segundo... Madre mía, el séptimo cadáver. Maldita sea, estoy empezando a perder la cuenta. —Se echó a reír como solo ríe una persona que ha perdido el control sobre sus emociones.

—¡Silencio! —le ordenó Noah. Le habría gustado retroceder hacia él y darle una bofetada, pero había cosas más importantes que hacer. La prioridad era Celine. Estaba en cuclillas sobre el suelo, con la cara escondida tras las manos esposadas. Con los brazos levantados para demostrar que ya no sostenía ningún arma (había dejado la ametralladora sobre la encimera de la cocina, la pistola que le había quitado a Elvis y el arma que llevaba consigo desde el Adlon abultaban el bolsillo de su chaqueta), se acercó lo más lentamente posible a la periodista, que lloraba.

—Soy Noah —le dijo al darse cuenta de que ella nunca lo había visto. Debido a que la puerta seguía abierta, la temperatura del salón había descendido drásticamente. A pesar del fuego de la chimenea, ya podía ver su aliento—. No le haré nada.

—¿Nada? —exclamó Oscar y gesticuló con los brazos en todas direcciones—. ¿A esto lo llamas NADA? Cada vez que entras en una habitación la gente cae como moscas.

Furioso, cerró la puerta de un golpe, de manera que los vasos de la vitrina del salón vibraron. El fuego de la chimenea llameó, Noah ya sentía que la temperatura estaba subiendo.

Pasó por encima de los muertos y se arrodilló junto a Celine. Al tocarla suavemente ella se estremeció. Descruzó los dedos y formó con ellos una estrecha rendija ante sus ojos.

—Hola.

No parecía haber percibido su presencia hasta entonces. Intentó ponerse de nuevo las bragas apresuradamente, pero las bridas que le ataban las manos no se lo permitían.

—Necesito un cuchillo —le dijo Noah a Oscar.

—¿Por qué? ¿Es que quieres rajarle el cuello a modo de remate triunfal? ¿No has tenido suficiente por hoy?

Noah levantó el brazo sin girarse y le hizo a su acompañante una señal inequívoca de que se callara de una vez.

—No lo hagas más difícil para ella.

—Mira quien habla —farfulló Oscar, pero Noah oía que se dirigía hacia la cocina.

—Ya ha pasado —le dijo en voz baja a Celine—. La mujer y los hombres que la han secuestrado ya no pueden hacerle nada.

Se abrió un cajón. Los cubiertos tintinearón. Los ruidos familiares, cotidianos parecieron tranquilizar un poco a Celine. Sus labios temblaban, pero formuló su primera frase:

—¿Qué ha pasado?

«Te han llevado a un país extranjero y casi te han violado. Pero esa no es la respuesta que quieres oír, ¿verdad?».

—No lo sé —admitió—. No tengo ni idea cómo hemos acabado aquí.

«Camino entre la niebla con una linterna y no encuentro el camino».

Noah le apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos.

—¿Dónde están esas tijeras? —gritó y se volvió.

La cocina abierta estaba desierta.

«¿Oscar?».

—Eh, ¿qué está pasando aquí?

Se puso de pie. La reportera enseguida comenzó a temblar otra vez. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No tengas miedo —susurró Noah. Entonces, más alto—: Oscar, maldita sea, ¿dónde te has metido?

Nada. Solo el crepitar de la chimenea.

Miró a Amber. Al guardián muerto. A Celine. Y entonces lo oyó. Nervioso. Chillando.

—Rápido. Ven aquí. Enseguida.

Su voz sonaba apagada, como si atravesara una pesada puerta.

—¿Dónde estás? —gritó Noah. Fue a la cocina y cogió la ametralladora de la encimera.

Oscar respondió como desde muy lejos.

—Aquí, atrás, grandullón. Corre. Deberías ver esto.

Manila, Filipinas

—¿Tú otra vez? —le preguntó a Jay cuando el niño de siete años entró en la cabaña. Chona estaba sola.

Su marido ya no estaba sentado en la cama cortándose las uñas de los pies. Los niños tampoco estaban ya peleándose a los pies de la mujer obesa. Solo el bebé seguía en la caja de Coca-Cola y dormía de nuevo. Jay se alegraba de que Bituin no anduviera por allí. Con la gorda podría arreglárselas, pero el tipo flaco de los ojos de camaleón le daba algo de miedo.

—¿No te he dicho que te largues de aquí? —Chona tenía que levantar la mirada hacia él, ya que se había sentado sobre el suelo de tierra, aplanado a pisotones. Sostenía una linterna en la mano, que encendía y apagaba para comprobar su funcionamiento. Probablemente le acabara de poner pilas nuevas. Un tesoro, sobre todo aquí abajo en «la ciénaga». Jay se imaginaba cómo podía permitirse semejante lujo. Seguro que no era el único hombre que hacía negocios con ella. Pero seguro que era el único que no quería su pecho para sí mismo.

—Tengo el dinero —dijo.

Chona lo miró con recelo.

—¿Cinco dólares? —le preguntó y se lamió los dientes.

Jay asintió. En realidad eran ciento ochenta pesos escasos. Desde que su padre había muerto, ya no iba donde Gustavo, sino que ahorraba el dinero que mamá le daba para las clases. No lo había mencionado, porque no quería entristecerla. Pero ahora que había otra boca que alimentar, no se podía gastar el dinero en números. Los números no daban de comer.

—Cinco dólares por un mes de leche —propuso Jay.

Chona dejó la linterna a un lado y se levantó a duras penas. Con ella se levantó también una nube dulzona de sudor. Jay contuvo el aliento y miró fijamente sus enormes pechos. Como estaba tan gorda, parecían fundirse con la barriga.

—Dame el dinero —dijo con avaricia y extendió la mano. Jay negó con la cabeza y apoyó todo el peso sobre el pie de la zapatilla en la que había escondido los billetes.

Oyó voces fuera que se acercaban y un perro que ladraba, así que se volvió hacia la entrada, pero nadie apartó la cortina. Nadie entró. Las voces se alejaron de nuevo.

—No tendrás tu dinero hasta que estemos allí.

—¿Hasta que estemos dónde? —preguntó Chona.

—Arriba. Donde mi madre.

Jay había salido a hurtadillas de la cabaña cuando Alicia se había adormecido un

ratito. La larga caminata para ir y volver de «la ciénaga», la preocupación por Noel, que apenas se movía ya, y las constantes malas noticias acerca del toque de queda que se había decretado en todo el barrio habían agotado a su madre. E incluso aunque hubiera tenido fuerzas, no lo habría acompañado una segunda vez, eso seguro. Jay sabía que la única posibilidad de que su madre accediera a aceptar la ayuda de esa repugnante mujer era si le presentaba los hechos consumados y aparecía en casa sin avisar con Chona tras él. No tenía ni idea de cosas de mujeres, no sabía cómo funcionaba eso de dar pecho ni si la gorda podría empezar inmediatamente, pero pronto lo averiguaría.

—Vamos —dijo.

—¿Algo más? —Chona le hizo un corte de mangas—. No hago visitas a domicilio.

—Bueno, entonces... —Jay agarró la cortina. El farol funcionó.

—Espera —oyó decir tras él. Se volvió y desperdició un valioso segundo preguntándose cómo había podido llegar la linterna tan rápidamente a la mano de la mujer.

Sintió un dolor punzante en la sien. Entonces todo se volvió negro.

Oosterbeek, Países Bajos

Desde la cocina abierta al salón, un pasillo conducía al resto de habitaciones del bungalow. Noah cruzó una pequeña puerta de madera junto al frigorífico y bajó tres escalones, y al hacerlo tuvo que agachar la cabeza para no golpearse contra el bajo techo.

Celine, que se había negado a quedarse sola, iba pegada detrás de él. El instinto de Noah había rechazado la idea de aventurarse en terreno desconocido acompañado de una extraña que además estaba embarazada. Pero quién sabía dónde le acechaban menos peligros: ¿en la parte delantera de la casa o en las habitaciones posteriores, en las que en ese momento se encontraba Oscar, que ya no respondía a sus llamadas? Dejar a Celine sin vigilancia en el salón probablemente habría sido una elección peor que llevarla consigo. Por lo menos la agitación parecía haber abierto su caparazón emocional; ya no actuaba como si estuviera ensimismada, sino que casi parecía lista para el combate. De hecho no había querido devolverle el cuchillo con el que Noah había soltado sus esposas.

—¿Oscar?

Noah gritó el nombre de su compañero una segunda vez.

Tras los primeros pasos, un detector de movimiento había activado la luz automática del techo. Recorrieron un pasillo flanqueado por cuadros. Discretos grabados al carboncillo se alternaban con llamativos paisajes al óleo. La mayoría de los marcos estaban torcidos. Noah no conocía a ninguno de los pintores, ni siquiera podría haber dicho a qué estilo o época pertenecían las obras.

«Tanto genio-del-arte-del-millón-de-dólares para esto».

—Por aquí.

La voz de Oscar estaba más cerca, pero el sonido todavía era sordo. Una puerta guarnecida con cuero al final del pasillo lo amortiguaba. Estaba apoyada, y una luz clara y deslumbrante iluminó el pasillo cuando Noah la abrió.

«La ventana a la muerte», fue la primera idea que le vino a la cabeza.

Estaba en una habitación, que en algún momento había consistido en dos habitaciones separadas, iluminada por lámparas halógenas abombadas. Allí donde un día había estado el límite entre ambas, ahora una pared de cristal dividía la sala en dos espacios. Una zona estrecha para visitas delante y una sala de cuidados intensivos detrás, de dimensiones algo más generosas.

—¿Quién es ese? —preguntó Oscar sin apartar la mirada del enfermo tras el cristal.

«Tras la ventana a la muerte».

—No tengo ni idea —dijo Noah.

«Una frase que poco a poco se está convirtiendo en mi consigna de cabecera».

Un hombre mayor (Noah calculó que tendría más de setenta años, pero era difícil decirlo teniendo en cuenta su miserable aspecto) vegetaba respirando superficialmente sobre una cama de hospital con ruedas. Aparte del murmullo constante de la ventilación, no les llegaba ningún otro ruido de la sala de cuidados intensivos, la cual era probable que estuviera sellada herméticamente. Una cabina cilíndrica de plexiglás, encajada más o menos en el centro del cristal y que recordaba a un tubo de ensayo de tamaño mayor al habitual, hacía las veces de esclusa. Alguien se había esforzado mucho para proteger al paciente de cualquier contacto con el mundo exterior. Una medida comprensible. Al hombre se le había caído todo el pelo. Su saliva ensangrentada goteaba sobre una almohada ya manchada. Sus ojos cerrados estaban profundamente hundidos de manera poco natural.

—Gripe de Manila —jadeó Celine. Noah se sorprendió de que no hubiera puesto tierra de por medio hacía rato.

El enfermo solo llevaba puesto un camisón sucio. No había manta alguna, como tampoco había ningún médico o enfermero.

«¿Cómo ha llamado Amber a esta casa? ¿El origen de mis recuerdos?».

Noah recorrió la antecámara con la mirada.

«Más bien el origen de la muerte».

El paciente no era el único que se encontraba en estado de desintegración. La zona en la que se encontraban también parecía haber sido abandonada precipitadamente poco antes.

En el suelo había dos trajes protectores blancos de cuerpo entero junto a cajas de medicamentos rotas. Todo dejado atrás con descuido, quizá por miedo a lo que albergaba la habitación del enfermo. O simplemente porque la medicina ya no tenía nada que hacer allí.

—¿Qué deberíamos hacer? —quiso saber Celine.

—Entrar ahí no, desde luego —respondió Oscar.

Era obvio que el viejo se estaba muriendo. Sus brazos delgados, huesudos, llenos de vías intravenosas, estaban unidos por varios tubos a una torre de aparatos. La frecuencia cardíaca, la temperatura, la presión sanguínea y otras constantes vitales recorrían las pantallas como cotizaciones bursátiles.

—Creo que se está despertando —exclamó Celine, que se había colocado entre Noah y Oscar.

—No, solo le cuesta respirar —la contradujo Oscar, pero se corrigió justo después—. Espere, tiene razón. Mire.

El viejo abrió los ojos de golpe.

—Madre de Dios. —Al ver las pupilas inyectadas en sangre, que parecían estar ciegas, Celine se llevó la mano a la boca.

Oscar golpeó el cristal.

—Eh, hola. ¿Nos oye?

El hombre levantó la cabeza y clavó la vista en ellos. Noah tuvo la sensación de estar siendo observado por una careta terrorífica cuyos ojos ensangrentados se desprenderían en cualquier momento y caerían al suelo.

Pero el viejo solo parpadeó. Y movió los labios.

—Está hablando —aclaró Celine innecesariamente. Noah no entendía ni una sola palabra debido al efecto insonorizador del vidrio que los separaba. Buscó un interruptor y lo encontró junto a la puerta de entrada. Después de girar una ruedecita negra en el sentido de las agujas del reloj, un altavoz crepitó sobre su cabeza e inició la transmisión a mitad de frase:

—¿... vuelto a por mí? ¿Por qué?

No hablaba muy alto, pero los altavoces eran de buena calidad, de manera que oían al hombre sin problemas.

—No, no hemos vuelto —trató de explicar Noah—. Nosotros acabamos de encontrarlo.

—¿Nosotros?

El viejo se incorporó. Su camión se abrió a la altura del pecho. Grandes hematomas, que brillaban húmedos bajo la luz halógena de los focos, cubrían su torso.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Pare, será mejor que no haga eso —le gritó Noah al hombre cuando vio que este se arrancaba las vías del brazo para levantarse.

—¿Por qué no? ¿De qué me sirve esto ya?

Se arrastró hacia ellos descalzo, lo que pareció costarle sus últimas fuerzas. Se tambaleó, las piernas le cedieron varias veces y amenazó con tropezar. Cuando llegó hasta el cristal, Noah solo pudo identificar una débil señal de vida en sus ojos. Y era ira.

—¿Tú? —preguntó el viejo con incredulidad. Su boca sin dientes permaneció abierta.

Noah dio un paso hacia atrás. No por miedo o asco, sino porque buscaba alguna referencia en el rostro del hombre. Pero no recordaba haberlo visto antes. Al contrario que el moribundo de detrás del cristal.

—Creía... ¡creía que estabas muerto! —dijo el viejo. Pegó la mano al cristal. Las venas reventadas habían formado un hematoma en la palma de su mano.

»¿Por qué sigues vivo? —preguntó—. ¿No podías dejarme al menos ese consuelo antes de morir? —Miró a Oscar, después a Celine y finalmente a Noah otra vez.

»Saber que estabas muerto habría endulzado mi propia muerte, pedazo de...

Tragó saliva.

—... traidor de mierda.

Noah negó con la cabeza.

«No estoy muerto. Solo me siento como si lo estuviera».

—¿Nos conocemos? —preguntó.

La cólera arrugó la frente del viejo.

—¿Que si nos conocemos? —El paciente cerró en un puño la mano que tenía en el cristal—. ¿Y ahora qué? ¿Una última broma cruel antes de que me muera?

Su ojo derecho derramó una lágrima.

—Lo has revelado todo. Todo por lo que habíamos luchado. —Levantó la cabeza—. Cobarde.

El viejo escupió contra la pared de cristal. Una flema verde amarillenta resbaló por el vidrio. A pesar del aislamiento, Noah tuvo la sensación de poder percibir el hedor a acidez y podredumbre de la saliva. El aliento viciado con el que el viejo escupía sus insultos.

—He leído tu carta.

«¿Qué carta?».

—¿Dices que puedes impedirlo? ¿Nuestro trabajo de tantos años? ¿El gran objetivo? ¡Bah!

El viejo volvió a levantar la barbilla, pero no tenía bastante saliva en la boca para atacar con otro escupitajo.

—¿Qué carta? —preguntó Noah, y vio que el hombre se giraba y les ofrecía la vista de su trasero desnudo, sobre el que se había formado una costra de heces. Se arrastró con paso vacilante de vuelta a la mesilla de la cama. Al hacerlo dejó un rastro de gotas oscuras sobre el claro revestimiento del suelo. Noah no habría sabido decir si estaba perdiendo fluidos a través de una herida abierta o si sencillamente se trataba de incontinencia.

—Esta de aquí —graznó el viejo justo después de abrir el cajón y sacar un pedazo de papel. Tuvo que sentarse. Los cortos trayectos lo habían debilitado visiblemente. Parecía tener problemas de equilibrio, y volvió a dejarse caer de lado sobre la cama. El papel temblaba en su mano.

—Aquí la tengo, tu carta de traidor.

—¿Qué se propone? —preguntó Celine, que a juzgar por la expresión de su rostro estaba tan impactada por el aspecto del viejo como Oscar.

El moribundo sostenía ahora la hoja con ambas manos.

—Me cagaría en ella —dijo con voz vacilante. Si bajaba aún más el volumen de su voz, Noah ya no le oiría con el murmullo de la ventilación.

»Pero ni siquiera para eso me quedan fuerzas ya. Y los cobardes de los médicos

tampoco me han dejado ningún mechero, así que tendrá que ser así.

Abrió la boca y levantó una última vez la cabeza para mirar directamente a los ojos a Noah.

—Mira lo que pienso de tus garabatos, pedazo de escoria.

Arrancó una tira de papel del extremo superior.

Y entonces empezó a comerse el documento que habría permitido a Noah sacar conclusiones acerca de su verdadera identidad.

—Tengo que entrar.

Noah se acercó a la esclusa de plexiglás.

—No sin eso de ahí. —Oscar señaló uno de los trajes de protección del suelo. Entonces se agachó y cogió una caja vacía de ZetFlu.

»Ese tipo de ahí dentro está a punto de morir. Todavía no ha alcanzado la fase de la hemorragia cerebral, pero sin duda es muy contagioso.

«Lo sé».

—Ya no queda tiempo para eso.

Noah examinó el acceso. La esclusa a la habitación del enfermo estaba provista de una cerradura electrónica con teclado numérico, cuya combinación naturalmente no conocía.

—No dirá en serio que quiere perder la vida por una maldita carta, ¿verdad?

—Incorrecto. —Noah se volvió hacia Celine—. Ya he perdido la vida. Quiero recuperarla.

Miró al viejo en la cama, que en ese momento estaba arrancando una segunda tira de la carta.

—Vosotros largaos —ordenó Noah—. Llevaos la furgoneta de la casa. Conducid hasta la clínica más cercana y pedid que os atiendan. —Esperaba que la esclusa aún fuera hermética y no estuvieran ya todos contaminados.

—Nos quedamos contigo —dijo Oscar, y casi sonó obstinado.

—De ninguna manera. Es demasiado peligroso.

—No permitiré que entres ahí y te contagies, grandullón.

—Oh, sí, claro que lo permitirás.

Noah levantó la ametralladora y apuntó alternativamente a Celine y a Oscar.

—¿Te has vuelto loco, grandullón?

—Los dos habéis visto de lo que soy capaz.

Celine asintió. Retrocedió.

—No lo hagas —protestó Oscar mientras caminaba hacia atrás—. Por favor.

Sus súplicas no sirvieron de nada. Noah empujó a los dos hacia el pasillo y cerró la puerta por dentro. Esperó hasta que sus pasos se hubieron perdido en el pasillo, entonces se volvió y destrozó a tiros la pared de cristal que lo separaba de la habitación del enfermo.

De pronto Celine no sentía más que dolor. Hasta entonces había tenido miedo. Miedo de seguir hacia el exterior al tipo con aspecto de gnomo, atravesando el salón con los cadáveres hasta la puerta de salida, ante la que estaría la mujer a la que había matado. Involuntariamente, por necesidad, sin querer. Eso estaba claro. Pero la había matado.

Ese hecho ya solo le provocaba una sensación vaga, casi sorda. Era más bien el *shock* lo que amortiguaba la conciencia de Celine y la hacía caminar por el pasillo del bungalow como sobre algodones. En un par de horas, o quizá dentro de unos días, los diques emocionales reventarían, lo sabía por sus propios reportajes sobre víctimas de accidentes traumatizadas. Era muy posible que se quebrara al asumir que le había quitado la vida a una persona. Incluso a pesar de que aquella persona hubiera sido una asesina sin escrúpulos, que antes o después la habría matado si Celine no se le hubiera adelantado. Un dolor repentino interrumpió todos estos pensamientos.

Sucedió poco antes de que Oscar alcanzara el final del pasillo y estuviera a punto de subir los escalones hacia la cocina.

—¿Vamos a dejar a Noah solo así...? —comenzó a decir Celine. Y entonces, sin aviso previo, un espasmo la dejó sin respiración. Sin aire para continuar. Sin aire para hablar.

»Mmm —gimió, y se llevó ambas manos al bajo vientre, exactamente en el momento en que oyó una salva de disparos.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó Oscar, y lanzó una mirada nerviosa hacia la sala de cuarentena, en la que Noah al parecer había destrozado a tiros la pared de cristal.

Celine, incapaz de responder, se aferró a la estructura de la estantería. Desde la pubertad sufría fuertes dolores menstruales, así que conocía la sensación de que una mano estrujara sus tripas desde dentro.

«Pero no creo que me esté bajando la regla...».

Una idea horrible intensificó su dolor.

«Dios mío...».

La mirada de Celine recayó sobre un pequeño letrero de latón con una estilizada bañera sobre la puerta que había junto a la estantería. Solo fueron dos pasos, pero provocaron más oleadas de dolor en su cuerpo.

«Por el amor de Dios, por favor, no...».

Ignoró las preguntas del preocupado Oscar, dio un traspiés hasta el baño, encendió la luz y cerró la puerta por dentro.

«Por favor, Dios mío. Que no sea lo que estoy pensando».

De los cuatro focos ya solo funcionaba uno, cuya débil luz caía sobre las baldosas de color beige. Había una pequeña bañera de asiento, una ducha separada, un váter,

un bidé, y un lavabo curvado de piedra natural. El baño estaba decorado con gusto, pero hacía tiempo que no se limpiaba. Una capa de polvo cubría los estantes de cristal llenos de productos cosméticos, los grifos y el alto espejo sobre el lavabo. Había toallas sucias en la bañera y en el suelo. En el váter, cuya tapa Celine abrió apresuradamente, flotaba agua marrón. Un olor a podrido le subió por la nariz.

Oscar llamó a la puerta, preguntó si todo iba bien.

«No. Cielo santo, me temo que no».

Celine se soltó el cinturón dando un tirón, se bajó los pantalones hasta las rodillas y se sentó sobre el asiento helado del inodoro.

Los calambres la obligaron a inclinarse hacia delante. Enterró la cabeza entre sus brazos.

Y lloró.

«Me han secuestrado. Me han intentado violar. Y he disparado a una mujer. ¿Qué esperabas, Celine?».

La orina presionaba su vejiga desde el interior, pero no se atrevía a aliviarse.

«¿Y si sale algo más de mi cuerpo?».

El doctor Malcom le había dicho que a menudo se producían complicaciones muy leves, que era normal que sintiera un dolor tirante cuando por ejemplo las paredes del útero se extendían.

«Pero maldita sea, ¿tanto duele eso?».

Hasta entonces no había sido así.

Al final Celine ya no pudo aguantar más. Cuando terminó, se quedó un rato sentada. Al relajarse su vejiga, los calambres también habían disminuido.

«¿Contracciones?».

Pudo respirar más profundamente e incorporarse con más facilidad, y no supo si era buena o mala señal.

En el soporte junto al váter no había papel de baño, pero en el lavabo había un expendedor de pañuelos. Tuvo que levantarse para sacar un pañuelo, con el que se limpió.

Entonces cerró los ojos. Estrujó el pañuelo. Abrió de nuevo la mano. Y después los ojos.

«No. Por favor. ¡No!».

El dolor físico ya no era tan intenso. Pero a cambio el tormento psicológico aumentó.

«¿Es sangre?».

Celine sostuvo el pañuelo bajo la luz del foco.

Solo había una pequeña franja roja sobre el papel, no muy oscura, pero demasiado oscura para ser orina, incluso teniendo en cuenta de que en las últimas horas había bebido muy poco.

—Oh, no —dijo en voz alta.

«Calambres. Sangrado. Primer trimestre».

Miró dentro del váter, pero el agua ya estaba oscura antes.

«Por favor, Dios mío. Haz que no sea lo que parece».

Naturalmente podía tratarse de un sangrado leve sin importancia. Una pseudorregla. Pero ¿qué probabilidades había de que no significara nada? ¿Después de todo lo que había sucedido? En las primeras doce semanas más de un treinta por ciento de las mujeres perdían a su hijo. Si había retenido algún dato de sus libros sobre embarazo, era precisamente ese.

«Me duele. Sangro. Y hace tiempo que ya no siento a Puntito».

Celine se dejó caer en el suelo. Se agarró a una alfombrilla de baño polvorienta. Y lloró.

Las lágrimas tardaron un buen rato en agotarse. No pararon hasta que se dio cuenta de que el frío de las baldosas se deslizaba hacia su cuerpo. Lo primero que pensó fue que ahora ya le daba igual coger incluso una neumonía. Pero entonces, varios minutos después, se puso furiosa.

Con Kevin Rood, que la había manipulado. Con Amber, que la había secuestrado y la había conducido a aquella situación desesperada. Y con Noah, que prefería infectarse con una enfermedad mortal que sacarla de aquella locura con la que seguro que él tenía algo que ver.

Y la rabia hizo que la autocompasión desapareciera.

Una idea tomó forma en su mente. Una única palabra, que cuanto más repetía más fuerza le daba.

«No».

Primero en silencio, después en susurros. Finalmente alto y claro:

—¡No!

«Este no era el plan. No lo permitiré».

—No.

«No la palmaré aquí. En algún lugar de Holanda, en un baño sucio cualquiera. Lejos de mi hogar. De mis amigos. De mis padres».

—No.

Se tocó entre las piernas, se examinó los dedos.

«No hay sangre. Ya no sale sangre».

Celine se levantó a duras penas, se subió los pantalones y se miró al espejo.

«No me daré por vencida».

Se tocó la tripa, que se notaba firme al tacto, pero ya no estaba tensa.

«No me daré por vencida CONTIGO».

Limpió el polvo del espejo y apretó los dientes con obstinación.

—No.

«Esto no es el fin. No puede serlo».

Celine se dirigió a la puerta del baño con el firme propósito de conducir inmediatamente hasta el hospital para que la examinaran a ella y al bebé, y la oscuridad del pasillo la sorprendió. Antes de que ella desapareciera en el baño, las lámparas del techo de la cocina estaban encendidas. Su luz llegaba hasta las profundidades del pasillo por el que ahora Celine avanzaba prácticamente a tientas.

—¿Oscar? —gritó. ¿Acaso el tipo la había dejado sola?—. ¿Dónde te has metido? «Y aunque así sea. No lo necesito. También lo lograré sin ayuda».

Celine alcanzó los escalones que conducían a la cocina y buscó un interruptor en la pared. Justo lo había encontrado cuando una voz desconocida la hizo gritar.

—No —dijo un hombre a pocos metros de distancia de ella—. Déjelo a oscuras.

«No», pensó Celine, pero ya no con la misma confianza obstinada de antes. Sino con puro horror.

—¿Quién es usted? —quiso preguntarle al desconocido, pero el miedo le cerraba la garganta.

—Está armado —oyó que Oscar exclamaba desde el sofá. Su voz también temblaba, pero no tan fuerte como las rodillas de ella. Celine ya no era capaz de dar un solo paso más. El miedo había regresado, y tenía un efecto paralizador, pero al mismo tiempo también le aclaró las ideas. Por un lado estaba clavada en la habitación como si hubiera echado raíces. Por otro, sus ojos parecían haberse acostumbrado rápidamente a la penumbra creada por las brasas de la chimenea del salón. Una silueta gris se dibujaba en la oscuridad. Junto a la barra de la cocina había un hombre alto y desconocido que sostenía algo metálico en la mano.

—Vaya, buscarles me ha dado un hambre voraz —dijo, y tosió.

Entonces Celine oyó un ruido que encajaba con el dolor que le había hecho venirse abajo en el baño. Sonaba como si un cuchillo romo cortara metal.

«El miedo a morir es algo extraño», oyó Noah decir a la voz patriarcal cuando entró en lo que había sido la zona de cuarentena a través del cristal de seguridad hecho trizas. No sabía si era la voz del anciano de la cama, que cruzaba los brazos ante la cabeza en posición de defensa.

«Sostenle una pistola en la sien a un vagabundo medio congelado y, a pesar de su situación desesperada, te suplicará que le dejes vivir».

La voz que había oído por los altavoces parecía ser diferente a la de su mente, pero ¿quién sabía cómo sonaba la voz del moribundo cuando el virus aún no se había extendido por su cuerpo?

«Ni siquiera quieren perder la vida aquellos que ya no reciben nada de ella».

El viejo tampoco quería morir, a pesar de que el telón ya estaba cayendo. La gripe de Manila tardaría un día, dos como máximo en hacer otra marca en su lista de víctimas. Pero por el momento el enfermo no tenía miedo del virus, sino de Noah.

—¡No te acerques a mí! —gritó, y comenzó a masticar más rápido.

Noah se acercó a la cama y le quitó la carta medio estrujada de la mano. Entonces le presionó con el pulgar y el índice en las cavidades de la mandíbula. No fue necesaria mucha presión para obligarlo a escupir la segunda tira masticada. La primera ya se la había tragado.

—Miserable hijo de puta —lloró el anciano una vez se le hubieron pasado las náuseas—. Ya no puedes detenerlo, ¿me oyes?

Noah retiró todo lo que había en la mesilla con el codo, alisó el papel y añadió la tira al borde rasgado. La carta estaba en mejor estado del que había esperado. A excepción del encabezamiento y algunos puntos en los que la saliva había emborronado la tinta, la parte principal era legible.

—¿Me has oído? Has fracasado. No has logrado detenerlo.

Noah intentó ignorar los insultos del viejo y se concentró completamente en la carta que tenía ante sus ojos:

Querido padre:

He volado hacia ti para hacerte cambiar de opinión en el último momento. Si estás leyendo esta carta de despedida, significará que no lo he conseguido y que he seguido viajando para acabar con el proyecto Noah sin tu ayuda.

Levantó la vista. Miró al viejo a los ojos.

«¿Padre?».

¿Sería posible que no reconociera a sus propios padres si estuviera frente a ellos? Siguió leyendo.

Al principio estaba tan convencido como tú, y no puedo negar que en el fondo sigo siendo partidario de nuestra idea. Pero como sabes, mi vida ha cambiado bastante. He dinamitado las cadenas de mi infancia, he superado el aislamiento y me he enamorado. El deseo de traer niños al mundo ha surgido de forma imprevista y la lógica no puede reprimirlo. Es posible que suene cursi, pero me ha abierto los ojos. Todo aquello en lo que creemos es cierto. Todo aquello que hacemos es incorrecto. Tiene que haber otra manera de hacerlo que no sea el proyecto Noah, que pasará a la eternidad acompañado de mi nombre, ya que fui yo quien investigó y desarrolló la última pieza del puzle necesaria para alcanzar el gran objetivo.

Como ahora ya sabes, grabé en vídeo de nuestra última conferencia. Entregaré esta cinta a alguien en condiciones de publicarla de tal manera que la mayoría de la gente la escuche y no la tachen de teoría conspirativa.

Debemos detener la fase tres. Lo siento, es lo único que puedo hacer.

Tu hijo, que te quiere,

DAVID

Noah leyó la carta una segunda vez, después la dobló y se la guardó.

Aturdido por aquello que acababa de averiguar sobre sí mismo, se dirigió una última vez al hombre moribundo sobre la cama, que había cerrado los ojos de nuevo.

—¿Qué he hecho? —le preguntó.

«Yo, David Morten».

No obtuvo respuesta.

—¿Tengo yo la culpa de todo?

«¿De esta enfermedad? ¿De la epidemia que está matando a todo el mundo? ¿Que te está matando a ti?».

No hubo reacción. La respiración del viejo volvía a ser superficial. Noah creyó que había perdido el conocimiento, pero se equivocaba.

—Por favor, no te vayas —le oyó decir cuando estaba saliendo de la habitación.

Era más bien un estertor apenas inteligible.

Noah se volvió.

—¿Y eso por qué?

El viejo levantó la cabeza, cosa que pareció suponerle un esfuerzo infinito. Tosió. Su boca sin dientes escupió sangre. Señaló al bolsillo derecho y después al izquierdo de la chaqueta de Noah, ambos deformados por las armas.

—Hazme por lo menos un último favor, miserable hijo de puta.

—Papá, enciende la televisión enseguida —gritó Cezet innecesariamente. Cuando se precipitó en la zona privada de Zaphire, en la cubierta superior del 747, en las pantallas ya se veía la NYN.

—Calla y siéntate —le ordenó a su hija, que prefirió quedarse de pie junto a la cama, a pesar de que la señal del cinturón de seguridad estaba encendida y las ráfagas de viento movían el avión constantemente. El Boeing volaba en círculos sobre el espacio aéreo de Ámsterdam, y los pilotos esperaban nuevas instrucciones después de no haber recibido permiso para aterrizar debido al estado de excepción declarado en tierra. La recomendación era volar a Berlín, donde la situación no se había descontrolado tanto como en otras partes de Europa.

Zaphire estaba tumbado en el centro del colchón de muelles, con medio metro de almohadas en la espalda, el portátil en el regazo y el mando a distancia en la mano. Tenía la sensación de que la mitad izquierda de su tórax estaba semiparalizada, los ojos le lloraban, se sentía cansado y aletargado por la morfina, que ejercía su efecto analgésico sobre él. Pero no podía permitirse descansar. Menos aún en ese momento, cuando la catástrofe era inminente.

Desde que lo habían trasladado de la sala de cuidados intensivos a su habitación, no había hecho otra cosa que informarse acerca de la situación mundial, que parecía empeorar por momentos. Ahora también comparecía en plena noche ante las cámaras el presidente estadounidense, con el gesto ensombrecido por la preocupación. Philipp Baywater ya no estaba sentado tras su escritorio del Despacho Oval. Posiblemente se había conectado desde el *Air Force One*, o quizá ya se había refugiado en un búnker seguro.

—¿Se atreverá? —susurró Cezet por encima de las fórmulas de saludo.

—Me temo que sí —dijo Zaphire.

Entonces subió el volumen, y el hombre más poderoso del mundo, con el llamativo acento del sur que tantos comediantes parodiaban en el mundo entero, comenzó su discurso a la nación:

—Hoy debo transmitirles un mensaje delicado. Las noticias de las últimas semanas nos han preocupado, los avisos de las últimas horas nos han asustado y atemorizado. Los aeropuertos cierran, los hospitales están abarrotados, las farmacias racionan los medicamentos. En algunas partes del país se ha decretado el estado de emergencia, algunas regiones han sido aisladas y la guardia nacional se está encargando de garantizar el orden en estos tiempos difíciles.

«¿Tiempos difíciles?».

Zaphire no sentía más que desprecio cuando oía estas frases vacías.

«Háblales de tiempos difíciles a los trescientos millones de personas en el mundo

que han perdido el sustento a causa de las sequías, los temporales y las inundaciones gracias a tu política medioambiental. O simplemente sigue haciendo lo mismo durante tres años más, entonces habrá quinientos millones de refugiados por razones climáticas en el mundo».

—Nuestro país ha superado muchas crisis, se ha defendido de muchos ataques.

—Sí. Con el precio del combustible —se burló Zaphire. Cezet asintió con la cabeza. Su piel negra brillaba a la luz azulada que emitía la imagen del televisor como si estuviera bañada en aceite.

—Pero nuestro enemigo actual, la gripe de Manila, parece más peligroso que todos nuestros adversarios anteriores. Y digo expresamente «parece».

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó Cezet durante la significativa pausa que hizo el presidente con el índice levantado y el gesto firme.

—Ya que este virus mortal altamente contagioso, al que se le atribuyen cientos de miles de muertes, no existe.

—¿Qué? —Cezet chilló horrorizada al televisor. En cambio Zaphire ni pestañeó.

«Mira por dónde. No habría creído capaz a ese cobarde», pensó mientras Baywater añadía algo más.

—La gripe de Manila no existe. No es más que un invento de los medios y la industria farmacéutica.

Zaphire bajó el volumen y cogió el teléfono de a bordo que había junto a su cama para informar al piloto del cambio de rumbo. Por mucho que lo sintiera, Noah era ahora secundario. Si quería salvar la situación, la audiencia privada con el Papa se había convertido en la prioridad absoluta.

Roma, Italia

Normalmente el doctor Bertani tomaba las escaleras. No soportaba los espacios reducidos, especialmente cuando se movían, por lo que evitaba ciudades como Nueva York o Hong Kong, en las que sin ascensor uno estaba más o menos tan perdido como en Los Ángeles sin coche. Sin embargo, a las celdas del tercer piso subterráneo solo se podía llegar con el ascensor. Un pecado mortal urbanístico, pero ¿quién iba a reclamar las salidas de emergencia que faltaban si ningún organismo oficial sabía de la existencia de esa parte del edificio? El «sótano intensivo», como lo llamaban, no estaba registrado en ningún plano. Y los arquitectos y obreros que lo habían construido habían muerto hacía tiempo. Hacía más de dos mil años.

La Neo Clinica de Roma, un hospital psiquiátrico privado en el barrio de Trastevere, se había edificado sobre los cimientos de un impresionante palacio patricio, cuyo hallazgo nunca se había comunicado a las autoridades responsables del patrimonio nacional. Las condiciones ideales para encerrar bajo llave a pacientes desagradables.

Como Kilian Brahms, de la celda 4 A.

El doctor Bertani salió del ascensor, feliz de volver a tener suelo firme bajo sus pies, y encendió la luz. Al recorrer el pasillo sobre el suelo de hormigón pintado de verde, sus zapatillas de deporte rechinaron. Allí abajo hacía tanto frío como en su bodega de Genzano di Roma, donde poseía un pequeño bungalow desde cuya terraza los días de buen tiempo se podían ver los barcos en el mar Tirreno. Cómo le gustaba sentarse allí a la sombra bajo su querido acebo, con una buena copa de Brunello en la mano y pan de Genzano recién hecho. Seguro que así el hundimiento hubiera sido más soportable.

«En lugar de eso tengo que trabajar aquí bajo tierra».

Había llegado a la celda 4 A, y abrió el sencillo cerrojo de la puerta abollada. A partir de ese momento respiraría únicamente por la boca. El tiempo le había enseñado cuál era la mejor manera de soportar el aire viciado de allí abajo. La ventilación seguía funcionando, pero desde que habían decidido abandonar el emplazamiento de Roma, ya no recibía mantenimiento. No eran las mejores condiciones para crear un ambiente sano en las celdas del tamaño de una caja de zapatos en las que los pacientes dormían, comían, bebían y utilizaban el retrete.

—Buenos días, Kilian.

El doctor Bertani atravesó el umbral hacia la habitación iluminada con luz cegadora. Al parecer Kilian Brahms no apagaba nunca la fría luz de techo, ni siquiera

para dormir.

Su paciente se comportaba tan tranquilamente como siempre. El periodista no había dado ningún problema desde que le habían dado lápices y un bloc de dibujo. Llevaba un pijama gastado por los lavados y calcetines de deporte negros, y estaba sentado en el suelo en su postura habitual: con las piernas cruzadas y el bloc sobre el regazo. En un primer momento habían pensado que dibujaría rayas y círculos sin parar. No había sido hasta más adelante cuando se habían dado cuenta del significado de las anotaciones de Brahms.

«Unos y ceros».

Trabajaba en un programa informático.

«Así se podrá cargar el vídeo en todos los portales», había respondido Brahms al preguntarle. «Si funciona, podría salvar el mundo».

—¿Me permite que le moleste? —le hizo Bertani la pregunta retórica con la que comenzaban todas sus visitas. Brahms levantó la mirada. Lo que en su día había sido una cara bien alimentada en las últimas semanas había adelgazado y había adquirido un tono gris; parecía enfermo, pero ya lo parecía cuando lo habían ingresado.

—¿Me dejará marcharme? —preguntó. Como de costumbre, su primera y a menudo su única frase.

Bertani asintió. Las demás veces siempre se había encogido de hombros con compasión («sabe que no podemos hacerlo»), pero ese día la situación era distinta. De pronto todo era distinto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brahms receloso. Sus dedos tamborileaban nerviosos sobre el bloc de dibujo. Era fácil darse cuenta de que no se fiaba del cambio de opinión de su médico.

Bertani carraspeó.

—En una de nuestras sesiones me habló del presidente.

—Sí.

—¿Qué dijo que haría?

—Negarlo —respondió Brahms sorprendido. A continuación, con énfasis—: Negará la epidemia.

—¿Por qué?

—Por miedo. Si no, no sabría cómo pararla.

—¿Qué?

Brahms descruzó las piernas y se puso de pie.

—Room 17. —Se tambaleó y se apoyó en la pared desnuda—. ¿Ha sucedido ya? —De pronto parecía agitado—. ¿Lo ha hecho?

Bertani asintió.

—Exactamente como usted lo predijo.

Sacó un teléfono móvil del cinturón de sus vaqueros blancos.

—Quiero que haga una llamada por mí.

—¿Para qué?

El psiquiatra cogió a Brahms del hombro y lo condujo hasta su cama, donde lo indujo a sentarse con una presión suave.

—¿Quiere detener la fase tres o no? —preguntó.

Los párpados de Brahms se estremecieron.

—Sí. Por supuesto. ¿Con quién tengo que hablar?

El doctor Bertani le tendió el teléfono, que ya estaba llamando a un número guardado.

—Ya lo conoce, Kilian. Lo vio morir.

Oosterbeek, Países Bajos

Fue la lata de conserva la que le demostró que había cometido un error. Noah había estado disperso, no se había concentrado, y al salir de la sala de cuarentena destrozada solo pensaba en si el viejo utilizaría la ametralladora que le había dejado. De todas las armas con las que se había ido haciendo, el gatillo de esta era el que menos fuerza requería y la que más potencia tenía. De todas formas no estaba seguro de que el paciente moribundo pusiera fin a su vida por sí mismo.

«El miedo a la muerte es algo extraño».

Noah no se dio cuenta de su descuido hasta que no estuvo en la cocina. Quizá simplemente estaba demasiado cansado. Quizás hacía mucho tiempo que no comía nada. Y al fin y al cabo era inútil preguntarse por la causa: Noah no había estado atento y no había asegurado lo suficiente su camino de vuelta. Sencillamente había supuesto que el bungalow estaría vacío cuando regresara al salón.

«Y ese ha sido el error».

No estaba solo. Había alguien con él en la habitación. Alguien que tenía hambre.

«Un grave error».

La lata estaba abierta sobre la encimera, su tapa rajada se alzaba como la hoja de una sierra circular. Los cantos que había cortado el abridor tenían el borde rojo; las salpicaduras de salsa de los raviolis parecían gotas de sangre sobre la madera clara de la barra de la cocina.

—¿Oscar? —gritó, y oteó el salón—. ¿Celine?

La luz de la chimenea ya solo titilaba bajo mínimos; las lámparas que antes habían estado encendidas ahora estaban apagadas. Algo que en principio era lógico si ellos dos habían apagado las luces al marcharse. Pero no lo habían hecho.

Ya que aún seguían allí. Estaban sentados sobre el sofá. Muy juntos el uno al otro. No se volvieron hacia Noah, a pesar de que él se dirigió a ellos:

—¿Por qué seguís aquí?

«¡Cerca de mí! ¿Es que os habéis cansado de vivir?».

No reaccionaron. No respondieron. El hombre entre las sombras lo hizo por ellos.

—Yo les he pedido que se quedaran un rato.

El extraño, que en la penumbra parecía no tener rostro, llevaba un traje oscuro, tan negro como el cuero de la butaca en la que estaba sentado, así que daba la impresión de fundirse con él. Lo que mejor se veía era el cañón cromado de una pistola que había dejado en el reposabrazos derecho.

Noah, que ya tenía una de sus armas en posición de tiro, encendió todos los

interruptores de la cocina-comedor al mismo tiempo. Una luz cálida inundó toda la habitación, desde el fregadero hasta la chimenea.

—¿Usted? —preguntó perplejo. Si había alguien con quien no habría contado en absoluto, ese era él.

El hombre de la butaca torció el gesto y se protegió los ojos con la mano. Hacía equilibrios con un plato sopero en su regazo.

—Por favor —dijo—. No me encuentro bien. Me duele la cabeza y últimamente soy algo sensible a la luz. Por eso he pedido a sus amigos que apagaran la luz. ¿Me haría usted también el favor?

Al ver que Noah no se movía, suspiró y untó un pedazo de pan en la salsa del plato.

Oscar y Celine miraron a Noah con miedo.

«¿Qué hacemos ahora?», le preguntaban en silencio.

Noah dio un paso adelante, con el arma bien sujeta.

—¿Qué quiere?

El hombre respondió con la boca llena:

—Primero, comer. Tengo un hambre canina. —Señaló la lata de raviolis abierta que había sobre la barra—. Siento que esté tan rota, pero los envases no son lo mío. ¿No quiere un poco, Noah o como se llame? En el vagón restaurante ninguno de los dos nos llevamos nada decente al buche.

Se limpió la boca y la nariz con una servilleta de papel y contuvo la tos.

—Por cierto, todavía no me he presentado como es debido —les dijo a todos con un amago de sonrisa—. Me llamo Adam Altmann.

—¿Cómo nos ha encontrado?

Altmann respondió con la boca llena.

—Gracias a la pistola con la que me está apuntando. Que por cierto puede dejar por ahí. Lo único que funciona en ella es el localizador y el dispositivo de escucha. Podría decirse que fue una suerte que se apropiara de algunas armas de su comité de bienvenida en la estación.

Altmann tosió con sequedad. Señaló con el pan el cadáver en el suelo.

—Con esa imitación no habría podido hacerlo.

Noah observó incrédulo la pistola que tenía en la mano. Si Altmann decía la verdad, se trataba de una réplica perfecta.

—¡Me la pasó al montarnos en el tren! —constató finalmente, apuntó al techo de la habitación y apretó el gatillo. En lugar de un disparo, solo oyó un suave clic.

—Siento el forcejeo. Entonces no conocía mi estado. Si tengo el virus, probablemente lo haya contagiado —dijo Altmann, y levantó una mano a modo de defensa cuando Noah dejó la imitación y sacó la otra arma del bolsillo de su chaqueta.

—No se preocupen, no les haré nada. Aquí tienen. —Altmann deslizó su propia arma hasta los pies de Noah—. Ahora estoy desarmado.

—¿Qué quiere? —preguntó Noah sin perder a Altmann de vista. Le chutó el arma a Oscar, pero fue Celine quien la levantó del suelo con las puntas de los dedos.

—Bueno, al principio quería matarlos —respondió el sicario—. Pero ahora quiero lo contrario.

—¿Quién es usted?

Altmann dejó el plato, ahora vacío, sobre el reposabrazos y se inclinó hacia delante.

—Trabajo para el gobierno de Estados Unidos. O mejor dicho: trabajaba para ellos. Mi trabajo era solucionar conflictos que no pueden zanjarse por la vía democrática.

—¿Por eso nos persigue a nosotros? —intervino Oscar en la conversación. Sorprendió a Noah una vez más con su perfecto inglés.

Altmann lo miró.

—No hay ningún «nosotros». —Señaló a Noah—. Solo hay un «él».

—¿Y por qué debe morir? —preguntó Celine con voz estridente—. ¿Por qué todo el mundo va tras él?

—Durante mucho tiempo yo tampoco lo tuve claro —dijo Altmann. Su mirada vagaba de Celine a Oscar y a Noah—. Jamás recibo información concreta acerca del currículum y el historial de mis objetivos. Al fin y al cabo usted tampoco quería que

el camarero le dijera cuál era el mote cariñoso del conejo antes de servírselo.

Aspiró por la nariz.

—Perdón, ahora que lo pienso, eso ha sido una comparación de mal gusto. Suena como si hubiera querido comérmelo, Noah. —Se rio entre dientes—. A lo que quiero llegar es que, después de todo lo que he visto y he oído —se tocó la sien con el dedo índice—, y han sido muchísimas cosas desde que prácticamente me conecté a usted mediante esa réplica, tengo claro que aquí hay una enorme conspiración en marcha. Un atentado biológico a escala mundial que posiblemente haya tramado usted.

Le pidió a Noah un ibuprofeno y un vaso de agua, pero este ignoró la petición de Altmann.

—¿Qué quiere de mí? —repitió sencillamente su pregunta, y comprobó el cargador. Tardó medio segundo en convencerse de que estaba lo bastante lleno.

Altmann expulsó aire con fuerza. De pronto parecía infinitamente cansado:

—Es usted un enigma para mí, Noah. Estoy bastante seguro de que es usted un científico que desarrolló un virus que está a punto de diezmar gran parte de la población mundial. Yo incluido. Sin embargo, para tratarse de un investigador, posee usted asombrosas cualidades como asesino.

—Eso no responde a mi pregunta. Por última vez: ¿por qué está aquí, si no quiere matarme?

—¿Acaso es tan difícil de adivinar? —preguntó Altmann, y se levantó del asiento con gran esfuerzo. Su traje estaba arrugado, la camisa le colgaba por fuera del pantalón. Se tambaleaba ligeramente, como un niño pequeño que se sostiene por primera vez sobre las dos piernas.

»¡Sálveme! —Su voz era clara e insistente, pero no suplicante.

—¿Cómo dice?

Noah estuvo a punto de bajar el arma de pura perplejidad.

Altmann tragó saliva con dificultad. Fuertes dolores parecían llenarle los ojos de lágrimas.

—He tomado ZetFlu, pero no funciona. ¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Deje de tomarme el pelo, Noah, David, o como se llame. Si ha creado la epidemia, también conoce el antídoto. Quiero tenerlo, ya.

—¿Y si no qué?

Altmann suspiró.

—Si no nada. Me he congelado sobre una moto robada durante una hora para llegar aquí y amenazarlo de muerte. Mis jefes me han apartado de la misión y no represento peligro alguno para ustedes. Sin embargo —miró el reloj—, me imagino que mi sustituto ya estará de camino.

Como si hubiera querido demostrar la veracidad de la amenazadora profecía, un

disparo desgarró el silencio que se había producido en el bungalow después de las últimas palabras de Altmann.

Poco después el teléfono en el bolsillo de Noah sonó.

Manila, Filipinas

Noel estaba dormido. Su respiración era tan superficial e imperceptible que Alicia se inclinaba cada dos minutos sobre la cesta de bicicleta, que Jay había encontrado en la basura y había convertido en una cuna provisional, para comprobar si el bebé aún vivía. Noel estaba tumbado sobre un lecho de periódicos y porexpan, y hacía horas que no lloraba ni movía los bracitos.

«Parece tan tranquilo...», pensó Alicia, aunque sabía que la luz la engañaba.

«Todo parece tranquilo a la luz de las velas».

Hacía tiempo que había oscurecido, y otra vez no había corriente. Un día más que se acercaba a su desolador final.

«Como el niño ante mis ojos».

—... Es cierto. ¿Alicia? Eh. ¿Me has entendido?

—¿Cómo dices? —Apartó su mirada del bebé y miró a Marlon, al que efectivamente apenas había escuchado desde que había entrado diez minutos antes en la cabaña con las palabras «tengo un plan».

»Lo siento. ¿Qué has dicho?

Marlon estaba despatarrado sobre el saco que servía a Jay como cama, e hizo rodar los ojos nervioso.

—He dicho que he estado con la gente de Edwin, y me lo han confirmado: estamos completamente rodeados. Un mensajero ha intentado atravesar la valla de alambre de espino por el lado oeste hacia el vertedero. Miro, lo conoces.

—¿El pequeño?

Tenía cinco años como máximo y aún tenía todos los dientes de leche.

—Ese. Una patrulla callejera lo descubrió. Le dispararon en la cabeza cuando intentó entregarse.

Alicia sacudió la cabeza.

«¿Le habrán pedido dinero que no tenía?».

Se preguntó si habrían matado al pequeño por cinco dólares, si ese era efectivamente el peaje, tal y como había afirmado el matrimonio de «la ciénaga».

—No me lo creo, Marlon.

—Pues deberías —oyó Alicia decir tras ella. Se volvió rápidamente.

—¡Jay! —exclamó enfadada cuando vio de pronto a su hijo mayor en la cabaña —. ¿Dónde demonios has estado todo este tiempo...? —Se llevó la mano a la boca asustada, y en lugar de terminar la frase, preguntó—: ¿Qué ha pasado?

—Nada, mamá.

—¿Nada? —Levantó la vela de su base e iluminó la cara de su hijo—. Dios mío, pero si estás sangrando. ¿Y qué ha pasado con tus cosas?

Efectivamente, la mitad derecha de la cara de Jay estaba ensangrentada desde la sien hasta la barbilla, y su camiseta estaba desgarrada. Estaba descalzo, a pesar de que sus zapatillas ya no estaban junto a su cama, lo que significaba que había salido de la cabaña con ellas al dormirse ella por un momento.

—Me han atracado —reconoció Jay a regañadientes.

—¿Atracado? ¿Quién te ha atracado?

—No importa —declaró Jay, y le lanzó a Alicia una mirada implorante para que no lo atosigara más. No delante de Marlon. Al parecer le daba vergüenza que su madre lo tratara como a un niño pequeño delante de su primo.

—Buscabas una salida —dijo Marlon con aprobación. Sonó más como una afirmación que como una pregunta. Jay asintió brevemente, pero Alicia sospechaba que su hijo solo quería zanjar el tema. Normalmente le notaba en la cara si le estaba mintiendo o no, pero a la luz de las velas y con la cantidad de sangre que tenía en el rostro, no fue capaz.

—Lo importante es que has vuelto —dijo ella y reprimió el impulso de pasarle la mano por el pelo rebelde. Cogió una cazuela y vertió en ella algo de agua de una botella de plástico. Entonces sumergió un trapo en el agua y se lo tendió a Jay para que se limpiara.

Un helicóptero se acercó volando a baja altura, y nadie dijo una sola palabra hasta que el ruido del rotor disminuyó.

—¿Cómo está? —preguntó Jay con la vista puesta en Noel en la cesta.

Alicia suspiró y luchó por encontrar las palabras.

—Tenemos que sacarlo de aquí enseguida —respondió finalmente Marlon por ella. Jay le dio la razón.

—Sí, ¿pero adónde?

«¿Y cómo?».

Marlon se puso de pie.

—¿Os acordáis de la vacuna del año pasado?

Jay asintió, Alicia también sabía de qué hablaba Marlon.

Una organización humanitaria había montado una enfermería gratuita en un campamento sobre el terreno, y había vacunado contra la polio, el tétanos y la difteria exclusivamente a pobres y a necesitados.

—Los médicos de Worldsaver están aquí otra vez. Esta vez con algo que cura la nueva gripe, lo han dicho por la tele.

«¿Un remedio?».

—Pero entonces, si hay medicamentos, ¿por qué nos encierran aquí? —preguntó Alicia sorprendida, y miró de nuevo a Noel, sobre cuya nariz brillaban pequeñas

perlas de sudor.

«¿Por qué estamos en cuarentena si no suponemos ningún peligro?».

—Porque no hay suficiente sustancia para todos —respondió Marlon—. Las fábricas de su propietario han sufrido ataques. Ya sabes, ese del nombre raro.

«Zaphire». Alicia se acordaba.

—Desde entonces no consiguen sacar adelante la producción de las pastillas. Y los ricos tienen miedo de que no quede para ellos si toda Quezon City se pone en marcha.

Se frotó los ojos. De pronto Marlon parecía tremendamente cansado, y Alicia se preguntó cuándo habría sido la última vez que había dormido más de cuatro horas.

—Muy bien —oyó decir a Jay, que había perdido las ganas de limpiarse la sangre de la cara—. Los médicos han vuelto. Pero ¿cómo demonios vamos a llegar hasta ellos sin que nos disparen?

—Tenemos que ir por la fosa —dijo Marlon.

«¿La fosa? ¡No!».

—Te has vuelto loco —protestó Alicia—. Es imposible que lo digas en serio.

«Yo no bajo ahí ni loca».

—Así es —dijo Marlon, y miró alternativamente a Jay y a Alicia—. Sé que parece un suicidio, pero yo conozco la zona. Podemos conseguirlo.

Dio una palmada, de manera que la llama de la vela titiló.

—Solo necesitamos una linterna.

Oosterbeek, Países Bajos

—¿Hola?

Una única palabra, pronunciada con esfuerzo, y Noah supo cómo se sentía la asustada persona que llamaba. El hombre sonaba como un niño que está solo en casa por primera vez y de pronto oye ruidos en el sótano.

—¿Hay alguien ahí?

Noah intuyó el miedo que tenía el desconocido a recibir una respuesta a su pregunta.

Noah estaba sentado en el asiento del conductor de la furgoneta y conducía a la máxima velocidad posible a través del estrecho camino forestal hacia la salida a la carretera comarcal. Antes había sacado los cadáveres de los secuaces de Amber de la zona de carga y los había dejado bajo el pino.

—¡Cuidado! —gritó Celine cuando salió a la carretera comarcal sin frenar.

Estaba sentada junto a él en el asiento del copiloto, Oscar mantenía a Altmann a raya con una pistola en los bancos de la parte trasera. Una medida de seguridad probablemente innecesaria teniendo en cuenta que el sicario no habría llegado hasta el vehículo sin ayuda.

—¿Quién es? —preguntó Noah a quien llamaba, cuyo número, indicado en la pantalla, empezaba por +3906. Ya era el segundo intento. La primera vez Noah no había descolgado. Primero había tenido que averiguar la causa del disparo. No había sido el sustituto anunciado de Altmann, como habían supuesto al principio, sino el viejo en la zona de cuarentena. Noah había confirmado el suicidio, y por impulso había metido los dos trajes protectores que había en el suelo en una bolsa y se los había llevado. Entonces se habían marchado del bungalow.

—Me llamo Kilian Brahms —respondió quien llamaba a la pregunta de Noah. Sonaba aturdido—. ¿Por qué contesta usted su teléfono?

—¿El teléfono de quién?

Noah pisó el freno y detuvo la furgoneta en medio de la carretera. Ante ellos se extendía un kilómetro de carretera libre, pero detrás de una colina unas luces que parecían flashes iluminaba el cielo.

«Están cortando la carretera».

—¿Y por qué imita su voz? ¿Es que quiere sonar como él?

—¿Como quién? —preguntó Noah.

El hombre tosió.

—Como David Morten. ¿Lo mató usted?

—No.

Noah miró la pantalla del sistema de navegación. Celine había recordado el nombre del aeropuerto en el que se encontraba el jet con el que la habían secuestrado, y el ordenador había calculado el trayecto más corto hasta allí. Por desgracia parecía llevarlos a través de una ruta cortada por la policía, o quizás incluso por el ejército.

Metió marcha atrás. Si no recordaba mal, doscientos metros más atrás habían pasado junto a un desvío hacia un camino forestal.

—¿Por qué sabe que está muerto? —preguntó Noah, con el móvil sujeto entre el hombro y la barbilla, con la mirada puesta en el espejo retrovisor derecho.

—Lo vi morir. En el hotel.

—¿Estuvo en el Adlon?

—Será mejor que cuelgue antes de que...

Noah se había parado delante del desvío y giró hacia el bosque. El navegador reconoció la línea en el mapa, pero les advirtió de que estaban abandonando la red de carreteras.

—¿Hola? ¿Sigue ahí? —preguntó Noah.

Por el teléfono oyó un zumbido en la línea, después una voz de fondo que le decía algo al hombre en un idioma extranjero («¿Español? ¿Italiano?»), que después de un breve susurro volvió a hablar.

—De acuerdo, escúcheme atentamente...

Noah escuchó durante un minuto a Kilian Brahms darle instrucciones que evidentemente él mismo acababa de recibir. Noah cortó la conversación sin decir ni una sola palabra más.

—¿Quién era? —preguntó Celine, con una mano agarrada al cinturón y la otra al asidero que había sobre la puerta.

Iban a toda velocidad por un terreno helado tan duro como el hormigón que seguramente solo utilizaban los vehículos de los guardabosques, si es que alguien lo hacía, y desde luego no a semejante velocidad.

—Enseguida lo averiguaremos —respondió Noah y buscó el contacto visual con Altmann a través del retrovisor—. ¿Tiene un portátil o un *smartphone* con Internet? —le preguntó.

Altmann asintió y se llevó la mano al bolsillo del pantalón.

—¿Tiene instalado algún programa de videoconferencia?

—Aquí tiene. —Altmann le pasó por encima de Oscar un móvil plano con la aplicación ya abierta.

—Gracias.

Noah le pidió a Celine que lo sujetara de manera que él pudiera ver la pantalla sin tener que soltar las manos del volante. Abrió la lista de llamadas de su propio móvil y le dictó a Celine el número de catorce cifras desde el que acababan de llamar. Ella lo

tecleó en el *smartphone* de Altmann y pulsó el botón verde para establecer la conexión.

—El prefijo es italiano —mencionó Oscar desde atrás. Altmann lo secundó. Noah recordó los sellos de entrada de los pasaportes.

«Roma. Ámsterdam y... maldita sea. ¿Cuál era la tercera ciudad que había visitado?».

Giró hacia la izquierda hacia un camino más estrecho todavía. El sendero apenas era transitable, las ramas arañaban la pintura de la furgoneta. Noah tuvo que reducir considerablemente la velocidad.

«Cada vez es peor. No mejor».

De pronto se oyó un pitido tan fuerte que se estremeció. Cuando descolgaron al otro lado de la línea, aún pasaron cinco segundos hasta que la pantalla mostró una imagen decente.

Noah distinguía a un hombre de pelo castaño de treinta años de edad como máximo. El cuello largo y delgado estaba coronado por una cabeza redondeada, como un globo sobre una vara. Una luz halógena le iluminaba directamente la cara, por lo que tenía los ojos entrecerrados. Su aspecto era pálido y enfermizo, una imagen reforzada por las manchas rojas en el cuello y la frente; posiblemente sufría neurodermitis o psoriasis. Sus orejas tenían un tono rojo vivo, como si acabara de escapar del frío, en cambio su pijama encajaba con la impresión que daba de acabar de despertarse. Sus dientes eran largos y rectos, a excepción de uno de los colmillos superiores, que sobresalía como el pico de un pájaro sobre el labio superior, el cual se había mordido hasta hacerse una herida. Dos cosas le resultaron evidentes a Noah: el hombre estaba en muy malas condiciones; y no había visto a Kilian Brahms en su vida.

«Al menos no lo recuerdo».

—¿Me ve? —preguntó Brahms a través del manos libres del móvil. El runrún del motor diésel se tragaba su voz, Celine era la única que también lo oía.

—Sí. ¿Usted a mí también?

—No, solo veo que la pantalla parpadea con intensidad.

—Hay que girar la cámara —sugirió Celine.

Pulsó un botón con el que se activó el modo de autorretrato del teléfono, de manera que la cámara, que hasta entonces había grabado el salpicadero, ahora enfocaba la cara de Noah. La reacción de Brahms fue dramática.

—¡Joder! —gritó. Sus ojos se abrieron de puro espanto y amenazaron con salirse de sus órbitas. Abrió completamente la boca e hinchó las aletas de la nariz; al mismo tiempo movía el dedo índice por el aire ante la lente de la cámara.

—Es imposible —graznó—. Completamente imposible.

—¿Qué le sucede? —preguntó Noah.

—Es usted de verdad.

—¿Quién?

—David Morten.

—¿Nos conocemos?

—Sí, teníamos una cita.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, en Berlín. En el hotel Adlon. Pero... pero es imposible.

—¿Por qué?

Una fuerte ondulación del terreno sacudió el vehículo y a sus ocupantes.

—Porque ya estaba muerto cuando entré en su habitación.

El sendero se ensanchó, pasaron junto a una cabaña de los forestales y un letrero, probablemente colocado allí para los paseantes. Más adelante Noah distinguía la carretera comarcal de la que se habían desviado. Aceleró de nuevo con la esperanza de haber rodeado el bloqueo.

—¿Por qué queríamos vernos? —le preguntó al hombre que acababa de declararlo muerto. Le vino a la mente la imagen del cadáver sangrando ante la chimenea otra vez, pero ya no era tan clara como en el momento del *flashback*, cuando lo había recordado al entrar en la suite.

«Mi memoria. Cada vez es peor. No mejor».

—Por la fase tres. —Kilian Brahms se rascó la papada—. Quería hablar de la fase tres.

—¿Qué es eso?

Brahms parpadeó desconcertado.

—No entiendo por qué me hace estas preguntas. Fue usted quien me informó.

—¿Sobre qué?

—¿Qué es esto? ¿Una prueba?

—No, no es una prueba. He perdido la memoria, Kilian, y se nos acaba el tiempo. Por favor, cuénteme todo lo que sepa.

Su interlocutor abrió la boca, apartó la mirada de la pantalla indeciso, y entonces dijo:

—De acuerdo, ¿por dónde empiezo?

—Por el principio. ¿De qué nos conocemos?

Los neumáticos de la furgoneta rodaban de nuevo sobre terreno asfaltado desde que Noah había dejado el camino forestal girando a la derecha. En el carril contrario el tráfico había formado un atasco hasta el bloqueo, que ahora aparecía en el espejo retrovisor de Noah. No se distinguía la causa del mismo, era posible que hubiesen cortado la carretera por un accidente, pero Noah tenía sus dudas.

—Soy una especie de reportero —explicó Brahms. Cuanto más hablaba, más se notaba su acento británico de Oxford—. Trabajo para AF, «Anonymous Force». Luchamos por la libertad de información, hackeamos las bases de datos de los ricos y poderosos, proporcionamos al mundo la información que los medios nos ocultan.

—¿Y yo le revelé un secreto?

El navegador había recalculado en quince minutos el trayecto hasta el aeródromo.

—Oh, sí. Y vaya secreto. —Brahms rio forzado—. Quería mostrarme un vídeo.

—¿Del Club Bilderberg? —preguntó Noah, elevando el tono de voz más de lo que pretendía.

Por el retrovisor vio que Oscar estiraba la cabeza con interés.

—De una organización escindida.

—¿Room 17?

Celine lanzó una mirada de sorpresa a Noah.

—Amber llevaba un colgante con el número 17 —susurró.

«Y el asesino un tatuaje».

—Creía que no recordaba nada —preguntó Brahms desconfiado.

Como el tráfico era cada vez más intenso, Noah ya no podía mirar a la pantalla tan a menudo.

—Me he ido enterando de algunas cosas —respondió—. ¿Qué hay en el vídeo?

—El proyecto Noah. Cómo se decidió. Todo el plan.

«¿Noah?».

Soltó una mano del volante para echar un vistazo al tatuaje, como si temiera que hubiera desaparecido, al igual que su memoria.

Brahms inspiró profundamente antes de iniciar un breve monólogo:

—En 1972 una reunión de científicos, industriales, políticos e intelectuales, conocida como el Club de Roma, profetizó por primera vez el colapso de nuestro planeta, debido a que la explotación abusiva de la naturaleza no puede seguir el ritmo del crecimiento vertiginoso de la población mundial. Mientras que el Club de Roma es una asociación democrática, pacífica y abierta, cuyo objetivo con sus pronósticos demoledores es que la población cambie de actitud, en torno a Room 17 se ha formado una organización secreta radical que quiere reducir la humanidad a unas dimensiones tolerables mediante la violencia.

—¿A cuánto? —preguntó Noah, a quien estas explicaciones le resultaban familiares, a pesar de que no estaba seguro de en qué ocasión se las había presentado Oscar.

—La mitad —concretó Brahms con voz apagada.

Noah miró a Celine, que había dejado caer el teléfono del susto. Levantó de nuevo la mano, aunque seguía temblando.

—¿Tres mil quinientos millones de personas? —preguntó Noah—. ¿Cómo debía perpetrarse este genocidio demencial? ¿Con ayuda del virus de Manila?

—Sí y no —dijo Brahms—. Lo de Manila es solo una de las tres fases.

Mientras se concentraba en la conversación, cada vez más extraña, Noah tenía que frenar regularmente porque los coches que venían en dirección opuesta invadían su carril para virar.

—¿Qué sucederá en las dos primeras fases?

—Sucedirá, David. En pasado. Las fases uno y dos del proyecto Noah ya están activas. Estamos infectados, todos nosotros.

—¿Quién es «nosotros»?

—Prácticamente toda la humanidad.

En la pantalla Brahms levantó el índice con gesto sabihondo.

—Sé que suena increíble. Pero si conoce el Club Bilderberg, sabrá que sus miembros se cuentan entre las personas más influyentes y adineradas del planeta. Mandamases económicos, presidentes de Estado, dueños de imperios mediáticos. Los gobiernos de los países no son más que distracciones para el pueblo. El auténtico parlamento que toma las decisiones por nosotros no ha sido elegido por nadie. Olvídense de la ONU, del Parlamento Europeo, del Consejo de Seguridad. Solo existe un único gobierno mundial de peso, pero no es tan estúpido como para someterse a la voluntad del pueblo.

Esto también le resultaba familiar a Noah.

Brahms hizo una pausa y añadió:

—Esas fueron sus propias palabras. ¿De verdad no se acuerda?

Noah negó con la cabeza mientras atravesaba un paso subterráneo a velocidad de paso.

—Sin embargo, Room 17 es como un ejército escindido, e incontrolable, del Club Bilderberg. ¿Lo conoce?

—He oído hablar de él.

Para escapar del atasco, justo después del paso subterráneo giró sin poner el intermitente hacia una vía de servicio que separaba dos colinas. De inmediato, el navegador se puso a buscar una nueva ruta.

—Son los más radicales entre los radicales —explicó Brahms. Hablar parecía sentarle bien. La inseguridad que había transmitido al principio de la conversación prácticamente había desaparecido.

—Sus objetivos no tienen nada que ver con los del Club de Roma. Tampoco con los de Bilderberg. Room 17 quiere establecer un nuevo orden mundial en el que las naciones ricas puedan seguir viviendo a costa de los menos privilegiados. Incluso según cálculos conservadores, si los países industrializados siguen como hasta ahora, en 2052 experimentaremos el colapso total. El petróleo se habrá agotado, la Tierra se habrá calentado más de cuatro grados, la vida apenas será posible en las grandes ciudades debido a la contaminación medioambiental.

A juzgar por el tono rutinario que había adquirido su voz, parecía que Brahms pronunciaba este discurso a menudo; al menos mentalmente para un público imaginario. Solo un ligero temblor aquí y allá al final de las palabras y una entonación algo exagerada revelaban lo nervioso que estaba; y lo mucho que le quemaba por dentro lo que decía.

—Actualmente ya estamos emitiendo el doble de gases de efecto invernadero de los que pueden absorber bosques y mares. Actualmente los ciclones, las inundaciones y los terremotos ya nos cuestan más dinero del que ganamos mediante la explotación de materias primas. Y en estos momentos mil millones de personas sufren ya escasez

de agua potable, mientras que cada estadounidense consume ochenta litros al día. Estas son sus cifras, David. Cualquiera puede leer los datos en Internet, pero hasta que mantuvimos nuestra conversación yo no sabía que la producción de un único kilo de carne de cerdo requiere diez mil litros de agua. Y en China están empezando a cogerle el gusto. Si todos vivieran como los norteamericanos y los europeos, hoy en día ya no tendríamos suficiente agua disponible para cultivar los campos de la Tierra. ¿Qué pasará en 2050, cuando tengamos que alimentar a nueve mil millones de personas?

Noah, que conducía en dirección norte y según la brújula se dirigía directamente al aeródromo, a cuatro kilómetros de distancia aún, dijo:

—Tiene que haber alguna manera de evitar la catástrofe que no sea un asesinato en masa a escala mundial.

Brahms se echó a reír.

—Oh, claro que la hay. Podríamos renunciar a la cría de animales a gran escala y a la comida basura; a los coches rápidos, a los vuelos baratos y al turismo de masas; al agua mineral, que se transporta por todo el mundo en barcos con motor diésel; a los pedidos por Internet que aparecen en nuestro buzón al día siguiente, sin gastos de envío a pesar de que el transporte y el embalaje contaminan el medio ambiente, la mayoría de las veces por partida doble porque pedimos tres pares de zapatos con la intención de devolver dos de ellos. Resumiendo: podríamos renunciar al crecimiento económico descontrolado. Si todos viviéramos como los indios en la selva amazónica, cuyo espacio vital estamos talando para criar ganado vacuno en los campos arrasados, que después convertiremos en comida para perros, entonces habría en nuestro planeta sitio para otros nueve mil millones, sin necesidad de construir una sola central nuclear.

—Pero nadie quiere eso —susurró Noah.

Celine sacudió la cabeza incrédula. Noah se preguntó si ella también luchaba contra la imagen de montañas de cadáveres apiladas en las cunetas a consecuencia de una eutanasia masiva.

—Nadie en el mundo occidental. Al contrario: cuando hace años en Alemania el crecimiento económico amenazaba con disminuir, la entonces canciller animó a la población a llevar al desguace coches aún en buen estado. Los ciudadanos de uno de los países más ricos del mundo recibieron dinero, una supuesta prima por desguace, para comprar un coche nuevo y consumir más materias primas, mientras que en los países más pobres del mundo los niños mueren de hambre porque no hay gasolina ni vehículos para transportar la ayuda.

A cierta distancia Noah distinguió un mástil con una veleta, es decir, la primera señal del aeropuerto.

—Suena como si apoyara a Room 17.

Brahms se echó a reír de nuevo con cinismo.

—La paradoja es que estos criminales se consideran ecologistas. Quieren reducir la población a unas dimensiones tolerables para que podamos seguir teniendo gasolina barata, seguir evacuando nuestra mierda con agua potable y seguir pudiendo sentarnos en las terrazas de los restaurantes en invierno bajo estufas. No se consideran criminales, sino realistas. Como el ser humano es egoísta por naturaleza y no cambiará su estilo de vida, debemos reducir el número de personas si no queremos exterminarnos a nosotros mismos por completo.

—¿Y el plan con el que eso se llevará a cabo, tiene tres fases y se llama proyecto Noah?

—Exacto.

—¿Qué sucedió en la primera fase? —Había empezado a lloviznar y Noah encendió los limpiaparabrisas.

Brahms bajó la cabeza y franqueó la vista a una pared lisa de hormigón grisáceo, después se pasó la palma de la mano por la cara. Estaba sudando.

—Entre los miembros fundadores de Room 17 hay varios propietarios de refinerías de petróleo y compañías aéreas. ¿Recuerda nuestra conversación sobre los *chemtrails*?

La mirada de Noah se dirigió de nuevo a través del espejo retrovisor hacia Oscar, que le tendía un pañuelo a Altmann.

—No eche la cabeza hacia atrás —le oyó decir—. Es mejor que deje que sangre.

Noah se concentró otra vez en Brahms.

—En un único día despegan solo desde Atlanta tantos aviones que su red de emisiones de gas de combustión cubre prácticamente todo el planeta. A lo largo de los años Room 17 ha contaminado el queroseno con un virus del herpes manipulado.

—¿Herpes?

A Noah le habría gustado tener la oportunidad de echar otro vistazo al currículum del doctor Morten que Oscar había imprimido. Recordaba la investigación en nanobiología y los microchips fluidos.

«Pero ¿herpes?».

—Un patógeno que puede ocultarse en el cuerpo durante décadas y pasar desapercibido hasta que por fin despierta. Era el envoltorio del siguiente componente mortal.

—¿Cuál?

—La peste.

—Un momento, eso quiere decir que estamos todos...

El navegador, que durante los últimos minutos no había encontrado ninguna ruta, mostró de pronto la banderita de destino. El terreno del aeródromo se extendía a la derecha de su carril detrás de un muro con aspecto de dique.

—Vaya, estoy empezando a sentirme estúpido contándole lo que usted mismo me explicó cuando me visitó en Roma —se quejó Brahms—. Al principio no quería creerlo cuando me dijo que estábamos todos infectados con un patógeno de herpes y peste. Entretanto el germen genéticamente modificado se ha introducido en nuestra herencia genética. Todos llevamos una bomba de relojería en nuestro interior. Para demostrármelo hizo referencia a la cantidad de alergias que surgen cada vez con más intensidad en los países occidentales desde los años ochenta. Al parecer no son efectos secundarios de la contaminación medioambiental, sino los síntomas visibles de la fase uno.

—¿Y fui yo quien la activó?

—No. Fue su padre.

Noah pensó en el viejo y oyó en su mente el disparo que los había hecho salir del bungalow.

—Usted es responsable de la fase tres. Desarrolló la sustancia activa que despierta el virus del herpes de su letargo y libera el patógeno de la peste.

Noah miró hacia atrás, hacia Altmann, al que la sangre le seguía goteando de la nariz. Hacia Celine, que se había apartado y miraba por la ventana del copiloto con una mano sobre la tripa.

«No».

No podía ser verdad. No debía ser verdad.

—Pero ¿yo quería dejarlo? —preguntó.

—Sí.

La respuesta de Brahms no ayudó a mitigar la repulsión que sentía hacia sí mismo.

—Poco después de las campañas de vacunación.

«¿Vacunación?».

—¿Así que existe un antídoto? —Noah notó que Celine se volvía de nuevo hacia él.

—Sí, pero solo para personas escogidas. Para el Club Bilderberg, el ejército, así como médicos, industriales, políticos e intelectuales que serían importantes en la etapa posterior.

—¿Eso fue la fase dos? —preguntó Noah.

—Exacto. Lo que se conocía como selección de aquellas personas a las que Room 17 consideraba dignas de seguir vivas. Para separar a la gente prescindible de los personajes decisivos, en todo el mundo se inventaron enfermedades o se presentaron en los medios con histerismo exagerado. Las vacunas que se distribuyeron supuestamente contra el SARS, la enfermedad de las vacas locas, la gripe aviar o la porcina, en realidad neutralizaban el patógeno NOAH; al menos los preparados reservados a esos pocos afortunados.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—¿Las consideradas imprescindibles en el proceso de selección? Un millón, quizá dos. La mayoría, como el presidente de Estados Unidos, fueron vacunadas sin que lo supieran. Creyendo que prevenían la gripe aviar, en realidad se estaban salvando de una enfermedad que aún no había aparecido y que en la actualidad conocemos como gripe de Manila. Una enfermedad cuya tasa de mortalidad supera el cincuenta por ciento.

«Tres mil quinientos millones de personas. La mitad de la población mundial».

—¿Cómo quería yo detener la fase tres? —preguntó Noah, y apenas había formulado la pregunta, tuvo una idea—. Con su ayuda, con Anonymous Force, quería informar al mundo y poner el remedio a disposición de todos, ¿no?

—ZetFlu —oyó susurrar a Celine, y Noah recordó la noticia sobre el atentado contra el dueño de la multinacional farmacéutica («¿cómo se llamaba?») que quería sacar el preparado al mercado gratuitamente.

«¿También estuve en contacto con él? ¿Me vi con él y le confié el antídoto? ¿Por eso está amenazado de muerte y han destruido sus fábricas con bombas?».

—Es algo más complicado —oyó que respondía Brahms críticamente. Su voz volvía a sonar insegura, o eso parecía.

—¿A qué se refiere?

—No tuvo mucho tiempo cuando se vio con Zaphire en Kenia.

«Zaphire. Kenia». Esas eran las palabras que buscaba Noah.

—No pudo enseñarle el vídeo antes de mor..., eh, bueno, antes de desaparecer, y ahora él no sabe que ZetFlu solo es efectivo en circunstancias concretas.

Noah asintió y miró a Altmann. Eso explicaba algunas cosas.

—¿Y qué condiciones son esas?

Brahms sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—Como ya le he dicho, es muy complicado. Lo mejor será que vea el vídeo.

—¿Lo tiene? —preguntó Noah como electrizado.

«¿La cinta por la que me persigue tanta gente?».

—En este momento no. Está... —Brahms se mordió el labio inferior y bajó la mirada—. Está en un lugar seguro. Me lo llevé cuando lo encontré muerto en el Adlon.

Tragó saliva con dificultad y le dio la dirección de Neo Clinica en el Trastevere.

—En cuanto llegue a Roma se la devolveré.

Dos minutos después la furgoneta blanca giró hacia la plataforma del aeródromo privado. El terreno se abarcaba rápidamente con la vista: una pista, un edificio de techo plano a modo de terminal, sin vallas, ni barreras, ni torre de control. La pista de aterrizaje no estaba descongelada y parecía muy corta, era un milagro que un jet hubiera aterrizado allí.

Resultaba menos sorprendente que el lugar no estuviera controlado. En invierno el aeródromo no tenía ninguna relevancia para el tráfico público.

—¿En serio? —preguntó Oscar desde atrás después de que Noah les hubiera hecho a todos un resumen aproximado del contenido de la conversación—. ¿Quieres volar a Roma por un paciente trastornado en pijama que te ha llamado desde una celda de hormigón?

—¿Tienes alguna idea mejor?

Si Kilian Brahms decía la verdad, ese periodista era su única oportunidad de averiguar algo acerca de su identidad y así saber cuáles eran las posibilidades de detener la enfermedad.

—Sí, la tengo. ¿Por qué no vamos todos a la clínica más cercana? —preguntó Oscar señalando a Altmann—. Vamos, ahora que este de aquí nos ha contagiado a todos con el ébola, la peste, lo de Manila o sabe Dios qué.

Noah se disponía a resumirle brevemente a Oscar la conversación que había mantenido con Kilian Brahms, de la que su compañero apenas habría podido oír nada desde la parte trasera, pero Altmann se le adelantó con un comentario desconcertante.

—La enfermedad no existe. —Sonrió y se apretó la nariz con dos dedos.

—¿Cómo?

—Eso dice el presidente. Si tiene razón, no soy contagioso. Recibí la noticia en el móvil por el servicio de noticias poco antes de llegar a donde estaban.

—¡Ja! —Oscar señaló varios pañuelos ensangrentados en el suelo—. Eso no se lo cree ni usted. Ya va siendo hora de que nos hagamos con ese ZetFlu.

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? —dijo Altmann con voz nasal—. Yo he tomado esa cosa. ¿Tengo el aspecto de una persona con la que grabarían un vídeo de antes y después?

—Entonces ese tal Brahms tiene razón, y usted es una de esas personas dignas de lástima en las que el ZetFlu no funciona —intervino Celine en la conversación.

«Pero quizá deberíamos conseguir las pastillas. Puede que nosotros tengamos más suerte». Estas palabras flotaban en el aire.

Noah perdió la paciencia. Abrió la puerta del conductor, salió del vehículo al frío, fue a la parte trasera y abrió las puertas de golpe.

—No quiero obligar a nadie a venir conmigo —dijo—. Cada uno de vosotros es

libre de acudir al hospital más cercano con la esperanza de que lo curen. Pero si efectivamente soy el doctor David Morten, entonces la respuesta a si podemos sobrevivir a todo esto está en mi cabeza o en Italia en un vídeo; y en estos momentos la última opción me parece ligeramente más factible que averiguar dónde están almacenados mis recuerdos.

Silencio.

—Bueno, la pregunta ahora es: ¿cómo vamos a llegar hasta allí? —dijo Celine finalmente con tono inexpresivo. Se había quedado sentada en la parte delantera y señaló la pista desierta—. Se ha marchado.

—¿Quién? —quiso saber Oscar.

—El avión con el que me secuestraron. Parece que el piloto se ha esfumado con él.

—Así que tu fantástico plan se ha estropeado, Noah. —Oscar se levantó entre gruñidos—. ¿O debería decir «doctor Morten»? —Dio un golpe con el pie—. Con este cacharro tardaríamos al menos dos días en llegar a Roma.

—Pero con eso no tardaríamos ni cinco horas.

Altmann señaló por encima de Noah hacia un pequeño avión de hélice que parecía abandonado en una zona de césped sin nieve al borde de la pista de despegue.

—¿Sabe pilotar ese trasto? —preguntó Noah y observó que Altmann se levantaba del banco y se sostenía sobre sus piernas temblorosas agarrado a una de las cadenas con las que debían haberlos esposado pocas horas atrás.

—Me ofende. Es un Cessna 182. —Altmann se tambaleó hacia Noah sacudiendo la cabeza—. La próxima vez pregúnteme si sé atarme los zapatos.

Roma, Italia

—Sí, vale. Entiendo. De acuerdo.

El doctor Bertani cortó la conexión. El propietario de la clínica, al que había informado de los últimos acontecimientos inmediatamente después de la videollamada de Kilian Brahms con Noah, estaba muy satisfecho.

—Lo ha hecho usted bien —transmitió Bertani los elogios de su jefe al paciente. Brahms lo miró dubitativo. Su ojo derecho derramó una lágrima.

—¿Sí?

—Desde luego, ha sido perfecto.

—Pero...

—Que sí, que sí. —Bertani dio palmaditas en el hombro a Kilian—. No tiene nada que reprocharse.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kilian con voz ahogada. Las lágrimas corrían ya descontroladamente por ambas mejillas.

Bertani le cogió del brazo para consolarlo.

—¿Por qué he tenido que mentirle? —Lloró con la cabeza apoyada en el hombro del médico. Los fuertes sollozos estremecían todo su cuerpo.

—Shhhh —trató de tranquilizarlo Bertani—. Su intervención ha sido realmente excelente.

—Pero en realidad no sé dónde está el vídeo.

El psiquiatra le tocó el hombro en un gesto comprensivo. El numerito de compasión comenzaba a resultarle demasiado, pero de todas formas añadió tranquilizador:

—A veces es necesaria una mentira piadosa para enderezar las cosas.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido.

Kilian aspiró por la nariz.

—¿Puedo irme ya?

—Sí.

—Por fin veré a mi familia, ¿sabe?

—Lo hará, sí.

«Más rápido de lo que le gustaría».

Bertani contó mentalmente hasta tres. Entonces rodeó el cuello de Kilian con ambos brazos y los apretó a tal velocidad y con tanta fuerza que se lo rompió.

Su vejiga se vació. El pijama de Kilian Brahms se fue oscureciendo a medida que

avanzaban, pero Bertani se aseguró de no entrar en contacto con la sustancia húmeda.
Le esperaba un largo viaje y no tenía tiempo de cambiarse antes.

Fase 3

Creo que la resistencia cada vez será más intensa a partir de ahora, y que en la segunda década del siglo XXI alcanzará un punto álgido en Europa y Estados Unidos, para después desembocar forzosamente en algún tipo de revolución. Es inevitable, ya que el sistema antiguo no desaparecerá por sí mismo. Se hará algo para eliminarlo con violencia. [...] Naturalmente este cambio radical también podría encaminarse mediante debates parlamentarios pacíficos, pero no será así como suceda.

KARL WAGNER en: «2052.El nuevo informe para el Club de Roma. Un pronóstico global para los próximos cuarenta años».

¡Ni siquiera podemos alimentar a siete mil millones!

JOEL E. COEN de la Rockefeller University en un congreso de Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia AAAS en Washington

Oosterbeek, Países Bajos

—¿Dónde demo...? —Maria carraspeó. No profirió una maldición por un pelo. Una señal inequívoca de que tenía los nervios destrozados. Celine podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que había oído a su madre maldecir.

»¿Dónde demo... dónde te has metido? ¡He intentado ponerme en contacto contigo miles de veces!

Su voz vibraba de puro nerviosismo. Había descolgado inmediatamente después del primer tono. Seguro que había permanecido sentada justo al lado del teléfono esperando noticias desesperada.

«De mí. De papá».

—Estoy bien, mamá —mintió Celine, pero ¿qué otra cosa le iba a decir?

«Me han secuestrado y traído a Europa, casi me han violado, he disparado a una mujer por descuido y he estado en contacto con un infectado de gripe cercano a la muerte»; seguro que esas no eran las noticias que debía darle a su madre en su estado actual.

—Aquí han decretado el estado de emergencia por la pandemia —explicó, y observó a través del parabrisas de la furgoneta cómo Adam Altmann se subía al Cessna a unos cien metros de ella. Oscar ya se había subido, Noah aún estaba ocupado cortando la cuerda con la que estaba atado el avión al borde de la pista.

—Siento no haber llamado antes, pero nos habían suspendido las comunicaciones.

—¿Como en el JFK?

—Exacto. ¿Qué ha pasado con papá? —preguntó Celine y giró la llave de contacto. El motor se puso en marcha, y con él la ventilación. El aire caliente le sopló en la cara. Noah, que había oído cómo arrancaba, miró hacia ella y levantó el brazo a modo de despedida. Cuando había dicho que no quería volar con ellos a Roma, había tenido miedo de que los hombres la obligaran. Desde luego no Oscar, el estrafalario duende de los bosques que podría haber salido de una película del Señor de los Anillos y que, si bien le resultaba algo pasado de rosca, en general parecía inofensivo. En caso de duda era probable que hubiera podido acabar con él ella sola. Altmann, sin embargo, ya era otra cosa. No tenía duda de que, a pesar del terrible estado en el que se encontraba, aún sería capaz de doblegarla con pocas maniobras, posiblemente incluso matarla. Para su propio asombro, en quien más confiaba era en Noah, a pesar de que no habría sabido explicar por qué. Al fin y al cabo ella estaba metida en aquel embrollo únicamente por su culpa. Pero cuando lo observaba y lo escuchaba, creía

ver en él a una persona que buscaba su verdadera identidad con desespero y que sufría porque otros se vieran afectados por esa búsqueda. Por eso en realidad no la había sorprendido que Noah respetara sin objeción alguna su deseo de abandonar el grupo, y que incluso le hubiera entregado el móvil de Amber, que se había llevado consigo antes de marcharse del bungalow del bosque. El móvil con el que en ese momento estaba llamando a su madre.

—¿Sabes algo de papá? —preguntó.

—No. —Maria suspiró, entonces dijo en tono de reproche—: Me habías prometido que te informarías, y después has apagado el teléfono sin más durante una eternidad sin llamarme aunque fuera un segundo. Como tu padre. Nadie me llama, nadie me informa. Me he enterado de todo lo que sé por la televisión. Dicen que el presidente se está planteando levantar el bloqueo. Pero las autoridades sanitarias lo desaconsejan hasta que se terminen las vacunaciones, o algo así. Sin embargo, parece que la enfermedad no es tan grave. Cada uno dice una cosa diferente, no entiendo nada, cariño.

—Yo tampoco —oyó maldecir a una voz de mujer de fondo. Deborah. La mejor amiga de su madre, al menos según su vecina. Deborah Knowles era viuda y vivía enfrente en diagonal. «Nuestro sistema de alarma», como le gustaba bromear a papá sobre ella. Desde que su marido había muerto de cáncer, pasaba la mayor parte del tiempo sentada sobre un cojín de felpa rojo apoyada en el alféizar de la ventana y observando la calle. Muy a pesar de Maria, se pasaba por su casa varias veces por semana sin avisar para explayarse acerca de lo que había visto (que normalmente era muy aburrido). «Si ya lo decía yo, el hijo de los Stern va por mal camino, ayer no llegó a casa hasta las dos de la mañana. En fin, qué más da, ¿has visto el BMW negro que ha pasado por nuestras calles a velocidad sospechosamente lenta? Seguro que están indagando a qué horas no estamos en casa. Ah... agárrate: Cathy Bigelow tiene un nuevo ligue, y no hace ni un año que enterró a su marido...».

Hasta el momento Maria no había tenido valor para decirle a Deborah que no estaba interesada en ese tipo de chismorreos, pero posiblemente ese día la visita había sido muy oportuna. Al menos Celine estaba aliviada de que su madre no estuviera sola en ese instante.

—¿Qué número es este desde el que estás llamando? —la oyó preguntar mientras metía la marcha.

Celine continuó con su serie de mentiras respondiendo que se trataba de «una oficina externa de la NYN».

—¿Y cuándo vendrás a casa?

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

Celine miró el reloj del salpicadero. Eran casi las cinco. Suspiró mentalmente.

«En cuanto haya encontrado la manera de volar de vuelta a Estados Unidos. Pero primero tengo que encontrar un médico que compruebe si el corazón de Puntito sigue latiendo, y que me trate de forma preventiva contra la gripe de Manila. Si es que eso es posible».

—No sé cuánto tardaré —dijo Celine la verdad para variar.

—Pero ¿te darás prisa?

—Sí, claro.

Metió la primera y dirigió el vehículo hacia la salida.

—¿Estás en apuros? —le preguntó su madre de repente.

—¿Que si... qué? —Celine tragó saliva—. ¿Por qué lo preguntas?

—Soy tu madre —respondió Maria, y al hacerlo sonó de todo menos natural—. Puedo preocuparme por ti, ¿no? —Se rio con tono artificial. Algo que hacía aún menos a menudo que maldecir.

—¿Qué sucede, mamá? —Celine pisó el freno para concentrarse completamente en la conversación. Por el espejo retrovisor vio que la hélice del Cessna giraba. Si la llave no estaba en el avión, como era de esperar, habían conseguido hacerle un puente con una rapidez asombrosa.

»De repente suenas rara —prosiguió Celine. De pronto alguien tosió. No junto a ella, sino a más de seis mil kilómetros de distancia.

»Mamá, no estás sola, ¿verdad?

«Por eso está tan confusa. Por eso habla tan raro».

—No, la señora Knowles está aquí...

—No me refiero a Deborah. ¿Quién más hay ahí?

«¿Acaso alguien que te da instrucciones para mantenerme en línea?».

Quiso colgar, pero el miedo por su madre se lo impidió.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás de repente tan...? Un momento, sí, yo... de acuerdo.

Celine oyó que su madre le tendía el auricular a alguien.

—¿Cómo estás? —dijo una voz masculina familiar.

Del susto levantó el pie del embrague. El vehículo dio un salto hacia delante y el motor se ahogó.

¿Qué diablos se le había perdido a ese en casa de sus padres?

—Qué alegría oír tu voz —dijo el redactor jefe. El vientre de Celine se contrajo. Como le sucedía tan a menudo últimamente, percibía el miedo en el que en ese momento era el lugar más valioso de su cuerpo.

—Si le tocas un solo pelo a mi madre, te juro que...

—No te preocupes. Solo me he pasado por aquí al enterarme de que estaba sola para ver si todo estaba en orden.

Qué hijo de puta. ¿Habría obligado a su madre a mantenerla en línea hasta

localizar dónde se encontraba?

—La verdad es que yo también me pregunto qué ha ocurrido en las últimas horas —susurró insistente.

—¿Qué quieres? —siseó Celine y agarró el manajo de llaves para arrancar de nuevo el motor.

Kevin tardó un rato en contestar, y cuando lo hizo su voz sonó diferente. Habló más bajo, como alguien que se ha apartado de un grupo para que nadie pueda oírlo. Parecía realmente preocupado.

—Escúchame bien, Celine. Sabía que llamarías a casa. Es la única razón de que esté aquí.

—¿Qué quieres? —repitió su pregunta.

—Ahora es muy importante que confíes en mí —le pidió Kevin.

—¿Que confíe en ti?

—Sé que es mucho pedir. Pero tienes que escucharme, de lo contrario estás perdida.

Celine se preguntó cómo de loca consideraba él que estaba. ¿Realmente pensaba que se creería una sola palabra que saliera de la boca del hombre que había hecho que la secuestraran violentamente?

Miró por el retrovisor. Noah también se había subido ya al Cessna y se había sentado en el asiento del copiloto junto a Adam.

—Puedes seguir jugando a tus juegucitos, Kevin. Pero si pretendes acercarte a Noah a través de mí, te has equivocado.

—Noah ya no importa.

—¿Qué significa eso?

—La información que posee ya no nos sirve. Incluso aunque la recordara, ya sería demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para detener la epidemia? —preguntó Celine.

Kevin rio con tristeza.

—Siempre has sido mi mejor reportera.

Celine oyó el rugido del motor del Cessna. El avión se puso lentamente en movimiento.

—¿Qué quieres de mí, Kevin?

—Ayudarte. Quiero ayudarte.

—¿Crees que soy idiota?

—Por favor. Tienes que salir inmediatamente del aeropuerto.

«Así que es verdad». La había localizado durante la conversación con su madre.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario morirás. Llegarán en cualquier momento.

—¿Quiénes?

—Los sicarios que deben sustituir a Altmann. Por favor, olvida lo que te he hecho y déjame enmendarlo. Aquellos que van tras vosotros no tienen nada que ver conmigo ni con nuestra organización. Te lo explicaré todo más tarde, pero si no desapareces antes de que lleguen, se acabó.

Miró hacia la salida a algunos cientos de metros de ella. Activó el cierre centralizado preocupada.

—Dame un solo motivo por el que debería creerte —dijo indecisa.

¿Y si la trampa se cerraba en cuanto saliera del aeropuerto? Por otro lado, allí en campo abierto estaba tan protegida como una diana en un campo de tiro.

—¿Por qué debería confiar en ti?

Después de algunos segundos en silencio, Kevin dijo dos palabras:

—Las flores.

—¿Qué?

—Piensa en las flores.

—No entiendo nada.

Él carraspeó.

—Sé que es el momento menos apropiado posible para preguntártelo, pero ¿realmente no sospechabas de quién eran las flores que te llegaban a la redacción?

—Espera un momento...

«Pero si eran de Steven... ¿no?».

Celine recordó la sensación desagradable que se apoderaba de ella siempre que estaba a solas con Kevin. La forma en la que sostenía su mano, siempre un segundo de más.

—¿Eras tú?

Kevin rio con una inseguridad y afectación similares a las de su madre antes.

—¿Qué pensabas, que tu ex se pasaba cada vez por allí y colocaba las rosas en un jarrón?

«No me lo creo. Está mintiendo».

Vio por el retrovisor que el Cessna se alejaba cada vez más de ella.

—No te deseo ningún mal, Celine. Nunca lo he hecho. Siento en el alma que te hayas visto implicada en todo esto. Nunca tendría que haberte encargado esta historia. Pensaba que nos uniría.

—¿Que nos uniría? Me va a matar, pedazo de... cabrón.

En ese mismo instante sucedió algo que contrajo sus entrañas todavía más: en el acceso al aeropuerto apareció un vehículo oscuro.

—Mierda —se le escapó.

—¿Ya están ahí? —exclamó Kevin, más que preocupado. Sonaba aterrorizado.

Celine contuvo el aliento de puro miedo.

«¿Qué hago?».

Si Kevin decía la verdad, tenía los segundos contados. ¿O no era más que una táctica para obligarla a hacer alguna tontería?

«¿Como por ejemplo escapar de mis salvadores?».

¿Y si Kevin contaba con que haría lo contrario de lo que él le aconsejara porque no confiaba en él?

Celine miró por última vez por el retrovisor.

El Cessna estaba llegando al extremo de la pista para despegar contra el viento en dirección noroeste.

Miró de nuevo hacia delante.

El vehículo oscuro se había detenido y hacía señales con las luces largas.

«¿Quién eres? ¿Amigo? ¿O enemigo?».

Celine lo pensó una última vez. Barajó todas las opciones.

Y tomó una decisión.

Manila, Filipinas

—¿Queréis ir por ahí?

Jay y Marlon asintieron. Se encontraban entre los muros de unas ruinas de hormigón sin techo en una de las pocas zonas en el extremo sur de la barriada que aún no estaban tan pobladas. Nubes invisibles de hedor a putrefacción se deslizaban desde un agujero oscuro hacia sus pies.

Alicia sintió náuseas.

—No puedo.

«Noel no sobreviviría».

Apretó a su bebé contra su cuerpo.

«Nadie sobreviviría».

Noel estaba caliente y febril, como el aire que se pegaba a su cuerpo como una toalla mojada. A cuarenta y tres grados a la sombra y con más de un noventa por ciento de humedad, uno sudaba solo con respirar.

—No puedo entrar ahí.

«Jamás».

«La fosa», como la llamaban los habitantes de la barriada, era la otra cara del vertedero. Una zanja de doscientos metros de largo, tapada con tablas agujereadas, en la que se acumulaban los excrementos de diez mil personas. Su ubicación se distinguía desde lejos, ya que sobre ella zumbaban nubes oscuras de moscas que ni siquiera se dispersaban cuando uno se sentaba en una de las tablas en medio del enjambre para hacer sus necesidades.

Antes el olor era más soportable. Pero antiguamente también había épocas de monzones predecibles, cuyas lluvias por lo menos limpiaban el grueso de la porquería. Sin embargo, en los últimos años el clima había cambiado. Cada vez llovía con menos frecuencia, y cuando eso sucedía, era torrencialmente, de manera que los ríos se desbordaban y la ciudad se ahogaba en el lodo. La sequía y las inundaciones eran el motivo principal que empujaba cada vez a más campesinos a los barrios de chabolas. Los habitantes del campo hablaban de campos arrasados y cosechas de arroz completamente arruinadas. Los hombres y las mujeres que en teoría debían alimentar al país, ahora pasaban hambre y llenaban chabolas por miles; y por lo tanto también la fosa.

—Una vez estemos abajo, solo hay cincuenta metros hasta la frontera —dijo Marlon, que se había puesto la camiseta sobre la boca para protegerse del hedor. Jay lo imitó.

Algunos años atrás, en el marco de un proyecto de ayuda humanitaria, se habían conectado algunas cabañas a la fosa mediante pozos de canalización, como la celda de hormigón a la que les había conducido Marlon, que nunca había llegado a terminarse. Sin embargo, debido a que la fosa de Lupang Pangako hacía las veces al mismo tiempo de váter, de basurero e incluso a veces de cementerio al que se tiraban los cadáveres por la noche, el nuevo sistema de canalización había quedado inutilizado solo un mes después. El pozo que tenían ante ellos también estaba obstruido.

Marlon lo iluminó con la linterna que había robado con Jay Dios sabía dónde, y Alicia vio al fondo ramas, maleza y una antena de televisión que sobresalían del fango líquido.

—Si bajáis ahí, moriréis —protestó.

La semana anterior una madre había resbalado en el barro y se había caído a la fosa con su hijo. El bebé había tragado un poco del fluido marrón. Había corrido inmediatamente al hospital público más cercano, pero no habían podido reunir el dinero para el médico. La agonía del bebé había durado tres días.

«¿Y tú, Noel? ¿Cuánto aguantarás?».

—Si nos quedamos, moriremos seguro —jadeó Marlon. Tosió en la tela de su camiseta, después se la quitó.

Alicia vio que su hijo imitaba a su primo y le tendía su camiseta rota.

—¿Qué hago con esto? —le preguntó.

—Enróllasela en la cabeza a Noel.

Jay le pidió a Marlon que iluminara la fosa. Había estribos metálicos clavados a lo largo del pozo. Jay se sentó al borde del agujero y balanceó las piernas sobre el abismo.

—¿Y de qué servirá eso? —preguntó Alicia. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Tenía hambre y sed, estaba infinitamente cansada después de la corta noche, e incluso el peso ínfimo de su bebé enfermo la llevaba al borde del agotamiento. Sabía que no podría reunir las fuerzas necesarias para impedir que su hijo cometiera ese suicidio.

—Incluso aunque funcione...

«... aunque no nos perdamos. No nos muerdan las ratas. No nos matemos...».

—¿Quién nos dice que los médicos de ahí fuera nos ayudarán?

«Sin dinero».

—Venga, mamá, no tenemos elección.

Jay se agarró con ambas manos al estribo superior y se metió en el pozo.

Marlon también insistió:

—Ven con nosotros. ¿O es que quieres quedarte parada a ver cómo muere Noel? Una vez lleguemos al campamento de Worldsaver, seguro que alguien se ocupa de tu bebé. Durante la última vacunación no pidieron ni un solo peso.

Alicia parpadeó para deshacerse de las lágrimas y vio que la cabeza de su hijo de siete años desaparecía en el pozo. Marlon le hizo una última señal con la cabeza y después desapareció también en el agujero.

«Dios mío, perdóname. Sea lo que sea que haya hecho».

Alicia cerró los ojos y rezó en silencio. Mientras lo hacía enrolló la camiseta de Jay sobre la boca y la nariz de Noel, que ya no emitía ningún sonido entre las tiras de bolsa de plástico con las que lo llevaba atado al pecho.

«Lo siento tanto...», pensó, y lloró porque no recordaba el pecado por el que estaba siendo tan duramente castigada.

Contuvo la respiración.

Entonces ella también descendió hacia la oscuridad, que olía a muerte y putrefacción.

Espacio aéreo de Roma

El viento soplaba desde los trescientos grados, lo que había supuesto un golpe de fortuna. Sin el viento de espaldas no habrían tardado menos de cinco horas en llegar a Italia en el Cessna, cargado hasta los topes. Habían encontrado el avión de cuatro plazas al borde de la pista de Oosterbeek atado solo con una cuerda. Con el depósito lleno, como suelen dejarlo los pilotos experimentados, que siempre lo llenan hasta la última gota para evitar la formación de agua por condensación en épocas largas de espera. Por lo demás el avión estaba a punto y equipado con un sistema GPS, así que no habían tenido que mirar ni una sola vez los mapas del maletín del piloto.

Después de que Altmann hubiera arrancado de un tirón el cable de debajo de la columna de dirección y hubiera arrancado la hélice haciendo un puente, habían despegado en dirección noroeste.

Durante todo el vuelo habían dejado apagado el transpondedor y habían mantenido el avión a una altura inferior a mil pies, de manera que en el control de tráfico aéreo solo habrían aparecido como un pequeño punto en el radar, y si las estaciones de control de suelo los habían detectado, los habrían considerado un ultraligero o un planeador.

De tanto en tanto, cuando Altmann distinguía un aeródromo, hacía descender el Cessna. «Si alguien nos tiene en pantalla, pensará que estamos aterrizando. Resulta más inofensivo que trazar una línea recta entre Ámsterdam y Roma», había explicado su estrategia. Y había funcionado.

Doscientos ochenta minutos después se encontraban descendiendo sobre la costa tirrena, a unos treinta kilómetros de la desembocadura del Tíber, y no habían tenido ningún incidente. Los mayores problemas se habían producido ya durante la salida, cuando Adam había tenido que interrumpir el despegue porque Celine había cambiado de opinión repentinamente.

Los había perseguido con la furgoneta de forma completamente inesperada, y se había plantado ante el avión en la pista gesticulando con violencia. Después de subir a bordo, había señalado un vehículo oscuro situado en el acceso junto al edificio principal, que curiosamente no se había puesto en marcha para evitar que despegaran con el Cessna.

—Son mi gente. Saben que estoy infectado —dijo Altmann cuando ya había alcanzado la altitud de vuelo—. Tienen miedo de contagiarse. Si lo hubieran encontrado a Noah o a usted solos... quién sabe. Pero ¿conmigo cerca? No. —Negó con la cabeza.

Después de aquello, Celine parecía más inquieta, como alguien que está seguro de haber cometido un gran error, y Noah no pudo reprocharle que pensara que había pasado de Guatemala a Guatepeor.

La mayor parte del vuelo había estado callada y solo había respondido de manera concisa a las preguntas de Adam y Oscar acerca de cómo y por qué la habían implicado en aquel asunto. Y después de que Noah cometiera el error de preguntarle con delicadeza acerca de su embarazo, había enmudecido definitivamente.

En ese instante dormía, al igual que Oscar, arrullados por el ruido monótono del vuelo, con las cabezas apoyadas contra los respaldos de los asientos delanteros; al contrario que Noah, que no había pegado ojo en todo el vuelo por miedo a que Altmann sufriera un colapso mientras pilotaba.

Al principio el agente había parecido sentirse asombrosamente fuerte de nuevo, pero mientras sobrevolaban la frontera suiza, un torrente rojo había vuelto a brotarle de la nariz.

Desde entonces llevaba dos trozos de pañuelo en los agujeros de la nariz a modo de tapones. Sudaba y tenía escalofríos, a pesar de que la calefacción estaba al máximo y le daba directamente en la cara.

—Llegaremos enseguida —le oyó decir Noah. Los cuatro se comunicaban mediante micrófonos y auriculares insonorizantes. Cada vez que alguien tomaba la palabra, se oía un chasquido desagradable en el oído y había que hacer un esfuerzo para filtrar la voz del estruendo similar al ruido de un aspirador que había de fondo.

»Aterrizamos en cuatro minutos.

Era poco después de las nueve y media, surcaban una noche despejada. Sobre ellos relucían las estrellas, bajo ellos las luces de Roma formaban una alfombra resplandeciente.

—¿No te ha llamado algo la atención, Noah? —preguntó Altmann. Poco antes de los Alpes, después de que sufriera durante veinte minutos espasmos tan fuertes que Noah había tenido que sustituirle, habían comenzado a tutearse.

Miró por la ventana y asintió.

—No hay coches.

No se veían faros ni luces traseras, ningún río de coches saliendo o entrando en la ciudad.

Solo ocasionalmente un punto de luz avanzaba por una de las carreteras de acceso.

Noah cogió el *smartphone* de Altmann. Volaban tan bajo, que el navegador pudo conectarse a Internet. Como era de esperar, al buscar «Italia+Roma+toque de queda», obtuvo cientos de resultados de noticias actuales.

—Desde hoy a las dieciocho horas la población solo puede salir a la calle en caso de emergencia —le explicó a Altmann—. Los conciertos, los partidos de fútbol y el

uso del transporte público están prohibidos. Quieren evitar que se junten grandes grupos de personas, y las calles principales deben quedar libres para el transporte de enfermos.

—Menos mal que no había ninguna epidemia —renegó Oscar tras ellos. La conversación lo había despertado. Junto a él Celine también abrió los ojos y bostezó.

—¿Dónde estamos? —preguntó mirando por la ventana.

—En un buen escollo —respondió Altmann entrecerrando los ojos. La pista de aterrizaje, que hasta entonces solo había aparecido en el ordenador de a bordo, se extendía ahora claramente ante ellos en el suelo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Celine temerosa.

No entendía qué era lo que inquietaba a Altmann. Noah sí.

—Demasiada luz —dijo, e introdujo una nueva búsqueda en el teléfono. Habían escogido un pequeño aeropuerto cerca del centro, que en invierno, especialmente a esas horas, debía haber estado tan desierto como aquel desde el que habían despegado en Holanda. Sin embargo, allí abajo no solo estaba iluminada la pista de aterrizaje, sino también todas las zonas del edificio.

»Lo sabía —dijo Noah, y leyó las noticias que había encontrado en la red—. El aeropuerto urbano de Roma está cerrado a la aviación civil. El servicio italiano de protección contra catástrofes se ha apropiado de la pista.

—¿Por qué no se pronuncia la torre de control? —preguntó Oscar desde atrás.

Altmann esbozó una sonrisa desvaída.

—Porque no puede. He desactivado la radio.

—¿Y eso por qué?

—Hemos invadido el espacio aéreo sin permiso y vamos a aterrizar sin autorización. Eso ya es bastante complicado, así que no quiero que un italiano furioso me grite además mientras lo hago.

—¿No podemos aterrizar en otra parte? —quiso saber Celine.

—¿A oscuras? ¿Sin luces de posición? ¿En una autopista por ejemplo? Olvídelo. Además, ya no tenemos carburante suficiente en el depósito como para buscar otra cosa.

—Pero si aterrizamos aquí... —Noah señaló varios vehículos de emergencias con las luces de señalización ya encendidas situados junto a uno de los edificios de tejado plano.

—Tenemos dos minutos antes de que nos detengan, lo sé.

—¿Y ahora qué?

El avión se balanceaba con el viento.

—No tengo ni la menor idea.

Noah miró por encima de Altmann por su ventanilla lateral y distinguió otra luz roja de señalización, a unos trescientos metros de distancia de la pista.

—¿Eso de ahí es el Tíber? —preguntó con el dedo índice dirigido hacia la luz de aviso que parpadeaba.

—Debería serlo, sí. ¿Por qué?

Noah se inclinó hacia atrás.

—Necesito la bolsa de plástico, Celine, por favor.

Ella la cogió de detrás de su asiento y se la pasó hacia delante.

—¿Qué te propones? —preguntó Altmann.

—Te acuerdas de que antes, en el bungalow, después de que el viejo se disparara, entré de nuevo allí atrás, ¿verdad?

«Mi padre».

—Sí, ¿y?

—Me llevé algo de allí que ahora podría ayudarnos.

Noah le mostró el contenido de la bolsa. Entonces les explicó a los tres su plan, mientras Altmann sobrevolaba una vez más el aeropuerto.

El aterrizaje fue como un golpe.

Recorrieron la única pista de aterrizaje en dirección norte a toda velocidad, dejando a su derecha el edificio de la terminal, completamente iluminado. Antes de detenerse en el último tercio de la pista, Altmann tiró de la palanca de dirección hacia la izquierda, de manera que el Cessna salió de la pista y cruzó a toda velocidad un campo abierto en completa oscuridad. A la luz de los faros del avión, el terreno parecía un paisaje lunar.

A pesar de la visión limitada y el camino irregular, Altmann aceleró el avión como si quisiera despegar de nuevo.

El motor se revolucionó, y el terrible ruido metálico era insoportable incluso a pesar de los auriculares insonorizantes. Al mismo tiempo Noah creyó percibir olor a plástico quemado, pero quizás eran imaginaciones suyas. Tenía la nariz taponada, en realidad era imposible que oliera nada, y se sentía griposo. Cada vez que tragaba le dolía la garganta, lo que podía deberse a la falta de sueño y los efectos secundarios del completo agotamiento. En ese momento prefería no pensar en la segunda y peligrosa posibilidad, sobre todo porque la situación prácticamente desesperada requería toda su atención.

Noah todavía no veía si los militares estacionados en el aeropuerto ya estaban tras ellos, pero estaba convencido. Después de lo que pareció una eternidad, que en realidad no fue más de medio minuto, Altmann paró en seco el Cessna y apagó el motor y todas las luces. Noah abrió la puerta lateral y salió por el ala al aire nocturno, sorprendentemente cálido. Entonces plegó su asiento hacia delante y le tendió la mano a Celine. Altmann le ofreció la misma ayuda a Oscar en el lado opuesto.

—Vamos, vamos. Rápido —dijo cuando todos estuvieron de nuevo en tierra firme.

En ese mismo instante varias sirenas solapadas desgarraron el zumbido que se había instalado en los oídos de Noah después del largo vuelo. Se volvió hacia las luces de los vehículos de emergencia.

—Ya vienen —dijo Oscar innecesariamente.

Las furgonetas y los *jeeps* aún estaban ante el edificio principal con el motor encendido, pero una vez que se pusieran en marcha, era más bien cuestión de segundos, y no de minutos, que llegaran hasta donde estaban ellos.

Noah le hizo un gesto con la cabeza a Celine, que con el traje protector en el que se había embutido cuando aún estaban en el avión, al igual que él, tenía aspecto de un vigilante que hubiera escapado de la sala de control de una central nuclear. Sobre todo cuando se puso la mascarilla. Una máscara antigás habría sido más apropiada para la ocasión, pero en el suelo de la habitación del enfermo en el bungalow del

bosque no había tenido mucho dónde elegir, así que tendría que valer con eso.

Noah se volvió hacia Altmann, después miró a Oscar.

—Tenéis cinco segundos de ventaja.

—No puedo... —se dispuso a protestar Oscar, pero Altmann le dio un brusco empujón.

—No empieces con tonterías ahora.

—Solo tenemos dos trajes —le gritó Noah a modo de explicación cuando ambos habían salido corriendo ya.

«Justo a tiempo».

La flota de emergencia formó una barrera de vehículos en la pista.

Noah contó hasta cinco, entonces Celine y él también echaron a correr tras los otros dos hacia la luz roja que habían localizado a orillas del Tíber desde el aire.

Para que el plan de Noah no estuviera abocado al fracaso desde el principio, debía tratarse de la luz de posición de un barco, posiblemente de la policía, del ejército o de una unidad de la policía fronteriza, para controlar los accesos al aeropuerto también desde el agua.

«Esperemos que no se trate de un barco de las autoridades sanitarias o del cuerpo de protección contra catástrofes».

Para asegurarse, después de colocarse también la mascarilla sobre la boca y la nariz, Noah disparó su pistola al aire mientras corría. Y pocos segundos después, alarmado por los tiros, mientras el ruido de motores a su espalda cada vez se acercaba más, un foco se encendió en la dirección en la que corrían. Su luz alcanzó a la desigual pareja que formaban el delgado Altmann, en cabeza, y Oscar, que avanzaba a trompicones unos metros por detrás con la mano en el costado.

«Como habíamos quedado. Hacia el barco».

Noah disparó un segundo tiro hacia el cielo nocturno estrellado. Celine jadeaba junto a él, pero no le suponía ningún esfuerzo mantener el ritmo, a pesar de que seguramente tenía las piernas flojas como él después de haber estado sentada en el avión tantas horas seguidas.

—No funciona —dijo Celine sin bajar el ritmo. Noah no pudo por menos que darle secretamente la razón al ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Altmann y Oscar se habían detenido a pocos metros de un embarcadero, ahora iluminado, en el que había una lancha de la policía de tamaño mediano y casco blanco, con un foco sobre el techo de una capota rígida.

Dos hombres se habían interpuesto en su camino.

Con sus uniformes oscuros y las gorras negras, se parecían como dos gotas de agua. Ambos tenían la cara delgada y angulosa, ambos eran muy jóvenes, como pudo comprobar Noah cuando estuvieron lo bastante cerca. Solo se diferenciaban en las armas. Uno de los dos *carabinieri* llevaba una ametralladora. El otro solo parecía ir

armado con un aparato de radio que había descolgado de la cinta que llevaba al hombro, y que emitía palabras tan incomprensibles para Noah como las que le gritaba el agente con el arma.

«No entiendo italiano», pensó de pronto.

—No tocar —advirtió por lo tanto en inglés a los hombres, y añadió una única palabra disuasoria, que a esas alturas ya se entendía en todos y cada uno de los continentes—: Manila.

Cuando los jóvenes *carabinieri* vieron la cara embadurnada de sangre de Altmann, y poco después vieron aparecer a Noah y Celine con trajes protectores detrás de los que huían, sacaron exactamente las conclusiones que Noah había querido provocar:

«Pensarán que sois pacientes que han escapado en el avión, y creerán que nosotros somos la avanzadilla del grupo de emergencia que se aproxima desde atrás con las luces azules», había predicho Noah; y había tenido razón.

Además había tenido la esperanza de que los policías no quisieran contagiarse y se apartaran en cuanto vieran a Altmann y a Oscar ir directamente hacia ellos. Pero no había sido así. Los agentes parecían nerviosos, pero decididos a no dejar pasar a nadie.

—Trabajamos para el departamento de Sanidad de Estados Unidos —le dijo Noah al que llevaba la ametralladora, que apuntaba alternativamente a Oscar y a Altmann—. Apártense de inmediato y déjenos hacer nuestro trabajo. —Señaló a Oscar y a Altmann—. Nosotros nos ocuparemos de los enfermos.

El hombre de la ametralladora se encogió de hombros sin entender nada, pero su compañero parecía dominar el inglés. Con un fuerte acento pero gramática impecable, respondió lanzando una breve mirada a Oscar y a Altmann:

—Tenemos instrucciones de arrestarlos a todos.

«Por lo menos no tienen órdenes de disparar».

—¿A qué se refiere con «todos»? ¿A nosotros también? —Se señaló a sí mismo. El *carabiniere* asintió.

Noah vio que Altmann se limpiaba la nariz con el antebrazo. Solo Oscar mantenía los brazos en alto con el gesto contraído por el miedo.

—¡Escuche! —lo intentó Noah de nuevo en inglés. El *carabiniere* levantó la mano en señal de defensa y quiso responder a un mensaje de radio recibido, cuando se produjeron dos disparos.

El primer impulso de Noah fue girarse, a pesar de que era evidente que el ataque no venía desde atrás.

El volumen de los disparos había sido demasiado alto, las balas se habían disparado demasiado cerca.

La primera había derribado al *carabiniere* armado. La segunda parecía haber dado

al joven de la radio directamente en la nuca. Se tambaleó por un momento, y después, cuando ya le salía sangre de la boca, cayó hacia delante. Noah tuvo que apartarse, de lo contrario el muerto habría caído sobre él.

Oscar y Celine gritaron a la vez. Ambos miraron fijamente a Altmann, que de pronto sostenía una pequeña pistola en la mano.

—¿Qué ha hecho? —vociferó Celine.

—Lo correcto —respondió escuetamente Altmann, y miró a Noah. Sus miradas solo se cruzaron durante una milésima de segundo, pero Noah no necesitó más para leerle el pensamiento al asesino.

«¿Qué creías?», decían los ojos de Altmann. «¿Que era una buena persona, solo porque he pilotado el avión hasta Roma? Yo mato. Es mi profesión. Y solo seguís vivos porque vuestra muerte no me conviene».

Sin dar ninguna explicación más, Altmann dejó plantado al grupo y recorrió el embarcadero con el arma aún en posición, por si había más policías en la lancha.

Noah se volvió una vez más hacia el aeropuerto y hacia los vehículos de emergencia, que ya solo estaban a unos pocos cientos de metros del embarcadero, y cuyas luces iluminaban ya todo lo que les rodeaba. Oyó que la lancha arrancaba («parece que los *carabinieri* estaban solos»), lo que también hizo reaccionar a Oscar y a Celine.

Corrieron juntos por la pasarela hacia la barca, que zarpaba. Saltaron literalmente en el último segundo.

La fuerza con la que arrancó Altmann hizo que todos se cayeran hacia atrás. Noah se cayó sobre el hombro herido y gimió de dolor.

Cuando se levantó de nuevo y miró hacia la orilla, los agentes que habían salido de sus furgonetas y se habían inclinado sobre los cadáveres de sus compañeros estaban ya tan lejos que Noah apenas podía distinguir sus rostros.

«Dios mío, ¿qué acabamos de hacer?», exclamó mentalmente mientras surcaban las aguas del Tíber a toda velocidad en dirección sur, hacia el centro de Roma.

—Eran prácticamente niños —gritó Oscar—. Los ha asesinado.

Las palabras rebotaron sin efecto alguno en la espalda de Altmann, que se aferraba al timón y conducía la lancha a toda velocidad a través del río, liso como un espejo.

Había apagado el foco del techo. Para no chocar contra ningún obstáculo en el trayecto, lleno de curvas al principio, o incluso encallar, había dirigido una lámpara halógena móvil hacia el sentido de la marcha.

Miraba alternativamente hacia el agua y hacia el cielo estrellado en completo silencio.

Noah sabía por qué Altmann no había dudado en disparar a los dos *carabinieri*. Por eso ni siquiera había planteado la pregunta para la que Celine, fuera de sí de pura repugnancia y espanto, exigía una respuesta:

—¿Qué tipo de persona es usted, que va por ahí matando a inocentes?

Altmann tosió y sujetó el volante con una sola mano mientras se tapaba la boca con la otra. Cuando el ataque de tos pasó, sorprendió a Noah reaccionando a la pregunta de Celine:

—Deje de hablar de cosas que no entiende.

—Si se refiere a los asesinatos, sí, tiene razón. En efecto no lo entiendo en absoluto. Pero sé perfectamente que es usted un maníaco, y entiendo que quiero bajarme de esta lancha lo antes posible —replicó ella.

—Tiene razón —la secundó Oscar, y después se dirigió a Noah—. Vamos a parar, por favor.

Altmann se echó a reír con tono insensible y aumentó la velocidad en una recta. Entonces se volvió.

—¿Qué pensaba que sería esto? ¿Una excursión de fin de semana a la Ciudad Eterna?

Durante un rato no se oyó nada más que los ruidos del motor diésel y el chapoteo del agua, entonces añadió:

—No tenía elección. No nos habrían dejado marchar.

Hablaba sin emoción alguna, como si la muerte de los dos jóvenes no fuera más lamentable que la de la res de matadero de la que había salido su salchicha del desayuno.

«Un mal necesario».

—¿No dejarnos marchar? ¿Y desde su punto de vista ese es un motivo para cargarse a alguien? —dijo Celine entre dientes, y trató de apartarse. Altmann la agarró del brazo.

—Escúcheme bien. Este no es precisamente el momento de dar clases particulares

de estrategia de campo a una embarazada histérica y a un vagabundo chiflado, pero quizá deberían contener un momento la respiración y recordar por qué estamos aquí. Míreme. —Se señaló a sí mismo, empezando por la cara, y después abarcó todo su cuerpo con el movimiento de sus manos, desde la cabeza hasta los pies.

«Es demasiado tarde», fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Noah.

A la luz del cuadro de mandos, el agente parecía un muerto en vida. Los músculos de su cara estaban distendidos, la piel le colgaba sobre los huesos como una funda demasiado grande. Sus ojos vidriosos y febriles lagrimeaban. La cara le ardía. Sin necesidad de tocarlo, Noah percibía el calor que le consumía el cuerpo por dentro.

—Puede que no sea más que un resfriado fuerte —había intentado tranquilizarlo (y también a sí mismo) durante el vuelo, pero ya no había motivo para la esperanza. Altmann sufría los típicos síntomas con los que comenzaba la fase contagiosa de la gripe de Manila.

—Tengo la sensación de que en lugar de sangre, es ácido lo que se abre paso a través de mis venas —explicó—. Cuando hablo, tengo miedo de escupir parte de mis vísceras. Si tuviera una inyección de morfina a mano, me la inyectaría directamente en el ojo si eso ayudara. Y puedo asegurarles algo... —Miró primero a Celine, después a Oscar—. En los próximos días todos ustedes estarán exactamente igual que yo si no encontramos a ese tal Kilian Brahm y el vídeo. Incluso en ese caso, las posibilidades de que nuestro héroe —señaló a Noah— recupere la memoria y con ella la solución al problema de la pandemia son muy escasas. Pero la posibilidad existe al fin y al cabo. Y los policías del embarcadero habrían acabado con ella. Así que he tenido que matarlos.

—Eso es un disparate —bufó Celine.

Altmann suspiró y dijo dirigiéndose a Noah:

—Explícaselo tú, David. —Era la primera vez que se dirigía a él con ese nombre.

Celine se volvió hacia Noah con los ojos muy abiertos, y una mezcla de sorpresa incrédula y temor en la mirada.

—¿Explicar qué, Noah? ¿No estarás de acuerdo con él?

Su elocuente silencio fue respuesta suficiente.

—No me lo creo, no. No me digas que estás de su parte.

Por alguna razón Noah tenía la impresión de que debía disculparse, a pesar de que sabía que Altmann tenía razón. Peor aún. Sabía que habría tenido que actuar igual. Sus dudas les habían puesto a todos en peligro, en el fondo era una suerte que no hubieran cacheado bien a Altmann y que aún conservara un arma escondida en su cuerpo.

Ya no se engañaba a sí mismo. Altmann y él estaban hechos de una madera similar. Su intuición no le había fallado, lo había sentido en el mismo instante en que le había visto en la Estación Central de Berlín. Ambos eran profesionales. No eran

psicópatas a los que les divertía matar. Sino asesinos que sopesaban pros y contras en milésimas de segundo: ¿cuánto valía una vida humana y cuándo había que sacrificarla si el objetivo lo exigía?

—¿Usted también ha perdido la memoria, señorita Henderson? —preguntó Altmann—. No hace mucho su amigo ejecutó a un hombre en una habitación de hotel. Eliminó a dos personas en la tienda de electrónica y, además del cerdo que quería violarla, disparó a dos personas más en una obra en Ámsterdam.

—Pero no es comparable —protestó Oscar.

—¿No? Los hombres se interpusieron en su camino y querían arrestarlo para llevarle a un lugar al que él no quería seguirlos voluntariamente. Exactamente como los *carabinieri*. ¿Cuál es la diferencia?

—Estos eran policías.

—Y yo trabajo para el gobierno de Estados Unidos.

—Podría haberles disparado en las piernas —trató de negociar Oscar.

Altmann frunció el ceño.

—En ese caso mejor en el brazo, pero ¿y si hubiera fallado?

—Pero el otro estaba desarmado —protestó Celine, aunque con mucho menos énfasis que antes.

—¿Le ha registrado tan bien como a mí? ¿Y qué le habría impedido coger la ametralladora de su compañero? No había tiempo para experimentos.

Altmann miró de nuevo hacia arriba, y esta vez comentó lo que veía en el claro cielo estrellado:

—Sin duda tenemos problemas más graves que filosofar sobre decisiones morales.

—¿Qué demonios hay pues ahí arriba? —gritó Oscar por encima del rugido del motor, que aceleraba de nuevo.

—Nada —respondió Altmann—. Y eso es lo que me preocupa.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntaron Celine y Oscar al unísono.

Noah se lo explicó, y cuando terminó, vio que en sus caras se dibujaba un gesto de puro miedo.

Lo mínimo habría sido que les persiguiera un helicóptero. Pero no se oía ni se veía nada. Ni un avión, ni una camioneta militar por la carretera paralela al Tíber, ni una lancha a sus espaldas. Nada.

Si los italianos ya ni siquiera se preocupaban por las personas que entraban ilegalmente en su territorio y mataban a policías, eso solo podía significar que la crisis se había agravado en las últimas horas y que ellos representaban un riesgo que podía pasarse por alto y para el que no malgastarían más recursos.

Bajaron de la lancha de policía veinte minutos más tarde, a la altura de la isla Tiberina junto al puente Palatino.

Debajo del puente olía como a urinario, y la basura que se había acumulado sobre la apesosa agua estancada junto a los refuerzos de las orillas no mejoraba la cosa.

—Olvídate de la lancha —le dijo Noah a Celine, que se disponía a coger el cabo para amarrarlo a un pilar de hormigón—. Nos preocuparemos de cómo volver cuando llegue el momento.

Ella se encogió de hombros y soltó la cuerda.

Teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraba Celine, y la cantidad de sucesos terribles que había sufrido uno tras otro, aguantaba sorprendentemente bien, desde luego mucho mejor que Oscar. Tras la discusión con Altmann, este se había abrazado con fuerza las rodillas y se había sentado sobre la cubierta desnuda de la lancha farfullando conversaciones consigo mismo. En cambio Celine parecía pensativa.

Noah se había sentado junto a ella y había dado por hecho que rompería a llorar cuando hablara con ella, pero le había dejado perplejo al preguntarle si podía utilizar su *smartphone* para intentar ponerse en contacto con su padre, por el que estaba muy preocupada. Con el móvil que le había dado no tenía red en Italia.

Noah se había negado. No porque temiera que los descubrieran por la señal (era evidente que su asesinato ya no tenía la prioridad que había tenido horas antes), sino porque no sabía cuándo sería la próxima vez que tuvieran acceso a una toma de corriente, y quería proteger la batería a cualquier precio.

—¿Y ahora? —preguntó Celine.

Al igual que él mismo, se había quitado el traje protector poco antes de atracar, pero había conservado la mascarilla. Noah no podía reprochárselo, pero dudaba de que la medida tuviera sentido.

«O formamos parte del afortunado cincuenta por ciento sobre el que la enfermedad no surtirá efecto, o Altmann nos ha contagiado hace tiempo».

Miró de nuevo la pantalla del móvil, que mostraba el camino más rápido a la clínica, entonces metió prisa al grupo:

—Vamos. La Neo Clinica solo está a un par de minutos de aquí.

Los cuatro ascendieron por una amplia escalera de piedra que subía hasta el puente, y sorprendentemente Altmann lo logró sin ayuda.

—Dios mío, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Oscar con la mirada preocupada puesta sobre la escena que tenían ante ellos.

Estaban en el tramo más alto de la escalera junto a una barandilla de hierro forjado a la altura de la cadera, justo allí donde el puente se cruzaba con la

Lungotevere Ripa: la calle que acompañaba al río por el lado occidental.

Al contrario que en el Tíber, donde solo se habían cruzado con barcos que querían salir de la ciudad, aquí las personas se abrían paso en la calle hacia el centro del casco antiguo.

Una enorme corriente de personas avanzaba desde el este por los carriles en teoría reservados al tráfico en dirección al Trastevere. Aquello que Noah ya había observado desde el aire se confirmaba también en tierra: no había coches, ni siquiera los ciclomotores, por lo demás omnipresentes, traqueteaban entre la multitud.

A Noah la situación le recordó absurdamente a un concierto al aire libre poco después de que hubieran abierto las puertas: hombres, mujeres, viejos y jóvenes, incluso niños y madres con bebés en brazos caminaban apresurados por la calle y atravesaban el cruce como si intentaran conseguir los mejores asientos en algún lugar.

—Toma, ponte esto —dijo Noah y le tendió a Altmann su mascarilla—. Será mejor que nadie te vea la cara —añadió a modo de explicación. Como las hemorragias nasales de Altmann se producían ya cada diez minutos, el agente había renunciado a limpiarse la cara cada momento. Por ahora nadie se había fijado en ellos. Era imposible predecir qué ocurriría si él y sus síntomas llamaban la atención de alguien en la multitud.

Noah no entendía qué se decían enérgicamente los italianos unos a otros, pero corrigió la imagen del concierto que se había hecho al principio. El ambiente predominante era muy tenso y enfurecido. Aquella aglomeración de gente no tenía nada que ver con un grupo de personas pacíficas que peregrinaran a uno de los barrios de ocio más antiguos de Roma en busca de diversión y distracciones.

Se parecía más bien a una turba.

«Y no hay ni un solo policía a la vista».

Noah preguntó a Altmann cómo veía la situación.

—Una sublevación contra el toque de queda —respondió—. En Los Ángeles ya lo vivimos una vez. Comienza con unos pocos rebeldes, y cada segundo salen más y más a las calles, también población normal. La mayoría no tiene ni idea de por qué se agrupan. Es probable que las autoridades hayan establecido una especie de zona muerta en torno a la ciudad, y que ahora nadie de las fuerzas de seguridad se atreva a entrar en él.

Señaló a un grupo de jóvenes ante ellos.

Todos llevaban la cara cubierta, pero no por razones sanitarias. Se habían tapado con bufandas negras y levantaban los puños. Noah agarró instintivamente la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Adónde se dirige toda esta gente? —preguntó Celine inquieta.

Noah se encogió de hombros.

—Por desgracia, van en la misma dirección que nosotros. Tened cuidado,

tenemos que permanecer juntos —añadió, después bajó a la calle y se sumaron a la corriente que se abría paso por el cruce.

Noah sintió el peligro mucho antes de que los alcanzara. No podía oírlo, verlo ni olerlo, pero la vaga sensación de amenaza crecía con cada paso que él y sus compañeros daban a través del estrecho callejón toscamente adoquinado en dirección al casco antiguo. La muchedumbre a su alrededor también parecía sometida a una tensión nerviosa, electrizada, como animales de camino al matadero. Sin saber lo que les sucedería, pero con el presentimiento temeroso de que no podía ser nada bueno.

—¿Tienes alguna idea de lo que está pasando allí delante? —preguntó Celine tras él. Señalaba una plaza a unos cincuenta metros en la que desembocaba el trayecto. Por lo que podía ver Noah, se estaba llenando de personas que no podían seguir avanzando. «O no quieren hacerlo».

Algunos de ellos, sobre todo los jóvenes, se habían subido a coches aparcados para tener mejores vistas, «de lo que sea que haya ahí», y Noah se preguntó si el objetivo de aquella reunión sería una manifestación, hasta que vio el reflejo de las ventanas de un restaurante de varias plantas que cerraba la plaza por su lado oriental.

«Rojo. Llameante. Deslumbrante».

Las llamas que bañaban el restaurante con una luz cambiante roja amarillenta, y cuyo reflejo había visto Noah, salían del edificio de enfrente.

De la plaza les llegaron gritos de júbilo acompañados por los murmullos, en parte de aprobación y en parte de espanto, de aquellos que se encontraban justo delante del incendio.

—Sujetaos a mí.

Noah buscó un hueco en la masa a través del que pudieran pasar y advirtió a Celine y a Oscar que se mantuvieran muy cerca de él.

—Tenemos que salir de aquí antes de que...

En ese momento sucedió lo que Noah se había temido: se hizo el silencio. Solo por un segundo. Ni siquiera lo bastante largo para repetir su advertencia de permanecer juntos, y entonces se desató el caos.

Un violento empujón recorrió la multitud y la corriente se dividió. Se produjo un desgarramiento, como una falla después de un terremoto, una senda libre en el centro del camino, porque la gente se había apartado como obedeciendo una orden secreta, y al hacerlo había formado un pasillo de rescate, como sucedía en la autopista después de un accidente. Sin embargo, aquel pasillo era el resultado casual de una maniobra evasiva descontrolada y nerviosa, producida por la reacción de un gran número de personas que querían salir de la plaza lo más rápido posible, pero que chocaban contra la pared de personas que avanzaba hacia ellos.

—¡No os caigáis! —gritó Noah, porque sabía qué pasaría en los siguientes segundos: el pasillo se cerraría de nuevo y se convertiría en una trampa, se derribaría,

se arrollaría y quizás incluso se mataría a pisotones a gente, dependiendo del grado del pánico que estaba a punto de desatarse.

—Socorro... ¡Noah! —oyó chillar a Oscar sin verlo. Si hasta entonces había estado junto a él, ya se había apartado, posiblemente con Altmann, que había sido absorbido hacia la plaza como por un agujero negro.

Noah cogió de la mano a Celine, que había logrado permanecer tras él, pero que se resistía a soltar los brazos, con los que se había rodeado la tripa para proteger al bebé de golpes y empujones.

—Así no funcionará —gritó Noah por encima de la masa, que cada vez era más ruidosa.

«Así no podrás mantener el equilibrio».

Noah vio con impotencia cómo un codo le pegaba a la periodista en la cara, esta giraba noventa grados sobre su propio eje y a continuación caía hacia atrás hasta desaparecer de su campo de visión.

Noah intentó llegar hasta donde ella había estado hasta ese instante, empezó a repartir golpes también, pero ni siquiera logró quedarse en el mismo sitio.

Él también comenzó a ir a la deriva, atrapado por la corriente de los que se veían arrastrados hacia la plaza contra su voluntad.

—Celine —vociferó, pero su voz no era ni un susurro comparada con el ruido de la muchedumbre. Oía a mujeres, hombres e incluso niños gritar por su vida, y al mismo tiempo el olor a madera quemada se instaló en su nariz.

Noah estuvo a punto de sacar su arma, pero desechó la idea. Un disparo al aire solo empeoraría la situación, aumentaría el caos y por lo tanto el riesgo de muerte del que pendían todos. Así que mantuvo las manos a la altura de la cabeza, como un boxeador, y reaccionó instintivamente a todo lo que se interponía en su camino, tiraba de él, lo empujaba o lo pisaba. En los siguientes segundos no vio caras, no vio personas, solo figuras borrosas que se agarraban a él, tiraban de él, lo empujaban o lo arañaban.

Noah dio golpes a su alrededor, pisó, oyó huesos romperse, a personas gritar y no tuvo tiempo de pensar en lo que tocaban sus manos o pies; y a pesar de todos sus esfuerzos, no logró mantenerse en pie.

Algo lo hizo caer, le arrancó las dos piernas del suelo al mismo tiempo. Durante un rato flotó, sostenido por la multitud. Un dolor punzante ascendió por su columna, al mismo tiempo algo estrujó su tórax con tanta fuerza que se quedó sin respiración.

Entonces todo se hizo más oscuro. No por el humo acre que entretanto se había extendido por todas partes, sino porque Noah se vio empujado hacia abajo. Vio pies, perneras de pantalones, un único zapato infantil junto a su mano, con la que trataba de apoyarse en el suelo, entonces alguien le pisó la cabeza y los riñones. Sintió sabor a sangre, el zumbido en su cabeza aumentó. Se preparó para un dolor espantoso

cuando su cabeza se volvió en una postura poco natural y las vértebras de su cuello crujieron. Noah quiso gritar, pero no pudo porque seguía sin respiración, y cuando ya creía que se había partido el cuello, de pronto se vio apoyado sobre las manos y las rodillas en el adoquinado, haciendo dolorosos esfuerzos por bombear algo de oxígeno hacia sus pulmones.

—*Stronzo* —oyó maldecir a una mujer que pasó por encima de él justo cuando intentaba levantarse. Llevaba pesadas botas de tacón con las que le pisó los dedos.

La muchedumbre se disipaba a su alrededor, y Noah logró levantarse apoyándose en un pivote colocado allí para evitar que los coches atravesaran la plaza. En ese momento fue la boya de salvamento de Noah.

Apoyado sobre él, volvió la vista hacia el camino que había recorrido y en el que Celine probablemente estuviera luchando por su vida en ese momento.

Mientras que la callejuela, que ahora estaba a su espalda, parecía del todo atascada, en la plaza se abrían huecos asombrosamente amplios. Aquellos que no habían huido por uno de los callejones que se bifurcaban (lo que casi seguro había sido su perdición) se habían situado sobre los coches, en una fuente seca o en los patios traseros de las casas, cuyos atentos vecinos al parecer habían abierto las entradas.

Y después había otro grupo de personas que no tenía ninguna intención de ponerse a salvo. Los incendiarios y saqueadores que habían provocado el caos en primer lugar.

Noah oyó una explosión, cristales que reventaban, entonces una ráfaga de luz iluminó la noche. Una espesa humareda ascendió por el entramado del tejado de la casa en llamas, que Noah veía sin problemas ahora que la ola de pánico lo había escupido a la plaza.

El edificio de piedra de varias plantas ardía desde el segundo piso hasta el tejado. Solo los pisos inferiores se habían librado de los cócteles molotov que se habían lanzado hacia las ventanas de los pisos superiores.

FARMACIA, leyó Noah en un letrero abombado de esmalte que colgaba sobre los locales comerciales de la planta baja. Las puertas y los escaparates de la botica habían sido pateados y destrozados por las personas que ahora salían de allí con las manos y los bolsillos llenos de medicamentos, muebles y otros objetos. Dos mujeres sacaban con grandes esfuerzos una estantería vacía. Un hombre corpulento pasó junto a Noah arrastrando un *stand* de caramelos con sonrisa de gula.

«ZetFlu», pensó. No podía imaginar otro motivo para el estallido de violencia.

El toque de queda posiblemente se había decretado para que la gente no comenzara a hacer acopio del medicamento, como ya había sucedido en Estados Unidos, y esa forma de limitar la venta a la población había conducido a una situación similar a una guerra civil: casas en llamas, hordas de alborotadores,

negocios saqueados.

«Qué locura».

Noah miró a su alrededor. Ni rastro de sus compañeros.

La farmacia, hacia la que se dirigía lentamente, se vaciaba por momentos. Noah vio pocas figuras ya en el interior, y estas también iban hacia la salida porque ya no había nada más que llevarse; pero sobre todo porque la situación también se había vuelto demasiado peligrosa en la planta baja. Noah oyó una pequeña explosión en una de las habitaciones traseras, los cristales estallaron y una ola de llamas rojas saltó por encima de la barandilla de hierro forjado de un pequeño balcón del primer piso, lo que hizo que la mayoría de los curiosos se apartaran.

Nadie con dos dedos de frente se atrevía ya a entrar en la casa en llamas.

Nadie excepto un único hombre barrigudo que en ese momento ascendía los escalones hacia la tienda y que, debido a su baja estatura y su barba, recordaba a un pitufo.

«¿Oscar?».

Noah gritó su nombre, y efectivamente fue su compañero quien se volvió hacia él en el umbral.

«Qué demonios...».

Sus miradas se encontraron y Oscar, con cara de estar furioso, le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Entonces se puso el cuello de la camiseta sobre la nariz y desapareció en la farmacia, en la que justo antes se habían apagado todas las luces.

Noah observó desconcertado el grupo del que se había separado Oscar pocos segundos antes y que se encontraba a pocos metros de distancia, a los pies de los escalones que conducían a la farmacia: dos jóvenes entre los catorce y los dieciséis años y una mujer delgada que, a juzgar por su edad, podía ser su madre. Tenía el pelo negro y rizado, estaba descalza, llevaba un camión y al parecer vivía con sus hijos en uno de los pisos superiores.

La mujer se revolvía en los brazos de sus fuertes muchachos, que unían fuerzas para impedir que ella hiciera lo que Oscar acababa de hacer: regresar a la casa. Al mismo tiempo gritaba sin parar:

—*Bambina mia, Julia. Bambina mia...*

«Santo cielo».

Noah presentía el drama que se estaba preparando.

—Maldito idiota —despotricó y trató de seguir a Oscar, pero ya en el umbral de la farmacia tuvo que enfrentarse a una nube de humo impenetrable y untuosa. Incluso aunque lograra contener la respiración durante un rato, jamás encontraría a Oscar entre semejante humareda. Noah se dio media vuelta tosiendo y buscó otra entrada.

«¿Por el escaparate? ¿Por una entrada lateral? ¿Dónde diablos está la escalera

para los vecinos?».

La situación empeoraba por momentos. Si bien todo indicaba que Oscar había logrado entrar, ya no parecía haber acceso alguno. Por no hablar de una salida. El calor que salía del edificio era prácticamente insoportable incluso a un metro de distancia de la fachada.

«Pues nada».

Noah se quitó la chaqueta y se preparó.

Sabía que era una locura.

«Un suicidio».

Pero no tenía otra opción. No podía dejar a su amigo en la estacada.

Así que él también se puso la camisa sobre la boca y la nariz y estaba a punto de echar a correr cuando de pronto Oscar salió al exterior por un acceso lateral a pocos metros de él.

Tosía y gritaba algo que no se entendía a causa del rugido de las llamas insaciables que tenía a su espalda.

La pernera de su pantalón se había chamuscado y humeaba, su barba también había sufrido las consecuencias, pero él no parecía darse cuenta. Tosiendo y haciendo un último esfuerzo, se arrastró hasta el exterior.

A sí mismo y a la niña.

La llevaba a caballito sobre su espalda, tendría como máximo diez años, el cabello negro. Y lo más importante: temblaba. Lloraba. Estaba viva.

—¡Julia! —chilló detrás de Noah la mujer, que por fin pudo liberarse de los brazos de sus hijos.

—Mami —respondió la pequeña, a la que Oscar dejó resbalar hacia el suelo con cuidado.

Madre e hija corrieron una hacia otra, se abrazaron a pocos metros de la casa en llamas, rieron y lloraron al mismo tiempo, sin prestar atención a nadie más en el mundo que a sí mismas.

Oscar se dejó caer agotado sobre el último escalón, apagó a golpes las ascuas de su pantalón y se limpió el hollín de la cara con una sonrisa de satisfacción.

Ese fue su error.

Noah, que aún estaba a dos brazos de distancia de él, oyó un crujido tan fuerte como si un gigante hubiera abierto un arcón de madera de su tamaño.

Entonces miró hacia arriba, y antes de que pudiera correr hacia Oscar, tenderle la mano y sacarlo de la zona de peligro, la barandilla de hierro forjado del balcón ya se había soltado, había caído dos pisos hacia abajo y había sepultado a Oscar.

«En los momentos de mayor alegría es cuando más cerca estamos de la muerte», susurró la voz imaginaria del hombre mayor, y Noah no pudo callarla mientras se arrodillaba ante Oscar como segundos antes había hecho la madre ante su hija rescatada.

«Ya que la risa es el reclamo del diablo».

—Abre los ojos. Vamos. Ábrelos.

Noah sostuvo la mano de Oscar, la apretó, cerró sus dedos en un puño y se lo llevó a la boca. Echó el aliento sobre ella como si tuviera que calentarla; como si haciéndolo fuera a conseguir algo, cuando en realidad ya no podía hacerse nada.

Oscar estaba tendido sobre los adoquines como un juguete destrozado. Un muñeco roto al que un niño aburrido hubiera intentado arrancar las extremidades del tronco. Ningún contorsionista del mundo habría sido capaz de adoptar esa postura, que haría estallar cualquier columna: la cadera girada sobre su propio eje.

Y eso ni siquiera era lo peor.

La pesada barandilla había destrozado el hombro y la mitad izquierda superior del cuerpo de Oscar, además de un brazo que había levantado en el último segundo sobre la cabeza para protegerse. Varios puntales ornamentales se habían clavado en su pecho y su estómago, donde probablemente habían perforado los pulmones; después la valla había salido despedida de la terraza de hormigón debido a la fuerza del impacto, como si hubiera botado sobre una cama elástica, y en su trayectoria de descenso no había tirado a Noah de las escaleras por un pelo.

—Me estás oyendo, lo sé.

Oscar aún respiraba, su pulso era débil e irregular, a diferencia de su pie izquierdo, que se estremecía como si solo esa parte de su cuerpo estuviera sufriendo un ataque epiléptico.

—¡Socorro! —gritó Noah y miró a su alrededor—. Necesito ayuda.

Algunos mirones se habían atrevido a acercarse, dos de ellos con el móvil en la oreja, Noah esperaba que para llamar a un médico.

«¿Dónde se han metido los bomberos?».

Noah buscó su propio teléfono con una mano, y en ese momento los párpados de Oscar comenzaron a pestañear.

—Eh, pequeño. Despierta, sí. Por favor. ¡Mírame!

Noah no sabía por qué le exigía semejante esfuerzo.

«En este mundo no le espera nada más que dolor», dijo la voz de veterano en su cabeza, que fue interrumpida contra todo pronóstico por Oscar:

—Noah —graznó.

—Sí, estoy aquí. Te escucho.

Sintió que los dedos de Oscar se movían. Primero abrió el puño, después los ojos.

—Estoy contigo —repitió Noah, y le apartó el pelo hacia atrás. Ni siquiera intentó sonreír. No lo habría logrado.

—Yo... —Oscar quería decir algo. La sangre le corría por la comisura de la boca y empapaba su barba—. Tengo que...

Noah negó con la cabeza.

—Ahora no. Conserva las fuerzas.

—Sí... ¡ahora!

La respiración de Oscar sonaba como si estuviera siendo absorbida por un sumidero oscuro con un borboteo.

—Manuela... no existe —dijo con voz ronca—. Yo... —tuvo que coger carrerilla para acabar la frase—... nunca estuve casado.

—Lo sé.

Noah se inclinó más hacia él. Oscar debía saber que no se lo reprochaba. Si era cierto que ya no podía hacer nada por él, al menos debía asegurarle eso.

—Siento...

—No tienes por qué.

Noah se lo había imaginado al encontrar las fotos recortadas de un catálogo en la cartera de Oscar. Manuela, al igual que otras muchas cosas de la vida del vagabundo, no era más que una fantasía.

—Sí, yo...

Se produjo un fuerte crujido sobre sus cabezas, las chispas llegaron hasta donde estaban (posiblemente el entramado del tejado se había derrumbado), y Noah sabía que debía salir de la zona de peligro lo más rápido posible antes de que otros fragmentos del edificio se soltaran y también lo aplastaran a él, pero no quería dejar a Oscar solo. No podía.

—No quería ser como los demás —lo escuchó decir. La mano de Oscar cada vez estaba más fría, mientras que el calor que salía de la casa cada vez era más insoportable.

»... no quería... —tosió. Sus ojos se volvieron vidriosos—... ser un vagabundo más. ¿Entiendes?

—Sí.

Le brotó más sangre de la boca, ahora más oscura. Oscar aspiró por la nariz, respiró con un ruido metálico. Tosió de nuevo. Entonces soltó su mano de la de Noah y señaló el amuleto bajo su jersey.

—La foto... Manuela... no es más que una modelo. Recorté sus fotos de catálogos. Tampoco... fui médico. Solo cooperante. He visto mucho mundo, pero la indigencia acabó por... —Torció el gesto de dolor, pero aún logró añadir—: Lo siento, grandullón. Te mentí.

—Me salvaste —replicó Noah, y levantó de nuevo la cabeza. La muchedumbre se había reducido. Tan solo un grupo de personas que probablemente vivían en el edificio y lo habían perdido todo observaban consternadas la destrucción; entre ellos la madre con los niños.

»¿Dónde se han metido los bomberos? —gritó Noah dirigiéndose a ellos—. ¿Ambulancia? ¿Médico? ¿Doctor?

—Olvídalo —dijo una voz junto a él. Noah volvió la cabeza y observó la cara ensangrentada de Adam Altmann, que había aparecido como de la nada. Sin contar el hecho de que estaba en pie, no parecía más vivo que Oscar.

»Toda Roma está sumida en el caos —explicó—. Las líneas de emergencia están saturadas. Aquí no vendrá nadie a ayudarnos.

«Y si lo hacen, será demasiado tarde».

Noah se volvió de nuevo hacia Oscar, cuyos ojos, que en su día habían tenido tanta vida, habían perdido todo su brillo. Sus labios se movían, pero ya no emitían ningún sonido. Noah tomó de nuevo su mano.

—¡Gracias! —dijo con la esperanza de que esa última palabra tardía aún le llegara. Tragó saliva.

Como tantas otras cosas, Noah no recordaba cuándo había llorado por última vez. Parpadeó. Y dio las gracias otra vez.

A Oscar.

La persona que había adaptado su vida a sumas de cifras de los días del año; que había preferido vivir en el subsuelo por miedo a respirar demasiado CLEAR, que según él era pulverizado por organizaciones secretas para controlar el mundo. Dio las gracias a la persona que en algún momento de su soledad había comenzado a inventar historias sobre su pasado, a imaginar una mujer y una carrera. No para engañar, sino para aumentar su autoestima. Un alma confusa y bondadosa que lo había salvado y lo había cuidado hasta que se había curado, con la esperanza de haber encontrado a un compañero de destino con el que hacer la vida en la calle algo más soportable; un compañero de viaje que había compartido con él su casa y sus ahorros y lo había acompañado en una odisea por Europa, y que ahora ya nunca volvería a ver la estantería abarrotada de su escondite subterráneo en Berlín.

—Vamos, David. Tenemos que irnos —oyó insistir a Altmann.

Y a nadie le importaría excepto a Noah, bajo cuya mirada Oscar había muerto en ese instante.

Manila, Filipinas

Lo primero que vio Alicia cuando salió de la fosa de aguas residuales fueron los rascacielos de Makati City, que se alzaban a gran distancia hacia el cielo desde un mundo inalcanzable para ella. Sus fachadas espejadas relucían como los diamantes de la mujer del dueño de la villa en la que había podido trabajar limpiando durante un tiempo. La mujer elegía una pieza diferente de su joyero de marfil cada mañana antes de que la llevaran en coche a la manicura, el masaje o de compras, mientras su marido ya llevaba un buen rato sentado en su despacho del centro financiero, que posiblemente se encontrara en uno de los rascacielos que tenía ante ella, y desde el cual ese día debía de haber una vista impresionante de la ciudad.

La niebla de contaminación, por lo general omnipresente, era mucho más débil que de costumbre. El cielo era casi azul. Solo había unas pocas nubes, el sol brillaba sin obstáculos sobre los once millones y medio de manileños, de los cuales la mitad vivían en barrios de chabolas como aquel desde el que Alicia acababa de arrastrarse.

—¡Conseguido! —Marlon sonreía de oreja a oreja y la ayudó a salir de la tubería.

Habían necesitado dos intentos. En el primer descenso habían comprobado que sin herramientas no podrían avanzar, y Jay había tardado una hora larga en conseguir un pico. Con él Marlon había caminado por delante de los demás, aunque en realidad no se podía hablar de caminar.

En la fosa Marlon había dedicado la mayor parte del tiempo a apartar porquería y basura del camino. Al principio Jay le había ayudado. Pero después de haberse cortado ambas manos con un letrero metálico de bordes afilados y haber comenzado a sangrar, su labor había sido indicar con la linterna a Alicia y a Noel el camino a través de la fosa, que cuanto más avanzaban menos obstruida estaba y más accesible era.

En cambio las ratas habían mostrado un interés cada vez mayor por ellos. Ejemplares orondos que se habían deshecho de su timidez natural hacia los humanos. Marlon, Jay y Alicia habían intentado mantenerlas a distancia con hachazos y pisotones. Alicia dudaba de que lo hubieran logrado al cien por cien. El dolor que sentía en su pie derecho solo podía ser de un fragmento de cristal que hubiera atravesado su chancleta o efectivamente de un mordisco.

—Tenéis que lavaros las heridas —dijo Marlon.

Alicia asintió agotada.

«Pero ¿con qué agua?».

Se arrodilló en el borde de la zanja, por cuya escalera de travesaños acababa de

trepar. Sus pulmones aspiraron el aire sofocante, pero que por fin ya no sabía a estiércol, su nariz olió el polvo del campo que se extendía desde donde estaban ellos hasta la carretera. Después de la fosa apestosa, ese olor terroso era más maravilloso que el perfume que siempre llevaba la mujer del banquero. Y los gritos que oía eran más hermosos que cualquier música que hubiera escuchado jamás. Ya que provenían de la boca de Noel, su pequeño y dulce bebé, que seguía vivo.

—¿Cómo estás, mi amor? —preguntó, y se soltó las bolsas de plástico del pecho.

Tenía los ojos y los puños cerrados. Su tripa estaba hinchada.

Durante todo el trayecto, desde que habían bajado a la fosa a través del canal hasta que habían salido, no había emitido ningún sonido. Ahora chillaba con todas sus fuerzas, y esta señal de vida le había dado ganas a Alicia de abrazar al mundo entero, también a Jay y a Marlon, a pesar de que sus caras estaban embadurnadas de excrementos y otras porquerías.

—Tienes hambre, mi pequeño tesoro.

Alicia se apartó y estiró hacia abajo el cuello de la camiseta lo suficiente para dar el pecho a Noel. La camisa estaba empapada, y también sus pantalones. Las aguas residuales a través de las que habían tenido que caminar hasta el penúltimo desvío del canal al principio solo les llegaban hasta los tobillos, pero al final prácticamente les cubrían las caderas. Le habría gustado quitarse los pantalones, pero Marlon ni siquiera quería darle tiempo para amamantar a su bebé.

—¿Eso no puede esperar hasta que lleguemos donde los médicos?

—No, mi bebé no puede esperar —gruñó Alicia, y trató de animar a Noel para que agarrara su pezón con la boca. Una profunda sensación de felicidad la invadió cuando su hijo se tranquilizó de repente y sintió los tirones en su pecho.

Alicia empezó a tararear. Una canción infantil que había solido cantarle su padre cuando aún vivían en el campo, antes de que tres temporales seguidos se lo hubieran arrebatado todo.

Solo llegó hasta el segundo estribillo, entonces Noel comenzó a lloriquear otra vez.

«Pronto. Demasiado pronto».

—Es imposible que esté lleno —le dijo a Marlon, que se protegía los ojos del sol con la mano. Bajo aquella luz intensa su piel parecía gris, como un pan cubierto por el moho. Sus dientes también tenían el color de los de un hombre mayor.

—En el campamento tienen leche en polvo —le prometió, y volvió a meterles prisa. Alicia lo intentó de nuevo con el otro pecho, pero Noel lo rechazó.

Le dio un beso al niño, que lloraba, acarició su tripa hinchada, envolvió de nuevo a Noel con las bolsas de plástico y siguió a Marlon y a Jay.

La carretera de un solo carril que había detrás de las tierras secas y abandonadas estaba casi desierta. No había *jeeps* del ejército armados con ametralladoras de

patrulla, como les había advertido Marlon. Sin embargo, tampoco había jornaleros, que normalmente a esas horas esperaban trabajo al borde de las carreteras. Esa zona era lo que se conocía como «la calle de los obreros» de Quezon City. Conserjes y jardineros, por encargo de sus ricos jefes, buscaban aquí ayudantes que por un par de pesos y una comida arrimaran el hombro para construir la nueva piscina o renovar el alambre de espino sobre los altos muros con los que los ricos protegían sus propiedades, que en algunos casos lindaban directamente con los barrios de chabolas.

«Estamos solos. Del todo perdidos». Un oscuro presentimiento se apoderó de Alicia.

Una única limusina negra pasó junto a ellos. Conducida por un hombre de mirada huraña con gorra de chófer. En el asiento trasero había una niña con un lazo en el pelo que veía una película de dibujos animados en la pantalla del reposacabezas que tenía delante.

—Dime que no nos hemos arrastrado por la mierda para nada —dijo Jay—. Aquí no hay ni rastro de barreras en las carreteras.

—Espera y verás —respondió Marlon, y en efecto tenía razón.

El escenario cambió repentinamente después de que caminaron un rato en dirección norte y doblaran la esquina en una gasolinera cerrada.

—Joder —maldijo Jay.

A unos cien metros de distancia el acceso principal a Lupang Pangako estaba bloqueado por vehículos de emergencia y tanques. Los soldados conducían a perros con correa a lo largo de la frontera entre la barriada y el vertedero. Aún estaban demasiado lejos como para que les oyeran, pero Alicia, temerosa, puso la mano sobre la boca de su bebé, que ya solo lloriqueaba.

—¡Rápido! ¡Por ahí! —les ordenó Marlon, y les indicó el camino por detrás de la gasolinera hacia un sendero trillado que conducía a un cementerio de contenedores; una filial del vertedero. Contenedores de barco y tren desechados se apilaban en torres tambaleantes de muchos metros de altura hacia el cielo, y esperaban a ser despiezados por manos infantiles.

—¿Adónde nos llevas? —quiso saber Alicia.

—A donde los médicos —respondió Marlon—. Confiad en mí. Conozco el camino.

Roma, Italia

«¡Demasiado tarde! ¡Llegáis demasiado tarde!».

La puerta doble de la entrada de la Neo Clinica, al parecer abandonada, estaba abierta de par en par y le recordó a Noah a una oscura boca sin dientes que parecía reírse de ellos ya desde lejos: «Oscar ha muerto en vano. Aquí hace tiempo que no hay nadie».

El hospital al que les había conducido el sistema de navegación del teléfono móvil de Altmann resultaba tan desagradable por dentro como por fuera. No había una sola luz encendida en el sencillo edificio de tejado plano, ni tras las ventanas cuadradas de las habitaciones ni allí abajo, en la recepción vacía. Olía a papel pintado húmedo y cuero viejo; desde que habían entrado al edificio, Noah creía sentir en la lengua un polvo espeso.

Le ardían los músculos, ya no podía mover los hombros después de haber cargado con Oscar todo el camino desde el lugar del accidente hasta la clínica sin dejarlo en el suelo ni una sola vez. Altmann había tratado de convencerlo en vano de que dejara a su compañero allí.

Noah no habría sido capaz de dejar atrás a Oscar como un lastre inútil, ni siquiera cuando notó que el cadáver evacuaba. Había ignorado el olor, la humedad y el peso, que parecía crecer a cada paso, y ahora, media hora después, se arrodilló completamente agotado y sin aliento ante el cuerpo inmóvil, que había colocado sobre un banco para visitantes con aspecto de asiento de coche deportivo.

Oyó chasquidos sobre su cabeza, y con ese ruido despertaron la mayoría de los tubos de neón colocados en el techo. Noah se levantó y se volvió hacia Altmann, que al parecer había encontrado un interruptor.

—¡Luz! Quién lo habría dicho —exclamó desde más adelante, donde se encontraban los ascensores. Como sucedía la mayoría de las veces últimamente, sus escuetas palabras desembocaron en un largo ataque de tos.

«Celine desaparecida. Oscar muerto. Altmann a punto de hacerlo».

El triste balance de un viaje catastrófico, que estaba lejos de haber terminado.

Noah se llevó la mano al hombro. A consecuencia de los esfuerzos, su cicatriz le dolía otra vez como si estuviera ardiendo. Solamente esperaba que la piel no se hubiera vuelto a abrir.

—Ven aquí. —Altmann, jadeante, agitaba un papel que había despegado de la puerta del ascensor central de los tres que había.

A Noah se le había despertado la curiosidad, y avanzó por el suelo revestido con

baldosas de granito. A juzgar por el horrible ajedrezado, el edificio debía de haber sido construido a principios de los años ochenta.

Altmann se sorbió la nariz.

—¿Esto te dice algo?

«Sí. No».

—No lo sé —respondió Noah, a pesar de que eso no se correspondía con la verdad. Conocía la imagen; era una fotocopia en color ajada del dibujo que había descubierto el día anterior en un periódico y con el que había comenzado su viaje hacia la locura.

La noche anterior en el metro, desde la que parecía que había pasado años, había visto en su cabeza una chimenea, la alfombra empapada de sangre y un hombre moribundo. Había recordado con detalle la habitación de hotel en la que esa misma noche casi lo habían asesinado. Entonces creía que había sido él quien había pintado aquel cuadro, *El arroyo del este*, pero ya no recordaba qué había desencadenado esa asociación de ideas.

«¿Puedo quedármelo?».

—Sin duda es una pista —graznó Altmann. Señaló una flecha negra en la esquina derecha de la imagen que apuntaba hacia abajo y que llevaba escrito «-2»—. Tenemos que bajar al sótano.

La sangre y las secreciones taponaban su nariz. Ahora ya sonaba como si las cuerdas vocales del agente también estuvieran recubiertas de una capa de humedad. No habían pasado ni dos horas desde que se habían bajado de la lancha, y Altmann parecía haber envejecido varios años otra vez. Noah tenía la sensación de estar viendo a un hombre morir a cámara rápida.

Negó con la cabeza.

—Ya hemos perdido a Celine y a Oscar. Tú también estás en las últimas. Y solo no lo conseguiré.

Altmann ignoró a Noah y pulsó el botón de llamada del ascensor. En algún lugar de las entrañas del ascensor un engranaje de acero se puso en movimiento.

—¿De verdad crees que encontraremos a Kilian Brahms aquí? —preguntó Noah.

«¿O el vídeo que el periodista quería enseñarnos? ¿Realmente esperas encontrar un antídoto que evite que mueras?».

Altmann negó con la cabeza, pero no parecía resignado.

—No, claro que no. Esto es una trampa.

—¿Pero?

—Quiero saber quién nos la ha puesto.

Se oyó un zumbido detrás de las opacas puertas de acero del ascensor.

—¿Tú no?

Según el indicador del piso, el ascensor que había llamado Altmann había

avanzado desde la última planta hasta la segunda.

«Sí, claro».

Noah también quería obtener respuestas de una vez. Saber si en realidad tenía algo que ver con aquella pandemia. Si efectivamente había estado implicado en el desarrollo de las tres fases que había mencionado Kilian Brahms por teléfono, con las que al parecer se pretendía eliminar a la mitad de la población mundial. Si llegados a ese punto era el único que podía evitar la catástrofe.

«En cualquier caso», pensó Noah, «en estos momentos todo parece indicar que no voy al encuentro de la verdad, sino que me estoy echando en los brazos de mis asesinos».

—¿Y cuál es nuestro plan? —le preguntó a Altmann. Este ya estaba abriendo la boca cuando un espasmo se apoderó de él y la parte superior de su cuerpo se retorció. Maldijo con los dientes apretados, se clavó ambos puños en la boca del estómago de puro dolor y, cuando se sintió algo mejor de nuevo, jadeó sin levantar la mirada:

—Como ves, no tengo nada que perder, compañero. Pero si quieres tirar la toalla, lo entiendo.

En ese mismo instante la puerta del ascensor se abrió.

Noah sacó su arma en un acto reflejo, pero en la cabina vacía del ascensor no se veía nada más que el reflejo de Altmann y el suyo.

«No hay peligro».

—Espera —dijo Altmann, y detuvo a Noah.

Con cierto esfuerzo sacó del bolsillo de su pantalón algo que parecía un bolígrafo.

—¿Qué es eso? —preguntó Noah.

—Un HPX5. —Altmann forzó una sonrisa—. Quizá no sea un juguetito tan estúpido como siempre había pensado.

Le pidió a Noah que bloqueara el sensor de luz mientras él entraba en la cabina y colocaba el aparato alargado de canto en un rincón.

—¿Qué harás con eso?

En lugar de darle una respuesta, Altmann pulsó el botón del segundo subsuelo y salió del ascensor. Le hizo a Noah una señal de que hiciera lo mismo, y mientras la puerta se cerraba le tendió su móvil, después de abrir otra aplicación.

—Solo quiero asegurarme de que ahí abajo no nos espera ningún follón.

Noah distinguió desconcertado en la pantalla una reproducción exacta del interior del ascensor.

—Una cámara —comentó con aprobación.

—HD, mejor calidad que la televisión que tengo en casa —dijo Altmann cuando el ascensor se detuvo dos pisos más abajo.

La puerta se abrió y la cámara mostró un pasillo que parecía extenderse a derecha e izquierda del ascensor. La luz estaba encendida. El tramo que podían ver estaba

desierto.

—¿Puedes mover esa cosa? —preguntó Noah.

—Sí, claro. Y se desvanecerá en el aire cuando el enemigo llegue. —Altmann se echó a reír burlón, un error, ya que tuvo que soportar otro ataque de tos. A pesar de ello trató de seguir hablando, pero solo logró pronunciar las palabras a trompicones —: No, pero... podemos... acercar... el *zoom*.

Aumentó la sección de la imagen con dos dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó Noah, señalando un punto en la puerta que había enfrente del ascensor. Era una pregunta retórica. La resolución de la imagen era muy clara.

Otra copia. El mismo dibujo.

«*El arroyo del este. Oosterbeek*».

Y otra flecha. Esta vez apuntaba hacia la derecha. Debajo había un mensaje inequívoco: «Room 17», leyó Noah.

Altmann se volvió hacia él, se secó el sudor de la frente, que ya era permanente, y preguntó:

—¿Alguna idea sobre lo que nos espera en la habitación 17?

Noah se encogió de hombros.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo como para sí. A continuación pulsó el botón para que el ascensor subiera de nuevo.

Dos pisos más abajo olía menos a sótano que en la planta baja. También hacía bastante más calor. Esta zona de la clínica, identificada en un letrero como «Neurorradiología y Virtopsia», aún estaba en uso, o al menos parecía haberlo estado poco tiempo atrás. Los radiadores planos del pasillo estaban encendidos a media potencia, había un plan de limpieza junto al servicio de los médicos que había sido rellenado a mano pocos días atrás, y el pasillo que recorrían desde que habían salido del ascensor olía a producto de limpieza.

—¿Tu cacharrito HPX se puede usar también como arma? —preguntó Noah después de comprobar que el cargador de su pistola solo estaba medio lleno.

Altmann había recogido su juguete. El dispositivo multifunción, que acababa de hacerles las veces de cámara, estaba colgado ahora de su bolsillo interior y parecía un bolígrafo normal.

—Se llama HPX5. Y no, solo sirve para analizar riesgos.

—Genial.

La mayoría de las puertas junto a las que pasaron, con sus pistolas en posición, estaban abiertas y les permitieron ver consultas, oficinas, almacenes y salas de enfermeras. Todo estaba abandonado, pero daba la impresión de que habían estado trabajando allí hasta hacía poco tiempo. La mayoría de los ordenadores no estaban apagados, sobre los escritorios reinaba un desorden de actividad. Sobre uno de ellos había incluso una taza de café llena. Noah no se habría sorprendido si hubiera salido humo de ella.

—Eh, mira eso —exclamó Altmann. Iba algunos pasos por delante y había abierto una pesada puerta de corredera poco antes del final del pasillo. De la habitación que había tras ella salía una nube de vapor.

—¿Qué es eso? —preguntó Noah.

—Parece una cámara frigorífica. Puaj, cielo santo.

Percibieron un hedor dulzón a podrido, mezclado con el olor a desinfectante y a conservante. El tufo a muerte se pegó a cada uno de sus poros, a pesar de que en ninguna de las cuatro camillas con ruedas había cadáver alguno. La cámara estaba tan vacía como el resto del hospital.

—¿Oyes eso? —preguntó Altmann.

Noah inclinó la cabeza y miró hacia la puerta por la que habían entrado.

—No.

—Sí, he oído algo —insistió Altmann, y señaló hacia la puerta con el cañón de su pistola. Se acercó al marco con pasos laterales y oteó el pasillo. Noah, que había estado respirando solo por la boca debido al olor, contuvo el aliento y estaba a punto de seguir a Altmann cuando la mesa del rincón le llamó la atención. Como estaba

cubierta con tela negra, apenas se distinguía de la pared pintada de color oscuro.

—¿Altmann? —gritó Noah, pero este ya no estaba en la habitación.

Noah pensó brevemente en seguirlo, pero la curiosidad pudo con él. Apartó una camilla y se acercó al objeto tapado. Para entonces ya se había dado cuenta de que no se trataba de una mesa corriente, ya que zumbaba debido a la carga electrostática.

«¿Qué es eso? ¿Un generador?».

El bloque de aproximadamente dos metros de largo y un metro de ancho le llegaba hasta el ombligo.

Noah mantuvo un paso de distancia por seguridad, apuntó su arma y se agachó para alcanzar la tela.

«Allá vamos».

Arrancó la tela de un tirón y destapó la carcasa de un congelador.

A Noah le recordó a los arcones que suelen verse en los chiringuitos de playa o en los supermercados pequeños; incluso la tapa, que podía empujarse hacia un lado, era de plexiglás transparente. Sin embargo, aquel arcón no estaba lleno de pizza o helados, sino que contenía el cadáver de un hombre. Entre treinta y cinco y cuarenta años de edad, pelo castaño, rasgos angulosos e inteligentes.

«Esto es... ¡imposible!».

Noah creía estar sufriendo una alucinación óptica. La confusión por su hallazgo era tan intensa que no se enteró de nada de lo que sucedía a sus espaldas. No oyó a Altmann desplomarse en el suelo inconsciente. No vio la sombra que se le acercaba lentamente por detrás. Estaba demasiado ocupado procesando la imagen del hombre muerto.

«No puede ser», pensó sacudiendo la cabeza.

En su desesperación esperó que la tapa del arcón tuviera un espejo.

Ya que esa sería la única explicación lógica.

«¡La única explicación!».

Pero el cadáver cerúleo y congelado permanecía inmóvil. No sacudía la cabeza. No abría los ojos.

«No es un reflejo», pensó Noah al tiempo que el cañón de una pistola se le clavaba en la nuca.

«Soy yo mismo».

No había duda. En el rostro sin vida veía un fiel retrato de sí mismo. Y en ese mismo instante, en el momento exacto en el que una voz de mujer le ordenó que dejara caer su arma, comenzó a recordar.

—¿Puedo quedármelo?

—¿Por qué?

—Me gusta.

El mayor se encogió de hombros y le tendió la imagen enmarcada que había estado a punto de meter en la maleta.

—Pensaba que no te gustaban mis dibujos.

—¿Yo he dicho eso alguna vez? —preguntó el pequeño.

—Sí, constantemente.

Los dos niños se echaron a reír, pero ya no sonaban tan despreocupados como en los años anteriores, cuando compartían habitación en el internado.

El pequeño preguntó mirando la imagen:

—¿Tiene título?

Se sentó en su lugar preferido del alféizar. Las persianas medio abiertas desplegaban la brillante luz del sol como un abanico, de tal manera que iluminaba el polvo que flotaba ante sus ojos.

El mayor reflexionó.

—Yo lo llamo *El arroyo del este*.

—¿Por qué?

—Sabes que tengo que irme a Holanda. El sitio al que voy tiene ese nombre tan ridículo.

—Mmm.

Durante un rato no dijeron nada, y el pequeño observó en silencio cómo David hacía la maleta. Rodear sus piernas dobladas con los brazos lo ayudaba a mantener la calma. A no llorar. Llorar delante de David habría sido el colmo.

—¿Así que esto es el fin? —preguntó finalmente, con el cuadro aún en la mano. *En realidad no distinguía en él nada más que colores y manchas, pero de todas formas le gustaba.*

—Idiota. No me voy a morir. Solo me marcho a otro colegio.

—Para mí eso es como morir.

David asintió.

—Sí, lo sé.

El muchacho de catorce años cogió un libro de universidad sobre física cuántica, en el que había descubierto varios errores graves durante el último medio año, y lo lanzó dentro de la maleta abierta.

—Eh —dijo—. *La cabeza bien alta. Puede que encuentren algún remedio para tu...*

Contrajo las comisuras de la boca abochornado. Había estado a punto de

decirlo.

«Para tu enfermedad».

—Sí, puede que sí.

Había sucedido. Los ojos del pequeño estaban llenos de lágrimas. Separó las láminas de la persiana con los dedos; hizo como si el partido de fútbol de décimo en el patio le interesara.

—¿Me visitarás? —le preguntó a David.

—No. Mejor que no.

Asintió. Era bueno que no le mintiera. Doloroso, pero bueno.

Sintió que el mayor se le acercaba.

—Por ahora me quedaré en los Países Bajos. Allí tienen un programa duro. Solo podría volver en las vacaciones de verano, es decir, una vez al año. Y para entonces...

—... ya sería demasiado tarde —confirmó John y se volvió hacia su único amigo, que ahora se marcharía a otro colegio en Oosterbeek, mientras que él se quedaría solo y amargado en el internado.

Porque allí tenían la mejor asistencia. Para alumnos especiales.

«Para pacientes».

El pequeño se bajó del alféizar. Se abrazaron por última vez, entonces David salió de la habitación sin volverse ni una sola vez más.

Esperó a que David saliera del edificio del internado, pasando la pesada maleta de una mano a otra cada diez pasos.

Lo último que vio fue que se subía a una limusina negra con los cristales tintados. Entonces sonó el despertador de su reloj de pulsera recordándole que mirara el horario de la puerta, en el que la dirección del colegio le apuntaba cada día todas las citas importantes.

«Dr. Dohrmann. 11.00 h.»

En media hora el psiquiatra lo saludaría en la sala de espera para comentar el análisis de las pruebas y ajustar la medicación.

Sin la alarma probablemente se habría vuelto a olvidar de la sesión. Al igual que olvidaba todo lo que no hacía regularmente. Porque su memoria se borraba.

«La memoria a largo plazo».

Suspiró y se secó las lágrimas de la cara.

Como máximo cada seis semanas. A veces incluso antes.

Se acercó a la ventana, levantó las persianas y alcanzó a echar un último vistazo a las luces traseras de la limusina, que giró hacia la carretera detrás de la puerta de entrada. Entonces cogió de nuevo el cuadro.

Qué tontería haber conservado un recuerdo.

«¡Qué inútil!».

El pequeño sabía que muy pronto ya no recordaría el día de la despedida. Como tampoco recordaría el hecho de que había tenido un hermano gemelo.

—David —susurró Noah, desconectado completamente de su frío entorno así como del peligro a su espalda.

No era capaz de apartar la mirada ni un solo segundo del cadáver de su hermano, a pesar de que la pistola en su nuca cada vez se apretaba con más insistencia contra las vértebras de su cuello.

«David».

Por eso tenía el recuerdo de haberse visto morir a sí mismo. Y por eso los demás pensaban que estaba muerto (el viejo enfermo en el bungalow del bosque y Kilian Brahms): lo habían confundido con su hermano gemelo. Con el doctor David Morten. Treinta y ocho años, biofísico estadounidense, así como biólogo molecular y nanobiólogo.

«Fue su maleta la que abrí en la suite del Adlon. Su móvil, su dinero. Sus pasaportes».

Y era su cuadro, el cuadro que David había pintado y Noah había conservado durante años como recuerdo.

«Y a pesar de todo lo olvidé.

Por mi enfermedad».

Noah temblaba, y no solo debido a la temperatura gélida de la sala frigorífica. Ahora también veía claro por qué no tenía recuerdo alguno de una impresionante carrera académica. De la carrera de Física en la Tufts University; del doctorado en Princeton con la tesis sobre microchips fluidos y sus aplicaciones para el control de pacientes. No era él el experto reconocido en enfermedades infecciosas, el distinguido con múltiples premios, especialmente por las investigaciones acerca de los patógenos de la peste y el herpes.

Sino David.

—Desvéstase —le ordenó en inglés la mujer tras él, y al hacerlo se desenmascaró como profesional. No tenía tanta experiencia como él en actividades como aquella, Noah lo percibió en su voz sombría, que sonaba algo amortiguada, como si hablara a través de un pañuelo, y cuyo timbre revelaba cierto nerviosismo. Pero no quiso perder tiempo en cachearlo para quizá pasar por alto un arma de todas formas. Una jugada inteligente.

¡Y una buena noticia!

Si lo que se pretendía era su muerte, ella podría haber acabado con él allí mismo, así que Noah obedeció su orden sin reservas.

De todos modos en ese momento no tenía voluntad propia. En vista de lo que sabía ahora sobre su pasado, su destino le parecía completamente secundario. En realidad tendría que haberse sentido aliviado. El hecho de que no fuera científico

también significaba que no podía ser responsable de la pandemia. «¿O quizá sí?».

El brote de memoria desencadenado por la imagen de su hermano gemelo muerto le había desvelado mucha información sobre sí mismo, pero no había aclarado la cuestión principal: «¿Quién soy?».

—Lo averiguaré enseguida —oyó decir a la mujer. Al parecer había formulado la pregunta en voz alta mientras se quitaba toda la ropa excepto los calzoncillos como en trance. Ahora le dolían los dedos, apenas los podía mover de frío, y cuando se volvió hacia la mujer, sintió como si los pies desnudos se le hubieran congelado y pegado al suelo de baldosas.

—¿Adónde vamos? —preguntó entrechocando los dientes.

La desconocida delgada y alta llevaba un mono blanco grisáceo, que parecía un traje espacial debido a la visera espejada. En la zona derecha del pecho llevaba cosido un triángulo amarillo con el borde negro, y dentro de él había tres círculos incompletos unidos unos a otros. El símbolo estandarizado a escala mundial de aviso para los peligros biológicos. La mujer apuntaba directamente a la frente de Noah con una pistola semiautomática de 9 milímetros.

—¡Por ahí! —Señaló hacia la puerta de salida con la barbilla.

El camino de vuelta le pareció mucho más largo. Habían dejado atrás la cámara, pero no el frío. A cada paso calaba más hondo en su cuerpo desnudo. Corroía sus entrañas. Penetraba hasta sus huesos.

—¡Más rápido! —le increpó. Su ropa protectora producía un desagradable sonido al arrugarse a cada paso que daba.

Entró en el ascensor, que ya estaba allí. Había una llave introducida bajo la franja de botones de los pisos. Por orden de la mujer, Noah tuvo que pulsar el botón superior y el inferior al mismo tiempo, y después extraer la llave. Las puertas se cerraron y el ascensor hizo algo que en realidad era imposible. Noah sintió que bajaba, a pesar de que según los letreros no había más pisos por debajo.

«¿Una planta secreta?».

El piso que se abrió ante sus pies después de un breve trayecto parecía una galería carcelaria. Oía el murmullo de la ventilación, pero olía a moho. Si bien la Unidad de Neurorradiología y Virtopsia se extendía a ambos lados del ascensor, en este caso el ascensor los escupió en el extremo del pasillo.

Con la pistola en la espalda, Noah pasó junto a varias puertas de celdas, cerradas por fuera con cerrojos sencillos pero pesados. Sobre una de ellas, la número 4 A, habían garabateado con tiza un nombre: «Kilian Brahms».

Noah siguió un impulso y se acercó a la mirilla para ver el interior de la celda.

—Eh —ladró la mujer, que a juzgar por su voz no tendría más de treinta años—. ¿Está cansado de vivir?

Oyó un ruido metálico seco. Había cargado el arma. El último aviso acústico

antes del disparo.

—¿Lo han matado? —preguntó y se apartó.

Como era de esperar, había un hombre sin vida sobre el catre.

«El cadáver de Kilian».

Y como era de esperar, no obtuvo respuesta. Tampoco a su siguiente pregunta.

—¿Dónde está Altmann?

Noah se adelantó de nuevo, para detenerse pocos pasos después ante una puerta forrada de cuero blanco acolchado, como las que suele haber en las consultas médicas. Un pequeño letrero junto al marco de la puerta identificaba la habitación en tres idiomas diferentes como el despacho del jefe de servicio.

—¿También se han cargado a Altmann?

En lugar de darle una respuesta, la mujer empujó a Noah a través de la puerta apoyada. Se encontró de pronto en una habitación inesperadamente grande y de ambiente casi acogedor en comparación con la sobria galería carcelaria.

Era lo bastante grande para albergar un amplio escritorio de madera en un rincón, así como dos butacas y un sofá en el opuesto. Una gruesa alfombra, en la que los pies descalzos de Noah se hundieron hasta los tobillos, cubría el suelo. El empapelado presentaba motivos que imitaban entramados y ladrillos, como si aquello no fuera una consulta sino una cabaña canadiense. Bajo la mesita del tresillo había incluso una piel de animal. Solo faltaba una chimenea, así como una ventana. En su lugar, un anticuado radiador proporcionaba un calor agradable. Adam Altmann estaba tendido ante este calefactor. Noah no supo decir si estaba muerto o solo inconsciente. La sangre que le había goteado de la boca y la nariz había teñido la alfombra de un color oscuro, lo que hizo a Noah pensar en la suite del Adlon.

«Vi cómo mataban a mi hermano a tiros».

Inconscientemente se llevó la mano al hombro, sintió de nuevo cómo la segunda bala del francotirador atravesaba su piel.

«Entonces hui. A través de la discoteca hasta la calle. Hacia el metro, donde Oscar me encontró».

La mancha junto a la cabeza de Altmann seguía extendiéndose, algo que ya no parecía impresionar al hombre situado junto al charco con sus zapatos de vestir.

—Hola —le saludó a Noah con una sonrisa amable. Llevaba un traje mil rayas a medida azul oscuro y una camisa sin corbata con gemelos dorados.

—Hacía mucho que no nos veíamos. Demasiado, me temo.

Noah oyó que la puerta se cerraba tras él. Se volvió. La mujer había salido de la habitación y posiblemente había tomado posición ante la entrada.

—¿Quién es usted? —preguntó Noah. Había algo que le resultaba familiar en aquel hombre mayor que se apoyaba sobre unas muletas, pero no era ni la espalda encorvada, ni las orejas de soplillo ni los dientes torcidos.

¡Era su voz!

—Hace ya casi dos meses —dijo exactamente con el mismo tono paternal que tantas veces había oído Noah en los últimos días en su cabeza—. Así que ya no te acordarás de mí, ¿no?

«No».

—¿Nos conocemos?

El anciano sonrió con tristeza, como alguien que se despide de un ser querido para mucho tiempo, entonces se acercó cojeando a Noah y dijo:

—Me llamo Jonathan Zaphire. Soy tu padre.

Manila, Filipinas

Efectivamente Marlon había logrado conducirlos sanos y salvos al aparcamiento ante el almacén de Quezon City en el que los médicos de la organización humanitaria World saver habían levantado su gigantesco hospital de campaña. Apenas se hubieron deslizado a través de la valla metálica que rodeaba el cementerio de contenedores, se alzó ante ellos tan alto y ancho como un hangar. Ahora estaban sobre una pequeña colina y observaban el campamento desde arriba.

—Está lleno de camas y medicamentos para al menos cincuenta personas, si no para cien —les había prometido Marlon, y había dicho la verdad.

Por desgracia.

Cien camas no eran ni mucho menos suficientes para la masa de personas que acudía en busca de ayuda. Alicia había perdido toda esperanza de que su hijo sobreviviera hasta el día siguiente.

—En algún lugar debe de haber una fuga —dijo Marlon como única explicación sensata a la tragedia que tenía lugar ante sus ojos—. Alguna salida sin vigilar. Si no, no me explico cómo puede haber tanta gente aquí.

—Yo cuento quinientos treinta y dos —dijo Jay, que al parecer había puesto en práctica lo que Gustavo una vez le había explicado como «fotografía de la memoria». Una imagen mental que su hijo podía tomar con los ojos para después descomponerla en diferentes partes en su cerebro. A Alicia el talento de su hijo le resultaba un poco inquietante a veces, pero en ese momento estaba más preocupada por el resultado de su análisis.

«¿Quinientos treinta y dos personas?».

El lugar estaba protegido hacia la carretera por verjas tan altas como una persona, y había una segunda hilera justo delante de la entrada a la tienda, lo que producía el efecto de una jaula que acorralaba a los que esperaban.

Alicia sintió que le ardían los ojos y se volvió, miró hacia los rascacielos con sus fachadas espejadas. Para conservar el orgullo y no llorar, no delante de su hijo mayor, intentó recordar algo positivo, ya que la hermana Sylvania, que a veces los visitaba en las chabolas, le había dicho que los pensamientos positivos eran buenos para producir leche materna. Y eso era lo único que recibiría Noel hoy, si es que lo lograba. Ya que de World saver no podían esperar ayuda alguna. Nadie de los cientos de personas que se apretujaban en la entrada cerrada podía esperarla.

«Son demasiados».

Demasiados que habían debido de salir de la barriada por alguna salida sin

vigilancia. O que venían de alguno de los otros miles de barrios de chabolas del área de Manila.

—¿Por qué no hay soldados aquí? —quiso saber Jay.

—Porque han tapado la fuga —respondió Marlon, señalando la carretera de acceso que tenía delante. Estaba vacía excepto por unos cuantos perros callejeros. Nadie más trataba de abrirse paso hacia el campamento.

—La situación se ha solucionado. Y aquellos que han logrado salir les da igual. Mira.

La verja exterior de la esquina izquierda se tambaleaba amenazadora porque varios hombres trataban de escalarla. La multitud aún estaba relativamente tranquila y formaba una cola casi ordenada ante la entrada de la tienda de campaña. Nadie atosigaba a la monja con la carpeta que en ese momento no dejaba pasar a nadie. Pero era cuestión de tiempo que una pequeña pelea desencadenara los primeros tumultos y después el pánico, y que el gentío se abalanzara sobre las verjas y derribara los toldos.

—Volvamos —dijo Alicia, y ya se estaba volviendo cuando Marlon la agarró del brazo con firmeza.

—¿Volver? ¿Por el agujero de mierda hasta la «estación final»? ¿Por qué? Para estirar la pata te da igual estar fuera que dentro.

—¿Tienes un plan mejor? —preguntó.

—Quizá.

Señaló un camión aparcado detrás de la tienda de campaña, en el almacén abierto. Una raja atravesaba el parabrisas. Los neumáticos delanteros estaban pinchados.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Alicia.

—Ahí vive Heinz.

«¿Heinz?».

Alicia recordaba vagamente el extraño nombre que Jay le había mencionado la noche anterior.

«Heinz es un hombre amable. Es bueno con nosotros».

—Se ocupa de los niños de la basura.

—¿Y?

—Y esa es su casa. Vive en el camión con el que Worldsaver transporta los medicamentos.

—¿Y quieres ir donde él sin más?

—Sí. Puede darnos de todo. La medicina contra la epidemia. Y alimento para el bebé.

Automáticamente apretó a Noel más fuerte contra su cuerpo.

—¿Tú ves cuánta gente está suplicando allí abajo que les dejen entrar? No podremos llegar al recinto, y mucho menos al camión. Y aunque así fuera, ¿por qué

nos iba a ayudar ese hombre precisamente a nosotros?

—Porque Heinz es buena persona —dijo Jay, sonriendo confiado.

—Tonterías. —Marlon chutó un vaso de cartón que había junto a sus pies. Se levantó polvo y formó una nube de suciedad.

—No es bueno. Pero es un hombre de negocios.

—¿Hombre de negocios? ¡Pero si no tenemos dinero! —dijo Alicia con voz desesperada—. No tenemos nada que ofrecerle.

—Sí que lo tenemos —dijo Marlon serio mientras recorría el cuerpo de Alicia con la mirada.

Roma, Italia

Permanecieron un rato en silencio el uno frente al otro. Se observaron mutuamente. Noah con mirada incrédula y desconfiada. El anciano con una expresión de esperanza en sus ojos despiertos, buscando en el rostro de Noah indicios de que lo hubiera reconocido.

Zaphire fue el primero que no pudo soportar más el enfrentamiento mudo, se apartó y cojeó con las muletas hasta un armario. Sacó un albornoz y se lo tendió a Noah.

—Siéntate —dijo, señalando el sofá.

Noah no cogió la bata ni se sentó.

—Tienes frío. No seas tonto, muchacho. Nunca rechaces una ventaja, aunque sea un enemigo quien te la conceda —pronunció Zaphire una de aquellas máximas de las que Noah ya había tenido más que suficiente en las últimas horas. ¡Aunque solo hubiera sido en su cabeza!

»A pesar de que naturalmente yo no soy tu enemigo —añadió Zaphire, y dejó caer la bata al suelo.

«¿Sino mi padre?». Si eso era cierto, ¿quién era entonces el moribundo del bungalow del bosque?

Noah miró al anciano dejarse caer sobre la butaca apretando los dientes. Para hacerlo tuvo que soltar una de las muletas.

Sin duda los dolores que evidentemente sentía no eran consecuencias normales de su edad. Zaphire también debía de haber sufrido una lesión grave hacía poco.

«¿No habían dicho algo de un ataque?», pensó Noah. Miró fijamente al hombre mayor, que se apretaba el pecho con una mano a la altura del corazón.

—¿Dice que es usted mi padre? Demuéstrelo.

—Mmm. —Zaphire expulsó el aire con fuerza—. Siempre la misma orden. Cada vez que nos vemos.

«¿Cada vez?».

El anciano se llevó la mano al bolsillo interior de su americana y la sacó con una foto entre los dedos.

Se la tendió a Noah.

Era una foto de grupo, de unos veinte chicos y chicas, sin duda una foto de clase de uno de los primeros cursos.

En la fila trasera, allí donde el fotógrafo había situado a los más altos, un círculo rojo rodeaba dos caras completamente idénticas. La imagen era desconcertante, no

solo porque Noah se reconoció a sí mismo («¡y a mi hermano!»), sino porque ninguno de los niños reía ni sonreía lo más mínimo. Unos pocos miraban a cámara, la mayoría parecían aburridos, de mal humor, ausentes, tristes; algunos incluso mostraban una agresividad latente.

—Teníais doce años —dijo Zaphire. Su ojo izquierdo se contraía, la imagen temblaba en su mano.

Era evidente que la foto mostraba una versión varios años más joven de sí mismo. Además por partida doble. Tuvo la vaga sensación de reconocerlo todo, como si leyera un libro que ya hubiera tenido entre las manos mucho tiempo atrás. Olió la cera para el linóleo de la habitación del internado, vio varios dibujos en la pared, entre ellos el cuadro de las manchas a cuyo autor buscaban en el periódico. En cualquier caso el recuerdo no era ni mucho menos tan intenso como antes, al ver el cadáver.

«Pero ¡no es más que una foto!».

—Normalmente llegados a este punto siempre te indignas diciendo que esto no es ninguna prueba —dijo el anciano, y sacudió una segunda imagen que había debido de sacar de su americana mientras Noah estaba distraído con la foto de grupo.

«¿Normalmente? ¿Llegados a este punto?».

De forma inconsciente Noah había empezado a repetir mentalmente fragmentos de las frases de Zaphire.

—Y entonces yo siempre te explico que el internado Heintzenberg era un colegio para alumnos con trastornos psíquicos graves, muy inteligentes y que al mismo tiempo presentaban comportamientos anómalos. Pensado para niños y jóvenes que tendrían demasiadas dificultades en las instituciones convencionales y a los que en las escuelas de educación especial no se les exigiría lo suficiente. Se financia exclusivamente con fondos privados. Por patrocinadores como estos de aquí.

Noah le quitó la segunda imagen de la mano.

Mostraba a los mismos niños en una formación similar, pero esta vez los rostros tristes estaban enmarcados por un grupo de adultos. En esta imagen también se había dibujado un garabato alrededor de una de las cabezas. Noah dejó caer la mano y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Así es, muchacho. Ese de la foto soy yo. Jonathan Zaphire.

Noah pestañeó. Le habría gustado cerrar los ojos un momento para concentrarse mejor en su pregunta: «¿Por qué puedo recordar algunas cosas, como por ejemplo las noticias de la televisión acerca del atentado contra Zaphire, pero no mi propio pasado? ¿Y por qué me hace venir mi padre precisamente aquí? ¿Qué tiene que ver la historia de mi familia con la situación demencial en la que está sumido el mundo en este momento?».

—Me está mintiendo —dijo Noah. Los ojos de Zaphire adquirieron un brillo triste

y al mismo tiempo cansado, como si ya hubiera tenido que explicar cientos de veces lo que diría a continuación.

—Crees que verme a mí o al menos las fotos tendría que haber desencadenado una oleada de recuerdos, ¿verdad?

Noah asintió.

«Sí. Como sucedió con el olor del Adlon. O el cadáver de mi hermano gemelo...».

—Las lagunas de tu memoria... —Zaphire parecía buscar las palabras apropiadas—. Es complicado. Un trastorno mental. No tiene nada que ver con la herida de bala. —Señaló la cicatriz en el hombro de Noah—. Ni con una represión psicológica, un *shock* o nada parecido. Lo sufres desde tu infancia.

«¿Mi infancia?».

En ese momento fue consciente por primera vez de que el hecho de estar frente a su padre, además de otros miles de preguntas sin respuesta, planteaba una cuestión muy personal:

—¿Y mi madre?

Zaphire tragó saliva con fuerza. Sus labios formaron sílabas mudas, después recuperó la compostura y dijo con voz firme:

—Murió en el parto.

Zaphire levantó brevemente la mirada hacia Noah, que estaba de pie inmóvil junto a la butaca como si hubiera echado raíces, después observó sus manos cruzadas sobre el regazo.

—Ella era todo lo que tenía. El parto fue... inhumano. Tanta sangre... duró tanto tiempo, el cordón umbilical se había... —Zaphire se secó los ojos con el dorso de la mano—. Tuvieron que realizar una operación de urgencia. Sufrió un paro cardíaco. Los médicos no pudieron resucitarla.

—Por desgracia a usted sí, señor Zaphire —respondió una voz cascada pero familiar que hizo a Noah estremecerse.

«Altmann».

Estaba claro que no estaba muerto al fin y al cabo. Apoyándose en el calefactor, trató de incorporarse entre gemidos al menos lo suficiente para permanecer sentado con la espalda apoyada sobre el radiador.

Tras un instante de reacción, Noah salió de su ensimismamiento y se acercó al agente. Le tendió la mano, y al ver que Altmann sufría espasmos similares a escalofríos, recogió el albornoz del suelo para colocarlo con cuidado sobre el cuerpo del moribundo.

—Gracias, pero es un despilfarro —tosió Altmann.

Había debido de volver en sí hacía tiempo y al parecer había seguido la conversación, ya que preguntó a Zaphire:

—Una vez tuve un dossier sobre usted en las manos —tosió con sequedad— en el que se decía que sus hijos también murieron durante el parto.

Zaphire no pareció sorprenderse ni molestarse por el hecho de que Altmann interviniera en la conversación desde su puesto junto al radiador.

—Esa es la versión oficial —le contestó—. Había cambiado el amor de mi vida por dos bebés chillones. —Zaphire miró de nuevo a Noah—. Fuisteis los culpables de la muerte de mi mujer. Vuestra madre. Eso pensaba entonces.

Miró rápidamente el reloj, después siguió hablando:

—No quería veros, no quería teneros en brazos. No quería ser vuestro padre. Sin embargo, por aquel entonces ya era una figura pública, dirigía una pequeña empresa farmacéutica con proyección internacional. Estaba a punto de obtener subvenciones públicas a la investigación. A los ojos de mi inversor, de orientación cristiana, daros en adopción no habría sido otra cosa que repudiaros, lo que habría dañado mi reputación de manera irreparable.

—¿Así que simplemente hiciste que nos declararan muertos? —preguntó Noah. En realidad tendría que haber estado hirviendo de ira, pero Noah no sentía emoción alguna. Toda aquella situación era tan irreal, que tenía la sensación de que la conversación no tenía nada que ver con él.

Zaphire se encogió de hombros.

—Organizar algo así es un juego de niños cuando eres el socio principal del grupo de clínicas al que pertenece el hospital en el que nacisteis. Después os envié con unos padres de acogida a Alemania.

El anciano intentó levantarse de la butaca con la ayuda de sus muletas, lo que pareció causarle dolores infernales. Tras dos intentos fallidos, se concedió una pausa y dijo:

—Sé que fue un error. Pero lo enmendé. Tú y tu hermano recibisteis los mejores cuidados. Niñeras formadas, guarderías y colegios privados, educación en internados de cinco estrellas.

—¿Y por qué él no recuerda nada de eso? —resolló Altmann, y tosió un aluvión de sangre sobre la alfombra. Noah pensó en la mujer con el traje protector y se preguntó por primera vez por qué Zaphire no consideraba necesario tomar la misma medida de prevención.

—No sabemos cuál es la causa de tu amnesia. Tampoco sabemos por qué solo te afecta a ti y no a tu hermano —dijo Zaphire dirigiéndose a Noah—. Al principio todo iba bien. Os desarrollasteis normalmente. Pero entonces cumpliste siete años y tuviste los primeros lapsus.

—¿Qué tipo de lapsus? —preguntó Noah.

—De pronto no recordabas ciertos acontecimientos. Hacías la misma pregunta a tu profesora una y otra vez, a pesar de que ya la había respondido antes, y entonces

un día olvidaste tu nombre.

Zaphire se llevó la mano al arrugado cuello con nerviosismo.

—Sufres un síndrome amnésico poco común. Hasta el momento apenas se ha investigado. Una reacción química en tu cerebro provoca que tu mecanismo de represión sea mucho más acusado que el de las personas sanas.

—¿Síndrome amnésico?

—Eso significa que tu memoria episódica a largo plazo se borra. Todo lo que experimentas, de dónde vienes, dónde vives, cómo te ganas la vida... todo desaparece con el tiempo. Y con los años es cada vez peor. A excepción de unas pocas experiencias muy decisivas emocionalmente, apenas recuerdas nada de tu vida personal.

—No le creo ni una sola palabra —replicó Noah.

—Como siempre —suspiró el anciano, sacó un móvil del bolsillo de su pantalón, lo abrió y sostuvo la pantalla de manera que Noah pudiera verla.

—¿Qué es eso?

—Un vídeo. —Zaphire había abierto un archivo que empezó en ese mismo segundo.

«Sufres un síndrome amnésico poco común», oyó Noah a Zaphire decir de nuevo, solo que esta vez la voz ligeramente metálica provenía del teléfono. «Hemos tenido esta conversación cientos de veces, pero ya no eres consciente de ello, John».

—¿John? —preguntó Noah y se vio a sí mismo. La cámara que les grababa a él y a Zaphire había enfocado su cara con el *zoom*.

—Ese es tu verdadero nombre. John Morten, treinta y ocho años de edad, con residencia en un apartamento de dos habitaciones cerca del campus de una de mis clínicas privadas en Chicago. Soltero, con problemas para relacionarse, solitario.

Zaphire cerró el móvil.

—Y el síndrome amnésico no solo ha borrado tu memoria a largo plazo, también impide que recuerdes experiencias personales durante más de tres o como máximo cuatro semanas.

Zaphire hizo un nuevo intento, y esta vez logró levantarse de la butaca con gran esfuerzo.

—Por eso he removido cielo y tierra para encontrarte. Por eso me he ocupado de que vieras una vez más a tu hermano muerto en el congelador.

—¿Para qué?

—Para activar tu memoria. —Lo miró. Su mirada expresaba decepción—. Hasta el último momento tenía la esperanza de que el plazo aún no se hubiera cumplido. Que los acontecimientos de las últimas semanas hubieran sido tan decisivos que, después de tanto tiempo sin estar en contacto, lo recordaras todo en cuanto vieras a David. O a mí.

—¿Qué? —preguntó Noah en voz alta, casi a gritos—. ¿Qué es lo que tendría que recordar?

—El vídeo que David te dio poco antes de morir.

Noah miró a Altmann en el suelo y por un momento creyó oír el sonido de un cristal estallando. Se sentía transportado a la suite del Adlon, en la que un disparo en la cabeza derribó a un hombre delante de la chimenea ante sus ojos, poco antes de que una segunda bala impactara en su propio cuerpo.

Se llevó la mano al hombro y creyó sentir el dolor de nuevo.

—¿Así que es verdad? ¿La conspiración existe?

«¿La gripe de Manila? ¿La pandemia?».

Zaphire dibujó con la boca una mueca de compasión, como si hubiera querido decir:

—Lo siento, pero no tenía alternativa.

—Eres uno de ellos —se lamentó Noah consternado—. Uno del Club Bilderberg.

—¿Bilderberg?

Zaphire hizo un gesto de rechazo con la mano y por un momento pareció incluso divertido.

—Por favor, John. Esos idiotas no son más que unos charlatanes cabezas huecas. Mi testículo izquierdo tiene más capacidad de actuación que todos esos cobardes juntos. Lo único que les da algo de trascendencia son las ridículas teorías conspirativas que existen en torno a ellos.

La puerta del despacho se abrió detrás de Noah.

—Lo sé, Cezet —le dijo Zaphire a la mujer del traje protector, que mantenía a Noah en jaque con su arma y al mismo tiempo señalaba con dos dedos un reloj imaginario en su muñeca.

»Dame diez minutos más.

La mujer suspiró, pero cerró la puerta tras ella. Noah, Zaphire y Altmann estaban solos de nuevo.

—Al principio apoyaba a Bilderberg —prosiguió sus explicaciones el hombre que aseguraba ser su padre—. Pero enseguida me di cuenta de que esos blandengues no acompañarían sus palabras con hechos, a pesar de que el Club de Roma nos presenta desde los años setenta la certeza inevitable de que a menos que consigamos controlar el problema de la superpoblación, la humanidad se extinguirá.

Zaphire se inclinó hacia un lado en la butaca para alcanzar el bolsillo de su pantalón, del que extrajo un pañuelo con el que se secó las diminutas perlas de sudor de la frente. Noah ya no tenía frío, por lo que la temperatura de la habitación debía de ser excesiva y desagradable para una persona completamente vestida.

—Todos tenían claro que nuestro planeta se dirigía hacia el desastre. Todos hablaban, pero nadie actuaba. Nadie excepto un grupo minúsculo.

—¿Room 17? —preguntó Altmann con un hilo de voz.

—Así nos llamábamos. Al principio no éramos ni veinte hombres, pero el día en que creamos el grupo disponíamos ya de varios millones en total. En la actualidad controlamos más del sesenta por ciento de los medios de comunicación occidentales, dirigimos cuatro de las diez mayores empresas farmacéuticas y tenemos contacto personal con casi todas las personas con poder de decisión del mundo. Utilizamos estos recursos para recuperar el equilibrio del planeta.

—¿Extendiendo un patógeno del herpes y la peste por todo el mundo mediante las emisiones de gas de los aviones?

—Sí.

—¿Estás admitiendo que eres un asesino en masa? —Noah señaló a Altmann, que tritaba con fuerza a pesar de la calefacción encendida y el albornoz—. ¿Por tu culpa millones de personas sufren una muerte tan dolorosa como la suya ahora mismo?

El gesto de Zaphire se ensombreció. Los nudillos de la mano que rodeaba el puño de la muleta se volvieron blancos.

—¿Tú pretendes hablarme a mí sobre morir dolorosamente?

Giró el antebrazo de manera que Noah viera la esfera de su reloj de pulsera.

—Llevamos más de diez minutos hablando, John. En este tiempo ciento veinte niños han muerto de hambre en el mundo. Ciento veinte almas inocentes que hasta su muerte liberadora han tenido que sufrir semejante tormento, que comparado con él los dolores del señor Altmann no son más que unas suaves agujetas. Y eso sucede porque preferimos tirar el exceso de alimentos que producimos, o quemarlos como biocombustible, antes que dárselos a un niño que poco antes de morir está tan desesperado que se arranca sus propios pelos de la cabeza para comérselos.

—¿Y eso justifica un genocidio?

—Esta discusión ya la tuvimos una vez, y aún no he logrado convencerte, John. Al contrario que a David.

—¿David?

—Él era el director del departamento de investigación del proyecto Noah.

—Tonterías.

—Él y yo tardamos un tiempo en reencontrarnos. Hasta su vigésimo segundo año de vida, para David yo solo era un desconocido que financiaba su educación. El tío de la foto, un rico benefactor que dona dinero al colegio para calmar su conciencia. No desvelé el secreto de nuestros lazos familiares hasta después de contratarlo. En la entrevista aún no tenía ni idea de quién le contrataría. Para él yo era uno de los hombres más ricos del mundo con una empresa que ya trabajaba a escala global, que pondría a su disposición fondos ilimitados para sus investigaciones. No su padre.

—Un asesino en masa —añadió Noah.

—Tú no lo entiendes, John. No eres científico. En cambio David no podía ignorar las cifras y los datos. Cada 3.6 segundos una persona muere de hambre. Ocho

millones al año. Y a pesar de que tantos la palmen, cada vez somos más. El planeta está a punto de reventar. Actualmente ya son más de siete mil millones, y cada segundo se añaden tres personas más para las que no hay suficiente agua, energía o alimento. Todos vivimos por encima de nuestras posibilidades. Nuestros sistemas económicos dependen del crecimiento, y por lo tanto de la destrucción de nuestros recursos. Nuestras democracias fomentan las soluciones intermedias, pero las soluciones intermedias no reducen el calentamiento global, no redistribuyen la riqueza. Las decisiones revolucionarias que han mejorado nuestra vida siempre las han tomado luchadores radicales y solitarios. No es el parlamento sino la revolución la que hace avanzar a la humanidad. A David no le resultó fácil, pero al igual que yo, al igual que cualquier científico serio, se convenció de que no podemos cruzarnos de brazos y simplemente esperar. Así que se unió a Room 17.

Zaphire miró a Noah directamente a los ojos.

—Al igual que tú, John.

—¿Yo?

«No».

—Trabajas en la dirección ejecutiva. Protegiendo nuestra asociación.

—Jamás. —Noah cerró los puños furioso.

—Tu enfermedad te convierte en el soldado perfecto —explicó Zaphire—. No puedes desvelar secretos, no puedes denunciar a nadie, no puedes confesar nada. Y aunque te sometieran a tortura, nunca recordarías el encargo que debías llevar a cabo por mí en Berlín.

—¿Qué encargo?

Fue Altmann quien formuló con voz febril la pregunta, cuya respuesta era Noah quien más temía.

Zaphire carraspeó, pero su voz sonó tomada de todas formas.

—Sucedió hace pocos meses. Tu hermano empezó a mostrar reparos. Se enamoró de una ayudante de laboratorio. Y de repente su propio destino le parecía más importante que el de miles de millones de personas a las que dejamos morir de hambre y de sed por culpa de nuestro modo de vida, cuando no las azuzamos en guerras sin sentido por los recursos menguantes.

Noah asintió. Poco a poco todo encajaba.

—David quería destapar vuestras actividades. ¿Con un vídeo de la reunión en la que hablasteis del asesinato en masa?

—En la que decidimos la fase tres, sí. Como director del departamento de investigación estaba autorizado en todos los niveles de seguridad. No sabía que nos estaba grabando en secreto. David me chantajeó. Quería publicar el vídeo.

«Con ayuda de Anonymous Force, una fuente que despierta mucha expectación, cuyas noticias no acabarían como fantasías en una página de teorías conspirativas», pensó Noah.

—El vídeo desvela cómo se desataría la epidemia, cómo funciona el antídoto. Quién está implicado en el proyecto Noah. David quería que se difundiera por todo el mundo a modo de advertencia. Por eso se vio aquí en Roma con Kilian Brahms.

—Pero ¿no le dio la grabación?

—Eso sucedería en una segunda cita en Berlín.

«Que no llegó a producirse nunca porque David fue asesinado antes».

Noah volvió a abrir los puños solo para cerrarlos con más fuerza.

—¡Obligasteis a Kilian a mentirme para atraernos a esta trampa!

Se trataba de una afirmación más que de una pregunta.

—Así es.

—¿Por qué?

Zaphire se frotó los ojos como un niño cansado.

—Tu encargo consistía en rastrear a David en Europa.

—¿Yo sabía que...

«... alguien lo mataría?».

—No —respondió Zaphire a la pregunta que no había llegado a formular—. Solo tenías que encontrarlo y llevarte el vídeo. Habíamos hablado a menudo acerca del proyecto Noah, John. Pero nunca te puse al corriente de todo porque sabía que jamás te convencería.

—¿Entonces por qué podía ser uno de tus «soldados», como has dicho?

—Porque es tu naturaleza, John. Cada persona tiene un talento especial que la hace única. En tu caso es matar. La rabia por tu destino, que te condena a vivir en soledad, te ha empujado a perfeccionar tu talento. Y yo lo he fomentado.

—¿Me estás diciendo que mato a inocentes? ¿Por encargo de una organización cuyos objetivos no comparto?

Zaphire levantó una mano en señal conciliadora.

—No, no lo haces. Sí que trabajas para mí y para Room 17, pero nunca has apoyado el proyecto Noah. Sin embargo, tu aversión era tan grande como tu amor.

—¿Hacia quién?

—Hacia mí.

—¡Ja! —Noah dejó escapar una risa incrédula.

—No te miento —insistió Zaphire—. Tenemos una relación estrecha, John. Muy estrecha. —Suspiró, como si no esperara que su hijo le creyera, pero de todas formas se explicó—: Los autores de atentados, los sicarios contratados por el Gobierno que debían callarme para siempre, también eran tus enemigos. Mientras Cezet se quedaba a mi lado para protegerme de ataques y secuestros, tú rastreabas y eliminabas a las personas que pretendían atentar contra mi vida.

Noah abrió la boca sin saber qué decir. La cantidad de verdades que su padre le exigía procesar le estaban provocando dolor de cabeza. Necesitaba un momento para concentrarse. Entonces dijo:

—Pero a David no, ¿verdad?

—No, a tu hermano no.

—¿Qué sucedió después de que le encontrara en Berlín?

Zaphire respiró con dificultad. El recuerdo parecía afligirlo.

—Como ya he dicho, John, tú no tenías ni idea de que la fase tres ya se había iniciado. De todos modos David te lo contó todo.

Noah frunció el ceño.

—¿Por qué sabes tú eso?

—Room 17 tiene informadores por todas partes. Ayer te reencontraste con uno de ellos. Se llama Vandenberg. El jefe de seguridad del Adlon. Después de que me informaras de dónde estaba David, Vandenberg instaló micrófonos en su suite. A partir de los informes de las escuchas concluimos que David te había entregado el vídeo.

—¿Quieres decir antes de que ordenaras que le dispararan?

—¿Por quién me tomas? —se indignó Zaphire.

«Por un segundo Adolf Hitler. Un hombre que justifica la eutanasia con argumentos megalómanos».

—No he matado a mi hijo. —Miró a Altmann—. Él es el responsable de eso. —

El rostro arrugado hablaba con puro odio—. Me habría gustado estrangularlo con mis propias manos por el asesinato de David. Pero verlo morir me produce aún más satisfacción.

Altmann protestó.

—No tengo nada que ver con la muerte de su hijo.

—Entonces alguno de sus compañeros —bufó Zaphire—. Tienes que creerme, John. Solo quería recuperar el vídeo. Pero el Gobierno quería mataros. Y en el caso de David los asesinos a sueldo tuvieron éxito. Un francotirador apostado en el tejado de la embajada le disparó antes de que pudiéramos tomaros bajo custodia. Unos pocos minutos más y mis tropas de intervención habrían llegado al lugar de los hechos.

Noah oyó una vez más el cristal hacerse pedazos, sintió el dolor otra vez. Pero en esa ocasión no fue en su hombro, sino en su mano. Sorprendido miró el punto en el que estaba torpemente tatuado.

«Noah...».

Mientras tanto Zaphire explicó que sus hombres se habían precipitado en la suite poco después del disparo mortal, cuando Noah ya había huido. Con ayuda de Vandenberg habían hecho desaparecer el cadáver y habían salido en su busca sin éxito.

—Quería encontrarte, John. No solo porque tuvieras el vídeo. Sino porque eres mi hijo. Ese cerdo en cambio —Zaphire señaló a Altmann— quería matarte a tiros.

—Pero ¿por qué? —preguntó Altmann pensativo. Señaló a Noah y se limpió la boca con el brazo. La sangre rojo oscuro empapaba las fibras del albornoz—. ¿Por qué tenía la orden de asesinar al hombre que podía salvar la vida de miles de millones de personas?

Noah dejó de mirar fijamente la palma de su mano. Se le ocurrió una idea inconcebible.

—El Gobierno está implicado, ¿verdad? —preguntó a su padre.

Altmann negó con la cabeza.

—¿Crees que el presidente desearía la muerte de la mitad de la raza humana? —preguntó.

—No. Claro que no —le dio la razón Zaphire al agente, y miró de nuevo su reloj—. Es mucho más complicado que eso.

Zaphire guardó silencio un momento, y Noah oyó por primera vez el murmullo continuo de la ventilación. Miró el techo encalado de la habitación y se preguntó si allí abajo, en aquel sótano sin ventanas tres pisos por debajo del nivel del suelo, se ahogaría en cuanto el aire acondicionado se apagara.

—Durante mucho tiempo el presidente Baywater no se tomó en serio a Room 17. Lo cierto es que sus predecesores tampoco —dijo el hombre que decía ser su padre—. La conspiración del proyecto Noah era tan tremenda que resultaba inconcebible. Todos los servicios secretos indagaron, pero no transmitieron los indicios a sus presidentes, porque consideraban que sus hallazgos eran inverosímiles.

—Pero en algún momento llegó a saberlo, ¿verdad? —preguntó Noah.

—Con la fase dos, sí. La pandemia de gripe porcina. No era la primera vez que exagerábamos una enfermedad que en realidad no era tan peligrosa. Esta vez fue para distribuir supuestas vacunas a personas escogidas. A jefes de operaciones del ejército, expertos en Economía, científicos, el presidente estadounidense.

Zaphire miró a Altmann, que había intentado en vano levantarse apoyándose en el radiador, y que ahora mantenía agotado los ojos cerrados.

—Baywater y los miembros de su gabinete fueron inmunizados en secreto. Recibieron una sustancia activa diferente a la del resto de la población.

—¿A la de los prescindibles? —recordó Noah de la llamada con Kilian Brahms.

—A la de los parásitos que amenazan la vida en nuestro planeta —le contradijo Zaphire—. Por desgracia se produjo una filtración, la información sobre las diferentes vacunas se difundió. El entonces presidente abrió una comisión secreta de investigación.

—¿Por qué Baywater no ha dicho la verdad a la población? —quiso saber Altmann.

Zaphire se rio sin ganas.

—¿Qué iba a decirle al mundo? «Hola, hace años que lleváis en vuestro interior un patógeno mortal. ¡Una bomba de relojería que puede activarse en cualquier momento! Que además se ha transmitido genéticamente a vuestros hijos sin que podamos hacer nada para eliminarlo». No, la verdad es demasiado para el pueblo. Tenía miedo de provocar el pánico descontrolado de las masas.

—No me creo que el presidente de Estados Unidos esté dispuesto a sacrificar a miles de millones de personas —dijo Noah, sacudiendo la cabeza.

—No es lo que él quería. Baywater no ha escatimado esfuerzos para detenerme. Ha bombardeado mis fábricas, ha ordenado atentados contra mí. Ha llamado a boicotear mis medicamentos. Ayer mismo escapé por los pelos de un ataque.

—Pero ¿de qué serviría eso? —preguntó Altmann, que aún tenía los ojos cerrados

—. ¿Por qué iban a destruir sus fábricas si tres mil millones de personas ya están infectadas?

—Por el ZetFlu —dijo en tono apagado Noah, que de pronto relacionaba unos hechos con otros.

Altmann pestañeó.

—Exacto —confirmó Zaphire la terrible sospecha—. El presidente dice la verdad. La gripe de Manila no existe. Es un invento de los medios controlados por Room 17, como por ejemplo NYN.

Los ojos de Noah se abrieron como platos cuando dijo:

—ZetFlu no funciona como antídoto.

Zaphire asintió.

—Al contrario. ZetFlu favorece que la epidemia se extienda. Lo único que necesitamos para concluir el proyecto Noah es que el mayor número posible de personas tomen el medicamento.

«¡ZetFlu es la fase tres!».

Noah pensó en el cierre del aeropuerto JFK de Nueva York. En los miles de pasajeros a los que se había suministrado ZetFlu con el pretexto de protegerlos de una enfermedad que aún no existía, para después soltarlos de nuevo en avión para que la enfermedad se extendiera por todos los rincones del mundo. Para una organización como Room 17, que tenía enormes medios a su disposición, el cierre de uno de los mayores aeropuertos del mundo seguramente no había sido una empresa demasiado complicada.

—No puede ser. Ninguna institución sanitaria de este mundo autorizaría un medicamento así —protestó Altmann con la voz ronca.

—Claro que sí. Por un lado, parte de esas instituciones están controladas por Room 17. Por otro, la sustancia activa es completamente inocua. Tan inofensiva como el agua. Se puede beber, bañarse o lavarse el pelo en ella. Lo único que no se debe hacer es verterla en una sartén con aceite de oliva caliente. Entonces explota. Algo parecido sucede con el ZetFlu. Por sí solo no es tóxico, solo desarrolla su efecto mortal en la sangre de alguien infectado en la fase uno.

Miró brevemente a Noah, después se dirigió de nuevo a Altmann.

—El auténtico ZetFlu desencadena la fase tres también en personas inmunizadas. Nunca debería haber comprado las pastillas por su cuenta, Adam. Como funcionario de Estados Unidos con un papel importante en la seguridad, fue vacunado en la fase dos y más tarde le suministraron placebo. Pero neutralizó su efecto tomando ZetFlu.

Miró una vez más el reloj, entonces Zaphire se apoyó sobre su muleta y se levantó de la butaca.

—Tengo mucha prisa, John, así que nos ahorraremos la parte en la que me acusas de ser un maníaco que dirige un asesinato en masa para garantizar los intereses de los

poderosos. No desperdiciaré el poco tiempo que nos queda explicándote que he liberado una enfermedad democrática y que todas las personas tienen el mismo riesgo de contraerla.

—A no ser que sea uno rico y haya sido vacunado —dijo Altmann y lanzó una carcajada sarcástica.

—Eso no tiene nada que ver con ser pobre o rico. Se seleccionaron dos millones escasos de personajes con habilidades decisivas que restablecieran el orden en la época posterior a Noah. Entre ellas tú, John. —Asintió—. Sí, has oído bien. Tú también estás inmunizado.

Noah se llevó la mano a la garganta. Si eso era cierto, sobreviviría a la pandemia. Miró a Altmann. Nunca se había sentido tan miserable al escuchar una buena noticia.

—Incluso he intentado evitar que los más pobres entre los pobres en los barrios de chabolas caigan víctimas de la pandemia —se justificó Zaphire—. He hecho valer mi influencia para cerrar las favelas y los vertederos para que sus habitantes no puedan conseguir ZetFlu. Al mismo tiempo he alimentado el miedo a la escasez del medicamento entre los ricos. He extendido el rumor de que quiero suministrarlo gratis solo en los países en vías de desarrollo.

Zaphire recogió la segunda muleta del suelo y cojeó hacia Noah hasta estar a un metro escaso de distancia de él. Como al principio del encuentro, se observaron en silencio, y esta vez Zaphire le sostuvo la mirada.

—¿La cinta que supuestamente tengo también contiene este discurso piadoso, papá? —Casi podría decirse que le escupió a Zaphire esta última palabra en la cara.

De pronto una ira casi incontrolable se había encendido en su interior. Al parecer su padre se alegraba de aquel brote emocional, ya que sonreía.

—Sé que te acuerdas de David, del internado y del cuadro que te dio.

Noah asintió inconscientemente.

—¿Y te acuerdas de mí, verdad?

—No.

—De la voz de tu cabeza. Sigue ahí, ¿no?

—¿Por qué sabes...? —Noah se mordió el labio, pero ya se había descubierto.

—Te conozco mejor que tú mismo, John. No solo soy tu padre. Soy tu sostén. Tu único vínculo con tu pasado.

«No, no lo eres».

Noah luchaba contra una certeza que cada vez era más difícil de negar. Era un soldado. Al que habían ordenado encontrar a su propio hermano.

«Crac».

El recuerdo del ruido de la ventana rompiéndose le dolió de nuevo.

«Es demasiado tarde. Ya no puedo esconder el vídeo».

Sintió otra vez un dolor tirante y punzante, y de un momento a otro su cerebro se

inundó de imágenes inconexas: la chimenea. La habitación de hotel. Pasaportes. Extendidos sobre la cama.

Su reflejo, que no era su reflejo, sino... «David», que le sonreía: «Roma, Ámsterdam, Mombasa. ¡Aquí está la salvación!».

—¿Sabes lo mal que lo he pasado cuando no sabía dónde te habías metido? —La voz de Zaphire penetró de nuevo en su conciencia y desgarró los débiles hilos del recuerdo. Noah debía de haber seguido mirándolo impasible todo ese tiempo, pero parecía que el anciano no había percibido el *flashback*, de manera que continuó hablando:

»Si te soy sincero, a día de hoy aún no sé cómo sobreviviste tanto tiempo sin ayuda médica. Una parte de mí estaba segura de que estabas muerto. La otra contaba con ver el vídeo en Internet en cualquier momento.

—Por eso nunca has dejado de buscarme.

—Sí. Y debido a tu enfermedad, debía contar con que en algún momento ya no recordarías tu encargo. Con que en algún momento, como tantas otras veces, te olvidarías de ti mismo.

Otro relámpago iluminó durante una fracción de segundo la zona oscura de la memoria de Noah. Vio que David se acercaba de nuevo a la maleta sobre la cama. «Rápido, antes de que lleguen...».

¡Y sacaba la estilográfica!

—Como ya he dicho —prosiguió Zaphire—, son pocas las experiencias decisivas que se fijan de forma permanente en tu memoria, John. Como por ejemplo el día en que David te abandonó y se fue a otro internado en el que su inteligencia se viera más estimulada, mientras que tú, a causa de tu amnesia, tuviste que quedarte en una escuela que tuviera en cuenta tu situación especial.

—¿Me sacasteis de mi escondite con un cuadro? —preguntó Noah haciendo esfuerzos porque no se le notara nada. Si no se equivocaba, acababa de encontrar en su cabeza la llave a la verdad, y no quería entregársela a su padre por nada del mundo.

—Sabía que en cuanto lo vieras llamarías al número que se indicaba —dijo Zaphire—. Ya ha funcionado varias veces. Es nuestro detonante.

—¿Detonante?

—Sí. Te lo diré una vez más: soy tu ancla. Tu única persona de contacto. Nos reunimos, nos vemos o hablamos cada tres semanas, y yo te cuento cosas sobre tu pasado, como ahora. Normalmente inicio las reuniones como has visto. A veces, cuando tus lagunas son demasiado grandes, te muestro la imagen. Reaccionas de manera muy positiva a ella. Por eso sabía que marcarías el número de teléfono si la veías en el periódico o por televisión. Lo único que no sabía era dónde estabas. Sin embargo, estábamos casi convencidos de que aún estabas escondido en Berlín, pero

después de no poder dar contigo durante tanto tiempo, nos temimos que hubieras logrado salir de la ciudad.

—Por eso pusisteis en marcha esa campaña a escala mundial —dijo Noah con voz apagada.

Al contrario que los acontecimientos con su hermano en la suite del hotel, el recuerdo del campamento de periódicos que había levantado con Oscar en la estación de metro aún era reciente, pero al echar la vista atrás a Noah ya le parecía estar mirando a través de unos prismáticos al revés: Oscar, *Toto*, el artículo, la cabina de teléfono; todo era claramente visible, pero muy pequeño y a una gran distancia. En cambio la indescriptible sensación de tristeza por su compañero había pasado a un primer plano, de tal manera que ni siquiera el enfrentamiento con su padre podía aplacarla.

—La historia de la oferta millonaria por el cuadro fue idea de Kevin Rood, el redactor jefe de NYN. Todos los medios difundieron la historia, no solo los controlados por Room 17. Con éxito, como puedes ver. El cuadro nos ha reunido.

—¿Y si no hubiera dado señales de vida nunca más?

«¿Y si no hubiera encontrado ese periódico?».

—No habría supuesto ninguna diferencia para el proyecto Noah. Lo creas o no, Noah, no solo te buscaba por el vídeo. De hecho, a medida que pasaba el tiempo cada vez era menos importante. Puede que el presidente siga interesado en matarte para encubrir su complicidad y su fracaso a la hora de proteger a la población, a pesar de que me he enterado de que los agentes ya se han retirado y de que se han puesto en marcha las trituradoras de documentos. Y para mí el vídeo tampoco supone ya diferencia alguna. Incluso aunque lo tengas, ya no podrás utilizarlo en mi contra.

—¿Porque me vas a matar?

Noah miró a Altmann, que hacía tiempo que no decía nada. Al parecer el agente se había vuelto a dormir. Dormitaba con la boca abierta y los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y apoyado en el radiador. Un delgado hilo rojo de saliva le resbalaba por la barbilla.

—Si hubiera querido que murieras, no estaríamos aquí hablando.

Noah asintió. Pensó en el hombre del Adlon, que no había disparado al jacuzzi cuando tuvo la oportunidad. En los sicarios de la tienda de electrónica, de los que había escapado, al igual que de los secuaces de *Ámsterdam*. De todo aquello solo hacía unas pocas horas y, si Zaphire tenía razón, ese era el único motivo por el que no se había borrado de la pizarra de su memoria a largo plazo.

—¿Entonces por qué tanto esfuerzo? ¿Por qué me has conducido al Adlon, después a *Ámsterdam* y finalmente aquí?

—Para despedirme de ti, John.

—Tonterías.

—Si hubiera recibido permiso para aterrizar en Ámsterdam, habría ido al bungalow.

—¿Quién era el hombre que había allí?

Zaphire hizo un gesto despectivo con la mano, como si esa persona no fuera digna de mención.

—El mentor de David. No tiene ninguna importancia en esta historia. No os conocíais, solo tu hermano tenía relación con él. Allí no debías encontrarte con él, sino conmigo. Pero como eso no salió bien, tuve que improvisar con Kilian Brahms para que nos pudiéramos ver en Roma antes de que fuera demasiado tarde.

Zaphire miró otra vez el reloj, mucho más tiempo del necesario. Ni siquiera despegó los ojos de la esfera cuando continuó hablando.

—No me queda mucho tiempo, muchacho. Y con eso no me refiero a la audiencia de medianoche con el Papa, a la que ya llego tarde. Hoy por la tarde, al aterrizar en Roma, he tomado ZetFlu.

—¿Qué estás diciendo?

Zaphire levantó la mirada.

—Ahora estoy infectado. Los primeros síntomas se presentarán en pocas horas. Por eso ya no llevo traje protector.

Noah buscó señales de demencia en su rostro, especialmente en los ojos, pero no las encontró. No había duda. Las convicciones del hombre que posiblemente fuera su padre eran tan firmes que estaba dispuesto a morir por ellas.

—¿Creías que no predicaría con el ejemplo? Cezet también se quitará su traje en cuanto la fase tres haya alcanzado un estadio irreversible y sus servicios ya no sean necesarios. Entonces dejaremos que la naturaleza decida si seguimos con vida o no.

Suspiró.

—Esta es nuestra última conversación, John. Por eso he respondido a todas tus preguntas, a pesar de que pronto lo olvidarás todo. Llámame sentimental, maldita sea. Ya lo fui una vez, cuando salvé de una muerte segura a una niña pequeña que hoy es tu hermanastra. Y ahora no quería perder la oportunidad de hablar contigo una última vez. De padre a hijo.

Zaphire le tendió la mano, pero Noah se apartó.

—No tengas miedo. Ya no. Por favor. —Sus ojos brillaban. Noah sintió asco al distinguir en ellos el deseo del anciano de estrecharle entre sus brazos.

—Quiero ser sincero contigo, John. Si hubieras sabido dónde estaba el vídeo, te habría matado. No habría permitido que detuvieras el proyecto Noah en el último segundo. Ninguna vida es más importante que la supervivencia de la Tierra.

—¿Y si ya lo tuviera?

—Lo sabría. Lo vería. Sabes de qué estoy hablando. Tú también distingues el bien del mal y las mentiras de la sinceridad cuando las tienes delante. Esa habilidad la

heredaste de mí.

Noah apartó la mirada, como si quisiera apartarse de la verdad que contenían las palabras de Zaphire.

—Morirás en vano —dijo casi con terquedad—. El presidente ya ha informado a la población de que la gripe de Manila no existe.

—¿Y crees que le harán caso?

Noah asintió.

—Puede que haya rebeldes. Pero la mayoría respetará los toques de queda. Se quedarán en casa. Renunciarán al ZetFlu.

—Eres muy listo, John. Quizá tengas razón. Pero ¿cómo crees que reaccionará el Papa cuando le muestre las imágenes de personas moribundas? ¿De Brasil, de África, de Filipinas? De personas acordonadas por el ejército en los barrios de chabolas porque quiere prohibírseles el acceso al medicamento que los salvaría. A los que se rocía con un desinfectante inútil en lugar de darles medicamentos eficaces. ¿Cómo reaccionará cuando le pida que me permita suministrar a sus fieles más pobres las vacunas gratuitas autorizadas que Estados Unidos quiere arrebatarnos a los oprimidos, porque tiene miedo de que no haya suficientes pastillas para los ciudadanos privilegiados? Le recomendaré al Papa que se ponga del lado de los débiles. Sus palabras tendrán más peso que las del presidente, ¿no crees? Especialmente cuando él mismo esté contagiado después de mi visita.

Un tirón visible recorrió su cuerpo.

—Ahora me iré, John. Para siempre.

Pasó junto a Noah cojeando asombrosamente rápido y golpeó la puerta con una de las muletas. Cezet se presentó al momento. Abrió la puerta y apuntó a Noah con el arma. Apenas prestó atención a Altmann. Aparte del peligro de contagio, del que se protegía con el traje, no suponía ninguna amenaza. El agente se había desplomado de nuevo hacia un lado y estaba tumbado inconsciente con la cabeza sobre la alfombra.

—He disfrutado mucho del tiempo que pasamos juntos, John, a pesar de que no siempre hayamos estado de acuerdo.

Zaphire sonrió triste y señaló el armario empotrado.

—Ahí dentro tienes agua y comida para las próximas semanas. He dispuesto que te dejen salir de aquí dentro de seis semanas.

«En cuanto no me acuerde de nada».

—¡No puedes hacer eso! —dijo Noah, a pesar de que sabía que Zaphire también tenía razón a ese respecto.

Su padre no había ido a Roma por él. Ni por el vídeo. Sino para concluir definitivamente el proyecto Noah.

Y ahora que la puerta se había cerrado tras él y que también la habían atrancado desde fuera, no había nada que pudiera hacer para impedir la catástrofe.

Manila, Filipinas

«Es más fácil vaciar el mar que encontrar un amigo sincero y verdadero», había aprendido Alicia de su abuela, y ahora pondría a prueba el viejo refrán filipino por enésima vez en su vida.

El hombre descalzo, de unos cuarenta años de edad, que los miraba desde la superficie de carga del camión, era relativamente pequeño para ser europeo. Llevaba pantalones caqui cortos y un polo rosa, a través de cuyos botones abiertos asomaba un matojo de pelo rojizo. Su piel clara aún no se había acostumbrado al sol de Manila. Su frente alta y el principio de su cuello se estaban pelando, al igual que los dorsos pecosos de sus manos.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó a Marlon y bostezó.

Al parecer Heinz había estado durmiendo, y no estaba precisamente contento de que le acabaran de despertar con fuertes golpes en los cristales de la puerta del conductor.

—Era mi primer descanso en dieciocho horas.

A Alicia le costaba mucho entender el inglés del médico debido a su fuerte acento alemán. Pero su mirada nerviosa era inequívoca. Heinz tenía miedo de que alguien les viera juntos.

Llegar hasta él había sido más fácil de lo que pensaban.

—El ser humano es un animal gregario —había dicho Marlon, y había caminado más a la derecha hacia un acceso al terreno vecino desde el que habían podido acercarse desde atrás sin problemas al campamento de Worldsaver y al tráiler aparcado en el garaje abierto. Nadie les había prestado atención. Nadie estaba interesado en un camión con los neumáticos pinchados y levantado sobre tacos, cuyo motor traqueteaba con fuerza para suministrar corriente al sistema electrónico. Lo único que querían las mujeres, los niños, los ancianos y los desesperados de la carretera era entrar a la tienda de campaña con los médicos.

—¿Qué demonios se os ha perdido aquí? —preguntó Heinz.

—Necesita ayuda.

Marlon señaló el bulto que Alicia apretaba contra su pecho. Un dolor sordo le latía en el pie, el hambre había reducido su estómago a un nudo de gruñidos y, como había bebido muy poco, su cabeza amenazaba con estallar. Sin embargo, lo peor de todo era el tormento de ver a su propio hijo en aquel estado lamentable.

—Ayude a mi bebé —suplicó, y apartó varias moscas que volaban alrededor del rostro consumido de Noel.

Heinz se aseguró una vez más de que nadie los hubiera seguido, entonces suspiró y asintió.

Marlon fue el primero en subir al interior, después ayudó a Alicia a entrar. Cuando Jay se dispuso a seguirlos, el médico negó con la cabeza.

—Él hará guardia —le dijo a Marlon, como si este estuviera al mando del hijo de Alicia. Al mismo tiempo torció el gesto y se tapó la nariz a causa de la peste a cloaca de la fosa que aún impregnaba sus cuerpos.

Alicia no protestó. Intuía lo que el hombre le pediría, y prefería que Jay se ahorrara verlo. Lo mejor habría sido que Marlon también estuviera fuera cuando le tocara hacer lo que fuera necesario para salvar la vida de Noel.

—Pues para dentro se ha dicho —dijo Heinz y se adelantó.

La zona de carga estaba climatizada y, gracias al motor diésel, también había algo de luz. Al parecer el camión se utilizaba como almacén para medicamentos, comida y otros materiales. Detrás, justo delante de la cabina del conductor, el médico había preparado un lugar para dormir. Entre unos sacos de azúcar había un colchón sobre palés de madera vacíos.

—Habéis tenido suerte de que esté aquí. Mi descanso se acaba en diez minutos. Hoy no paramos —explicó Heinz y sonrió con amabilidad. Les tendió la mano. Alicia miró a Marlon interrogante.

—Dale el bebé —dijo este.

Alicia le entregó el hatillo al hombre con reticencias. Heinz se arrodilló y liberó a Noel con cuidado del envoltorio de plástico sobre el colchón. La tripa del bebé tenía el tamaño de un balón de balonmano, las delgadas costillas amenazaban con desgarrarle la piel del pecho desde dentro. Sobre su trasero se había formado una costra de excrementos porque Alicia no había encontrado agua limpia para bañarlo.

—Puedo ayudarte —dijo Heinz—. Pero...

Alicia vio su mirada reclamante y se le formó un nudo en la garganta.

—No mientras estés aquí —le pidió a Marlon.

Heinz alzó la mirada sorprendido.

—No, no, no. —Levantó ambas manos en señal defensiva—. ¿Por quién me tomas? —Miró a Marlon—. ¿No le has explicado cómo funciona esto?

Tomó la mano de Alicia. Ella le dejó hacer como anestesiada.

«¿Cómo funciona qué?».

—Puedo ayudar a tu bebé. Aquí tenemos de todo, como puedes ver. El pequeño... ¿cómo se llama?

—Noel —acertó a decir.

—Bien. Le daremos suero a Noel enseguida. Está deshidratado y malnutrido. Le faltan vitaminas y ácido fólico. Además sus ojos han cambiado de color, probablemente debido a la ictericia. Su estado es crítico, pero todavía no es

demasiado tarde. Si no te unes a la horda que hay delante del campamento, claro. Las camas se han ocupado tan rápido como las de un burdel gratuito. —Se rio—. Todos los que esperan ahí fuera tendrán que volver a casa hoy.

«Ninguno de ellos tiene casa», pensó Alicia.

Heinz sonrió. Tomó cuidadosamente la manita del bebé y la acarició. Alicia no veía nada malo en aquel gesto cariñoso, y por un breve instante eso alimentó sus esperanzas.

—¿Pero? —preguntó Alicia por el precio que tendría que pagar. Si no se trataba de sexo, no se le ocurría nada malo que le pudiera pedir.

Claro que no contaba con esa espantosa respuesta.

—¡Pero nunca más verás a tu bebé!

Las palabras le atravesaron el corazón.

—¿Qué? —Miró a Marlon interrogante. Esperó haberse equivocado.

Heinz seguía sonriendo.

—No te preocupes. Tendrá unos buenos padres en Alemania.

—¿Tengo que darle a Noel?

«¿Tú lo sabías?», preguntaba la mirada muda con la que taladraba a Marlon. El muchacho se encogió de hombros consciente de su culpabilidad.

—Cabrón —profirió—. ¿Cuántas veces lo has hecho ya? —Le dio una sonora bofetada—. ¿A cuántas mujeres has traído aquí?

«A la morada del diablo».

—Eh, tranquilidad —dijo Heinz, pero no impidió que Alicia cogiera de nuevo a su hijo—. Piénsalo bien. ¿Qué vida puedes ofrecerle a Noel? No tienes marido ni trabajo. No tienes dinero. Tu hijo pequeño tiene que buscar comida entre la basura.

La miró fijamente con esos ojos azul claro que irradiaban una amabilidad tan poco apropiada.

—Incluso aunque hoy curemos a Noel, no tiene ninguna posibilidad. Morirá. Si no es hoy, será mañana, o la semana que viene, o el año que viene. Hambre, enfermedad, drogas, un ciclón que destruya vuestra cabaña, un policía que lo mate a tiros simplemente porque le apetece. Tú eliges.

Extendió los brazos.

—Dame a tu bebé y también cuidaré de ti. Puedo conseguirte trabajo como costurera en una fábrica. Allí vivirás en una casa de verdad, en los terrenos de la empresa. Recibirás un dólar al día.

—Jamás —dijo ella y escupió al suelo delante de Heinz. Todo el cuerpo le temblaba de rabia y decepción. Transmitió su espanto al bebé. Noel comenzó a lloriquear.

—No cambiaré a mi bebé por un trabajo.

—Allí donde yo vivo hay muchas buenas familias dispuestas a dárselo todo a un

niño adoptado —dijo Heinz.

Marlon también intervino.

—Crecerá en una casa. Con agua corriente. ¡Irá al colegio!

—¡No me toques! —chilló cuando este quiso ponerle la mano en el hombro. Apretó a Noel con más fuerza contra su cuerpo.

Sin perder a ambos de vista, se dirigió hacia la salida de espaldas y a tientas entre los montones de paquetes. Justo antes de llegar a la puerta se volvió y la abrió de golpe.

—Marchaos —oyó que Heinz gritaba a sus espaldas—, pero ya podéis dar a Noel por perdido.

Estaba en el umbral de la salida. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Jamás», pensó únicamente. «Jamás te abandonaré, mi amor».

—Le quedan seis horas, probablemente menos.

«No. Ni hablar».

—Puedo darle una vida mejor —le taladraba la espalda la voz del diablo—. ¿Quieres que muera en tus brazos? ¿O que sobreviva?

Alicia cubrió su pequeña cabecita de besos mientras lloraba. Sus ojos, negros como el azabache, se levantaron hacia ella.

—Te quedarás conmigo, corazón —le susurró.

Los ojos de su padre asesinado.

Alicia intentó bajar de la zona de carga.

Pero las piernas ya no le respondían.

Roma, Italia

Noah había dedicado un cuarto de hora a inspeccionar su prisión. Además de la comida anunciada, en los armarios y estanterías había encontrado un surtido de ropa y zapatillas deportivas. Noah escogió un pantalón de chándal sintético, una sudadera gris y unas zapatillas que le quedaban algo pequeñas.

El despacho del jefe de servicio estaba conectado a un aseo pequeño y sencillo con ducha, cuya bañera estaba llena de cajas de cartón. Dentro de ellas había una gran cantidad de productos de higiene y medicamentos. Había toallas, papel higiénico, platos precocinados, incluso linternas con pilas, pero ningún objeto punzante, ningún cubierto, ningún hervidor, ningún microondas. Nada que pudiera transformarse en un arma con un poco de ingenio. Ni una cuchilla ni un mechero, ni siquiera unas tijeras para las uñas.

En cambio Noah descubrió un paquete de parches de morfina. Llevó a Altmann al sofá, le abrió la camisa y le pegó un parche contra el dolor en el pecho.

—Mejor tápame la nariz con eso —bromeó el agente, que había vuelto en sí.

La expresión «un muerto en vida» era un eufemismo para el aspecto que tenía. Sobre el cuello del albornoz se había formado una costra de sangre y saliva, apestaba a orina, y Noah identificó las hemorragias en las membranas de los ojos como señales externas de que se estaba desangrando por dentro.

Noah rebuscó en los bolsillos de Altmann, y efectivamente Cezet le había quitado las armas, pero había dejado el «juguete» en forma de bolígrafo. Cogió el HPX5 y lo metió en el bolsillo interior de su sudadera, a pesar de que no sabía de qué le serviría ahora un termómetro, un medidor de radiactividad o una cámara de vídeo.

—Vaya marrón —gimió Altmann—. Por lo que parece eres tú el que has sacado la pajita más larga. Enhorabuena.

Noah no dijo nada. Sin embargo, su calma externa no se correspondía con lo que sentía en su interior. La verdad que había averiguado, las dimensiones del horror al que se enfrentaba en teoría habrían debido paralizarlo. En cambio se sentía como un tigre enjaulado. Cansado, pero con muchas ganas de acción.

—Tengo que salir de aquí —dijo.

—¿Por qué? Estás vacunado. Aquí estás seguro y puedes esperar tranquilamente a que el mundo se vaya a la mierda.

Altmann apretó los dientes de dolor.

—Solo tienes que pensar qué harás con mi cadáver. El olor a descomposición no es precisamente el mejor ambientador para espacios cerrados.

—No permitiré que eso pase —dijo Noah y se sentó junto a Altmann en el borde del sofá.

—¿Y cómo lo harás?

—Todavía puedo detenerlo. Sé dónde está el vídeo.

Altmann logró incorporarse con mucho esfuerzo apoyándose sobre los codos, y abrió la boca. Sus encías estaban completamente negras. Noah notó su aliento, que olía a podrido.

—¿Dónde? —preguntó, entonces se oyó el primer tiro. En total se dispararon cuatro, pero solo el último dio en el blanco.

El primero se quedó encajado en la hoja de la puerta detrás del acolchado. El segundo y el tercero solamente dañaron el cerrojo. El cuarto proyectil por fin lo dejó inutilizable.

Noah se echó al suelo instintivamente. Altmann también se tiró del sofá rodando.

Noah se preguntó si llegarían juntos al baño, cuando la puerta se abrió de golpe y el tirador se asomó al umbral.

—¡Celine!

Noah la había reconocido enseguida, pero no se incorporó hasta que ella no bajó el arma. Se acercó a ella sorprendido y desconcertado a partes iguales.

«¿Estás viva?».

Tuvo que admitir que no había pensado más en ella. Habían pasado tantas cosas que ni siquiera había tenido tiempo de lamentar su muerte. Ni la de ella, que estaba convencido de que se había producido en el caos de las calles, ni la de Oscar, al que habían dejado en los duros asientos del vestíbulo de la clínica.

De hecho Celine tenía algunos rasguños profundos en la cara, y su labio inferior estaba muy hinchado, posiblemente debido a una caída o a un puñetazo que había recibido entre la multitud. Pero por lo demás parecía ilesa.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Altmann, que se había quedado sin fuerzas para subirse de nuevo al sofá. Tenía la voz quebrada, y era evidente que cada vez le resultaba más difícil expresarse con claridad, pero era imposible pasar por alto el recelo que resonaba en su pregunta.

«¿Cómo has llegado al sótano secreto? ¿De dónde has sacado el arma?».

—Yo, yo... —Celine empezó varias veces, pero no logró terminar la frase.

Su mirada vagaba insegura y distraída por la habitación. No parecía percibir nada de lo que veía. Daba la impresión de estar drogada.

«*Shock*», concluyó Noah su análisis, justo antes de que Celine dejara caer el arma de la mano y rompiera a llorar.

Unos veinte minutos después

«Dos favores».

Eso era todo lo que le había pedido Altmann a Noah antes de que este se marchara con Celine a la plaza de San Pedro. A pie. Para detener a Zaphire, lo que era prácticamente imposible, incluso aunque Noah se atuviera de forma consecuente al plan que habían elaborado en el breve plazo de tiempo que Celine había necesitado para tranquilizarse.

«Dos últimos favores».

El primero lo sostenía en ese momento en la mano: el teléfono fijo del pasillo de la clínica. Era gris y era barato al tacto pero cumplía con su función, al contrario que el aparato desconectado del despacho.

Altmann estaba tendido en la camilla con la que le había empujado a través del pasillo hasta justo debajo del teléfono de pared, y escuchaba el tono. En realidad no contaba con establecer la conexión. Después del 11 de Septiembre, las líneas en Estados Unidos se habían saturado por completo, sobre todo las de los móviles. Ese día la catástrofe no era menor, y con los años el tráfico de las redes no se había reducido. Pero sonaba.

Mientras Altmann esperaba a que descolgaran al otro lado de la línea, se preguntó si Noah hacía lo correcto al confiar en Celine. Al ponerle al corriente de todo. Al convertirla incluso en parte del plan.

Él tenía sus reservas.

Claro que solo había una Neo Clinica en Trastevere. Celine conocía su destino y solo había tenido que preguntar por el camino. Pero ¿cómo había llegado allí abajo, al tercer piso subterráneo, que oficialmente no existía? ¿Y además con un arma?

En un primer momento la embarazada no había hecho más que llorar, y no había sido capaz de dar ninguna explicación, hasta que Noah había logrado tomarla del brazo y tranquilizarla.

«Cinco. Seis».

Altmann contaba los tonos.

—Casi la palmo, gilipollas —le había gritado solo por haberse atrevido a preguntar dónde se había metido todo ese tiempo, para después aparecer en escena precisamente entonces.

—Si alguien no me hubiera cogido del cuello y arrastrado a un pasillo, mi bebé y yo habríamos muerto pisoteados en la calle.

«Diez. Once».

Se había protegido la tripa con los brazos por instinto y les había explicado lo que había sucedido después de que hubiera llegado a la clínica:

—Al principio no me he atrevido a entrar. El edificio estaba completamente a oscuras, pero había dos limusinas aparcadas justo delante de la entrada. Con el motor encendido y chóferes esperando.

—¿Dos coches? —había insistido Noah.

—Me he escondido al otro lado de la calle detrás de un coche y he esperado a ver qué pasaba, y ha sido posiblemente la mejor decisión que he tomado en los últimos días, ya que de pronto he creído que me daba algo. ¿De verdad era Zaphire el que salía de la clínica?

Noah no se había ensañado con Celine y en lugar de eso solo había hecho las preguntas necesarias para averiguar si podían salir del edificio sin peligro.

—También he visto salir a una negra —había dicho Celine.

«Quince. Dieciséis. Maldita sea. La llamada se va a perder en el vacío. Ni siquiera salta el contestador».

—¿Cómo era la negra?

—Joven, muy en forma, guapa. Antes de subirse a la segunda limusina, se ha quitado ese traje protector blanco.

«Cezet».

Al parecer la asistente de Zaphire había tirado una bolsa de plástico a un contenedor junto a la clínica antes de marcharse en la segunda limusina.

«En dirección opuesta».

Celine la había sacado de allí y había encontrado dentro la ropa de Noah. Además de las armas que les habían quitado, un móvil y la llave del ascensor. Se lo había llevado todo excepto la ropa y la segunda arma.

Entonces había entrado en la clínica y había visto a Oscar, lo que explicaba su posterior crisis nerviosa. Al parecer se había ahorrado ver al hermano gemelo muerto, ya que había intentado bajar al tercer sótano directamente.

—Solo hay dos pisos subterráneos, pero en el letrero del manajo de llaves ponía «Lift, -3». Además para los otros pisos no hacía falta llave. Lo que más tiempo me ha llevado ha sido averiguar la combinación de botones con la que llevar el ascensor hasta abajo del todo. Y a decir verdad sigo sin saber cuáles he pulsado para que el cacharro bajara al tercer piso subterráneo. ¿Ha acabado ya el interrogatorio?

Altmann únicamente hizo un gesto cansado con la mano.

Al fin y al cabo a él le daba igual si Celine decía la verdad o jugaba a dos bandas.

Lo único que le importaba ya era la llamada de teléfono. «Dieciocho. Diecinueve. Vein...».

Se oyó un chasquido. Un crujido en la línea.

—¿Quién es? ¿A qué viene tanta prisa? —preguntó una voz mosqueada de

adolescente.

—Le... mmm, Lea...

A Altmann le fallaba la voz, y eso lo enfurecía.

—¿Hola? ¿Quién demonios...?

—Le-a-na —logró decir finalmente Altmann concentrándose en cada sílaba del nombre.

Su hija tardó un rato en entenderlo.

—Papá, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Por qué llamas desde un número tan raro?

—Estoy en Roma.

—Guay. ¿Me traerás algo?

Altmann cerró los ojos.

—Todavía no lo sé.

Una lágrima se abrió paso.

—¿Estás bien? La verdad es que sueñas fatal, papá.

Altmann contrajo la boca en una sonrisa torturada.

—Solo estoy algo resfriado.

—Pero no será la gripe de Manila, ¿no?

La pregunta pretendía ser una broma, pero la larga pausa que hizo Altmann confundió a su hija.

—¿Papá?

—No. Estoy perfectamente, pequeña. Pero tienes que prometerme una cosa.

Su brazo comenzó a temblar con tanta fuerza, que a Altmann se le cayó el auricular de la mano empapada de sudor. Lo levantó inquieto de nuevo tirando del cable elástico y se lo colocó rápidamente sobre la oreja con ambas manos.

—Eh, papá, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona. Se ha cortado.

—¿De verdad va todo bien?

—Claro, no te preocupes. Ahora mismo estoy en una cabina de teléfono —dijo mirando fijamente al techo. Justo encima de su cabeza había una mancha de humedad con forma de cúpula—. Desde aquí veo la catedral de San Pedro.

—Genial, me alegro por ti. —Leana no sonaba muy interesada—. Oye, ¿has recibido mi mensaje? —preguntó.

«¿Es demasiado tarde, papá? Feliz cumpleaños.

P.S.: Necesito consejo».

—Sí. ¿Necesitas dinero?

Ella se echó a reír.

—Por una vez, no. —Entonces hizo una pausa.

—¿Malas notas?

—Que nooo. —Estiró la palabra irritada.

—Entonces es por un chico.

—¿Cómo lo sabes?

Altmann esbozó una sonrisa. No hacía falta ser vidente para adivinar cuáles eran los problemas de una quinceañera. En realidad tres intentos eran un resultado pobre.

—Tengo miedo de contárselo a mamá —escuchó Altmann decir a su hija. Leana sonaba tímida y obstinada a partes iguales.

—¿Que estás con un chico?

—Que me he acostado con él.

«Cielo santo». Altmann cerró los ojos. Por un brevísimo instante, los síntomas de su enfermedad habían pasado a un segundo plano.

«Lo que faltaba».

—Eres... quiero decir... Solo tienes... —Un espasmo recorrió gran parte de su cuerpo y el dolor, que se había recrudecido repentinamente, hizo que se retorciera sobre la camilla.

—¿Papá?

Esperó a que el dolor remitiera un poco.

—Ya no importa —dijo finalmente sin aliento—. Gracias por contármelo a mí.

—Es que estás muy lejos —la escuchó bromear.

«Eso también es verdad».

—¿Y quieres ocultárselo a mamá?

—Sí, creo que sí. Ya sabes cómo suele ponerse con este tema.

«Yo también me pondría así si no me sintiera tan enfermo».

Se preguntó qué podía decirle ahora. ¿Qué derecho tenía a darle consejos a su hija, precisamente respecto a la honradez?

Recordó una de las primeras citas con su mujer, cuando ella le había preguntado durante una comida a qué se dedicaba, y él se había planteado por un instante si debía cometer una locura y contarle la verdad a aquella persona, de la que creía estar enamorándose.

—Todas las mentiras se convierten en verdades con las que tendremos que vivir en algún momento —murmuró Altmann, y él mismo se sorprendió de haber pronunciado en voz alta la idea que se le había pasado por la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó Leana.

—Nada, solo digo que deberías confesárselo a mamá, cariño. En algún momento lo sabrá todo, y el tiempo que has ganado con una mentira rápida no compensará los problemas que tendrás entonces.

Altmann notó que le volvía a salir algo de sangre por la nariz, pero no hizo nada para detener la hemorragia.

—Puedes decirle a mamá que me pediste permiso a mí antes de hacerlo —dijo.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

Tragó saliva.

—Sí. Pero yo también quiero pedirte un favor a ti.

—¿De qué se trata? —preguntó Leana.

—Del ZetFlu.

—Ostras, sí. ¿Puedes conseguirlo tú? El presidente dice que no lo necesitamos, pero mamá cree que solo lo dice porque de todos modos está agotado en todas partes. Está removiendo cielo y tierra para conseguirlo.

—No, no podéis... —A Altmann le costaba tanto respirar como a un corredor de maratones poco antes de la meta—. Por favor. No toméis ZetFlu bajo ningún concepto.

—¿Por qué?

—Ni una sola pastilla. Confía en mí. Es peligroso. Simplemente dile a tu madre que papá ha llamado del trabajo.

—¿Qué sabrás tú de medicamentos, si eres un *friki* de los ordenadores?

—Por favor, díselo.

La madre de Leana no estaba al corriente de todo el currículum de Altmann, pero desde luego era perfectamente consciente de que no viajaba por el mundo como comercial de software de contabilidad, y sabía que a menudo recibía información de la que los mortales rara vez disponían. Entendería el mensaje.

—Por favor, ¡prométeme que se lo dirás a mamá!

—Sí, claro. Si tú lo dices...

Altmann se inclinó hacia un lado para que la sangre no le fluyera de nuevo hacia la cabeza. Entonces tosió.

—¿Papá?

Quiso responder, pero no pudo. Altmann tenía la sensación de que todo su cuerpo se licuaba desde el interior en un baño de ácido abrasador.

—¿Papá?

Ya no era capaz de responder a Leana. Ni siquiera podía toser.

—Papá, ¿qué te pasa? —preguntó. Cada vez más insegura. Cada vez más nerviosa.

—Yo... —Escupió sangre—. Yo...

En ese momento sucedió algo que le dolió mucho más que la enfermedad que estaba acabando con él de forma tan miserable.

Oyó que la voz de su hija comenzaba a temblar.

—Papá, ¿algo va mal? —dijo. Casi podía ver la primera lágrima solitaria. El rastro de maquillaje extendiéndose bajo su ojo, atravesando su mejilla hasta su labio superior, obstinadamente abultado.

—No es nada —dijo con la voz ahogada, y otro coágulo de sangre manchó el auricular—. Lo siento.

—Volverás, ¿verdad? Todo va bien, ¿no? ¿Papá? —preguntó llorando.

Altmann se retorció.

—Te quiero —fue lo último que pudo decirle a Leana, después ya no lo soportó más.

Las preguntas. Las lágrimas. Los sollozos de su hija.

Solo había querido despedirse. Sin que Leana sospechara nada. Y como siempre que había algo importante en su vida privada, no había conseguido hacer nada a derechas.

Altmann colgó y soltó el auricular.

Entonces buscó junto a su cadera el segundo favor, que Noah había colocado allí para él.

«Vaya marrón», pensó por última vez. Entonces se metió en la boca la pistola con la que Celine acababa de liberarlos y acabó con el dolor.

Al planificar la plaza de San Pedro bajo el mandato del papa Alejandro VII, Bernini apostó por el efecto sorpresa. Los peregrinos debían caer rendidos ante la fuerza de la primera impresión al salir de las callejuelas enrevesadas del agitado Borgo y hallarse de pronto ante el mayor templo del mundo cristiano, recibidos por los brazos abiertos de las columnas que rodean la plaza elíptica con el obelisco vaticano en el centro.

Fue Mussolini, con la construcción de la Via della Conciliazione, quien destruyó no solo ese efecto arquitectónico, que inspiraba veneración, sino también uno de los barrios medievales más hermosos, al incrustar una vereda monumental en el corazón de la ciudad, en línea recta desde el Tíber hasta el soportal de la catedral de San Pedro.

Normalmente a esas horas apenas había tráfico en el bulevar, pero aquel día había casi tanta actividad como antiguamente en el barrio histórico que había caído víctima del trazado de las calles. La gente acudía a la plaza de San Pedro en masa, utilizaba la carretera como acera, se abría paso entre los vehículos, parados en un atasco.

«Menos mal que había toque de queda».

El ambiente era completamente diferente al que transmitían las personas que antes se habían dirigido hacia Trastevere. Noah creía sentir un nerviosismo positivo cargado de esperanza; veía rostros interesados, agitados, pero no agresivos. Muchos charlaban animadamente, algunos incluso reían. Había familias enteras en la calle. A pie, en bicicleta y en ciclomotores, todos avanzaban hacia el mismo destino al que se dirigían Noah y Celine: la plaza de San Pedro.

—No vayas tan rápido —jadeó Celine, a pesar de que ni siquiera iban a velocidad de paso. La temperatura era sorprendentemente templada, se había atado el jersey a las caderas, y a pesar de todo estaba sudando. Tenía la cara roja, se detenía una y otra vez a recuperar el aliento. Aunque no se veía que estaba embarazada, ahora su estado se hacía patente.

En ese momento estaba apoyada en una farola con forma de obelisco y se apartaba el pelo húmedo por el sudor de la frente. No quedaban ni cien metros hasta la plaza. Noah veía cómo se llenaba con gente venida de todas partes, como en la procesión del Domingo de Ramos.

En el primer descanso había aprovechado la ocasión y le había preguntado a una mujer en silla de ruedas por el motivo de su excursión nocturna.

—Somos católicos —había sido la respuesta en un inglés rudimentario. Como la mayoría de las personas allí, llevaba una mascarilla sobre la boca y la nariz, así que su rostro parecía estar formado únicamente por dos grandes ojos negros—. Cuando tenemos miedo, buscamos consuelo con el Santo Padre. En la radio han dicho que esta noche oficiará una misa. —Entonces la mujer le había deseado la bendición de

Dios y había seguido rodando en su silla.

—¿Estás bien ya? —preguntó Noah y le tendió la mano a Celine.

Faltaba poco para la una de la madrugada, ya llevaban tres cuartos de hora en camino. Incluso aunque Zaphire hubiera pillado el atasco con la limusina, debía de haber llegado al Vaticano hacía tiempo.

«Llegamos demasiado tarde».

Noah habría recorrido solo el camino desde la Neo Clinica en la mitad de tiempo, pero necesitaba a Celine a su lado. Sin ella el plan estaría condenado al fracaso desde el principio.

—Me esforzaré —dijo, y mantuvo su promesa hasta que llegaron a la Porta Sant'Anna.

Noah se había atenido a la descripción de la ruta de Altmann. La entrada oficial para los empleados del Vaticano, vigilada las veinticuatro horas por la Guardia Suiza, estaba situada en el muro oriental del Vaticano, a la derecha de las columnatas. Dos pilares dobles coronados por estatuas de águilas flanqueaban el acceso ante el que en ese momento esperaban muchas menos personas que en la plaza San Pedro, por cuyos extremos apenas se podía pasar ya.

Se detuvieron a cinco metros de la puerta, donde el adoquinado de la calle se convertía en un gastado paso de cebra.

—¿Preparada? —preguntó Noah.

—Mmm.

—¿Tienes el móvil?

—Sí.

Miró a su alrededor para comprobar si los observaban, pero nadie parecía prestarles atención. Por eso le estrechó brevemente la mano. Y entonces se pusieron en marcha.

Como había acordado, inmovilizó a Celine desde atrás con el brazo izquierdo. Dobló el otro brazo y formó con los dedos una pistola, que pegó a la nuca de Celine bajo su largo pelo.

—Adelante.

Celine empezó a chillar como una posesa.

Al mismo tiempo dobló la espalda y se dejó empujar hacia la entrada aparentemente contra su voluntad.

—No, no. ¡Socorro! —gritó con todas sus fuerzas. No lloraba, no era tan buena actriz, pero de todas formas sonaba auténtica.

Las personas que tenían delante se dispersaron, se apartaron de la mujer y de su supuesto secuestrador, y abrieron paso a Noah hacia la Porta Sant'Anna.

No pasaron ni cinco segundos hasta que la Guardia Suiza se presentó.

«Paso 1: Lograr su atención».

Dos hombres grandes y fuertes en uniforme azul de servicio salieron por una puerta lateral y apuntaron a Noah con sus armas desde dos direcciones.

—¡Deje caer el arma! —exclamó el guardia que se había situado a la derecha de Noah—. Déjela caer inmediatamente. —Repitió su orden en italiano y en inglés alternativamente.

«Paso 2: Plantear exigencias».

—Zaphire —gritó Noah—. Tráiganmelo y nadie morirá.

La gente formó grupos a los bordes de la calle, Noah oyó gritos nerviosos y vio los flashes de al menos tres cámaras de fotos.

El guardia situado a su izquierda solicitó refuerzos por una radio, a lo lejos se oía ya el ruido de pesadas botas contra el suelo y gritos exaltados.

—¿Lista? —preguntó Noah. Celine asintió de forma inadvertida.

Esa era la señal.

«Paso 3: ¡Actuar!».

—Ahhhhhhh...

Apartó a Celine de sí mismo con un grito desde las entrañas. Ella se alejó dando traspies, tropezó y cayó de rodillas ante el semáforo para peatones.

—¡Manos arriba! —gritaron al mismo tiempo dos guardias, pero Noah no reaccionó. Hizo como si escondiera su arma detrás de la espalda, y salió corriendo hacia los guardias.

La bala lo empujó hacia atrás.

«Otra vez no», pensó mientras caía. Justo después sintió el dolor un poco por encima del punto en el que ya le habían disparado cuatro semanas atrás. No había contado con esto.

Con un disparo al aire. Golpes. Un desmayo quizá.

Pero no con que le dispararan directamente sin titubear.

Oyó un chasquido, a continuación un torbellino de fuego barrió su cabeza, que se había golpeado contra los toscos adoquines. Luces parpadearon ante sus ojos, clavos ardientes atravesaron sus retinas, y el dolor empeoró cuando los abrió.

No comprendía nada de lo que salía de la boca del guardia que le había puesto boca abajo, le había cacheado y había sujetado sus brazos retorcidos detrás de su espalda. Posiblemente estuviera sorprendido por no haber encontrado el arma y le estuviera preguntando por su nombre.

«John. Noah. Usted elige».

Oyó pasos fuertes, una mujer lloraba. Sirenas de vehículos de emergencia. Sintió que estaba a punto de perder el conocimiento, pero no podía permitir que eso sucediera.

—El Papa está en peligro —graznó.

—¿Qué?

Notó que el guardia se inclinaba hacia él sin disminuir la presión del arma sobre su nuca.

—Jonathan Zaphire.

—¿Quién es?

—Mi padre.

Y entonces Noah ya no pudo impedirlo. Tendría que haberle hablado al soldado del Papa sobre el vídeo que lo demostraba todo. Sobre la enfermedad contagiosa que Zaphire había extendido por el mundo y que ahora él mismo emanaba.

Sin embargo, la energía que habría necesitado para hacerlo se escurría de su cuerpo junto con la sangre a través de la herida de bala.

—No puede... —fue todo lo que logró decir, y entonces Noah perdió el conocimiento.

Se despertó de nuevo en la ambulancia. Atado con cintas elásticas grises, las manos encadenadas a las barras de la camilla con pesadas esposas metálicas.

Le habían vendado mínimamente el hombro, sin embargo no parecían querer malgastar analgésicos en un pirado como él. Ya que, a pesar de que estaba exhausto, casi en trance, los dolores punzantes lo mantenían despierto. Además estaba mareado. Temía vomitar si levantaba la cabeza para ver quién estaba hablando a los pies de su camilla.

—¡No puedo hacer eso! —dijo un hombre joven con acento italiano.

—Por favor, solo un minuto.

Noah reconoció inmediatamente la sonora voz y por un momento se preguntó si estaba soñando, pero entonces sintió que una mano fría le daba palmaditas en la pantorrilla.

—Solo está confuso.

—Y es peligroso —dijo la voz, ahora algo más cerca.

—Por favor, si ni siquiera está armado.

—Aun así no puedo dejarlo solo con él. Va contra las normas.

—¿Tiene hijos?

—Sé que es su hijo...

—Y está esposado. —Zaphire tosió.

¿Sonaba su voz más tomada ya que hacía una hora larga? ¿Presentaba ya los primeros síntomas?

—Incluso aunque quisiera, no podría hacerme nada. ¿Y cómo se va a escapar con las esposas, sobre todo si usted se mantiene alerta junto al vehículo?

Noah oyó que el hombre, que solo podía ser policía o guardia suizo, suspiraba indeciso.

—Por favor, no será mucho tiempo. Justo después de mi audiencia regreso a Estados Unidos. Esta es mi última oportunidad de despedirme de mi hijo para una larga temporada.

—¿Un minuto?

—Se lo agradezco.

Se oyó un clac. El ruido del tráfico y la maraña de voces se colaron en el interior de la ambulancia y se interrumpieron cuando la puerta se cerró de nuevo.

Noah notó que alguien se inclinaba sobre él. Abrió los ojos y parpadeó. Los rasgos borrosos formaron poco a poco el rostro de Zaphire.

—¿Qué te propones? —fue directo al grano su padre. Seguro que había visto a Celine. Como Amber había actuado por orden de Zaphire, y había secuestrado a la reportera y se la había llevado a Europa por encargo suyo, era de suponer que conocía

el aspecto de Celine y que al verla allí había deducido que Noah había escapado con su ayuda.

—Si querías avisar al Papa, habría sido mejor no acabar con tu credibilidad antes de hacerlo, John.

—No quería ver al Papa. Quería verte a ti.

«Para ser más exactos, quería que salieras del Vaticano. Porque en el caso de que me hubieran dejado pasar, me habrían registrado en la entrada».

—¿Por qué? —preguntó Zaphire.

—Tengo el vídeo.

Su padre rio incrédulo.

—Mientes.

—¿Recuerdas los pasaportes de la maleta de David?

—Identidades falsas con las que esperaba poder borrar sus huellas. Sí. Por eso tuve que encargarle a un profesional como tú que lo encontrara.

—Pues son la solución.

Zaphire se llevó la mano al arrugado cuello. Se pasó la lengua nervioso por los torcidos dientes delanteros.

—Imposible. Examinamos el papel. Los pasaportes no contienen ningún microchip.

Noah se echó a reír, y por un momento el dolor se desvaneció.

—No los pasaportes en sí. Solo son una pista.

«Roma. Ámsterdam. Mombasa».

—¿De qué?

—David estuvo primero en Kenia para verse contigo. Para ello utilizó su propio pasaporte.

Zaphire le dio la razón.

—Me visitó en Dadaab. Quería que viera con sus propios ojos la miseria del campo de refugiados. Pero solo me entregó una carta en la que me explicaba sus motivos y me pedía que pusiera fin al proyecto Noah.

»Le dio una copia de esa carta al anciano en la cabaña del bosque de Oosterbeek. Su mentor. Desarrolló el ZetFlu con él, ¿me equivoco?

Zaphire miraba disgustado su reloj.

—Aunque así fuera, ¿qué pasa con el vídeo?

Noah levantó la cabeza tanto como se lo permitió el dolor.

—Para que no lo encontraras con tanta facilidad, David viajó a Ámsterdam con un nombre falso. En el vuelo a Roma para verse con Kilian Brahms también utilizó un pasaporte diferente. De ahí los tres sellos distintos: Roma, Ámsterdam, Mombasa...

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Italia. Países Bajos. Kenia.

—Sé cómo se llaman los países en los que... —comenzó a decir Zaphire, pero entonces su cabeza se puso en marcha.

—¡Exacto! —La sonrisa de Noah era cada vez más amplia. Giró la palma de la mano derecha. Las esposas tintinearón.

«*Italy. Netherlands. Kenia.*».

—David escribió su tesis doctoral en Princeton acerca de microchips fluidos.

Zaphire miró fijamente el torpe tatuaje en la palma de la mano de Noah. Su mirada ya no era de incredulidad.

Sino de horror.

«*Italy. Netherlands. Kenia.*».

—Fue pura casualidad —siguió explicando Noah—. Una ocurrencia mientras David hacía la maleta para huir del hotel, poco antes de que le dispararan. Se preguntaba cuál era el siguiente pasaporte que debía utilizar. Recordó los últimos países en los que había estado.

«I.N.K.»

¡Tinta!

—«Aquí está la salvación».

—Mientes —dijo Zaphire atónito.

—Él mismo me hizo el tatuaje.

«Con la pluma de la maleta».

O eso suponía Noah en cualquier caso. El recuerdo estaba lejos de ser tan completo como se lo presentaba a su padre. Mucho lo había deducido, como el hecho de que David, buscando un escondite seguro para el vídeo, había debido de conservarlo en forma de un microchip fluido.

—Creo que después lavó la pluma, pero puede que no la examinara en busca de restos. Probablemente buscabais un objeto físico. ¡Y resulta que todo este tiempo la solución ha estado al alcance de la mano!

«¡De mi mano!».

Noah quiso girar de nuevo la muñeca, pero Zaphire la sujetó como con unas tenazas.

—Noah —dijo, y recorrió con el dedo índice las cicatrices en relieve del tatuaje.

—Llevo el vídeo incrustado en la piel. Se lo contaré a la policía. Se lo contaré a todos.

—No te creerán.

—Al principio. Pero analizarán la tinta.

—Tonterías.

—Y entonces el mundo entero sabrá la verdad.

—No.

—Claro que sí.

—Jamás. —Zaphire sonaba triste—. ¿Recuerdas lo que te he dicho antes al despedirme?

Noah sintió que le quitaban la delgada almohada de debajo de la cabeza.

«Quiero ser sincero contigo, John. Si hubieras sabido dónde estaba el vídeo, te habría matado».

Lo último que Noah vio de su padre fueron las lágrimas en sus ojos. Entonces la almohada le bloqueó la vista.

La almohada que Zaphire le había quitado a Noah de debajo de la cabeza y con la que ahora le tapaba la boca y la nariz.

Por segunda vez en pocos minutos, Noah creyó estar a punto de perder el conocimiento. Sacudió las esposas, pataleó con las piernas, levantó el torso y trató de girar la cabeza bajo la almohada, pero todos los intentos para liberarse fueron en vano. Atado y esposado estaba completamente a merced del anciano.

«Altmann estaría orgulloso».

Todo iba según el plan otra vez.

Aunque para gusto de Noah estaba durando demasiado. Sus pulmones ya suplicaban oxígeno cuando varias manos tiraron por fin de Zaphire.

De pronto Noah pudo mover el brazo de nuevo. Alguien lo había liberado, probablemente el médico que lo incorporaba y le colocaba una mascarilla de oxígeno.

Para entonces dos policías arrastraban ya a Zaphire fuera de la ambulancia y lo conducían directamente hacia un vehículo policial que esperaba justo delante de la Porta Sant'Anna con la luz azul encendida.

—Celine —graznó Noah, y buscó a tientas el bolsillo del pecho de su chándal.

«El bolígrafo sigue ahí».

Otros dos sanitarios, una mujer y un hombre, ambos con gesto preocupado, se apiñaron en el interior del vehículo con él. Noah inclinó la cabeza, miró por encima de ellos, y por fin distinguió a Celine en la calle. Estaba junto a un grupo de guardias suizos. Uno de ellos sostenía un móvil en la mano y asentía.

«¡Gracias a Dios!».

A Noah le habría gustado echarse a reír a carcajadas y quitarse de encima la mascarilla y las manos que querían sujetarlo a la camilla.

«Así que ha salido bien».

El «juguete» de Altmann, el HPX5, había funcionado y había transmitido la grabación del interior de la ambulancia al móvil de Celine.

Y Celine había logrado convencer a uno de los soldados de la Guardia Suiza de que viera la transmisión.

«El plan ha salido bien».

Noah no estaba seguro de que su teoría de los cristales fluidos del microchip en su

mano fuera realmente cierta. Pero ya no importaba.

Ahora tenían otro vídeo concluyente que documentaba las verdaderas intenciones de Zaphire.

Noah cerró los ojos y se durmió antes incluso de terminar su oración muda de agradecimiento a Altmann.

Manila, Filipinas

Alicia estaba de pie rodeada por un calor abrasador y miraba fijamente al bebé muerto en la caja de contrachapado ante la verja metálica. Solo había cumplido unos pocos días. Y ahora estaba ahí. Tirado como un pedazo de basura.

—Vamos —dijo Jay. Hablaba con la voz de un adulto que ha visto demasiado a lo largo de su vida—. Tenemos que irnos.

Heinz les había apuntado la dirección del taller de costura en el que podrían vivir y trabajar si decían que iban de su parte. Alicia observaba como anestesiada la nota con el dibujo de la ruta que sostenía en la mano.

«Me ha dado una nota», lloró mentalmente. «Y me ha quitado a mi hijo».

—Has hecho lo correcto. —La voz de Marlon le llegó como desde muy lejos—. Si no Noel habría acabado pronto en esa misma caja. —Señaló al bebé muerto a sus pies.

Alicia levantó la cabeza. Estaban de nuevo en lo alto de la colina y tenían una buena vista del campamento.

Se preguntó si la mujer que había dejado allí a su hijo aún seguiría esperando allí abajo.

«Es probable que no».

Ninguna madre tendría ya interés alguno por su destino después de que la sangre de su sangre se hubiera muerto de hambre en su pecho. Posiblemente se arrastraba como una muerta viviente de vuelta a su barrio de chabolas, o se había desmoronado sobre la basura en algún punto del camino, destrozada por la tristeza y el dolor.

Alicia sintió el sol sobre su cabeza, y rezó porque los rayos chamuscaran su pelo negro. Esperó que Dios le enviara una señal y le prendiera fuego bajo la mirada del que ahora era su único hijo, como castigo por su traición.

—Heinz es un buen hombre. Se preocupa —dijo Jay.

—Sí —confirmó Marlon—. ¿Sabes lo difícil que es conseguir un puesto como ese?

Las palabras tardaron un rato en llegarle a Alicia. Miraba al vacío en silencio.

—Por favor, no estés tan triste, mamá —le pidió Jay, que también luchaba contra las lágrimas. Su labio inferior temblaba.

—¡Y nos ha dado esto! —Marlon abrió la mano derecha.

«ZetFlu», leyó Alicia en la caja que le tendió este.

—El remedio contra la epidemia. Venga. Vamos a tomar una pastilla ahora mismo.

Alicia negó con la cabeza. Su bebé ya no estaba con ella. No quería seguir viviendo, sino morir.

—¡Venga! —insistió Marlon, y le puso una pastilla en la mano. La botella de agua que le tendió debía de provenir también de las existencias del diablo de los pantalones caqui.

—Si no es por ti, hazlo por Jay.

Alicia cerró los ojos. Sintió que la mano de su hijo de siete años buscaba la suya. El viento soplaba desde el río sobre el campo árido, arrastraba pequeñas nubes de polvo consigo, de las cuales una se posó sobre el bebé muerto que tenían a sus pies.

Alicia pensó en el pueblo en el que había crecido. En la vida que llevaba antes de los temporales. En su marido, que primero había perdido la esperanza, después la dignidad y finalmente su vida en la gran ciudad a la que ella lo había acompañado. Y ahora ella también había muerto.

Sin embargo, aún respiraba. Y la sangre le seguía corriendo por las venas. Pero no eran más que apariencias. En realidad no estaba más viva que la sombra que proyectaba sobre la tierra seca de la colina.

—Piensa en Jay. Te necesita —oyó decir a Marlon.

Y como su propio destino le era indiferente, pero el de su hijo de siete años no, aunque también porque no podía soportar más la voz exigente de Marlon, cogió el agua y se alejó de ellos cojeando de vuelta hacia la ratonera de la que habían salido apenas dos horas antes.

Y en el trayecto entre el viejo infierno conocido y el nuevo, llamado «fábrica», que a partir de entonces sería su pasado, su presente y su futuro al mismo tiempo, porque nada de lo que hiciera allí le devolvería al pequeño Noel, tragó dos de aquellas malditas pastillas de una sola vez.

Tal y como Jay y Marlon habían hecho ya en el camión del diablo.

Cuatro días después

Después del estrecho de Gibraltar se habían encontrado con un frente de mal tiempo en el Atlántico abierto. A pesar de sus veintidós mil toneladas de desplazamiento, las olas de varios metros hacían subir y bajar al portahelicópteros de tal manera que estaba poniendo a prueba algunos de los estómagos de la tripulación. Y la tormenta no había hecho más que empezar.

Había alerta por huracanes, y la desagradable marejada se mantendría durante todo el trayecto hasta Southampton.

A Noah todo aquello no le importaba en absoluto. Se sentía extrañamente a salvo en las profundidades del coloso de acero, en el que se encontraba la enfermería y el camarote interior al que lo habían trasladado después de la operación.

El estruendo de los motores lo tranquilizaba, el balanceo lo adormecía, y cuando el barco cabeceaba y temblaba, le gustaba sentir la fuerza de la naturaleza que sacudía el casco.

Aquello restablecía la relación de potencias y ponía a los seres humanos en su sitio. Ese portahelicópteros podía haber decidido guerras, pero en la lucha contra la naturaleza estaba condenado a esperar.

Un equipo quirúrgico de la Marina estadounidense había operado a Noah poco antes de embarcar en Civitavecchia. A diferencia del atentado del Adlon, en este caso la bala que le había disparado el oficial de la Guardia Suiza se había quedado dentro del hombro, pero habían podido extraerla sin problemas. Aparte de un dolor sordo residual, casi se sentía bien de nuevo; por lo menos había reducido por su cuenta la dosis de analgésicos a la mitad, de manera que ahora tenía la mente relativamente despejada. Y la necesitaba para la insólita conversación que estaba manteniendo.

—No tengo nombre. No tengo rostro —dijo la voz femenina, que sonaba extremadamente fría—. Nunca nos conoceremos en persona. Así lo hice con Adam Altmann. Y así me gustaría hacerlo con usted también.

Noah buscó la manera de regular el volumen del macizo teléfono por satélite que le había traído el oficial que hacía guardia ante su camarote esa noche. Desde la operación tenía un ligero pitido en ambos oídos.

—¿Quiere reclutarme? —le preguntó a la desconocida anónima, que al parecer contaba con suficiente poder para que le pusieran al teléfono en alta mar con un prisionero de la Marina estadounidense.

—Sí. Ha eliminado a algunos de los sicarios más peligrosos del mundo, prácticamente en solitario, y lo ha hecho mientras huía de mi mejor hombre. Así no

solo se ganó el respeto de Altmann, sino también el mío. Y desde su muerte tengo una vacante para la que usted parece estar cualificado.

Noah se incorporó en su catre. Llevaba un chándal azul oscuro de dos piezas. Pasaba el día y la noche en él, hasta que el enfermero le traía uno nuevo la mañana siguiente, después de comprobar el vendaje. No tenía zapatos, solo gruesos calcetines negros con engomado antideslizante en las suelas.

—No es necesario que tome la decisión ya...

—¡No! —interrumpió a la mujer.

—Primero escúcheme, John.

Se puso de pie. En aquel camarote estrecho y de mobiliario pragmático apenas tenía libertad de movimientos. El pie de la cama llegaba casi hasta la esquina de un pequeño escritorio fijado a la pared, no mucho más ancho que el alféizar de una ventana.

—No trabajo para gente que asume la muerte de personas inocentes.

—Trabajaba para Room 17.

—No lo recuerdo.

—Y precisamente a eso quiero llegar. Su... —La mujer titubeó un instante—. Su trastorno psicológico lo convierte en el candidato ideal para mi propuesta de empleo.

—Eso ya lo he escuchado antes.

«De mi padre. Poco después intentó matarme».

Noah abrió la puerta del servicio. El baño era más pequeño que el de un avión de pasajeros. El lavabo era del mismo plástico duro gris que el suelo. El váter, de acero industrial cepillado, no tenía tapa. No había armarios, cajones ni espejo, tampoco ducha. Estas se encontraban en los baños compartidos, que él todavía no podía utilizar debido a la herida de la operación.

—Room 17 son los malos, Noah. Con nosotros jugaría en el equipo correcto.

—¿En un equipo que asume un genocidio por cobardía?

Abrió el grifo y sostuvo un vaso de cartón bajo el agua. Le picaba la garganta. No había hablado mucho desde su primer interrogatorio, poco después de que despertara de la anestesia general.

—No era cuestión de cobardía, John. El presidente no tenía elección.

Noah se contuvo. Odiaba su verdadero nombre. Odiaba el nombre con el que al parecer le habían bautizado. Odiaba todas las mentiras que le contaban.

—¿Que no tenía elección? Baywater conocía el proyecto Noah. Podría haberlo detenido.

—¿Cómo?

—En primer lugar tendría que haber advertido a la población.

—¿De qué?

—¿Me está tomando el pelo?

Noah estrujó el vaso de cartón y lo tiró al suelo.

—Los datos que teníamos eran contradictorios. Siempre hubo rumores de un ataque biológico de dimensiones bíblicas. Pero no teníamos ningún patógeno que encajara.

—¿Ningún patógeno? —Noah soltó una palabrota—. Maldita sea, ¿sus médicos no fueron capaces de descubrir el virus? Según Zaphire hay miles de millones de personas infectadas con él. Y desde hace años.

—Es cierto. Y por supuesto que encontramos, aislamos y analizamos el patógeno. Pero no logramos descifrar su potencial.

—¿A qué se refiere?

Noah regresó al camarote. Un metro y medio desde el lavabo hasta la cama. El único paseo que podía dar.

—Por naturaleza, millones de personas albergan un virus del herpes inactivo —explicó la mujer. A lo largo de toda la conversación no había mostrado emoción alguna. Noah se preguntó si estaba hablando con un ordenador.

»Tampoco tenemos por qué morir cuando sale de su fase latente. Y en el virus genéticamente modificado que había extendido Room 17 tampoco identificamos ningún riesgo mortal.

—Entonces les recomiendo que lean el informe de la autopsia de Altmann. O simplemente echen un vistazo a las imágenes de su cadáver. El pobre diablo se desangró ante mis ojos.

—Una excepción.

—¿Qué ha dicho? —El pitido de su oído cada vez era más fuerte.

—Altmann fue una excepción. El virus no funciona como debería. Según nuestros estudios, la enfermedad raras veces es mortal una vez se ha manifestado. De los infectados, alrededor de un cinco por ciento deben ser tratados, un veinticinco por ciento de ellos ingresados, pero solo un tres por ciento pierde la vida. Y se trata casi exclusivamente de hombres.

Noah cerró un instante los ojos. Pensó en el anciano mentor de David en Oosterbeek, en Altmann. Y en Celine, para quien esa noticia debía de suponer un alivio infinito.

—Nuestros pronósticos coinciden con lo que estamos comprobando en la práctica: en todo el mundo se han contabilizado cerca de dos millones de enfermos, de los cuales hasta ahora solo han muerto sesenta mil personas.

«Solo».

—Naturalmente esto no es más que el principio de la pandemia, pero calculamos que al final habrá como máximo ocho millones de muertos en todo el mundo.

«Como máximo».

—Son pérdidas lamentables, desde luego. Pero el hecho es que la pandemia no

está surtiendo el efecto que deseaba Zaphire. Y las consecuencias negativas serían mucho más graves ahora si hubiéramos informado a toda la humanidad de que la primera fase de un ataque biológico sobre todos y cada uno de los ciudadanos del mundo se concluyó hace años. ¿Se imagina el pánico que habría desatado semejante noticia? Para empezar esa información habría mandado a la economía de vuelta a la Edad de Piedra. La expresión «histeria colectiva» habría adquirido un significado completamente nuevo.

Un bandazo repentino del barco obligó a Noah a sentarse en la cama otra vez. Sudaba, como tan a menudo esos días. La ventilación no funcionaba bien allí abajo, y no había ventanas.

«Ocho millones de víctimas. La mayoría de las cuales hombres».

Noah pensó de nuevo en Celine.

—¿Qué sucede con las mujeres que ya están embarazadas? —preguntó.

La voz ignoró su pregunta, posiblemente porque conocía el trasfondo de la misma.

—No reconocimos el potencial del patógeno Noah hasta el final. Y tampoco sabíamos cómo funcionaba exactamente la fase tres. Por sí solos, el virus y el ZetFlu son prácticamente inocuos. Solo desarrollan su efecto mortal cuando están en contacto.

—Como el agua y el aceite de oliva caliente —susurró Noah, y se dejó caer sobre el catre.

—¿Qué ha dicho?

—Olvídelo. —Se tocó la dolorosa herida del hombro con la mano libre y trató de procesar la información.

»¿Actualmente hay dos millones de personas enfermas?

—La tendencia es ascendente. La gripe de Manila, como seguimos llamándola, se transmite por la saliva, la tos y los mocos. Pero gracias a su colaboración podremos limitar en gran medida las cifras de víctimas.

Noah giró la muñeca. El tatuaje aún se distinguía, aunque ya solo como el relieve de una cicatriz incolora.

—¿Así que publicarán el vídeo?

Hasta ese momento nadie le había dicho si su teoría de los microchips fluidos era correcta.

—No —respondió la mujer.

Noah se rio sin ganas. Lo había supuesto.

—¿Así que seguirán manteniéndolo en secreto?

«Lo que saben acerca de Room 17. Su complicidad por omisión. ¿Toda la conspiración?».

—No hay ningún vídeo —lo corrigió—. Sin embargo, la solución con la que le

tatuaron nos ha permitido desarrollar un antídoto.

Noah frunció el ceño.

—Tendrían que haberlo obtenido hace tiempo, cuando Baywater y los demás VIP recibieron la vacuna a más tardar, ¿o es que no examinaron su sangre?

—Claro que lo hicimos. —La mujer chasqueó la lengua y por primera vez sonó ligeramente molesta—. Así encontramos la enzima que desactivaba el patógeno, eso es cierto. Pero no el antídoto contra la enfermedad que se desarrollaba después de tomar ZetFlu. La fórmula para sintetizar el antídoto estaba en el fluido que logramos extraer de los cristales de su mano. En cuanto se hayan producido suficientes dosis del mismo, cambiaremos el contenido de las cajas de ZetFlu.

—Un momento. —Noah se incorporó tan bruscamente que gimió de dolor—. ¿Seguirán sin informar a la población?

—Sí.

«Oh, no. No lo conseguiréis. ¡Esta vez no!».

—¿Y qué pasa con la otra grabación? ¿Esa en la que Zaphire me intenta matar?

«Celine la ha visto. Y varios policías y hombres de la Guardia Suiza».

Había demasiados testigos.

—Una jugada maestra —alabó la mujer—. Nunca le habrían permitido entrar en el Vaticano, y aunque así hubiera sido, los rayos del control de seguridad habrían detectado el bolígrafo cámara. Debía hacer salir a Zaphire antes de que fuera demasiado tarde, es decir, antes de que pudiera convencer al Papa de que saliera ante las cámaras y recomendara a los creyentes de todo el mundo que se vacunaran.

«Ese era el plan».

—Y lo necesitaba a solas.

«El plan de Altmann».

—Arriesgado. Pero funcionó —dijo con aprobación.

«Sí. Lo único que no entraba en los planes era recibir otro disparo en el hombro».

—El vídeo se ha difundido por todo el mundo a través de Internet. Por suerte no tiene sonido, así que los espectadores no pueden deducir lo que realmente significa y nosotros podremos utilizarlo para nuestros propios fines.

—¿Qué fines?

—Destrozar la reputación de Zaphire.

Noah sintió que su cama se balanceaba, pero ya no estaba seguro de que la marejada fuera la única culpable.

—Hasta ahora no habíamos tenido ningún motivo para arrestarlo oficialmente. Nunca logramos demostrar por completo sus conexiones con Room 17, y él mismo ridiculizaba a su propia organización con ayuda de los medios que controlaba. Denunciaba que su existencia y su actividad no eran más que un delirio de unos cuantos conspiranoicos. Para la opinión pública era un héroe que dedicaba su

gigantesco patrimonio a luchar contra la pobreza. Y en cierta manera es lo que hacía.

Noah sacudió la cabeza.

—Tendrían que haberlo matado —dijo, y se enfadó porque sus propias palabras le dolieran. Cuanto más se oponía a la idea de ver a aquel hombre como su padre, más miedo tenía de fracasar en el intento.

—¿Antes de saber cómo se activaba el virus? ¿Cómo funcionaba ZetFlu? ¿Y antes de obtener un antídoto? No. Atentar contra su vida era el último recurso, y finalmente el presidente también se decidió a hacerlo.

«¡Demasiado tarde!».

Noah suspiró.

—Con su permiso, eso son tonterías. El presidente en un primer momento no quiso admitir el peligro, después lo subestimó y finalmente ocultó su implicación. Querían matarme solo porque podría haber recordado información que destaparía su complicidad y la de todos aquellos que también lo sabían todo. Eso lo convierte en cómplice de mi padre.

—Mmm —replicó la mujer en tono apagado. Hizo ruido otra vez con unos papeles, después dijo—: Quizá cambie de opinión cuando lo informe de que el presidente le ha concedido la inmunidad total.

—¿Inmunidad? —A Noah le habría gustado echarse a reír a carcajadas si no hubiera sido todo tan triste—. ¿Contra qué?

—Ha asesinado a media docena de hombres...

—¡En defensa propia!

—... ha robado un avión.

—¡Lo he tomado prestado!

—... ha tomado a una embarazada como rehén.

—¡Con el consentimiento de Celine!

La mujer aspiró aire de forma audible.

—Con él o sin él, no importa. Esta tarde lo han indultado de todos estos cargos. No habrá juicio. En reconocimiento a que gracias a su ayuda lograremos detener la pandemia.

—¿Con la condición de que acepte su oferta de trabajo? —dedujo Noah.

—No. Su inmunidad no depende en ningún caso de eso. Únicamente tendrá que firmar un acuerdo de confidencialidad, algo que de todos modos no debería suponerle demasiados problemas —dijo casi con humor—. En el próximo puerto podrá desembarcar como hombre libre.

Noah cerró los ojos. Para su asombro, la idea lo asustaba. No quería abandonar ese camarote. Si fuera por él, el viaje e incluso la tormenta podían durar para siempre. No había ningún lugar al que pudiera ir. Al que quisiera ir. No recordaba a nadie. Ni amigos ni compañeros.

Ni familia.

La única persona a la que echaba terriblemente de menos era Oscar. Su cadáver había sido transportado en avión directamente a Alemania, donde recibiría un entierro digno pero anónimo en un cementerio berlinés. Al menos eso le había prometido el oficial al que había preguntado.

—¿Qué pasará con mi padre? —preguntó en voz baja.

—No puedo darle ninguna información al respecto.

—Dijo que había tomado ZetFlu. ¿Cómo está?

—Un momento.

Se oyó un chasquido en la línea, entonces la conexión enmudeció. Noah se preguntó con quién estaría hablando la mujer sin nombre de voz impasible, que le habló de nuevo pocos segundos después.

—¿Me escucha?

—Sí.

—Si prometo reconsiderar mi oferta, puedo hacer que lo lleven con él.

—De acuerdo, está bien —se tiró un farol Noah—. ¿Cuándo?

Su respuesta llegó como una bala.

—¿Tiene algo que hacer dentro de cinco minutos?

Naturalmente no recordaba si había tenido un *déjà vu* alguna vez. Pero conocía la expresión, y sabía que si aquello realmente existía, no podía compararse con las emociones que lo desgarraron por dentro ante el lecho de enfermo de su padre. Ya que estas eran mucho, mucho más intensas.

La escena se parecía a la de la habitación trasera de la cabaña del bosque holandés: una cama similar, un armazón parecido de aparatos de cuidados intensivos junto a ella; solo que el anciano no tenía aspecto de estar tan enfermo como el hombre moribundo de Oosterbeek, y tampoco estaba separado de sus visitantes por un cristal.

Los dos oficiales médicos que habían conducido a Noah a la sala situada en una cubierta superior llevaban trajes protectores. A él le habían recomendado que utilizara al menos una mascarilla, a pesar de que el virus estuviera inactivo en su sangre, tal y como había confirmado el análisis antes de la operación. «Más vale prevenir que curar», habían dicho.

Noah había rehusado.

En lugar de eso, les había pedido quedarse a solas con su padre, y efectivamente se habían marchado, no sin antes advertirle de la cámara de vigilancia, para después encerrarle con el prisionero.

Y ahora Noah estaba ante la cama de su padre vestido con un chándal azul oscuro y calcetines negros engomados, y le habría gustado gritar. De rabia, de tristeza, de espanto, pero sobre todo de impotencia.

Pocos días antes todavía recorría la Berlín invernal junto con Oscar en busca de botellas de plástico, sin pasado, sin memoria, convencido de no poder caer más bajo. Y entonces había aparecido su padre y le había hecho ver lo equivocado que estaba.

«Soy hijo de un monstruo», pensó, y justo en ese momento se dio cuenta de qué perseguía inconscientemente visitándolo una última vez.

Debía averiguar cuánto de aquel monstruo había en su interior.

Noah carraspeó. No quería tocar a Zaphire. Ni siquiera quería rozar su mano sobre la manta, en la que le habían colocado una vía.

Carraspeó una vez más.

Durante un tiempo no pasó nada. Entonces Zaphire pareció haber percibido su presencia en sueños y se despertó. Lentamente.

Sus párpados aletearon. Abrirlos parecía suponerle un esfuerzo infinito. Se venían abajo temblando una y otra vez, ascendían de nuevo milímetro a milímetro, para después volver a caer a la posición de reposo. Pasaron varios minutos, durante los cuales Noah únicamente observaba a su padre en silencio.

Los médicos habían dicho que no era posible determinar lo graves que eran los

daños que había sufrido su salud, y tampoco predecir si sobreviviría el traslado a la prisión militar de Washington. El desarrollo de la enfermedad no era ni de lejos tan dramático como el de Altmann, pero debido a su edad, y sobre todo debido a la grave herida de bala tras el atentado, el cuerpo de Zaphire estaba tan débil que en el mejor de los casos le auguraban una probabilidad del cincuenta por ciento.

—Lo siento.

Noah se sobresaltó. Había estado reflexionando sobre si le importaría que su padre se muriera allí justo delante de él y no había sentido nada más que un profundo vacío, del que ahora le habían despertado las inesperadas palabras de Zaphire.

—¿Qué es lo que sientes? —le preguntó—. ¿Haber querido asesinarme a mí? ¿O a medio planeta?

—Que hayamos fracasado.

Su voz sonaba medio tono más aguda que de costumbre, como si la infección hubiera encogido sus cuerdas vocales.

—¿Nosotros?

—Más que nada tú, John.

Noah quiso volverse. Había sido un error ir allí.

—No eres mejor que yo —lo provocó su padre. Zaphire no estaba afeitado. Mientras dormía, un hilillo de baba se había deslizado hasta la barbilla sobre los cañones de su barba.

—No he sido yo quien ha desatado una epidemia —dijo Noah, al principio en voz baja, pero aumentando el volumen con cada palabra para terminar gritando—: No he envenenado a millones de personas, ¡así que no te compares conmigo!

Zaphire asintió, entonces volvió a cerrar los ojos. Su tórax se elevaba y hundía regularmente, casi mecánicamente.

—No, no has hecho todo eso, John. Y, sin embargo, dentro de muy poco tendrás que responder de muchas más muertes.

—¿Y eso qué significa?

Zaphire abrió los ojos de golpe y buscó la mirada de Noah.

—Me lo han contado todo. El instituto Robert Koch ha asumido la responsabilidad y desarrolla un antídoto a partir de la información que has proporcionado a los enemigos, mediante el cual la fase tres será historia en menos de dos semanas. Hasta entonces no morirán ni ocho millones de personas. Bravo, John. Bien hecho.

Noah torció el gesto con asco.

—Ya no piensas con claridad.

—Oh, sí. Con más claridad de la que tú has tenido jamás.

Zaphire se llevó las manos a las sienes. Al parecer le dolía la cabeza. La costra sobre los pelos de la nariz indicaba que también sufría hemorragias.

—¿Qué crees que pasará ahora con todas las almas que has «salvado»? —Y en su boca la palabra «salvado» sonó como una palabrota—. Estoy detenido. Mi imperio se ha desintegrado. Cezet, mi hija, ha huido. Me estoy consumiendo y no tengo ninguna capacidad de actuación. ¿Y qué se ha ganado con esto? Nada. Las personas morirán de todas formas. Solo que más dolorosamente. Y su agonía durará más. Morirán de sed, de hambre, se masacrarán en guerras o sucumbirán a enfermedades para las que les negamos los medicamentos. El petróleo se terminará en cuarenta años. Y eso que la India, China y todos los demás países emergentes acaban de empezar a consumir materias primas por las que pronto se estarán peleando nueve mil millones de personas. Ya hay mil millones de personas sin acceso a agua potable. Casi cada segundo muere un bebé de desnutrición, cada cuatro minutos una persona pierde la vista porque no puede permitirse tomar vitamina A. Trece millones de ellos al año son niños...

—¿Así que es mejor que los matemos directamente? —interrumpió Noah su ronca verborrea—. ¿Hace cuánto que has perdido la cabeza? Estamos hablando de personas. No sobre un caballo al que se le da el tiro de gracia.

Zaphire adelantó la mandíbula.

—Bien, entonces dime, John. ¿Cuál es tu propuesta? ¿Esperar a que los ricos despierten y cambien sus vidas? Eso no sucederá. Jamás.

La conversación lo estimulaba visiblemente. Sus mejillas se habían enrojecido de agitación. Una vena se le había hinchado en la sien.

—Al contrario que tú, yo he visto la miseria con mis propios ojos. He estado en los barrios de chabolas, en las favelas, en los vertederos. Un tercio de la humanidad no tiene dinero suficiente para alimentarse correctamente. Indios de treinta años que caminan sin fuerzas sobre la basura como zombis, mujeres etíopes de veinticinco años a las que se les caen los dientes, que no reciben ácido fólico ni vitaminas durante el embarazo, por lo que sus hijos llegan al mundo ciegos, lisiados, con deficiencias mentales, o con inteligencia limitada en el mejor de los casos. Estamos hablando de cientos de millones de personas a las que su intelecto jamás les permitirá cambiar el sistema que los explota.

Tuvo que parar para toser, después prosiguió.

—Conocemos los datos. Cualquier idiota puede buscarlos en Google. Pero miramos para otro lado. No hacemos nada. ¿Por qué?

«CLEAR», pensó de pronto Noah, y la tristeza se apoderó de él al pensar en Oscar y sus teorías conspirativas.

—Porque no queremos —ladró Zaphire—. Porque nos aprovechamos de ello. He intentado abrir los ojos de la gente una y otra vez. En una cena de gala en Seattle mostré un vídeo de niños con deficiencias mentales en orfanatos ucranianos a los que atan hasta que mueren de hambre. Aquella noche mi público bebía vino a veinte

dólares la botella. En mi última aparición, mostré imágenes de un niño que surcaba el mar abierto ante Malta en una cáscara de nuez. Poco después un barco interceptor de Frontex lo abordó. Antes de que el chico muriera de sed, lo ahogaron. Por orden de la UE, que quiere evitar que la miseria cruce el mar. Impresionaba a los invitados con estas verdades. Les gritaba. Los insultaba. A veces esto hacía que abrieran sus talonarios. Pero ¿qué cambié con eso? ¡Absolutamente nada!

Noah sacudió la cabeza.

—Tiene que haber otra manera. Nadie tiene derecho a decidir si una vida vale o no vale nada.

—Pero eso es precisamente lo que haces tú —graznó Zaphire—. Todos los días.

—¿Yo?

Su padre levantó la mano y señaló el cuerpo de Noah con los dedos estirados. Se había abierto la cremallera de la chaqueta porque allí, en aquella sala, hacía aún más calor que abajo en el camarote.

—La camiseta que llevas. Está cosida en Bangladesh por mujeres que no reciben ni un céntimo por prenda, para que tú puedas comprarla en el supermercado por menos de cinco dólares. Sumando los daños medioambientales por el transporte y un salario digno, debería costar diez veces más como mínimo. Pero nadie quiere pagar tanto. ¿Y por qué no? Porque eso supondría una renuncia.

—¿Y eso es lo que pretendes? ¿Que volvamos a la Edad Media?

—Ya hace tiempo que nos dirigimos hacia ella.

Zaphire cogió una botella de agua que había sobre una mesilla de noche móvil. Mientras abría el tapón de rosca con gran esfuerzo, siguió pontificando:

—Nuestro planeta no está pensado para que todos conduzcamos coches. Para que comamos carne todos los días. Para que nos vayamos de vacaciones en avión todos los años, nos duchemos a diario, todos veamos televisión. Para que todos poseamos un frigorífico que consume electricidad de forma constante, y casas en las que el aire acondicionado o la calefacción están permanentemente encendidos. No puede ser. Nuestras materias primas no bastan. No bastan para siete mil millones de personas. Y mucho menos para ocho o diez. Todos lo sabemos. Pero ninguno queremos cambiar de modo voluntario de estilo de vida. Preferimos librar guerras para garantizar nuestro bienestar. Preferimos dejar que los pobres mueran.

Bebió un primer sorbo de la botella, y Noah aprovechó la oportunidad para contradecirle.

—Interpretas las cifras a tu favor. Los países emergentes se están enriqueciendo, y a medida que la riqueza aumenta, la tasa de natalidad disminuye.

—Lo que significa que en el futuro habrá cada vez menos ricos que vivan a costa de cada vez más pobres. Si todos viviéramos como los pueblos indígenas de Brasil, nuestro planeta soportaría doce mil millones de personas o más. Pero si nos

adaptamos al estilo de vida de nosotros los estadounidenses o de los alemanes, hoy en día necesitaríamos ya cuatro planetas. Todo se ha...

Zaphire cerró los ojos con fuerza a mitad de la frase. Daba la impresión de sufrir repentinos y fuertes dolores de cabeza.

—Todo se ha descontrolado. Y no solo en los países en vías de desarrollo. En las afueras de París hay campamentos de sin techo que me recuerdan a Dadaab; solamente en Estados Unidos viven tres millones y medio de personas sin hogar. Y nosotros, los que tenemos dinero, miramos para otro lado.

Torció el gesto como si quisiera escupir.

—Nos rodeamos el cuerpo de una tonelada de acero para conducir nuestros ochenta kilos de masa corporal hasta el próximo atasco. Desperdiciamos un litro de agua para producir una única caloría de alimento. Al mismo tiempo estamos bombeando a la atmósfera el doble de gases de efecto invernadero de los que nuestro planeta podría soportar. En el Pacífico hay a la deriva un tapete de basura del tamaño de Centroeuropa, y ahora que Noah ha fracasado, seguro que no menguará. Abre el periódico. Enciende el televisor. Sequías, inundaciones, tornados; no pasa un solo día sin una mala noticia, sin embargo las conclusiones de las conferencias climáticas no sirven ni para limpiarse el culo. Por no hablar del terror, que cada vez nos azota con más fuerza. Las guerras estallan con más frecuencia allí donde los jóvenes, de pura miseria, ya no tienen nada que perder. Y en estos momentos estamos criando legiones de ellos.

—¿Así que quieres matar a los pobres para que los ricos puedan seguir viviendo como hasta ahora?

Zaphire negó con la cabeza enfadado.

—Queríamos reducir la población mundial a unas dimensiones soportables. La cuestión nunca fue quién debía morir, sino cuánta gente, para que la Tierra sobreviviera. Room 17 no hacía diferencias entre pobres y ricos. Pero tú sí, al detener el proyecto Noah y permitir que la miseria siga su curso.

El barco comenzó de pronto a cabecear con fuerza, y Noah resbaló al intentar agarrarse al asidero junto a la cama. Al hacerlo tocó sin querer el antebrazo de su padre. Zaphire aprovechó la oportunidad para tomar la mano de su hijo.

—¿No te das cuenta de que el ser humano solo cambia mediante la violencia? Somos egoístas, John. Únicamente pensamos en nuestro propio beneficio. De lo contrario no soportaríamos ni un segundo el mundo tal y como lo hemos creado.

Zaphire soltó la mano de Noah, y como tantas otras veces este pensó en Oscar, que había expresado esta verdad en un momento en el que él aún se reía de lo chiflado que lo consideraba.

—Un mundo en el que en este instante miles de mujeres esclavizadas atornillan nuestros *smartphones* en fábricas sin ventanas en algún lugar de Asia. Pero no nos

manifestamos por mejores condiciones de trabajo, sino que hacemos colas durante noches enteras ante las tiendas para comprar el último modelo, a pesar de que el anterior todavía funciona perfectamente. Este va a la basura, sin tener en cuenta que miles de personas se matan brutalmente unas a otras en el Congo por el coltán que contiene cada móvil; luchan por los derechos de extracción de esta valiosa materia prima, extraída de oscuros pozos en la selva por niños esclavos que se arriesgan a morir.

Zaphire contrajo el rostro de nuevo por el dolor, pero continuó hablando:

—¿Sabías que muchos trabajadores en China sufren cáncer de pulmón porque inhalan sin mascarilla durante dieciocho horas al día las partículas de pintura de las lijadoras con las que cepillan pantalones vaqueros?, ¡para que parezcan usados!

El discurso de Zaphire había conmovido a Noah contra su voluntad.

Como cualquier demagogo con talento, su padre también sabía combinar varias verdades para formar una mentira creíble. Incluso gravemente enfermo y esposado a la cama, el anciano exudaba tanto carisma que Noah se imaginaba perfectamente cómo había logrado convencer a David de la necesidad de llevar a cabo su fanático plan.

—Podríamos seguir enumerando tragedias como estas eternamente —dijo—. El proyecto Noah habría acabado con todas ellas. Sin embargo, tú te has ocupado de que la miseria se perpetúe. Y no has logrado nada. El mundo que querías salvar se hundirá por sí solo de todos modos. Solo tardará un poco más.

Zaphire se palpó la nariz. La sangre le goteaba de las yemas de los dedos. Hizo como si no le preocupara.

—El ser humano es como un parásito que le chupa la sangre a su huésped hasta que muere con él. Él solo se ocupa de acabar consigo mismo. El proyecto Noah habría dado a los supervivientes al menos la oportunidad de empezar de nuevo.

—No, te equivocas.

Su padre suspiró profundamente.

—Bien. Entonces explícamelo. ¿Cómo va a cambiar un mundo en el que solo se aspira al crecimiento, los beneficios, la fama y el dinero?

—No lo sé —dijo Noah, y se volvió para irse.

«Solo sé que el genocidio no puede ser una opción. Jamás».

Ya estaba en la puerta cuando un recuerdo lo invadió. De pronto estaba allí, sin saber de dónde venía.

—¿Conoces la historia de la tormenta y la niña en la arena? —le preguntó a su padre.

Zaphire levantó la mirada sorprendido.

—Una tormenta había arrojado a la orilla un millón de peces —comenzó Noah—. Y una niña pequeña los devolvió al mar uno a uno. Tantos como pudo mientras los

peces estuvieron vivos.

Zaphire aspiró la sangre de la nariz y sonrió sabiendo de qué hablaba.

—Y mientras lo hacía —prosiguió Noah—, un hombre mayor pasó por allí y le preguntó: «Ahí hay un millón de peces, y no podrás salvar más que unas pocas docenas. ¿Qué diferencia hay?». Y entonces la niña dijo...

La sonrisa de Zaphire se entristeció.

—«Para cada uno de esos peces» —concluyó la fábula de Noah—, «para cada uno de esos peces sí que supone una diferencia». —Se incorporó. Sus ojos brillaban—. Yo te conté esa anécdota.

«Puede ser».

Noah tampoco sabía por qué la había recordado precisamente entonces. Había llegado de pronto, como un presentimiento que le hace a uno decidir entre lo correcto y lo incorrecto sin duda alguna.

Zaphire y él se miraron a los ojos durante un buen rato, entonces Noah, antes de abandonar a su padre para siempre, dijo:

—Puede ser que nos dirijamos hacia la ruina. Puede ser que todo esté perdido desde hace tiempo. No lo sé. Pero quizás entre todos aquellos a los que he salvado de la muerte, esté la persona que sepa cómo cambiarnos. Aquel que marcará la diferencia.

Un mes después

Nueva Jersey, EE.UU.

La carta pesaba una tonelada. Como mínimo.

Y a cada segundo que la sostenía en la mano, su peso aumentaba varios cientos de kilos. Celine la dejó delante de ella sobre la mesa de la cocina, pero la carga que sentía no disminuyó.

«MedSearch Inc.» decía el sello en el campo del remitente. Un laboratorio de Boston. Lo más probable era que los demás de la zona estuvieran ocupados. Como la mayoría, desde que prácticamente todo el mundo quería saber si tenía la gripe de Manila y vacunarse.

Celine observó el sobre sin tocarlo. No sabía si debía esperar a que su madre volviera de la compra. Así no estaría sola cuando lo abriera. Sin embargo, eso no cambiaría el contenido de la carta.

«Ni lo más mínimo».

Desde que estaba de nuevo en casa, donde había ocupado su antigua habitación, Celine se acercaba cada día al buzón con esperanza y temor. Y cada día se había sentido aliviada al ver que el sobre que le había anunciado el doctor Malcom no estaba allí. Hasta ese día.

«Recibirá los resultados el mismo día que yo. Llámeme en cuanto los tenga y hablaremos sobre cómo proceder», le había dicho.

Cómo proceder...

«¿Y ahora?».

El sobre tenía aspecto inofensivo. Papel blanco, impreso en negro. Ligeramente abombado, así que contenía varias páginas, al igual que la carta de despedida de Kevin que había encontrado en el buzón al regresar a Estados Unidos. El redactor jefe le había confesado su amor de nuevo con grandes palabras y se había disculpado por haberle involucrado en aquel asunto, en cuyos objetivos él seguía creyendo. Poco después de redactar la carta se había ahorcado en su apartamento de Nueva York. Ella se había entristecido, pero no había sentido la necesidad de llorar. Kevin le había hecho demasiado daño, y había significado demasiado poco para ella. Ese día no podría contenerse, de eso estaba segura. Ese día derramaría lágrimas. Ya fueran de alegría o de tristeza. Dependiendo de lo que hubiera averiguado el laboratorio.

En circunstancias normales habría recibido los resultados mucho antes, pero ¿acaso había sucedido algo normal en las últimas semanas? Celine había tenido suerte de que la intervención se hubiera llevado a cabo. A pesar de que

posteriormente se había arrepentido de haberse hecho la amniocentesis. Gracias a Dios el riesgo de aborto no se había hecho realidad; pero ¿y si habían descubierto lo peor?

Se acarició la tripa, que ahora ya estaba curvada, y pensó en Puntito.

«Llámeme en cuanto los tenga...».

En la última ecografía ella misma había distinguido los bracitos, las piernas, el trasero. Un osito de goma que había dado una alegre voltereta en su útero.

«... y hablaremos sobre cómo proceder».

Celine cerró los ojos y decidió hacerlo de una vez. Cogió el sobre respirando profundamente. Lo giró. Y desgarró la pestaña.

Poco después levantó el auricular.

El teléfono sonó. Como cada semana. Desde hacía un mes. Siempre sonaba a la misma hora. En el mismo minuto. A las diecinueve hora local.

Noah descolgó después del tercer tono. Como siempre.

—¿Quién es? —preguntó, a pesar de que ya lo sabía.

—Celine —dijo, a pesar de que no podía haber ninguna duda acerca de quién llamaba.

La llamada, la hora, las fórmulas de saludo, siempre iguales, se habían convertido en un ritual entre ellos.

Un ritual que le proporcionaba equilibrio. Un ancla en el mar del olvido. Un mar cada vez más oscuro desde que había desembarcado.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Noah.

Leyó la pregunta de una de sus múltiples notas. Se las había escrito cuando aún estaba en el barco, todas ellas con diferentes apuntes que había hecho sobre Celine y su familia cuando los recuerdos aún eran recientes.

Tras el apunte sobre su padre, al que habían retenido como medida de cuarentena en el aeropuerto JFK al principio de la epidemia de Manila, como la llamaban desde entonces los medios, solo había una raya. Eso significaba que solamente había preguntado por él una vez.

—Mal. Las hemorragias son muy fuertes. Al principio decían que había pasado lo peor, ahora le han tenido que ingresar otra vez —dijo Celine.

Noah carraspeó y no supo qué decir. Sabía que el señor Henderson había tomado ZetFlu porque lo ponía en la nota. Pero no recordaba si Celine ya le había hablado alguna vez de su estado y simplemente había olvidado apuntar la respuesta.

«No recuerdo qué he olvidado».

Hizo una segunda raya tras el párrafo sobre el padre de Celine con el lápiz que tenía en la mano. Además añadió «está en el hospital» justo al lado.

—¿Cómo estás tú? —le preguntó a Celine, y trató de recordar su cara. En vano.

Lo cierto era que había vivido muchas cosas junto a ella, pero al parecer nada que lo hubiera marcado tanto como lo que le unía a Oscar, cuyo rostro bonachón se le aparecía a veces incluso en sueños.

Maldito síndrome amnésico.

«Sencillamente no se atiene a ninguna regla».

A juzgar por su voz, seguro que Celine era una mujer guapa, y desde luego simpática. Pero con el tiempo se había convertido en una mujer sin rostro para él. Como la voz al teléfono en el portahelicópteros, cuya oferta había rechazado.

—He recibido los resultados de las pruebas —le escuchó decir.

—¿Los resultados de las pruebas?

—Ha llevado algo más de tiempo por la pandemia, las consultas estaban saturadas, pero hoy el sobre estaba por fin en el buzón.

—Bien, muy bien. Entonces...

Giró la nota que tenía en la mano y encontró el apunte que había hecho acerca del embarazo de Celine.

«Resultados de la amniocentesis pendientes. Trisomía 21 no confirmada aún».

—¿Entonces el bebé está sano?

—No lo sé.

Noah frunció el ceño.

—¿Todavía no has abierto la carta?

—La he abierto pero la he tirado sin leerla.

—¿Por qué?

—Quiero tener el niño de todas formas, con trisomía o sin ella.

—Me parece bien, de verdad —dijo Noah, y escrutó su interior para saber si realmente lo sentía así.

«Sí, creo que sí».

—Es una buena decisión —repitió más convencido.

—En cualquier caso es una decisión que acojona —se rio Celine nerviosa. Cambió rápidamente de tema—: ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Noah miró fijamente la nota, como si fuera a encontrar en ella la respuesta a sus preguntas. Reflexionó un momento, y finalmente dijo:

—Poco a poco voy teniendo la sensación de haber llegado a casa.

Celine se rio de nuevo, seguía estando nerviosa. Parecía estar pensando aún en su hijo, pero de todas formas le preguntó:

—¿Podré ir a visitarte alguna vez?

—Bueno. —Noah carraspeó—. No sé. El sitio es más bien feo.

—Pero ¿dónde exactamente...?

—Lo siento, tengo que colgar —la interrumpió Noah a mitad de frase, antes de que pudiera adentrarse aún más en su esfera privada.

—Vale, está bien. Pues nada.

Sonaba melancólica.

—Hasta la semana que viene —dijo, a pesar de que sentía que no habría una próxima vez.

—Sí, hasta entonces —respondió Noah, a pesar de que sabía que ella lo sabía.

Colgó. Miró fijamente la nota. Poco a poco, como a cámara lenta, cerró los dedos, estrujó el papel, que de todos modos ya estaba arrugado, y formó una bola cada vez más pequeña, hasta hacerla desaparecer en su enorme puño.

Entonces lanzó la bola de papel al cubo de basura, justo al lado del teléfono público frente al quiosco junto al que habían instalado su campamento nocturno un

mes atrás.

—Venga —dijo, y cogió la correa que había estado pisando con sus botas durante la llamada—. Nos vamos.

Toto había crecido bastante y ya no era tan torpe. Jenny, a la que había encontrado de nuevo en la Estación Central, había cuidado bien del animal en su clínica móvil *HundeDoc*. Estaba contento y espabilado. Al contrario que Patricia, que había muerto de sobredosis. O de congelación. En la calle uno nunca estaba muy seguro.

—Te suelto ya, tranquilo —dijo Noah, y se inclinó hacia *Toto*, después de que este tironeara de la correa y ladrara enfadado. Normalmente el animal no se apartaba de su lado. *Toto* solo se marchaba de expedición cuando él se quedaba quieto mucho rato, como por ejemplo al llamar por teléfono.

Una vez libre de la correa, siguió a Noah obediente hasta las escaleras mecánicas, donde este le cogió en brazos brevemente para subir.

Noah olió la goma quemada, el polvo y el diésel. Oyó que un tren se acercaba y esperó hasta que hubiera salido de nuevo de la estación.

Entonces Noah recorrió el andén y al hacerlo pensó en Oscar, del que esperaba que, si podía verlo desde algún lugar, no tuviera nada en contra de que se hubiera mudado a su escondite.

Y con la esperanza de que Oscar, al igual que el dibujo abstracto de su hermano y algunas frases pronunciadas con voz paternal que rondaban su cabeza, también se hubiera grabado en su memoria para siempre, Noah saltó a las vías al final del andén y se adentró en la oscuridad con *Toto* a su lado.

Esto es una novela. Tanto el argumento como todos los personajes son ficticios. Sin embargo, las conocidas como conferencias Bilderberg sí se celebran anualmente de acuerdo con las normas de seguridad y confidencialidad descritas en este libro. Los temas y las conclusiones que se discuten en estas conferencias no están a disposición de la opinión pública, y por lo tanto las teorías expuestas en este libro acerca de los miembros del Club Bilderberg y sus teorías son pura ficción; esto se refiere especialmente a la organización inventada Room 17.

En cambio, las condiciones de vida en los barrios de chabolas de Manila que se narran son tan ciertas como todos los datos sobre la situación actual de nuestro planeta expuestos por el personaje ficticio de Jonathan Zaphire. (A fecha de entrega del manuscrito, 1-5-2013).

No obstante, las opiniones y tesis sostenidas en *Noah* pertenecen exclusivamente a los personajes de la obra, y no a su autor o a la editorial.

Epílogo

Voy a dejarlo claro: Room 17 se equivoca. Sin embargo, los datos a los que apelan sus militantes se corresponden con la verdad. Pero no importa cuántas personas mueran de hambre, de sed, de enfermedad, cuántas huyan de la guerra, a cuántas la pobreza o la necesidad las empuje a la huida, la esclavitud o la prostitución, no importa cuánto crezcan las hordas de refugiados climáticos: la superpoblación no es el principal problema.

El problema en primera instancia es el estilo de vida sobre todo en aquellos países industrializados en los que el crecimiento de la población se ha estancado o es incluso negativo. Es el sistema económico de dichas potencias, diseñado para alcanzar el máximo crecimiento y, por lo tanto, el mayor consumo de recursos.

Un ejemplo: la naturaleza ha necesitado un millón de años para producir el petróleo que nuestra civilización consume hoy en día en un solo año. No cabe duda de que las próximas generaciones pensarán que estábamos completamente chiflados. El petróleo que se formó a lo largo de doscientos cincuenta millones de años, lo hemos quemado en solo doscientos cincuenta años; o lo hemos empleado para cosas tan prácticas como fabricar cinco mil trescientos millones de bolsas de plástico desechables al año solo en Alemania. Un país cuya población disminuye desde hace años.

De modo que Room 17 se equivoca en la causa, pero por desgracia tiene razón en la tesis de que la explosión demográfica a escala global acelerará el colapso hacia el que nos dirigimos. Ya que, a pesar de que algunos estudios aislados pronostiquen que a partir de la mitad de siglo el crecimiento se frenará o incluso retrocederá, a pesar de que para entonces hayamos logrado resolver de alguna manera los problemas más acuciantes, el deseo lógico por parte de las personas que vivirán entonces en el mundo de participar de un consumo como el que practicamos ahora no podrá cumplirse. Nuestro planeta no está diseñado para que todas las personas vivan para toda la eternidad tal y como vivimos, por ejemplo, en Alemania o en Estados Unidos. Solo alguien que crea sin fisuras en la técnica y en el progreso podrá pensar sin inquietarse en un futuro en el que diez mil millones de personas quieran conducir un coche, tomar vuelos de larga distancia, comer carne y beber agua. Y tirar bolsas de plástico a la basura.

La situación es funesta. Pero ¿es desesperada? De ninguna manera. Sin embargo, creer que tendríamos la crisis bajo control simplemente llevando a cabo unos pocos cambios en nuestro comportamiento es señal de una soberbia desmedida, como también lo es la suposición de que podríamos destruir el planeta. Por lo que sabemos hasta ahora, la Tierra existe desde hace más o menos cuatro mil seiscientos millones de años. Los seres humanos la pueblan desde hace solamente dos millones de años.

No somos ni un pestañeo en la historia de la Tierra.

En este breve periodo de tiempo nuestra especie probablemente ha logrado causar más desgracias que todas las demás especies que dominaban el planeta antes que nosotros juntas. Pero así como nuestra voluntad (y posiblemente nuestro poder) no basta para limitar el calentamiento del planeta a menos de dos grados, nuestra influencia tampoco es suficiente para acabar con la Tierra para siempre. Quizá logremos convertir este planeta en un lugar considerablemente inhóspito a corto plazo. Pero estoy seguro de que después de algunos millones de años como mucho, la Tierra se habrá recuperado (de nosotros).

Así que, ¿deberíamos seguir como hasta ahora? ¿De todos modos no tendría sentido cambiar? ¿El parásito morirá, pero no el huésped al que le chupa la sangre? Esa sería una actitud tan cínica y con tanto desprecio por la dignidad humana como los planes de asesinato en masa de la organización ficticia Room 17, cuyo «proyecto Noah» espero que le haya resultado tan repugnante al lector como a mí. Las consideraciones económicas no pueden justificar el sacrificio de una persona por la vida de otra. No importa si se trata de miles de millones que deben desaparecer por «problemas de capacidad» para que los supervivientes puedan seguir entregándose a un bienestar excesivo. O de un único bebé que se muere de hambre solo porque no logramos repartir de forma justa la abundancia en la que vivimos.

El combativo sociólogo suizo Jean Ziegler tiene razón al observar esta relación: cada niño que muere de hambre es asesinado. Pero al contrario que él en sus conferencias y ensayos, en esta novela no pretendo alzar mi voz indignada o acusarle de ser cómplice por omisión. Así como admiro y respeto a los miles de voluntarios de organizaciones humanitarias en todo el mundo, también comprendo la impotente inactividad en la que nos sumimos la mayoría de nosotros.

Vivimos en un sistema completamente esquizofrénico. Primero nos dicen que tenemos que aislar nuestras casas para ahorrar energía. Después tenemos que llevar al desguace nuestro coche, que aún funciona, para impulsar la economía. También nos dicen que dejemos de comprar camisetas que vengan de Bangladesh. Después resulta que sin esos ingresos las costureras de las fábricas se encontrarían en una situación aún peor. Finalmente nuestros políticos nos animan a ahorrar para la jubilación, y al mismo tiempo los tipos de interés bajan para que los créditos a buen precio nos inciten a comprar a plazos cada vez más cosas que no necesitamos.

Está claro que el consumidor tiene un gran poder para cambiar las cosas, pero sería demasiado sencillo culparlo a él de los excesos del sistema. Si las reglas del fútbol declaran como vencedor a aquel equipo que más goles meta, no es de extrañar que todos se abalancen hacia la portería. Y si nuestro orden económico recompensa a aquel que tenga más dinero, es una paradoja exigir a los ciudadanos que renuncien a él.

Yo mismo soy parte de este sistema y juego según sus reglas, a pesar de que soy consciente de las consecuencias negativas de mis actos. Sé que hay algo que no cuadra cuando una lasaña congelada cuesta solo 1.49 euros, un producto elaborado a partir de un ser vivo procesado y que se ha congelado y transportado a lo largo de miles de kilómetros. Y a pesar de lo barato de su precio, me indigno cuando se demuestra que contiene carne de caballo. También sé que para fabricar una hamburguesa son necesarios dos mil cuatrocientos litros de agua, y sin embargo la como de vez en cuando, si bien lo hago con mala conciencia. El hecho de que desde hace poco compre en granjas seleccionadas, visite tiendas de comercio justo siempre que sea posible, y trate de minimizar un poco mi huella ecológica rehabilitando nuestra casa solo es posible, como muchos otros de mis esfuerzos, porque gracias al éxito de mis libros puedo llevar una vida privilegiada. Por lo tanto, y a pesar de que quizá pueda dar esa impresión, en ningún caso he escrito esta novela apuntando a nadie con el dedo. La piedra que tiro me daría a mí el primero.

El tema de la obra surgió más bien como una expresión de mi propia impotencia personal. Conozco los hechos, veo los problemas, y a pesar de que estoy lejos de ser un comunista, estoy convencido de que nuestro sistema actual no funcionará durante mucho más tiempo. O por expresarlo con una frase hecha que se cita a menudo: «Quien crea que la economía puede crecer a la larga, o está loco o es economista».

Naturalmente, *Noah* es una novela de entretenimiento, no se trata de una obra especializada o de divulgación. Lo que sucede es que, al parecer, al escribirla se me ha colado entre líneas un tema que me corroía por dentro, al principio inconscientemente; y no solo desde que he sido padre tres veces. Por decirlo así, con *Noah* he planteado preguntas para las que yo mismo no tengo respuesta. Pero las buenas preguntas (mi lectora Regine Weisbrod lo demuestra una y otra vez con sus comentarios a mis manuscritos) pueden lograr muchas cosas. Inician un proceso mental. Si *Noah* lo ha activado en usted, si no ha olvidado el libro en el mismo momento en el que lo ha colocado de nuevo en la estantería (o ha apagado el libro electrónico), entonces ha logrado lo máximo a lo que puede aspirar un simple ejemplar de literatura de entretenimiento.

«¿Y ahora?», es posible que se pregunte. ¿Qué puede hacer ahora que se ha quedado solo con todas estas preguntas y ninguna respuesta? Aunque suene como una excusa, la verdad es que yo tampoco lo sé. No soy científico, ni ingeniero, ni vidente. No sé cuáles son las soluciones a los problemas más acuciantes de nuestro tiempo, que al parecer se nos escapa cada vez más rápido. Solo sé que debemos encontrarlas, y lo antes posible. También sé que solo encontramos soluciones cuando abrimos los ojos. Una página que quizá lo ayude en el proceso de abrir los ojos es www.footprint-deutschland.de.

Aquí podrá calcular cuántos planetas se «consumirían» actualmente si todas las

demás personas copiaran su estilo de vida. En una interpretación libre de Kant, compruebe si su comportamiento sería problemático si se convirtiera en un modelo generalizado para todas las personas de nuestro planeta. Y al hacerlo piense que «todos» es una cifra que actualmente ya ha superado la barrera de los siete mil millones.

Si comprueba, como yo, que su estilo de vida actual requeriría 2.4 planetas, puede que esto lo anime a visitar la página del Club de Roma, que desde hace décadas se dedica en profundidad a este tema que yo solo he tratado superficialmente, y en cuyas publicaciones no solo presenta funestos pronósticos, sino que también expone vías de solución a escala global, con las que podemos hacernos cargo de nuestro destino y así cambiar para mejor.

En una interpretación libre del lema de Romain Rolland: «El pesimismo del pensamiento no excluye el optimismo de la voluntad».

Agradecimientos

Como siempre en primer lugar, le doy las gracias a usted, el lector. Sin usted yo no sería nada. Y también le agradezco que entienda que en estos agradecimientos las formas sean diferentes. Mi tono habitual, más bien humorístico, no me parecía apropiado para el tema de esta novela.

Mi más sincero agradecimiento a:

Stefan Lübbe, Marco Schneiders y por supuesto Klaus Kluge, que me abrió las puertas a la editorial Lübbe y a su equipo profesional, que ha convertido este libro en algo muy especial.

Regine Weisbrod, de la que estoy seguro, por lo menos a partir de esta colaboración, que ya no me desharé por nada del mundo.

Manuela Raschke, sin la que habría acabado en la trena o debajo de un puente. Gracias por confiar en mí, por tu trabajo y por tu amistad, sin la que todo esto no habría sido posible.

Sabine y Clemens Fitzek, por su infatigable asesoramiento médico, así como Freimut Fitzek, por su valioso apoyo paternal.

Le doy las gracias a Frank Hellberg, que me informó sobre el tráfico aéreo europeo, a Roman Hocke, el mejor agente literario del mundo, y a su equipo de AVA-International.

A Christian Meyer le agradezco su apoyo a lo largo de los años, no solo en las giras; a Karl-Heinz Raschke, sus experiencias inspiradoras, que puedo utilizar en mis libros una y otra vez.

Le doy las gracias a Sabrina Rabow, mi maravillosa agente de prensa personal.

Y naturalmente a Sandra, porque soportas diariamente aquello que los demás solo tienen que aguantar de vez en cuando. Creo que yo no me habría casado conmigo mismo.

Para acabar les doy las gracias a todos mis amigos, conocidos y familiares, que a estas alturas ya saben que solo doy señales de vida cada medio año, cuando emerjo de una fase de escritura o vuelvo a casa de una gira. También les doy las gracias a los libreros y bibliotecarios, así como a los miles de ayudantes que no conozco que llevan los libros a las tiendas, los ordenan en las estanterías o contribuyen de alguna manera a que usted pueda leerlo.

Como siempre, estaré encantado de recibir su opinión en fitzek@sebastianfitzek.de

O visite mi página de Facebook: www.facebook.de/sebastianfitzek.

Hasta la próxima lectura.

Suyo,

SEBASTIAN FITZEK
Berlín, abril de 2013